JORDI SIERRA I FABRA

Las Hijas de las Tormentas

LA CRUZ DEL NILO

edebé

Las Hijas

de las

Tormentas

2

LA CRUZ DEL NILO

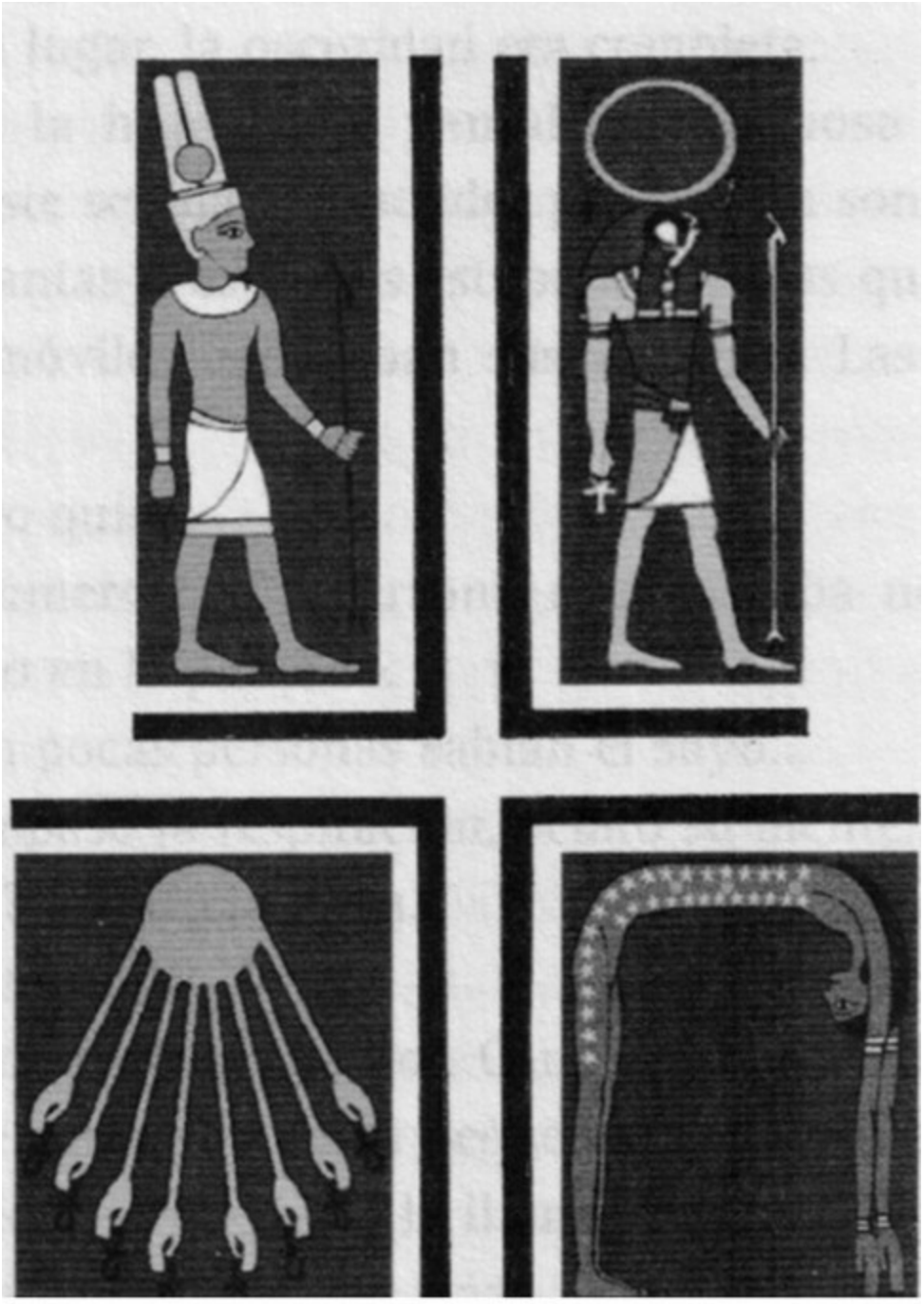
JORDI SIERRA I FABRA

Joa continúa buscando a sus padres, una forma de conectar con ellos, negándose a aceptar el silencio. Por fin, una llamada de Gonzalo Nieto, maestro y amigo de su padre, arqueólogo famoso como él, la pone sobre una nueva pista que la traslada a Egipto. Sin embargo, Gonzalo Nieto no llegará a acudir a su cita con ella en El Cairo. Es asesinado unas horas antes. Desde ese momento Joa tendrá que sumergirse en la resolución de una sucesión de enigmas partiendo de un jeroglífico egipcio, en una carrera a contra reloj perseguida por una secta de fanáticos dispuestos a todo por guardar el secreto que protegen

PRIMERA PARTE

Egipto

(del 29 de marzo al 4 de abril de 2013)



El timbre del teléfono hizo que saltara de la cama de golpe, asustada. Acababa de dormirse, con su primer sueño profundo y reparador, así que el shock fue casi traumático. De entrada no supo muy bien si era una pesadilla. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar dónde estaba.

En el lugar, la oscuridad era completa.

Miró la hora en la pantallita luminosa del móvil mientras éste seguía zumbando; prefería un sonido neutro a una de tantas musiquitas estúpidas con las que los adictos a los móviles adornaban sus aparatos. Las dos de la mañana.

—Pero quién...

El número de la persona que llamaba no aparecía identificado en la pantalla.

Y tan pocas personas sabían el suyo... Acompasó la respiración, aclaró su mente.

—¿Sí? -abrió la línea.

—¿Georgina?

Voz de hombre. Mayor. Cauta. Si la llamaba Georgina, no se encontraba en su pequeño, muy pequeño círculo de amistades, porque ellos la llamaban Joa. Eso la hizo tomar precauciones, una vez más.

Como siempre.

—¿Quién es?

—Soy Gonzalo Nieto. ¿Te acuerdas de mí?

Gonzalo Nieto, maestro y amigo de su padre, un arqueólogo tan importante y famoso como él, y una eminencia en temas egipcios. Lo había conocido en una presentación, en el Museo Egipcio de Barcelona, seis o siete años atrás. Después sólo lo vio dos o tres veces más. Un hombre cálido, de la vieja escuela, rondando ya los setenta pero con una vocación y una capacidad

a prueba del paso del tiempo. Su padre tenía una enorme confianza en él, decía que poseía un cerebro privilegiado, y que era una persona honrada. Una rara cualidad en momentos de egoísmo universal.

Lo más importante, sin embargo, era que conocía la historia, la desaparición de su madre y su origen extraterrestre, la búsqueda de su padre...

Joa se despejó de golpe.

Casi un desconocido pero que no era ajeno a lo sucedido en el pasado la llamaba a las dos de la mañana.

No sería para desearle buenas noches.

—Claro que lo recuerdo, señor Nieto —alargó la mano, tomó la linterna y presionó el interruptor de la puesta en marcha, desparramando un primer haz de luz por la tienda de campaña minúscula que la envolvía-. ¿Cómo está?

—Ésa es una buena pregunta, y muy formal —el arqueólogo se echó a reír-. Soy yo el que debería preguntarte a ti cómo estás, o... mejor dónde estás, porque según el lugar debes de estar acordándote de todos mis muertos.

Joa recordó su buen humor.

Un hombre capaz de reírse de su propia sombra, aunque en el trabajo fuese el más serio.

—Estoy en Angkor -le reveló.

—¿Camboya? -la voz se estremeció-. Eso significa que ahí para ti deben de ser... —hizo un cálculo rápido—, las dos o las tres de la madrugada.

—Más o menos -sonrió ella.

—¡Oh, no! Lo siento, cariño. No sabía...

—¿Cómo iba a saberlo?

—¿Sigues alguna pista? ¿Algo importante?

Joa ya estaba plenamente consciente. La linterna, quieta en su mano, iluminaba con tono espectral su escasa ropa, las botas gruesas, la mochila cargada. Más allá de la tienda, de color azul, ínfima pero muy práctica, la selva camboyana era un sorprendente mar de silencio, como si las matanzas de los jemeres rojos cuarenta años atrás aún perduraran y hasta los animales hubieran enmudecido.

—No —tuvo que reconocer sin que se notara en exceso su deje de fastidio—. Nada relevante, señor Nieto.

—¿No quedamos en que me llamarías Gonzalo?

—De acuerdo, Gonzalo.

—Escucha, Georgina. No voy a importunarte mucho. Te lo suelto y ya está.

Joa se envaró ligeramente. Se lo soltaba y listo. ¿Qué?

—Has de venir a Egipto.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes, aunque yo estaré aquí varias semanas. Meses. Formo parte de uno de los equipos que están explorando las nuevas tumbas encontradas en el Valle de los Reyes. El gobierno egipcio le concedió a España la licencia y el permiso para trabajar en una de ellas.

—¿Tiene que ver con mi madre?

—Sí.

Fue tan rotundo, tan claro, que Joa sintió el frío casi de inmediato. Una corriente eléctrica vivificando sus terminaciones nerviosas como hacía mucho que no sentía.

—¿Qué ha encontrado, Gonzalo? —se atrevió a preguntar.

—¿Quieres que te lo diga por teléfono, a las dos de la madrugada en

Camboya?

—Llegaré lo antes que pueda, pero quisiera...

—Cariño, ni yo estoy muy seguro, pero creo que he dado con... una puerta, o por lo menos con la llave que puede abrirla si damos con ella.

Una puerta. Una llave.

—¿Quiere decir que podría...?

—Quizá comunicarte con ellos, sí.

—¿De qué forma? ¿Cómo...?

—No lo sé, por eso te necesito aquí.

Joa cerró los ojos. Desde que su padre había subido a la nave en Chichén Itzá, era lo que estaba buscando, en cualquier parte donde hubiera indicios extraterrestres, pistas o posibles pruebas de su paso por la Tierra años, siglos antes. Su padre había gastado su vida buscando a la mujer que amó, y ella estaba dispuesta a emplear todas sus fuerzas buscándolos a ellos.

Cada vez que miraba al cielo se los imaginaba allí, en alguna estrella lejana, o en aquella inmensa nave...

—Profesor... —su voz apenas si fue un hilo sónico.

—Tranquila, ¿de acuerdo? -intentó calmarla-. Puede que no sea nada, pero me gustaría comentártelo y examinar mis hipótesis contigo. Si estoy en lo cierto, esto podría ser tan importante como el hallazgo de mil tumbas egipcias, porque estamos hablando no sólo del pasado de la humanidad, sino de la posibilidad de viajar a las estrellas.

—Estaré ahí en cuanto pueda, descuide. Lo que tarde en llegar a Phnom Penh y encontrar un vuelo que me lleve a El Cairo. Iré al hotel Le Meridien Pyramids. ¿Cómo podré localizarle a usted?

—Te voy a dar mi número de móvil. Llámame al aterrizar o cuando estés

ya en El Cairo. Iré a verte de inmediato, pequeña.

Pequeña.

Había cumplido diecinueve años en enero.

Siempre sería una niña para cualquiera que la hubiera conocido en la infancia o en la adolescencia, máxime si era uno de los viejos amigos de su padre, hombres de ciencia, ajenos a la vida normal de cualquier mortal. Hombres anclados en el pasado de la humanidad.

—Un momento, busco algo en que anotar.

Gateó por la improvisada cama hasta la mochila. No encontró un bolígrafo así que cogió su agenda electrónica, apenas usada porque casi nunca la necesitaba. Hubiera podido memorizar el número sin problema, como siempre, gracias a su memoria fotográfica, pero por una vez, en plena noche y aunque sabía que no lograría volver a dormirse, prefirió no arriesgarse. Agarró de nuevo el móvil antes de decir:

—Adelante.

Gonzalo Nieto le dictó el número.

—Gracias por llamarme —empezó a despedirse Joa.

—¿Sabes algo, querida? —ahora el tono era amable, sereno y plácido—: Todo está conectado.

—Papá decía eso siempre.

—Tenía razón. Los mayas en América, los egipcios en Oriente Próximo, los dogones en Mali... Hay indicios en toda la Tierra. Y han estado siempre ahí, pasto de teorías temerarias que nunca se han tomado en serio porque ha faltado la base científica. Bueno, quizá ahora todo eso cambie. ¡Te espero!

—Hasta pronto, Gonzalo.

—Un beso, Georgina. Aparte de todo, me encantará verte.

—Gracias.

Fue su última palabra.

Después cortó la comunicación.

Tres horas y media más tarde, sentada a la puerta de su tienda de campaña, rodeada por la selva en las proximidades del impresionante Angkor, el mayor de los reductos arqueológicos camboyanos, Joa seguía despierta, quieta, invadida por pensamientos y escenas.

Su madre antes de que desapareciera.

Su padre antes de sacrificarse por amor.

Sus vivencias entre noviembre y diciembre del año anterior le habían hecho tomar conciencia de qué era y quién era.

La salida del sol la liberó de la última cadena y se dispuso a regresar a Phnom Penh para volar a El Cairo.

La soledad le pesaba más en los aeropuertos, esperando los vuelos, que a veces se demoraban horas y otras simplemente no salían y se cancelaban. Y lo peor era llegar a su destino, la primera noche, cuando abría la puerta de la habitación de un hotel en la que viviría un día, dos, quizá una semana, y su impersonalidad la aplastaba hasta robarle el aliento. Una bofetada en su alma. Se adaptaba rápido, vaciaba su mente de angustias y se repetía que todo fin requería un sacrificio previo. Pero en aquellas largas semanas el sacrificio se le antojaba ya más que doloroso, sobre todo porque se sentía igual que si diera palos de ciego, víctima de una rabia sorda y desesperada que la impulsaba a seguir, a moverse, aunque a veces no tuviera un rumbo. Algo que, ahora, era distinto.

Por primera vez en mucho tiempo sí tenía una esperanza.

Gonzalo Nieto no la habría llamado, ni la habría hecho volar sobre medio mundo para que se reuniera con él. Una puerta. 0 una llave para abrirla. ¿A qué se estaría refiriendo? Y en Egipto.

Una de las cunas de la civilización y todavía un misterio para los estudiosos del pasado.

Levantó la cabeza y comprobó el retraso en la salida del vuelo. Dos horas más. Una eternidad. Un mundo. Odiaba pasear entre las tiendas del Duty Free, porque los precios eran tan abusivos como en el exterior y porque la fiebre consumista era en ellas mucho más patética que en otras partes. Hombres cargando cartones de tabaco y bebidas alcohólicas, mujeres cargando perfumes u otros productos de belleza, niños enloquecidos con juegos electrónicos... Eso y la comida basura de todos ellos. Más que para matar hambres incipientes, para matar o rematar cuerpos suicidas.

Pensaba llamarle desde El Cairo, pero se sintió incapaz de aguantar tanto.

Extrajo su móvil tras hacer un cálculo mental de la hora que se vivía en España y buscó la memoria para ahorrarse marcar todas las cifras. Presionó el dígito y esperó unos segundos, cruzando los dedos, pidiendo que él lo tuviera

conectado. 0 más aún: que pudiera hablar.

Hablar durante aquellas dos malditas horas, si era necesario.

David no tuvo que preguntar quién era.

—¡Joa!

Ella cerró los ojos, sintió la punzada y se abandonó en un suspiro.

—Hola, cariño -susurró.

—¿Dónde estás?

¿Era posible que no hubieran hablado desde hacía una semana?

—En el aeropuerto de Phnom Penh.

—¿En Camboya?

—Sí.

—¿Es una escala...?

—He estado en Angkor, siguiendo una pista falsa.

—Todas lo han sido en estos tres meses.

Advirtió el tono de reproche, la queja.

¿Por qué no aceptaba el hecho de que le necesitaba y le permitía acompañarla? ¿Qué necesidad tenía de hacer aquello sola? ¿Miedo? ¿Probarse algo? ¿Preservarlo en el caso de que...? ¿De qué?

—Alguna no lo será, David —le advirtió despacio.

—¿Vuelves a casa?

—Voy a El Cairo -no le dijo que para llegar tenía que hacer tres escalas,

Bangkok, Mumbai y Abu Dabi.

—¿Para qué vas a El Cairo? —el tono de David se hizo de nuevo fúnebre.

—Me ha llamado el profesor Nieto, Gonzalo Nieto. Era un buen amigo de mi padre, arqueólogo como él, un veterano curtido en mil batallas, expediciones y excavaciones. Está al tanto..., así que cuando me ha pedido que fuera a verle..., no lo he dudado ni un momento. Llevo tres meses dando vueltas, como en círculos, sin llegar a ninguna parte. Y si él cree que ha encontrado algo es como para tomárselo en serio.

—¿Qué ha encontrado?

—No ha sido muy explícito. Sólo me ha hablado de una posible puerta, o de una llave para abrirla.

—¿Qué clase de puerta?

—Una conexión con ellos.

—Joa...

—Lo sé, lo sé —detuvo su conato de protesta—. Suena irreal, imposible... Lo que tú quieras. Que justo ahora, después de que la nave se llevara a las hijas de las tormentas, seamos capaces de encontrar un medio de comunicarnos con ellos... ¿Pero y si ha estado ahí siempre, sin que nos diéramos cuenta, y es justo ahora que sabemos que existen, cuando lo que antes carecía de sentido lo tiene de pronto?

—Te estás aferrando a una esperanza.

—¡Y me aferraré a todas las que sea, David! -alzó la voz.

Una pareja de japoneses, discretos como todos los japoneses, la cubrió con una mirada de disgusto.

—¡No digo que no te aferres, pero no olvides lo más importante!

—¿Y qué es lo más importante?

—¡Vivir!

La palabra la atravesó. Había tenido un tipo de vida antes, en la infancia, hasta la desaparición de su madre. Y otra desde ese momento hasta el de la revelación de quién era ella y cuál su naturaleza. Finalmente, su vida actual arrancaba en ese punto y todavía se hallaba inmersa en ella, buscando su lugar sin encontrarlo.

Su mitad humana le hablaba de serenidad y su mitad extraterrestre la hacía rebelarse.

—No puedo olvidar, David.

—Dime una cosa: ¿de qué serviría abrir esa puerta, o encontrar esa llave, comunicarte con ellos?

—Necesito saber.

—¡Ya sabes lo suficiente! -su disputa telefónica no era la primera, y tal vez no fuese la última—. Ellos dejaron a cincuenta y dos mujeres como testigos, para saber qué hacíamos y cómo evolucionábamos. Tres tuvieron hijas y ésas fueron abducidas antes. Las demás se marcharon entre el 21 y el 23 de diciembre del año pasado, exactamente 15.000 días después de su llegada. ¡Puede que ya nunca más sepamos de ellos, o que pasen mil años antes de su regreso!

—¿Y mi padre?

—¡Se reunió con tu madre! ¡Era lo que quería! ¡Lo hizo por amor!

—¿Por qué no me llevaron a mí? ¿Por qué no pude entrar en la nave?

—No te lo permitieron, nada más.

—¿Por qué, David?

—No sería el momento. Quizá tengas una misión aquí. Tú y las otras dos

chicas que nacieron de las hijas de las tormentas.

—¿Y me dejaron sola?

—No eres una niña, eres una persona adulta, y me tienes a mí.

—David, por favor...

—Joa, Joa, sé que quieres respuestas, y ver a tus padres, saber de ellos, conocer las claves de lo que sucedió o lo que quizá un día suceda, pero no puedes negarte a tener una existencia en paz.

—Mis padres dijeron que volverían.

—¡Entonces espéralos!

—El tiempo quizá no transcurra de la misma forma aquí o allí.

Era una conversación inútil, y lo sabían. La desesperación contra la determinación. La desesperación de David frente a la determinación de Joa. Quedaba, una vez más, la súplica.

—Déjame que me reúna contigo.

—No.

—¡Necesito verte!

—Y yo a ti, cariño, pero no ahora. Contigo a mi lado tal vez descubriera lo feliz que soy y me olvidara de todo lo demás. Es un lujo que no puedo permitirme. Te he llamado porque quería..., necesitaba escuchar tu voz. Los correos electrónicos no siempre reflejan el tono en el que están escritos.

—Barcelona está preciosa en este comienzo de primavera.

—Lo imagino —se le encogió el corazón. -¿Sigues sin necesitar nada?

—Sabes que podría vivir dos vidas con lo que me dejaron en el banco. Ésa es mi suerte para poder viajar y hacer lo que quiera.

—¿Y tus poderes?

Siempre le preguntaba por ellos, como si de repente pudiera desatarlos todos de una vez o se le manifestaran de nuevo igual que una lluvia de verano.

—No me hables de eso, por favor —emitió en tono quejumbroso.

—¿Por qué? —se alarmó él.

—Porque siguen incontrolados -fue sincera—. Aparecen destellos cuando menos me lo espero.

—¿Ya puedes volar?

La primera broma en el transcurso de aquellos minutos.

—No seas tonto.

—¿Y lo de las Torres Petronas en Kuala Lumpur?

Provocó un cortocircuito que las dejó absolutamente paralizadas durante dos horas. Los periódicos, al día siguiente, no encontraban razón alguna para ello. Se decía que una comisión de expertos iba a revisarlas. Se trataba de las joyas de Malasia, el espejo de todo un país, tan famosas ya en el mundo entero como el Empire neoyorquino o el edificio Sears de Chicago.

—Soy peligrosa, vale -se encogió de hombros.

Peligrosa y mestiza.

Un resultado inquietante.

Los dos se quedaron momentáneamente en silencio. Un extraño silencio porque sólo los tenían cuando estaban juntos y se miraban a los ojos.

El amor todavía la sorprendía.

Ella, la rara, la que nunca parecía adaptarse a nada, la que en dieciocho años no había tenido novio, la chica genéticamente perfecta, capaz de

memorizar lo que fuera o aprender cualquier cosa en unos segundos...

Capaz de haberse enamorado. No quiso abrirse al dolor.

—David —buscó fuerzas donde sólo había languidez—, ¿se ha vuelto a saber algo de los jueces?

—Nada. Como si se los hubiera tragado la tierra después de su fracaso.

—¿No es raro?

—No. Se formaron para ese momento, esperaban destruir la amenaza extraterrestre y no pudieron. Además, vieron que no pasó nada de lo que profetizaban, ni llegaron con máquinas aniquiladoras tipo La guerra de los mundos ni bajaron monstruitos verdes con antenas para colonizarnos. Se volvieron obsoletos y lo han entendido.

—¿Y los americanos? —Joa se estremeció, como hacía siempre que recordaba su experiencia con el coronel Travis en Guantánamo.

—Vete a saber.

—Quisieron meterse en mi mente, y yo sigo aquí. Aún soy una oportunidad para ellos. A veces miro por detrás de mi hombro, por si acaso. Nunca dejo de tener la sensación de que me siguen.

—Puede que aprendieran la lección y no vuelvan a arriesgarse. Pero te apuesto lo que quieras a que saben que eres diferente de ellos.

—Y vulnerable, de alguna forma.

—¿Por qué has de serlo?

—Porque no hay criatura, humana o no, que no lo sea.

Se detuvo frente a una batería de televisores conectados. Todos ofrecían la misma imagen. Dos docenas de ojos, o de bocas, mostrando en diferentes tonalidades de color el rostro de una bella locutora en pleno informativo. Hablaba del cambio climático, porque de vez en cuando, en el recuadro

superior derecho que acompañaba su presencia y sus palabras, aparecían escenas de distintas partes del mundo, desde desiertos cálidos hasta extensiones heladas del Ártico, desde huracanes en Estados Unidos hasta inundaciones en Bangla Desh, y desde tsunamis en el Indico hasta incendios forestales en Europa. La voz de los expertos ya no era tan sólo de alarma. Estaba convirtiéndose en un grito.

—¿En qué piensas? —surgió de nuevo la voz de David para apartarla de su parcial hipnosis.

—En diciembre, cuando llegó la nave..., ¿no te parece asombroso que nadie la detectara?

—Los americanos argumentaron que hicieron unas maniobras, por si no lo recuerdas. ¿Crees que fue una casualidad?

—Si lo saben, ¿por qué no lo han dicho?

—¿Precaución? ¿Evitar un pánico mundial? Se me ocurren mil teorías, cariño. En la NASA no son idiotas. Pero estoy seguro de que no pudieron hacer nada. La nave apareció y se fue sin más. Les dejaron con un palmo de narices.

En las dos docenas de televisores apareció otra imagen, ésta estelar.

El cometa Apophis pasaría cerca de la Tierra en el año 2029 por primera vez y, ya con un cierto riesgo para la humanidad, de nuevo en 2036. Habían hablado de ello en Yucatán, cuando resolvieron el enigma maya que les condujo hasta el encuentro de la nave.

Joa tuvo uno de sus estremecimientos premonitorios.

Pero no le dijo nada a David.

No quería seguir hablando de todo aquello.

—¿Dónde estás tú? -quiso saber.

—En mi casa.

Nunca había estado en su casa. Se conocieron y se amaron en México. Después de lo sucedido en Chichén Itzá no había regresado a Barcelona. David le había mandado fotos por Internet y cuando conseguían hablar cara a cara con una webcam, se asomaba a su mundo. Pero nada superaba la realidad, por más que lo viese o lo imaginase con ella allí.

—¿Fuiste al cine este fin de semana?

—Sí.

—Cuéntame qué viste.

—Joa...

—Cuéntamelo, por favor.

Cerró los ojos y esperó el regreso de la voz de David.

—Una película española, la historia de...

Joa se apoyó en una pared y dejó que la voz la penetrara, la cubriera de arriba abajo, la envolviera y la serenara.

Sólo las manos y los ojos de David conseguían más que su voz.

Salvo que la escuchara en vivo, no a miles de kilómetros de distancia el uno del otro.

3

Nunca había estado en El Cairo, así que la primera impresión que recibió nada más salir del avión fue la del golpe de calor, una bofetada de aire que le abrasó la piel y los pulmones. Igual que si se encontrara en Bogotá, Quito o México, a más de dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, lo primero que hizo fue respirar profundamente varias veces, con el objeto de nivelar sus constantes vitales con las que le imponía el exterior. No se trataba del mal de altura, pero para los efectos se le parecía. El fuego que le quemaba fue remitiendo con cada inhalación, aunque a los pocos pasos el primer sudor se pegó a su piel ya de manera indeleble. Un sudor que se convirtió en una pátina de hielo cuando desembocó en la Terminal, fría como un témpano a causa del excesivo aire acondicionado.

Volvió al calor al abandonarla, con una bolsa en una mano y la de viaje en la otra. Seguía moviéndose ligera. Prefería comprar lo que fuera allá donde fuese. También cambió moneda antes de convertirse en egipcia por el tiempo que durase su estancia allí. Se subió a un taxi y le dio la dirección del hotel deletreando cada palabra despacio.

—Hotel Le Meridien Pyramids.

El taxista, un hombre enteco, tocado con una barba de tres centímetros de espesor, la miró por el espejo retrovisor y probablemente calculó las posibilidades de cumplir con la tradición de todos los taxistas de todos los aeropuertos del mundo: engañarla llevándola por el camino más largo. Había decidido ya que sí, que su pasajera era una turista, y además muy joven, cuando Joa frenó sus ansias de hacerse rico a su costa demostrándole que o bien conocía la ciudad o bien venía informada y con mapas a cuestas.

—Por favor, vaya por Shari Ramsés en Abbasiya, después por Shari El Gala hasta Gezira, pasando por el Puente del 6 de Octubre, y desde ahí hacia el sur, ¿entiende?

Se lo dijo despacio, en inglés, y además con signos, para que la comprendiera. El hombre asintió con la cabeza, sin ocultar su contrariedad. Puso el taxi en marcha y se sumergió de inmediato en el caótico tráfico de la capital de Egipto, famosa por sus embotellamientos tanto como por la facilidad con la que, a la postre, los coches conseguían avanzar sin llegar a estar detenidos más allá de unos segundos en cada oportunidad. Una vez comprobado que seguía sus instrucciones, Joa se desentendió del tema. Llevaba demasiadas horas de avión a su espalda, y demasiadas e interminables esperas en los enlaces aeroportuarios como para preocuparse de unos minutos de más o de menos en el último de los trayectos, el que la conducía hasta el hotel para tumbarse sobre una cama de verdad y dormir diez horas, o veinte si se lo pedía el cuerpo.

Y si el tipo le daba una vuelta de más, al diablo con él.

No llegó a adormilarse, pero casi. La capturó la intensidad de lo que veía al otro lado de la ventanilla, el abigarramiento humano, la densidad de cuerpos y automóviles pugnando por un hueco, un espacio vital en aquel caos organizado y desmedido. En los siguientes minutos sólo en una ocasión el taxista le preguntó algo que no entendió, mientras que en otra, ella le pidió que bajara el aire acondicionado.

El hombre no podía dar crédito a lo que oía.

—No wind? —chapurreó.

—No, no wind, no cold, thank you -asintió para que quedara claro.

El conductor bajó el aire sin ocultar su enfado.

Llegó al hotel Le Meridien Pyramids anocheciendo, cuarenta minutos después de haber subido al taxi, y le entregó el importe exacto, añadiendo una propina de un cinco por ciento. Eso le alegró la cara al conductor. Años atrás el precio se pactaba antes de iniciarse el trayecto, pero hasta en eso se había

modernizado el país.

Un mozo uniformado recogió sus bolsas y la condujo hasta la recepción. Un recepcionista no menos uniformado, con perfecto dominio del inglés, se encargó de preguntarle si tenía reserva y luego asegurarle que el hotel estaba lleno. Joa no alteró para nada sus facciones. Conocía el cuento. Sacó su VISA y pidió dos suites en una planta de no fumadores. La cara del recepcionista cambió como la del taxista frente a la propina. Ningún problema tratándose de suites. Nada que añadir. Salvo por lo de que fueran dos.

Miró a espaldas de Joa, buscando a alguien más.

—Dos suites —le remarcó ella—. Con una puerta de intercomunicación. ¿Es posible? Era posible.

Clientes más raros había visto el recepcionista. Por ejemplo algunas estrellas del rock.

Ya no hubo más preguntas. Los trámites fueron rápidos. Una firma en la identificación de acceso a todos los servicios del hotel, como el restaurante a la hora del desayuno, y las dos tarjetas-llave con los códigos de sus dos puertas fueron a parar a sus manos. El mozo de las maletas la precedió hasta las alturas, abrió la primera suite y trató de explicarle el funcionamiento de todo el continente. Joa le puso en la mano cinco euros y eso bastó para que el joven se marchara sin insistir. Otro hotel.

Otra sensación de vértigo y ahogo.

Primero bajó el aire acondicionado. Después abrió la puerta de intercomunicación de ambas suites y la dejó así. Era un ritual. No quería que la sorprendieran en una habitación sin escapatoria. Necesitaba saber que disponía de una salida en la retaguardia. Quizá se estuviese volviendo paranoica, pero no olvidaba sus experiencias en Yucatán con los jueces o con el propio David.

El intruso más maravilloso de su vida.

Tras comprobar puertas y ventanas, vaciló entre tumbarse en la cama

cinco minutos o tomar un baño que la relajara aún más. Escogió lo segundo, porque si se tumbaba en la cama se quedaría frita en un abrir y cerrar de ojos. Y antes quería telefonear a Gonzalo Nieto, advertirle de que ya se encontraba en El Cairo.

Cuanto antes le viera, casi con toda seguridad al día siguiente, mejor.

Fue al cuarto de baño, abrió la llave de la bañera al máximo, graduó la temperatura y se desnudó sin recoger la ropa del suelo. Antes de sumergirse en el agua fue a por el móvil y se dio cuenta de que lo tenía sin batería.

El cargador estaba en la bolsa de viaje. Lo conectó en la toma de corriente de 220 y caminó hasta la mesita de noche para realizar la llamada desde el teléfono del hotel. Siguió las instrucciones, marcó el cero y después el número del arqueólogo.

La señal zumbó al otro lado de la línea.

Media docena de veces antes de que saltara el buzón de voz.

Parco en palabras pero muy expresivo: «Déjame tu mensaje. Haré lo posible por llamarte aunque no te prometo nada.»

No supo si dejarle ese mensaje o volver a intentarlo al concluir su baño.

Optó por lo primero.

—Gonzalo, soy yo, Georgina -habló despacio—. Acabo de llegar a El Cairo. Estoy en el hotel Le Meridien Pyramids. Tengo el móvil descargado pero en una hora estará operativo, aunque mejor me telefonea al hotel, suite 620. Voy a acostarme en diez minutos, pero puede llamarme cuando quiera, no importa que esté dormida. Usted llámeme, por favor. Espero que podamos vernos mañana, ¿verdad? Estoy realmente nerviosa por... Bueno, ya sabe. Nerviosa e impaciente. No deje de ponerse en contacto conmigo —no supo qué más agregar y se limitó a despedirse con un lacónico-: Gracias.

Dejó el auricular en la horquilla, porque se trataba de un teléfono de corte antiguo, y regresó al baño, con el agua ya a media bañera. No esperó

más y se metió en ella, se sentó sin hacer caso del ardor y quedó así, con la barbilla apoyada en las rodillas y las manos abrazándose las piernas, pensativa. El nivel del agua fue subiendo hasta inyectarle el mismo calor en el resto del cuerpo. Entonces cerró el grifo y se estiró, apoyando la cabeza en el respaldo acolchado. La bañera era grande, y tenía sistema de jacuzzi. No lo conectó por esta vez.

Se sumergió también en algo mucho más profundo que el agua.

El silencio.

Con la mente milagrosamente en blanco.

Diez minutos después, adormilada, supo que no resistiría mucho más aquella bendición, así que se levantó, se secó frotándose piernas y brazos con energía y se dirigió a la cama sin ponerse siquiera un pijama.

Miró el teléfono.

Suspiró.

Otros diez minutos más tarde estaba dormida, con la luz encendida y el teléfono pegado a su cara.

4

La despertó de nuevo el silencio. Abrió los ojos, como tantas otras veces, sin saber a ciencia cierta dónde se encontraba. La luz encendida. La suite. El Cairo.

Pensó en el jet lag y en sus malas pasadas. Por el sopor mental y el cansancio dedujo que apenas si llevaba dormida tres o cuatro horas. Cuando volvió la cabeza y vio la luz del día filtrándose por la rendija de la ventana frunció el ceño. Echarle un vistazo a la hora acabó de desconcertarla.

Las nueve de la mañana.

Llevaba dormida trece horas.

Ininterrumpidas.

—Asombroso —gimió.

Se llevó una mano a la frente y buscó indicios de fiebre. Estaba bien. Con su perfecta genética, otra cosa sí la habría sorprendido. Lo único insoportable era el calor. Había cerrado el aire acondicionado y despertaba empapada. Contó hasta diez, se incorporó haciendo un esfuerzo y lo conectó aunque fuese en su fase mínima, para refrescar el ambiente. A continuación caminó hasta la ventana y corrió las cortinas primero y las viejas persianas después, aunque por lo menos el mecanismo era eléctrico. La golpeó el sol de la mañana cairota y la imagen plácida de los jardines del hotel. La sufre no daba al exterior, sino al interior. La piscina era una espléndida mancha azul en el conjunto dominado por el verdor de las plantas. Ya había dos nadadores impenitentes cruzando su geografía, y media docena de sillas y hamacas ocupadas por candidatos al ocio. Desde la sexta planta del Le Meridien

Pyramids, la última, se divisaban a un lado las tres pirámides de Giza bajo el cielo azul e impoluto de la capital egipcia. Había elegido el hotel precisamente por estar delante de la última de las siete maravillas de la Antigüedad conservadas en el presente. Una imagen arrebatadora.

Trece horas, y probablemente si se acostaba de nuevo dormiría trece más.

—¿Tan cansada estás? —se dijo.

Necesitaba un segundo baño para despejarse, aunque no como el de la noche anterior. Más bien una ducha, y de agua fría. Fue hasta la bañera y primero tuvo que vaciarla, porque se había olvidado del detalle al salir de ella horas antes. Mientras se asomaba a su propio reflejo en el espejo se sintió diez años más vieja. Tenía ojeras, el pelo revuelto y aquella odiosa sensación bucal de pastosidad, además de la cabeza vuelta del revés. Para vencerla se lavó los dientes, a fondo, y después la cara, con agua fría. El ruido de la bañera siendo devorada por el desagüe le disparó otro instinto en sí misma: el de su estómago vacío. Un crujido alarmante. No ingería alimento alguno desde el último de los aviones tomados en su periplo, y no había sido como para disparar cohetes gastronómicos. Antes de salir del cuarto de baño tomó uno de los albornoces de la estantería de las toallas y se lo puso, porque necesitaba un poco de aire frío pero solía soportarlo mal y era mejor prevenir. Cubierta con él regresó a la cama y miró el teléfono.

La lucecita de los mensajes estaba apagada. Aun así quiso asegurarse y llamó a la centralita.

—Disculpe, ¿he recibido alguna llamada en estas horas?

—No, no, señora, ninguna llamada para usted —le informó una correcta voz de mujer en un no menos correcto inglés.

Joa colgó.

¿Cuándo se ponían en marcha los arqueólogos del Valle de los Reyes?

¿Aparecería por el hotel Gonzalo Nieto prescindiendo de llamarla, para dejarla descansar más?

¿Por qué...?

Hizo un gesto de preocupación.

Recuperó su teléfono móvil, ya cargado, y tras abrirlo marcó el número del hombre que la había traído hasta allí en cuarenta y ocho horas, atravesando medio mundo en diferentes vuelos. Cuando lo aplicó en su oído se repitió la misma cadencia que la noche pasada: escuchó seis tonos antes de que apareciera el buzón de voz en la línea.

—Déjame tu mensaje. Haré lo posible por llamarte aunque no te prometo nada.

En esta ocasión fue mucho más parca.

—Gonzalo, soy yo. Dígame algo, por favor.

Cortó y se quedó con el móvil en la mano, pensativa.

Luego lo dejó en la cama y se incorporó de nuevo, para regresar al cuarto de baño.

Fue entonces cuando vio el sobre, a unos veinte centímetros de la base de la puerta. Un sobre echado a mano por la ranura inferior.

El mensaje del profesor.

No se molestó en razonar su precipitada observación. Acudió al encuentro del sobre, lo recogió del suelo y lo rasgó por la solapa con ansiedad. En el exterior sólo venía escrito el número de su habitación. Dentro había una hoja de papel que extrajo con la misma premura.

Podía esperar cualquier cosa menos aquello.

5 PM

Adivinó que el texto hacía referencia a una hora, post meridian: las cinco de la tarde o 17:00 horas.

El cartucho era otra historia. Aunque sabía que lo había visto en alguna parte. Un cartucho egipcio, con un nombre.

Parpadeó.

El golpeteo en la puerta la arrancó de su abstracción y la asustó. El sobresalto hizo que mirara hacia ella con irritación. Luego recordó que no había puesto el cartelito de «No molestar» en el exterior, así que era culpa suya.

—¡Vuelva más tarde! -gritó.

Los golpes se repitieron.

Se resignó, metió el sobre y la hoja de papel en el bolsillo del albornoz y

caminó hasta la puerta. La abrió sólo unos centímetros para decirle a quien fuera, probablemente la mujer que vendría a arreglarle la habitación, lo mismo, que volviera más tarde.

Sin embargo, no vio a una mujer, sino a dos hombres.

Uno de ellos, el de detrás, uniformado.

Un policía.

—¿Señorita Mir? -el que iba de paisano, el primero, curvó los labios de oreja a oreja y le mostró dos filas de blancos dientes—. ¿Señorita Georgina Mir?

Convertía la erre de Mir en el petardeo de una moto a baja intensidad.

—¿Sí?

—¿Podemos entrar?

No tuvo tiempo de negarse. El hombre colocó la mano en la puerta con la suficiente firmeza como para que no quedara lugar a dudas acerca de sus intenciones. La abrió y pasó por su lado observando aquella suntuosidad.

—¡Oiga...!

En la mano de su visitante apareció una credencial. —Inspector Sharif —detuvo su conato de protesta—. Kafir Sharif.

Joa alzó las cejas.

Si era un sistema de bienvenida cairota para los turistas, resultaba bastante rápido y efectivo.

El hombre de uniforme también se coló en la habitación. Fue él quien cerró la puerta y se quedó en ella, de guardia, manos unidas, piernas abiertas. Una posición de lo más marcial.

—No entiendo... -se aseguró de que el albornoz la cubriera por completo,

de arriba abajo—. ¿Qué está sucediendo aquí?

El inspector dejó de examinar la suite. Se concentró en ella. Seguía sonriendo. Era un hombre alto y delgado, de cabello muy negro, ojos brillantes, casi húmedos, como muchos árabes, y con un bigotito que cruzaba su cara de lado a lado otorgándole un cierto aire mefistofélico. Vestía con exquisita corrección.

—¿Mi inglés es bastante bueno para usted? ¿Sí? —se inclinó cortésmente.

—¿Podría por favor explicarme por qué irrumpe la policía en la habitación de una mujer recién levantada y recién llegada a la ciudad? —obvió la respuesta a su pregunta.

—Asunto urgente reclama atención.

—¿Qué clase de asunto? El inspector Sharif se tomó su tiempo. Continuó observándola.

Se detuvo un par de segundos en sus pies descalzos. Para Joa fue igual que si violara todavía más su intimidad. Se sintió desnuda.

—¿Qué clase de asunto, inspector? —se puso a la defensiva ella.

—Profesor Gonzalo Nieto..., ¿amigo suyo?

Una descarga de energía le aceleró la circulación de la sangre.

—Sí —dijo.

—Usted llama a profesor recién llegada a El Cairo, anoche.

—¿Cómo sabe...?

—Profesor Gonzalo Nieto llama a usted hace dos días —la detuvo.

—Sí...

—Usted aquí, rápido.

—Oiga —su paciencia llegó casi al límite—, ¿quiere decirme de una vez qué está sucediendo?

—Creía diría usted -Kafir Sharif dejó de sonreír y abrió sus dos manos mostrándole las palmas desnudas.

—¿Yo?

—Profesor Gonzalo Nieto sólo llamó tres personas en últimos tres días, antes suceso.

La percepción de que algo iba mal se disparó en su mente.

Muy, muy mal.

—¿De qué... suceso me habla?

La respuesta acabó de conmocionarla, sacudiendo su cuerpo pero aún más su cabeza.

—Profesor español murió, señorita Georgina Mir. Mismo día llama a usted.

No había ningún lugar en el que apoyarse. Estaba sola, en mitad de la suite, con el policía de uniforme a su espalda, en la puerta, y el inspector Sharif delante, a un par de pasos, con sus ojos escrutándola a la espera de cualquier indicio delator.

—¿Cómo...? —vaciló Joa ante aquella inesperada realidad.

—Asesinado —fue todavía más directo su visitante, para acabar de machacar los restos de su estado de ánimo.

5

Sorbió la taza de té haciendo un gesto de repugnancia.

—¿No es bueno? -mostró tristeza Kafir Sharif.

—No es eso, es que no suelo tomar té, lo siento.

—Ayuda.

Joa dejó la tacita en la mesa. No era un calabozo, pero salvo por los muebles, los archivos, los equipos informáticos, los mapas de las paredes y la ventana, podía haberlo sido. La comisaría rezumaba años, historia.

—Quisiera llamar a mi embajada.

—¿Por qué? -se extrañó su anfitrión.

—¿A usted qué le parece?

—No detenida.

—Entonces podría haberme interrogado en mi hotel.

—Es... protocolo —abarcó el entorno con las dos manos—. Procedimiento, ¿entiende?

—¿Va a dejarme llamar?

—Claro. Si quiere...

—Ahora.

—Ahora no -movió la cabeza de lado a lado—. Más tarde, si insiste. Pero aseguro yo que sale enseguida.

Se había vestido, a toda prisa, para acabar con aquello cuanto antes, y de pronto recordaba haber dejado la nota en el bolsillo del albornoz. Confiaba en que la camarera no lavara la prenda por el simple hecho de haberlo usado, como las toallas, sin examinar los bolsillos.

De cualquier manera tenía memorizado el cartucho. Ahora buscaba por entre los recovecos de su memoria dónde lo había visto antes, en algún libro, en algún trabajo de su padre, en casa...

—Disculpe —quiso dejarlo claro—, pero cuando mataron al profesor yo estaba a miles de kilómetros de distancia. Esto no tiene ningún sentido. ¡Ya he respondido a todas sus preguntas! ¡No sé nada! ¡No puedo decirle nada más!

—Usted no contesta a todas -la corrigió el policía.

—¡Había visto a Gonzalo Nieto tres o cuatro veces en mi vida!

—Pero llama a usted, y usted viene.

—¡No sé por qué me llamó! ¡No me dijo nada! ¡Sólo que había encontrado algo importante! ¡Mi padre era arqueólogo, como él, y a mí me interesa también la arqueología! ¡No hay más relación!

—Y sólo con decir «encontrado algo importante», usted vuela desde Asia.

—¡Sí!

—¿No dice qué es «importante»?

—¡No!

—¿Un indicio, una palabra..., algo?

—¡No! ¡Si escuchó el mensaje que le dejé sabrá que digo la verdad!

Kafir Sharif hundió en ella sus húmedos ojos negros. Curvó la comisura derecha de sus labios hacia arriba y chasqueó la lengua. Tras asentir con la cabeza de forma imperceptible, la apoyó sobre las manos. Estaba sentado en

su butaca, tras su mesa. Joa ocupaba una silla al otro lado. Hacía calor. Un triste ventilador no eliminaba la sensación de bochorno.

—¿Por qué no ayuda? —suspiró el hombre.

—¡Estoy ayudando! —Ayudando furiosa.

—¿Cómo quiere que esté? Han asesinado a un viejo amigo de mi padre, estoy resentida del cansancio del viaje, no me he duchado, estoy muerta de hambre, ¡y llevo dos horas en una comisaría egipcia! No puedo contarle más de lo que sé.

—Haga esfuerzo.

—¡Ya lo hago!

—Gritar es malo.

—¡Yo no grito!

Kafir Sharif esbozó una sonrisa. Hizo de policía bueno.

—Su padre, profesor Julián Mir, gran arqueólogo.

—Sí.

—Mucha información en Internet.

—Lo sé.

—Desapareció.

Joa se llevó una mano a la cabeza y cerró los ojos. No quería irritarse. No quería sentir la rabia. No podía permitirse el lujo de estallar allí. Controlaba sus poderes, pero no tanto como para que a veces, en ocasiones, todavía se le desbocaran.

—¿Puedo preguntarle yo algo?

—Adelante —la invitó el inspector.

—Me ha dicho que el profesor Nieto hizo tres llamadas desde su móvil en los días previos a su muerte.

—Sí.

—¿A quién hizo las otras dos llamadas?

Creía que no le respondería, o que le saldría con que era información confidencial como parte de la investigación. No fue así.

—Museo en España, y otro número también España. Estamos investigando.

Ya sabía a quién más había llamado, pero eso no quería decírselo a ella.

—¿Puedo ver el cadáver?

—¿Quiere?

—Sí.

—No puede.

Joa soltó un bufido cargándose de paciencia. -¿A quién han avisado para hacerse cargo del cuerpo?

—Hijo del profesor llegó ayer para papeleo y trámites.

—¿Carlos Nieto está aquí?

—No en comisaría. En El Cairo.

—¿En qué hotel?

—Cosmopolitan.

Tenía otra pregunta. Y la hizo. A bocajarro, aprovechando la inercia de

los últimos instantes.

—¿Cómo le mataron?

Kafir Sharif se lo tomó con calma.

A veces, más que mirarla, la penetraba con aquellas lanzas líquidas. Lo peor era el bigote negro, largo y estrecho, tan siniestro como el de un falso malo de una película antigua.

—Tres dagas -dijo despacio—. Una corazón, otra garganta, otra cabeza.

—No lo dirá en serio.

—Sí, digo en serio -se quedó perplejo por la observación.

—Suena a... un ritual —frunció el ceño Joa—. ¿Sabe qué significa?

El silencio fue opresivo.

—¿Y usted? —dijo a su término el inspector.

—No, por supuesto.

Sus ojos chocaron a mitad de camino de sí mismos.

Joa intentó meterse en su mente, pero estaba confundida y cansada. Y además, no siempre resultaba. Aun así, supo que su anfitrión mentía.

—¿Le mataron en ese callejón del que me ha hablado?

—No. Le mataron en otra parte. Llevaron cuerpo a callejón.

No podía tratarse de una casualidad. Gonzalo Nieto había muerto por culpa de su llamada, por haber encontrado algo. Algo importante.

¿Y quién había querido impedir que se lo contara a ella?

¿Por qué?

No podía entrar en la mente de Kafir Sharif, pero se sintió como si él sí pudiera hacerlo con la suya.

—Señorita Georgina Mir -de nuevo la erre pronunciada con excesiva vibración—, ¿alguien pone en contacto con usted?

—Llegué anoche, y esta mañana me han arrancado de la cama. ¿Cómo quiere que alguien...?

—Yo pregunto.

—Si habla con la telefonista del hotel, comprobará que no he tenido llamadas.

—He hablado. ¿Tuvo visitas?

Quien le hubiera dejado la nota debajo de la puerta lo había hecho en persona, colándose en el hotel. No se la entregó a un botones. De otra forma el policía lo habría averiguado.

Eso significaba que alguien sabía que ella estaba allí, y que había actuado discretamente para citarla mediante una clave.

¿Una clave para ponerla a prueba?

—Esto es mala publicidad de mi país -consideró el hombre de pronto—. Famoso arqueólogo muerto. Leyendas de tumbas faraónicas vuelven. Momias cobran vida, venganzas..., y americanos hacen película barata.

—Los americanos siempre hacen películas baratas sin necesidad de excusas.

—¿Conoce leyenda tumba Tutankhamon?

—Todos murieron tras abrirla, sí.

El policía hizo un expresivo gesto con las manos y movió la cabeza, a modo de mal actor de comedia ante lo irremediable.

—¿Tiene algo más que preguntarme, inspector?

—No —reconoció él.

Joa se puso en pie.

—¿Puedo irme entonces?

La mirada de Kafir Sharif fue larga, pesarosa, falsamente rendida.

—Sí, puede marchar, señorita Georgina Mir -concedió-. Pero retengo pasaporte, ¿sí? Seguro que usted comprende.

No quiso discutírselo.

Sólo necesitaba salir de allí y respirar el aire de la libertad, aunque fuese en el horno exterior.

6

El hotel Cosmopolitan era mucho más discreto que el Le Meridien Pyramids. Un tres estrellas. Un edificio rectangular, añejo, puro art nouveau centenario, situado en el centro y carente de lujos excesivos aunque confortable. El taxi la dejó en la entrada y, aun siendo consciente de que tal vez la siguieran los hombres de Kafir Sharif, ni siquiera volvió la cabeza para otear el panorama. En la recepción la informaron de que Carlos Nieto se encontraba en su habitación, y que ésta era la número 217. Por si acaso, utilizó uno de los teléfonos de comunicación interior para llamarle. Quizá descansara, tomara un baño o prefiriera estar solo.

—¿Sí? —escuchó la voz del hijo de Gonzalo Nieto.

—¿Carlos? Soy Georgina Mir.

—Georgina, claro. ¿Puedes subir?

—Por supuesto.

Colgó y se dio cuenta de que no había respirado durante los tres segundos de duración de la breve conversación.

La policía ya le había hablado de ella, de la llamada a Camboya por parte de su padre. Ninguna sorpresa por ese lado. Mientras subía en el ascensor evocó la figura del hombre al que iba a ver. Si a su padre le había visto escasamente unas pocas veces en aquellos años, a él sólo le recordaba de una ocasión, en un encuentro casual. Hablaron lo justo, cinco minutos, y por supuesto de trivialidades, que es de lo único que se puede hablar en momentos fortuitos siendo acompañantes de sus respectivos mayores. La memoria le retrotrajo la imagen de un tipo mediocre, hijo de una celebridad arqueológica, aspecto discreto, nula relevancia y poco más. Su memoria fotográfica hizo el resto. Lo colocó en un rincón y ahí se quedó. Hasta ahora.

Carlos la esperaba en la puerta de su habitación. Vestía unos cómodos pantalones de hilo y una camiseta con el anagrama de Nike sobre el corazón. Todo blanco. Calzaba sandalias y su aspecto era el de un hippy reciclado. Lucía una comedida barba de una semana, cuidada, y su escaso cabello le hacía aparentar mayor edad que los cuarenta que rondaba. El único hijo de Gonzalo Nieto abrió sus brazos al aproximarse ella y los dos se fundieron en un cuerpo a cuerpo de paz y dolor.

—Lo siento —le susurró ella al oído.

—Pasa —la invitó al concluir la muestra de afecto.

Joa se encontró en una habitación pequeña y mal iluminada. Lo primero lo eran todas en la mayoría de los hoteles discretos, pero aquélla se le antojó peor. En su sui-tc, y más si contaba que disfrutaba de dos, podía caminar, desplazarse, sentirse libre. Allí, por el contrario, la sensación de cárcel se acentuaba. Cárcel y agobio. Trató de ignorarlo y se detuvo entre la cama y la única silla disponible, junto a una mesita cubierta de papeles, documentos y objetos personales de su dueño. La ventana estaba cerrada y el aire acondicionado a la mitad de su potencia. Venía del exterior así que agradeció

la sensación de frescor, que no de gelidez.

—Siéntate -la invitó Carlos.

Ocupó la silla y él lo hizo en la cama, de cara a ella, inclinado sobre sí mismo.

—Ni siquiera sé qué decir -suspiró Joa para romper un poco el impasse.

—Supongo que es un palo para todos.

—Claro.

—Siempre creí que mi padre moriría sepultado en una excavación, o de un infarto tras descubrir el mayor tesoro de la historia de la arqueología, pero asesinado... Es tan absurdo.

—¿Sabes que me llamó por teléfono?

—Sí, me lo ha dicho la policía. Por eso te esperaba.

—Me dijo que formaba parte del grupo español que excavaba una de las nuevas tumbas encontradas en el Valle de los Reyes.

—Sí, la TT47. Prometía mucho. Y promete. Sólo llevaban un par de meses aquí y se calcula que hay para tres, cuatro, quizá cinco años.

—¿Tienes idea de qué...?

—No —movió la cabeza de lado a lado—. Los de la embajada de España me llamaron por teléfono y me lo soltaron. Desde que llegué ayer, no he parado. Papeleo y todo eso. Ni siquiera me he hecho a la idea.

—¿Has visto el cadáver?

—Sí.

—Lo de las tres dagas...

—Extraño, ¿no? -Carlos Nieto arrugó sus facciones-. Suena a cosa... extravagante. —Inquietante, diría yo.

—No estoy a la altura de mi padre en temas egipcios, pero sé que hace años una secta mataba de esa forma a las personas a las que sentenciaban a muerte.

—¿Qué secta?

—No lo recuerdo. Es esa clase de leyenda que se te queda grabada después de haberlo leído en alguna parte. Ni siquiera estoy seguro al cien por cien de que sea verdadera. Me suena y nada más. Mataban a quienes desafiaban a sus dioses.

—El inspector de policía que acaba de interrogarme debe de conocerla. No me ha dicho nada cuando le he comentado que eso de las tres dagas sonaba a ritual. Se ha limitado a sostenerme la mirada y mantener silencio. Muy gráfico.

—El inspector Kafir Sharif —suspiró Carlos Nieto.

—Sí.

—Un tipo extraño.

—Demasiado.

—¿Por qué te ha interrogado a ti?

—Por la llamada que me hizo tu padre. Estaba en Angkor y cogí el primer avión que encontré para venir aquí. Llegué anoche, le telefoneé, le dejé un mensaje en el buzón de voz y esta mañana ya tenía a la policía en mi puerta.

—¿Eres sospechosa?

—No, pero han de hacer algo. Esto será un escándalo internacional, no tan sólo para la comunidad científica. Tu padre no era un cualquiera.

—¿Qué te dijo por teléfono para que hicieras ese viaje?

—Sabes que mis padres desaparecieron, ¿verdad? -Sí.

—¿Algo más?

—No.

—¿No te comentó nada el tuyo sobre la naturaleza de mi madre, la búsqueda de mi padre...?

—No, ni una palabra, ¿por qué?

—Bueno, es un misterio -obvió mayores explicaciones—. Tu padre me dijo que había encontrado algo, una especie de puerta.

La expresión de Carlos Nieto fue la de un jugador de póquer sorprendido con una doble pareja teniendo una escalera de color.

—¿Una... puerta?

—No me aclaró nada más. Me pidió que viniera a verle y es lo que he hecho. Si tú no sabes algo nuevo...

—¿Yo? ¿Crees que mi padre me llamaba cada noche para decirme qué había encontrado o qué estaba haciendo? Gonzalo Nieto vivía en su mundo, y a veces ese mundo era tan cerrado y solitario que nadie tenía acceso a él, y menos desde que murió mi madre. ¿Qué te ha dicho la policía cuando has contado eso de la puerta?

—No se lo he contado.

—¿Por qué no? -volvió a sorprenderse Carlos.

—No me fío de ellos.

—Tiene gracia —soltó un bufido de sarcasmo—. Mi padre solía hablar mucho de ti. Decía que eras una de las personas más intuitivas que jamás había conocido, y con un cerebro privilegiado.

—Supongo que me tenía cariño, me conoció siendo una niña —fingió

indiferencia ella.

Les sobrevino un breve silencio. Una readaptación de sus papeles en el drama. Compartían dolor, pero también el peor de los males: el de la ignorancia.

Lejos de casa, con un cadáver en algún lugar de El Cairo, omnipresente.

—¿Tu padre tenía hotel aquí?

—No, vivía en el mismo Valle de los Reyes, en una de esas lujosas tiendas de campaña que utilizan ellos para no perder horas en los desplazamientos.

—Así que sus cosas están allá.

—Sí.

—¿Cuándo te harás cargo de ellas?

—Pensaba ir mañana, temprano.

—¿En coche?

—No. En avión.

—¿Puedo acompañarte?

—Me encantará. Siempre es mejor tener compañía.

Su mirada dejó de ser la de un amigo para convertirse en la de un hombre. Joa se sintió un poco violenta.

No era la primera vez que la miraban como una mujer desde que cumplió los dieciséis o los diecisiete, pero la intención de Carlos la pilló desprevenida.

—Hay algo que no entiendo —recuperó el hilo de sus pensamientos—. Si lo mataron el mismo día que me llamó por teléfono, ¿qué hacía en El Cairo?

No creo que se viniese aquí ya a esperarme. Era viernes. Y si estaba en El Cairo tenía que dormir en algún lugar, ¿no?

—¿Y si llevaba algo encima y por eso le asesinaron, para quitárselo?

Una puerta, o una llave para abrirla.

Conjeturas.

—Crees que le mataron por mi culpa, ¿verdad? —se aventuró a decir.

—¿Quieres castigarte con esa idea?

No podía hablarle de otro castigo: el de su esperanza rota.

Fuese lo que fuese lo que hubiera encontrado Gonzalo Nieto, probablemente nunca lo sabría.

—Escucha, he de salir —el dueño de la habitación se puso en pie con un gesto de cansancio-. Puedes acompañarme si quieres, aunque se trata de más burocracia, papeleo y todo lo demás, por mucho que los de la embajada ayuden en ello.

—Yo también tengo cosas que hacer -se justificó Joa imitando su gesto de ponerse en pie-. Han sido unas horas... difíciles. Estoy reventada, muerta de hambre, somnolienta...

—¿Y esta noche? ¿Quieres que cenemos juntos? Me encantaría que me acompañaras.

No tenía escapatoria. Dos españoles en El Cairo, uno con el padre asesinado y ella con sentimientos de culpabilidad. Negarse habría sido de dudoso gusto. Poner excusas, un modo nada sutil de insultarle. Carlos Nieto era un misterio, nada más. Incluso por piedad merecía un poco de apoyo moral. Las solitarias noches de hotel ya eran bastante deprimentes sin que hubiera un cadáver cerca. A las personas había que darles un margen de confianza.

—Me encantará —asintió envolviéndole con una sonrisa de gratitud.

—¿Horario egipcio? Entonces a las siete y media, aquí mismo. Hay algunos restaurantes cerca.

—De acuerdo.

Ella le tendió la mano. Carlos Nieto la ignoró. Volvió a abrazarla y le dio un beso en la mejilla. Fuerte.

—Gracias —le oyó susurrar.

Dos pasos y llegó a la puerta. Otro más y abandonó la habitación.

—Cuídate, Carlos. Sé que es el peor de los malos tragos.

Le dio pena dejarle solo.

Su rostro lo decía todo.

Perdido.

—Hasta luego, Georgina.

Al llegar a la calle se sintió medio mareada y decidió que ya era hora de comer algo.

7

Hubiera preferido ir a su hotel, descansar después de la comilona que acababa de meterse en el cuerpo, dormir un par de horas y disfrutar del servicio de Internet que le garantizaba el hecho de hallarse en un establecimiento de cinco estrellas, pero eso habría representado un precioso tiempo perdido en la ida, y otro aún más generoso casi con toda seguridad en la vuelta, a una clásica hora punta en cualquier megalópolis del mundo. Tenía una cita a las 5 p.m. aunque no tuviera ni idea de dónde. Era lo primero que se disponía a averiguar. Aunque seguía sin comprender el porqué del misterio, salvo que su anónimo convocante la probara y quisiera comprobar si valía la pena hablar con ella de lo que fuese.

Joa miró a derecha e izquierda, para orientarse o descubrir la presencia de algún cybercafé próximo. Entonces le vio.

Se apartó demasiado rápido, y disimuló demasiado ostensiblemente.

Era un hombre, árabe, treinta y tantos. Vestía una chilaba blanca hasta los pies y llevaba una generosa barba. Lo tenía a unos quince metros. Atrapado y desguarnecido, primero se puso de espaldas, luego se agachó para fingir atarse algo que no llevaba, y finalmente se levantó y echó a andar en dirección contraria, hasta la siguiente esquina. Joa esperó.

Cuando hubo soltado todo el aire retenido en sus pulmones, continuó su marcha, en sentido contrario al de su presunto espía.

¿Y si empezaba a volverse paranoica?

Encontró un cybercafé a cien pasos del restaurante y se coló dentro. Aire acondicionado al máximo. Pensó que lo mejor sería tener siempre a mano algo para echarse por encima de los hombros o acabaría con la garganta hecha polvo. El dependiente, un muchacho más o menos de su edad, dientes salidos, nariz grande, le regaló la mejor de las sonrisas y quiso tontear con ella el tiempo justo, haciéndole preguntas dispares sobre si era italiana, francesa o española, antes de que Joa se metiera en un cubículo angosto, con paredes de linóleo, y se sentara en un taburete dispuesta a navegar por la red.

Recuperó en su memoria el cartucho dibujado en el papel guardado en el bolsillo de su albornoz.

Entró en Google y tecleó tres palabras: «cartucho», «jeroglífico» y «Egipto». Pulsó entry esperó. El buscador le dijo que tres millones y medio de webs tenían alguno de esos ingredientes semánticos. Se orientó por las primeras y a los cinco minutos ya no tuvo que seguir navegando más para dar con lo que perseguía.

En una web encontró los nombres de cien personajes del Antiguo Egipto escritos en jeroglífico y metidos en sus correspondientes cartuchos. Los faraones tenían cinco nombres, siendo los principales el cuarto y el quinto. Los egiptólogos los llamaban «nombre» y «apellido». El quinto, el «nombre», era el dado al rey en el momento de su nacimiento y venía precedido por la expresión «Hijo de Ra». El cuarto, el «apellido», se le otorgaba en la coronación y era precedido por la fórmula «el que pertenece al junco y la abeja». El tercer nombre significaba «Horus de oro». El segundo recordaba a las dos individualidades que compartían el dominio del Nilo, «la diosa

buitre», que reinaba en el sur, y «la diosa cobra», que reinaba en el norte. Se le conocía como «Netby». Por último, el primer nombre era Horus, ya que los faraones estaban considerados como la encarnación de la divinidad. El cuarto y quinto de los apelativos se identificaban fácilmente por hallarse dentro de sus correspondientes cartuchos.

El suyo era el primero de la lista, el más famoso, uno de los que definía a Tutankhamon. Por tanto, el mensaje recibido simplemente decía: Tutankhamon, a las cinco de la tarde. Y todo lo hallado en la más famosa tumba de la historia de la egiptología se encontraba en el Museo Egipcio de El Cairo.

Se mordió el labio inferior, comprobó la hora para calcular su margen y se alegró de tener el suficiente para continuar allí, investigando algo más.

Por si acaso, no sólo para encontrarlo sin problemas, sino para estudiar una vía de escape en caso de necesidad, copió los planos de las plantas del museo. El tesoro de Tutankhamon estaba en la primera, ocupando toda el ala derecha así como el fondo del mismo lado.

Retornó a Google y tecleó algunas palabras al azar: «daga», «secta», «Egipto», «dioses»...

Veinte minutos y trescientas páginas después, comenzó a desanimarse sin saber muy bien qué pistas seguir o en qué terreno moverse.

Lo probó por otros derroteros. Añadió «leyendas» e «historia» a las primeras y eliminó «sectas» y «daga».

Siete minutos después estuvo a punto de soltar un grito.

—¡Sí! -apretó los puños conteniendo la voz.

El chico de los dientes grandes y la prominencia nasal no le quitaba ojo de encima. En cuanto levantaba la cabeza, ahí estaba arropándola con una sonrisa generosa. Esta vez le guiñó un ojo con descaro.

Joa pasó de él.

—Defensores de los Dioses -leyó.

Tan antiguos como la historia de Egipto, tan misteriosos como cualquier leyenda conservada a través de los tiempos, tan secretos que sólo en aquella página encontraba algunas pistas de su identidad.

Sus símbolos eran el ojo, el escarabajo y el gato.

Sacó de su bolso la libreta y el bolígrafo y se dispuso a tomar algunas notas. El resto lo memorizaría. Si era cierto que la seguían, no quería dejar pistas tan fáciles tras de sí como imprimir las páginas que le interesaban, y menos delante del joven encargado del establecimiento, atento a ella.

Descubrió así que los llamados «Defensores de los Dioses» habían surgido en los albores de la primera civilización egipcia con el único fin y objeto de preservar la memoria y la identidad de los habitantes de los cielos, que bajaron de las estrellas para insuflar la vida al mundo.

—Dios... —suspiró Joa.

«Todo está conectado», escuchó la voz de su padre.

Durante cientos de años, los Defensores de los Dioses se limitaron a cuidar el legado ancestral, los lugares sagrados para ellos, aquellos que habían tenido contacto con los visitantes de las estrellas, y también erigieron pequeñas obras en su honor.

Monumentos discretos, nada suntuosos, poco relevantes. Nada que ver con las

pirámides. Para evitar la codicia humana, y aunque ellos, al parecer, eran muchos, optaron por la discreción, la humildad. Los dioses habían sido sabios. En su visita inicial, cuando dieron su aliento a la vida en el mundo, hablaron de la sencillez y la igualdad como dones generosos que debían prevalecer sobre cualquier otro. Desde aquel albor temporal, los Defensores de los Dioses habían cuidado de que nada ni nadie se inmiscuyera en el pasado. Y aún menos en el presente o el futuro de esa historia.

—Sois algo más que una secta, ¿verdad?

Había datos genéricos sobre sus costumbres, su secretismo, la manera en que pasaban de padres a hijos, de generación en generación, el respeto y cuidado de esa memoria.

La web decía que en la actualidad ya no existían miembros de esa secta, que sus últimas apariciones tuvieron lugar en la década de los años veinte del siglo pasado, el momento en que las excavaciones en Egipto sacaron a la luz no pocos de sus tesoros, como el del mismo Tutankhamon. Después..., el silencio.

Extinguidos.

0 quizá, simplemente, ocultos.

¿Para qué manifestarse si nada amenazaba su legado, aquello que cuidaban y preservaban?

Siguió leyendo hasta dar con el ritual que estaba buscando.

El de la muerte.

Los Defensores de los Dioses ajusticiaban a los profanadores con tres dagas distintas. Con una, la de la garganta, silenciaban la voz del sentenciado. Con otra, la de la cabeza, mataban sus pensamientos, le arrancaban la memoria para que no pudiera llevarse al más allá lo que sabía o había visto. Con la tercera daga, la del corazón, le arrebataban la vida.

Era también un gesto de advertencia para los demás.

El resto de la información aportaba algunas curiosidades más: como que el blanco, símbolo de pureza, era el color elegido para su vestimenta; que los hombres llevaban barba y las mujeres el cabello muy corto, y que todos los Defensores de los Dioses llevaban algún tatuaje que representaba su rango jerárquico: si llevaba tatuado en su cuerpo los tres signos, el del ojo, el del escarabajo y el del gato, era un líder, un ejecutor, heredero directo de los sacerdotes de la Antigüedad; con dos de los signos, se trataba de un soldado; si sólo llevaba uno, era un vigilante, un guardián, un militante de base. No había más jerarquías. Tampoco se aportaba en la web qué lugares santos podían quedar en Egipto o si alguno de los restos del pasado era herencia directa de los visitantes de las estrellas. Y mucho menos nada de una puerta, o una llave.

Gonzalo Nieto había estado cerca de algo.

Quizá algo más que cerca.

El taburete era incómodo. Joa se apoyó en la pared. Le dolían los ojos por la pobre luz del cubículo y la cabeza por la concentración y la tensión del momento. Sintió los ojos del dependiente fijos en ella y tuvo deseos de levantarse y darle dos bofetadas. Optó por alzar la cabeza y devolverle la mirada.

Y algo más.

Un destello de ira.

El muchacho apenas si resistió cinco segundos.

Aún le quedaba una hora para su cita, así que Joa continuó navegando por Internet, por si encontraba algo más acerca de los Defensores de los Dioses.

El gran Museo Egipcio de El Cairo, inaugurado en 1902, era un edificio de dos plantas situado en el mismo centro de la ciudad. Lo rodeaba un pequeño jardín decorado con epígrafes y esculturas antiguas y su exterior, de caliza rosada, le confería cierto aire ministerial. Con todos los tesoros desenterrados en el país desde la irrupción de Napoleón, la mayoría en museos extranjeros por derecho de conquista, habrían podido llenarse veinte museos más como él. Y con todos los que, quizá, quedasen todavía ocultos bajo las arenas, cien.

La planta baja ofrecía aspectos de la Prehistoria y de los Imperios Antiguo, Medio y Nuevo, así como del período Amarna, el Tardío y el Grecorromano. Las estatuas de Amenhotep III y de la reina Tie dominaban el fondo del enorme atrio con solemnidad. En el primer piso se mostraban sillas reales, objetos funerarios, joyas, estatuillas, objetos de la vida cotidiana y, por supuesto, el tesoro de Tutankhamon al completo, incluidos su máscara y su féretro, todo lo hallado por Howard Cárter a las dos de la tarde del 26 de noviembre de 1922, cuando penetró en la tumba que llevaba sellada y a salvo de saqueadores desde hacía tres mil trescientos años en lo más profundo del Valle de los Reyes. Ni en un día completo ni en dos, el visitante podía acabar de ver el museo si quería hacer un recorrido relativamente provechoso.

Joa comprobó su reloj.

Cinco minutos para las cinco de la tarde. El museo pronto cerraría sus puertas.

Durante años había estado esperando un momento como aquél, el privilegio de poder asomarse a la Historia, ver aquello que ahora pertenecía al mundo. Y cuando por fin estaba en Egipto, en el museo, rodeada por la magia del legado del joven rey del que no se habría sabido nada de no ser por el hallazgo de su tumba, lo único que hacía ella era mirar a su alrededor y comprobar su reloj cada diez segundos.

¿Y si estaba equivocada? ¿Y si la cita con su misterioso mensajero del hotel no era allí?

Las cinco en punto.

Contempló la máscara de Tutankhamon, sintiéndose atravesada por aquella mirada inexpresiva. Tutankhamon significaba «Símbolo Vivo de Amón». En realidad la grafía correcta era TUT ANK AMON.

Las cinco y cinco minutos.

Se había equivocado. No cabía la menor duda. La cita era en otro lugar. Eso la hizo sentirse rabiosa. Ya no tenía nada que hacer allí. Quizá aprovechar el tiempo, ver algo más del museo, pero no se sentía con fuerzas ni ánimos para hacer de turista. El misterioso mensaje de la mañana la acababa de conducir a una incógnita pendiente.

Las cinco y diez minutos.

Miró a las personas que se arremolinaban en la sala, todos extranjeros, y buscó en ellos un atisbo de esperanza. Pero nadie se fijaba en ella. Allí dentro era una más, aunque sin cámara fotográfica.

—Se acabó —suspiró rendida.

Dio media vuelta y salió de la sala principal dispuesta a enfilar las escaleras que la conducirían a la planta baja. Se detuvo un segundo frente a una estatua, por simple inercia, porque era una talla impresionante, y entonces alguien pasó por su lado.

Escuchó el susurro en su oído.

—Sígame.

No se sobresaltó. Contuvo incluso el deseo de volver la cabeza abruptamente. Retomó la marcha y fue tras los pasos del misterioso personaje fingiendo mirar a ambos lados. De espaldas parecía un hombre mayor, caminaba ligeramente encorvado y más que levantar los pies los arrastraba. Vestía un gastado traje occidental y los cabellos que orlaban la laguna de su

nuca eran blanquecinos, más bien amarillentos.

Los dos descendieron por las escalinatas.

Salieron al exterior.

A los diez pasos, delante de uno de los ventanales de la izquierda y frente a la alta palmera que dominaba aquella zona del jardín, el hombre se detuvo y se colocó de cara a ella. No se había equivocado, era un hombre mayor, con bolsas en los ojos, mejillas flácidas, papada de gallo y cabello amarillento. Llevaba gafas para corregir una fuerte miopía.

Su rostro denotaba tensión.

—Vayase —fue lo primero que le dijo-. Está en peligro. Joa esperaba cualquier cosa menos aquella advertencia.

—¿Quién es usted?

—Eso no importa —su inglés era bueno, mejor que el del inspector Sharif, aunque con marcado acento árabe, de aristas duras y tono cortante—. Vayase de El Cairo, vayase de Egipto.

—¿Me ha citado aquí, de forma tan misteriosa, con esa enigmática nota en la puerta de mi hotel, para decirme eso?

—Quería saber si era quien se supone que es, de ahí la sencilla clave. Si usted la interpretaba...

No le dijo que era un tanto melodramático. Había demasiadas preguntas que hacer.

—¿Cómo sabía que estaba en Le Meridien si apenas llegué anoche...? —de pronto recordó que se lo había dicho a Gonzalo Nieto por teléfono-. ¡Usted habló con él antes de...!

—Por favor... -la detuvo más y más dolorido.

—De acuerdo -se cruzó de brazos—. Ha dicho que si interpretaba la

clave usted sabría que soy quien se supone que debo ser. Muy bien: ¿quién se supone entonces que soy?

—La hija del profesor Julián Mir.

—¿Conoció a mi padre? —Joa alzó las cejas.

—Sí, por supuesto. Un gran hombre, un buen arqueólogo, como Gonzalo Nieto —su expresión se revistió de angustia al recordar por qué estaban allí, y paseó una nerviosa mirada a su alrededor antes de insistir—: ¡Vayase, señorita, por su bien, vayase!

—No pienso hacerlo —fue categórica.

—Por favor... —parecía a punto de echarse a llorar.

—Dígame quién es usted.

—Un viejo amigo, nada más.

—¿Su nombre?

—No, no... —movió la cabeza de lado a lado y abrió ambas manos con impotencia—. Es demasiado... complicado.

—Entonces dígame por qué estoy en peligro.

—¡Mataron al profesor Nieto!

—¿Qué encontró? Me hizo venir desde el otro lado del mundo asegurándome haber dado con algo.

—¿De qué le habló exactamente?

—De una puerta, o una llave para abrirla.

El hombre cerró los ojos, súbitamente cansado. Sus labios expulsaron una bocanada de aire.

—Su padre desapareció, ¿verdad? Y ahora han matado al profesor. ¿No le dice nada todo esto?

Oficialmente Julián Mir estaba desaparecido, sí. La realidad era demasiado insostenible. ¿Cómo revelar que había subido de forma voluntaria a una nave extraterrestre, siguiendo los pasos de su esposa, una de las cincuenta y dos hijas de las tormentas? Optó por seguir formulando las preguntas en lugar de responder.

—¿Encontró algo Gonzalo Nieto en las excavaciones del Valle de los Reyes?

—El tenía una teoría.

—¿Cuál?

—No hablaba de ello. ¡Un científico sólo habla cuando está seguro de lo que dice! ¡Nada de especulaciones! Llevaba días excitado. Pero esa tumba apenas si está empezando a mostrar sus secretos. Hay muy poco excavado aún.

—Tuvo que ver algo.

—No lo dijo -lo justificó abriendo de nuevo las manos.

—¿Le habló de mí?

—Iba a llamarla. Y la llamó, puesto que está aquí. Yo le pregunté, pero sólo me devolvió una sonrisa. El profesor Nieto siempre sonreía, feliz. Dijo que sólo usted lo entendería.

—¿Sólo yo?

—Sí.

Iba a perderle. Alargaba lo que podía la conversación, para liarle, hacerle soltar la lengua, provocar su rendición, pero el hombre se agitaba más y más, mirando de forma acusada y temerosa a su alrededor.

Jugó fuerte.

—¿Qué sabe de los Defensores de los Dioses? Provocó la reacción que esperaba. Incluso mucho más. Su interlocutor quedó paralizado. Su mandíbula inferior se descolgó falta de vida. Sus ojos la taladraron con un destello de miedo.

—¿Cómo...?

—¿Dónde están?

—No existen —lo negó con un exceso de énfasis—. ¿De dónde ha sacado...?

—Es su forma de matar, ¿no? Tres dagas. Y siguen protegiendo a los dioses.

—¡Es una leyenda!

—Si es así, alguien quiere desenterrarla. ¿Es por eso por lo que estoy en peligro?

—Quería advertirla, prevenirla -el hombre se rindió.

Dio un primer paso atrás.

—No se marche, espere.

Le fue imposible retenerlo.

—Salga de este país.

—¿De qué tiene tanto miedo?

—¡Vayase!

Pudo haberlo alcanzado, pero ni lo intentó. Le bastó con ver su expresión mientras reculaba lejos de ella. En aquel momento surgió un enjambre de japoneses procedentes de la puerta del museo y la figura del huido quedó devorada por su presencia. El medio centenar de orientales se precipitó hacia el exterior, siguiendo a un guía que hacía ondear una banderita por encima de

su cabeza.

Para entonces, el hombre ya había desaparecido.

9

Sintió la tentación de pasarse por la embajada de España en Egipto, pero decidió no hacerlo. Todo lo que pudieran decirle ellos, se lo habrían dicho ya a Carlos Nieto. En cuanto a su detención temporal por parte de Kafir Sharif..., era mejor olvidarla. No tenía nada contra ella, salvo que la víctima la había llamado por teléfono. A ella, a un museo español y... ¿a quién más? Había quedado con el hijo de Gonzalo Nieto para cenar. Para eso faltaban todavía poco menos de dos horas. Llevaba la misma ropa que se había puesto por la mañana, a toda prisa, para acompañar al policía hasta su comisaría. No era una cena especial, sólo el momento de compartir dos soledades y quizá rendir un pequeño tributo de amistad al hombre asesinado, pero aun así no se sintió cómoda. Llevaba todo el día sudando y por la mañana no había podido ducharse.

Lo necesitaba.

Detuvo uno de los taxis blancos y negros en las inmediaciones del museo

y dio el nombre de su hotel. Ya no trató de orientar al conductor. Al diablo con eso. El taxista se dedicó a contemplarla en todos los semáforos y en todos los embotellamientos, pero de manera discreta. Y además se dio maña, aunque un par de veces estuvo a punto de matara un peatón indisciplinado o pegársela contra otro coche, porque a la que podía se lanzaba a tumba abierta. Una de las frases que Joa conocía en árabe era «ala malek», «más despacio», y aprovechó para decírsela. Las calles de El Cairo eran un clamor de bocinas impacientes y gritos dirigidos a cualquier parte. Y decían que Barcelona o Madrid estaban imposibles.

—¿Italia? —le preguntó el conductor en una de las pausas.

—No, Kazajstán —fue rápida ella.

Demostró que no tenía ni idea de qué le hablaba porque no volvió a abrir la boca.

Llegó al Le Meridien Pyramids y subió a sus suites pensando exclusivamente en la ducha, así que cuando aterrizó en la habitación sólo hizo dos cosas antes de meterse bajo el agua: la primera, asegurarse de que el mensaje con el cartucho de Tutankhamon seguía en el bolsillo de su albornoz; la segunda, romperlo y reducirlo a minúsculos papelitos.

El agua la liberó del calor y vivificó su piel y su cuerpo.

Se quedó bajo el chorro líquido cinco o seis minutos, con los ojos cerrados y la mente en blanco. Al salir de la inmensa bañera se secó delante del espejo y observó su imagen, su blanca desnudez. El cabello, rojizo sin llegar a convertirla en una pelirroja nata, le llegaba ya por encima de los hombros.

A David le gustaba así.

Lo imaginó allí, con ella.

Sintió sus manos y se estremeció.

¿Por qué hacía todo aquello sola? ¿Por qué no le quería a su lado cuando,

aparte de su abuela, era la única persona que tenía y tanto le necesitaba? ¿Se negaba a sí misma la maravilla del amor?

Le había preguntado al hombre del museo de qué tenía miedo, y era la misma pregunta que podía hacerse a sí misma. ¿Miedo de arrastrar a David a lo desconocido? ¿Miedo de que sus poderes fueran en aumento y se convirtiera en un peligro? ¿Miedo de ser, al fin y al cabo, un monstruo, mitad humana y mitad alienígena?

¿Miedo de que, un día, también ella abandonara la Tierra?

¿Acaso la vida no era aprovechar cada momento de felicidad?

—David... —susurró.

El amor, por inesperado, la había sorprendido tanto...

Se obligó a dejar de pensar en él y reaccionó. Primero se secó el pelo. Después se vistió con la misma ropa informal que siempre solía llevar pero más acorde con una cena. Por último se sentó en la cama, alargó la mano y tomó su neceser de viaje.

El cristal estaba allí.

No tenía que haber salido sin él.

Lo sostuvo en su mano. Siempre le maravillaba su poco peso. Una pluma. Volvía a ser de color rojo. Había cambiado a verde al llegar la nave pero después había recuperado su color. Un óvalo alargado y perfecto. Ya no le quedaban dudas de que era una especie de signo de identidad, un código de barras o un chip. Todas las hijas de las tormentas habían aparecido en la Tierra con uno. Todas se lo habían llevado de vuelta..., salvo su madre.

¿Por qué?

¿Por qué se lo dejó a la abuela? ¿Para que lo recibiera ella?

Se preguntó si las otras dos mujeres que, como su madre, dieron a luz en la Tierra también se lo habrían cedido o dejado a sus propias hijas... Como

una herencia.

Ella había colocado una cinta de cuero a un viejo camafeo comprado en un mercadillo en cuyo interior el cristal encajaba perfectamente. Así podía llevarlo colgado del cuello, sin separarse de él, como se lo vio a María Paula Hernández, la pintora de Medellín. Esta vez se lo puso.

Se sentía mejor, más protegida y a salvo, cuando lo llevaba encima, aunque ése era su único adorno. Nunca lucía anillos, ni pendientes, ni pulseras o collares. Sólo su reloj. No era coqueta. De adolescente quiso fundirse, diluirse tantas veces...

Sentirse diferente, ahora, seguía turbándola.

Tenía el tiempo justo para llegar a su cita, así que dejó de sumergirse en sus pensamientos, se levantó y miró por la ventana en dirección a las pirámides. Quería visitarlas, sentir aquella emoción. Pero al día siguiente se dirigiría al Valle de los Reyes, atravesando un buen pedazo de Egipto de norte a sur. Las pirámides esperarían.

Llevaban allí miles de años.

Cuando salió del ascensor y atravesó el hall para dirigirse a la calle los vio.

Reaccionaron mal, se quedaron como galvanizados al verla y se pusieron en pie de un salto. Casi chocaron entre sí. Fingían mirar hacia todos lados pero en realidad, aunque de reojo, no le quitaban la vista de encima. El árabe de la mañana no tenía nada que ver con ellos. Estos sí eran policías.

Joa cambió el rumbo de sus pasos y fue hacia donde se encontraban. Los pobres no supieron qué hacer. Ya no pudieron disimular.

—Díganle al inspector Sharif que voy a cenar con Carlos Nieto, ¿de acuerdo? Hotel Cosmopolitan.

No supo si la habían entendido. Ninguno de los dos dijo nada. Pero cuando se dio media vuelta y creyeron que se había alejado lo suficiente,

empezaron a discutir echándose las culpas el uno al otro.

El taxista que la devolvió al centro era hablador y conocía las suficientes palabras en inglés como para atormentarla con una conversación en la que ella sólo asintió y sonrió algunas veces, sin que se diera por enterado de que no quería chachara. La dejó en el hotel de Carlos Nieto a las siete y treinta y cinco minutos y nada más cruzar el umbral se lo encontró sentado en una de las butacas del hall. El también llevaba ropa informal, pantalones de hilo y camisa abierta, aunque adecuada para una cena. Incluso se había puesto una liviana chaqueta que le confería un aire de profesor de literatura en una escuela de nivel.

Superaron las primeras trivialidades verbales, los comentarios acerca de su aspecto, y salieron a la calle. Tal y como le comentó al mediodía, por la zona había múltiples restaurantes para todas las opciones. Carlos le preguntó qué le apetecía y ella se limitó a decir que le daba igual. ¿Comida árabe e internacional? De acuerdo. El lugar escogido se llamaba Khan El Khalili.

No hablaron de nada relativo al asesinato hasta después del primer plato: la especialidad de la casa para ella, que consistía en una ensalada servida sobre pan tostado, con pavo turco, tomate y un montón de aditamentos, y moussaka para él, berenjenas, carne, hierbas y gratinado con bechamel. Entonces sí, porque se quedaron sin motivos de conversación. Los habían gastado todos.

—¿Llevaba tu padre algo de valor encima esa noche?

—No, su reloj, su anillo de casado, su cartera...

—Ni siquiera pretendieron disimular un robo.

—No.

—He hecho averiguaciones sobre eso de las tres dagas

—Joa bebió un largo trago de agua—. Una secta milenaria llamada los Defensores de los Dioses mataba así a los que sentenciaban a muerte. Cada una de esas dagas aniquilaba una parte del cuerpo: la garganta, la cabeza y el

corazón.

—¿Por qué sentenciaron a muerte a mi padre?

—Encontró algo, o vio algo, está claro.

—¿No te parece muy truculento?

—¿Lo de la secta milenaria? Es posible. Pero esto es Egipto. Aquí las historias y las viejas leyendas cuentan. Incluso puede que alguien trate de confundirnos con eso. ¿Te ha dicho algo más la policía?

—No.

—Yo he tenido una extraña conversación con un hombre.

—¿Quién?

—No lo sé. Según él, era un viejo amigo de tu padre y del mío. Me ha dicho que me fuera del país, que estaba en peligro.

—¿En serio? -se inquietó Carlos.

—Afirma que tu padre le dijo que cuando yo llegara lo entendería, que era la única que podía hacerlo.

—¿A qué se refería?

No quería contarle nada más. No quería hablarle de extraterrestres o la tomaría por loca. Tuvo que retroceder y atrincherarse en la ignorancia.

—No lo sé.

El camarero les trajo su segundo plato: kebab and kofta, es decir, cordero. Tenía un aspecto inmejorable. Joa lo miró con apetito. Carlos Nieto no. De vez en cuando atravesaba por lagunas de tristeza. Ella se dio cuenta de que lo ignoraba todo acerca de aquel hombre, si estaba casado, separado, soltero... No llevaba ningún anillo. Quizá fuese lo que aparentaba ser. Alguien solitario y anodino. Se sintió incómoda ante sus propios pensamientos.

—¿A qué hora saldremos mañana?

—Temprano. Quería alquilar un todoterreno pero la distancia es muy larga, más de seiscientos kilómetros; aunque hay una autopista más o menos decente sería un viaje de todo un día, eso sin contratiempos. Hay un vuelo de Egyptair a las ocho de la mañana. Como tú has de cruzar El Cairo hasta el aeropuerto, podemos quedar una hora antes en la Terminal. Ya me he ocupado de los billetes de avión a Luxor.

—De acuerdo, gracias.

Sería un viaje inquietante.

Por lo que pudieran encontrar.

Por la amenaza que, según el hombre del museo, pesaba ahora sobre ella.

Joa se llevó una mano al pecho, allá donde la blusa le ocultaba el camafeo con el cristal en su interior.

—Cuéntame qué haces, qué has hecho, que harás —le pidió Carlos Nieto retrocediendo hasta el comienzo en busca de una conversación trivial.

10

La despedida había sido cortés pero, de alguna forma, un poco tensa. En el taxi, porque Carlos se empeñó en acompañarla aunque el restaurante estaba al lado de su hotel. Se habían dado un beso en la mejilla. Un beso cálido por parte de ella, intenso por parte de él. La velada había sido finalmente agradable, pero en ese momento Joa sintió la presión de ese contacto puntual como algo casi desesperado, como si su compañero se aferrase a la vida momentáneamente a través de ella. Pensó que quizá necesitase algo más que una amiga, un hombro en el que llorar o una compañía efímera. De pronto se le antojó que el beso era un grito procedente de alguien muy solitario. -Gracias - le dijo de nuevo.

En los ojos de Carlos Nieto encontró el abismo del vacío.

Salió del taxi y se quedó en la puerta, viendo cómo el coche se retiraba de regreso al hotel de su compañero.

Las tres pirámides y la Efigie brillaban en la distancia con tonos azulados.

Más de cuarenta siglos siendo testigos de la evolución de la humanidad a

su alrededor.

—¿Han cenado bien?

Tuvo un sobresalto. Kafir Sharif había llegado hasta ella surgiendo de la nada, sin hacer ruido, lo mismo que una serpiente arrastrándose en busca de su presa. Contó mentalmente hasta tres antes de volver su cuerpo hacia él.

—¿Me ha seguido, inspector?

—¡Oh, no! —hizo un gesto de lo más disciplente—. En realidad acabar..., acabo... ¿Se dice así? Acabo de llegar, sí.

—¿Por qué? —se alarmó temiendo que volviera a llevarla a la comisaria.

—Gesto de buena voluntad —le tendió su pasaporte.

—¿Ya no soy sospechosa?

—Mi deber era asegurarme, señorita Georgina Mir.

—Gracias —lo cogió con la mano derecha y lo dejó en ella, sintiendo su precioso contacto-. Podía habérmelo dado mañana.

—Mañana usted y señor Nieto hijo viaje, ¿sí? El compra billetes de avión a Luxor.

—Lo sabe todo, ¿eh?

El inspector le mostró una de sus sonrisas de hiena, con sus blancos dientes y su bigotito alargándose de extremo a extremo de su cara igual que una frontera negra que separase sus dos mitades.

—¿Trabaja siempre hasta tan tarde? -le preguntó ella.

—Veinticuatro horas día. Policía no duerme.

—¿Por qué me ha estado siguiendo?

—Precaución.

Se preguntó si la habrían visto hablando con el hombre del museo.

Y si el tipo de la chilaba blanca y la barba...

—Buenas noches, inspector —hizo además de echar a andar hacia la puerta del Pyramids para sumergirse en su mundo gélido, dominado por los aires acondicionados.

—Señorita Georgina Mir...

—¿Sí?

—He hecho más averiguaciones sobre usted.

—¿Y...?

Kafir Sharif plegó los labios en una mueca de insatisfacción.

A veces era muy expresivo.

—Persona conflictiva —manifestó lleno de falso pesar.

—¿Usted cree?

—Madre desaparece. Padre desaparece, reaparece, vuelve a desaparecer... No va nunca a Barcelona. Viaja de un lado a otro del mundo...

—¿Eso me hace ser conflictiva?

—Tiene amigos poderosos.

—¿Yo? —la sorpresa no tuvo límites.

—Usted sabe.

—No, no sé.

—¿Conoce alguien embajada de Estados Unidos?

—No -abrió unos ojos como platos.

—Ellos a usted, sí.

Logró despertar toda su curiosidad.

—Oiga, ¿de qué me está hablando? -se plantó delante de él con los brazos cruzados.

Kafir Sharif tardó tres segundos en responder.

Primero sostuvo su mirada.

—Yo recibí hoy llamada embajada americana.

Los ojos de Joa se dilataron un poco más.

—¿Sorprendida?

—¿A usted qué le parece?

—Llamada dice usted es buena persona. Se interesa por investigación. Y por su estado. Yo digo que usted es libre y agregado feliz.

Ya no sólo era pasmo. Era inquietud.

Joa se estremeció.

—¿No sabe nada, señorita Georgina Mir?

—No.

—Llama hombre de embajada y usted no sabe nada.

—¡No, no sé nada! —lo expuso con energía y un atisbo de miedo.

—Yo no creo -lamentó el policía.

—¿Sabe qué le digo?, que me da igual lo que usted crea. Hay cosas inexplicables y punto. ¿No es policía? Averigüe qué está pasando. Por ejemplo qué sucede con los Defensores de los Dioses.

Logró impactarle, aunque sólo le delató un destello en sus pupilas.

—¿Defensores de los Dioses?

—Le mataron con su ritual, todo eso de las tres dagas, no se haga el despistado. Yo también sé investigar.

—Bien.

—¿Bien, qué?

—Vieja leyenda cobra vida ahora. Yo investigo.

—¿Y?

—Defensores de los Dioses no existen.

—Ya —su sarcasmo proyectó un aura de desparpajo a su alrededor.

—Alguien copia método —lo justificó él.

—Así que en lugar de hablar de unos fanáticos pasamos a hacerlo de unos burdos imitadores que saben algo de historia antigua.

Kafir Sharif no respondió.

Ya no.

Tampoco sonreía. Su largo bigotito parecía un trazo inmóvil en mitad de un rostro hierático. Los ojos flotaban ingrávidos, revestidos de inalterable calma.

—¿Tiene algo más que decirme, inspector?

El hombre dio un paso atrás y se inclinó ligeramente.

—Buenas noches, señorita Georgina Mir —le deseó.

Empezaba a odiar la forma en que decía una y otra vez lo de «señorita Georgina Mir».

—Buenas noches, inspector -se rindió ella.

Caminó hasta la puerta del hotel notando la mirada del egipcio fija en su cuerpo. Se le antojó que tardaba una eternidad en cruzar hasta llegar al amparo del ascensor.

No soltó un grito de rabia hasta sentirse sola y a salvo en su suite.

11

Tenía que madrugar, levantarse temprano, pero lo que menos la dominaba era la sensación de sueño. Y encima todavía le pesaba el maldito jet lag, que no siempre se superaba en un par de días. Se desnudó, miró las luces de las pirámides desde la terraza exterior de su suite, la piscina iluminada del hotel, y acabó poniendo la televisión. Un barrido por los cien canales de que disponía no le ayudó demasiado. Todos los informativos se hacían eco de las reuniones de científicos, congresos y conferencias para hablar del cambio climático. De pronto todo era urgente. Años de desidia y permisividad y ahora... a correr. Cualquier experto más o menos reconocido opinaba sobre el tema y el futuro del planeta.

Cerró la conexión y entonces supo la verdad.

Necesitaba hablar con alguien.

David.

Calculó la diferencia horaria, unas horas menos en España, y marcó el número empleando su móvil. No quería dejar rastro y que Kafir Sharif hiciese más preguntas. Al otro lado de la línea la voz del hombre al que amaba inesperadamente desde hacía poco más de tres meses surgió igual que una bocanada de aire fresco.

—Joa.

—Buenas noches.

—¿Dónde estás?

Siempre era la primera pregunta.

—En El Cairo.

—¿Qué te ha dicho Gonzalo Nieto?

—Nada.

—¿Cómo que...?

—Le mataron la misma noche que me llamó a Camboya.

El silencio no fue largo, pero sí dramático. Un silencio hecho de miedos y asombro. Joa se dio cuenta de que no estaba preparada para afrontarlo. Había llamado a David sin meditar antes lo que iba a decirle o a contarle, para que supiera la verdad pero no se inquietara en exceso.

Algo imposible.

0 difícil.

—Cuéntamelo, ¿quieres? —la voz reapareció envuelta en un suspiro.

Lo hizo, sin obviar detalles. Era inútil cambiar las cosas y aquello no era un juego de niños. Le habló del crimen, de las dagas, de su paso por comisaría de la mano de Kafir Sharif, de lo que ella misma había averiguado acerca de los Defensores de los Dioses y de su misteriosa cita con el hombre del museo. David mantuvo silencio en todo momento hasta el final.

—Ellos estuvieron aquí hace siglos, igual que en Yucatán —reflexionó.

—Es evidente, y cuando se marcharon se creó esa organización, secta, o lo que fuera entonces, para proteger su legado.

—¿Y dónde está ese legado?

—Siempre se ha dudado de que las pirámides fueran hechas por manos humanas.

—Especulaciones...

—Puede que haya más, algo enterrado bajo las arenas del desierto.

—Y ese arqueólogo lo encontró.

—No estoy segura de eso. Lo único que dijo fue que había dado con algo y que sólo yo lo entendería. «Entender» no se parece en nada a «ver», así que tal vez no se trate de algo tangible. Me habló de una puerta, o una llave para abrirla. No pudo ser más ambiguo.

—¿Por qué no le has contado esto a la policía?

—Porque ese inspector me pone los pelos de punta. Según él la secta no existe, es una leyenda del pasado. Dice que lo de matar al profesor con esas tres dagas es por imitación, algún fanático o algo así.

—No deja de tener lógica.

—Esto es Egipto, David. En ninguna parte circulan más leyendas acerca de sus tumbas, misterios, venganzas y demás historias que aquí. Puede que la mayoría sean ficticias, inventadas o sumas de casualidades. Pero algunas han de ser ciertas. Y pesan.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Mañana me voy con el hijo de Gonzalo Nieto al Valle de los Reyes. Su padre trabajaba allí en la excavación de una de las nuevas tumbas, la TT47.

—¿Y si estás en peligro?

—Debo arriesgarme.

—Joa...

—Tendré cuidado. Si le mataron para que no me contara nada, ya está hecho. De momento yo no soy ninguna amenaza. Y si tenía algo..., es evidente que se lo quitaron. Quizá nunca sepa qué vio o encontró.

—Lo siento, cariño.

Se mordió el labio inferior antes de decir aquello.

—El inspector Sharif me dijo algo que sí me inquietó.

—¿Qué es?

—Que le habían llamado de la embajada norteamericana interesándose por mí.

—¿Qué?

—Están ahí fuera, en alguna parte, David —Joa cerró los ojos—. Quizá no se atrevan a ponerme la mano encima después de lo de Guantánamo, pero están ahí, al acecho, seguramente escuchándonos. Puede que me hayan seguido desde el primer día, todos estos meses, espiando lo que hago. Soy su única conexión con ellos.

Siempre decía «ellos». Ni siquiera tenían nombre.

—¿Quién llamó a ese policía exactamente?

—Un agregado de la embajada, creo. Sólo eso.

—Voy a coger el primer avión.

—¡No!

—¡¿Por qué no?!

—¡Te llamaré si te necesito, te lo prometo!

—Joa, estás jugando con demasiadas barajas.

—A lo mejor los americanos me protegen.

—¡Esperando el momento de volver a echarte el guante para lavarte el cerebro o chuparte todo lo que tienes en él!

—David...

—¿Qué? —percibió todo su enfado y su dolor a través de la línea.

Joa abrió de nuevo los ojos y salió a la terraza. La noche era cálida. La visión de las pirámides era un bálsamo. Tiempo detenido.

—Tengo una teoría -ordenó sus pensamientos para darles forma.

—¿Cuál?

—Es algo que me ha estado rondando todo el día, carcomiéndome por dentro, y ahora más, desde que Sharif me ha dicho lo de la embajada de los Estados Unidos.

—¿Qué?

—¿Dónde están las otras dos? Las niñas que tuvieron las hijas de las tormentas desaparecidas como mi madre.

—No hay rastro de ellas.

—¿Las buscáis?

—Bueno, lo intentamos..., pero después de la visita de la nave, la desaparición de los jueces... Hicimos lo que pudimos.

—No parece mucho.

—Joa, estamos hablando de países diferentes, y difíciles. Una está en Jordania. La otra, en la India. Los guardianes no somos como los jueces, pero también nos quedamos sin una misión cuando la nave se llevó a las hijas de las tormentas.

—¿Cómo son ellas?

—La chica india es unos años mayor que tú. La jordana es una adolescente. Sus vidas no han sido tan fáciles como la tuya. Culturalmente son lugares duros para las mujeres.

—Pero no pueden haber desaparecido.

—Llamaré a los guardianes que cuidaban a sus madres. La niña jordana estaba en Ammán. De la joven india no se sabe nada desde hace bastante tiempo. La última pista habla de Nueva Delhi y el norte del país. Buscar a una persona en una nación con más de mil millones de habitantes es peor que buscar la clásica aguja en el pajar.

—Esas dos chicas han de haber desarrollado poderes, como yo, y eso no se oculta fácilmente.

—No lo sé, Joa -David se mostró abatido-. ¿Tu teoría tiene que ver con ellas?

—Somos las únicas descendientes de las cincuenta y dos hijas de las tormentas que llegaron en noviembre de 1971. Tres mujeres, las tres jóvenes. O nos dejaron en la Tierra por una razón, o no contamos para nada. Y necesito saber si es lo primero o lo segundo, porque si es lo primero habrá que dar con ellas.

—¿Hablas en serio?

—Puede que formemos parte de algo.

Hubo una pausa al otro lado.

Y un suspiro prolongado.

—Tiene sentido —reconoció él.

—Lo que me preocupa es que las haya atrapado alguien como el coronel Travis.

—¿Y si están escondidas?

—Yo no lo estoy.

—Eres diferente.

La nueva pausa fue más larga. Llevaban hablando un buen rato. Se sentía más tranquila. Si ahora lograba conciliar el sueño unas pocas horas, al día siguiente estaría mucho mejor.

—Te quiero —musitó de pronto.

Sonaba a despedida. Y lo era.

—Yo también.

—Voy a ver si duermo un poco. Mañana me espera el viaje hasta el Valle de los Reyes.

—Llámame cuando puedas. Si no lo haces tú en un par de días, lo haré yo. Basta de silencios.

—De acuerdo. Buenas noches.

Escuchó un beso y cortó la línea.

12

Tardo en dormirse pese a la necesidad de madrugar, y cuando lo hizo, no logró evitar una larga serie de pesadillas absurdas. Árabes con dagas persiguiéndola, el coronel Hank Travis secuestrándola, David buscándola sin encontrarla, sus padres regresando a la Tierra como si no hubiera pasado

nada... Incluso apareció su abuela, o mejor dicho, ella la visitaba en las tierras de los huicholes, y viajaba de nuevo a lomos del peyote. Al despertar, de manera abrupta, faltaban menos de quince minutos para salir hacia el aeropuerto.

Se duchó, se vistió, metió un par de mudas y ropa en una bolsa y pasó por el restaurante para llevarse algo de comida a modo de desayuno, frutas, pan, queso y chocolate. Bebió una naranjada a la carrera y poco más. Se metió de cabeza en un taxi y le pidió al conductor que la llevara al aeropuerto lo más rápido posible. Era un muchacho joven, así que quiso impresionarla.

Se zampó parte de lo que se había llevado allí mismo, aprovechando el largo trayecto. Incluso le ofreció fruta al taxista.

Llegó al aeropuerto de El Cairo cinco minutos antes de las siete de la mañana, un récord. Carlos Nieto tardó otros cinco minutos en hacer acto de presencia. Se besaron en la mejilla y pasaron por facturación. Ninguno de los dos llevaba maleta, sólo equipaje de mano. El control de seguridad fue mucho más largo y espinoso. Les registraron el equipaje de mano con una minuciosa y exhaustiva parsimonia policial, mirándolos de tanto en tanto para descubrir en ellos posibles rasgos de culpabilidad que los delataran por algo. La breve espera para tomar el vuelo la hicieron en una salita abarrotada de turistas. No todos escogían la placidez del Nilo para viajar por el país, desde Assuán hasta El Cairo o, por lo menos, hasta Qena, pasando por Karnak y Luxor. El ambiente era ruidoso, sobre todo por la presencia de un grupo de italianos.

No intercambió muchas palabras con el hijo de Gonzalo Nieto hasta ese momento.

—¿Estás bien? —quiso saber él.

—Eso debería preguntártelo yo. Era tu padre —repuso Joa.

Su compañero se encogió de hombros.

—Era difícil, ¿no? —lo comprendió ella.

—Para los demás, todos los padres son maravillosos, sobre todo si

destacan en algo. Para uno mismo siempre hay otra vara de medir. Yo estuve con él en el día a día. Bueno, cuando estaba, claro, porque siempre había una excavación pendiente o algo más importante y urgente que nosotros. Creo que mi madre se consumió, se apagó, detenida en la esquina de su vida, y tardé mucho en perdonarle por ello. Admiro su intelecto, su capacidad, la forma en que se entregó siempre a su pasión. Pero no puedo aplaudirle ni celebrar sus éxitos porque ellos iban en detrimento de nuestra felicidad -la miró con fijeza —. ¿El tuyo no fue así?

—En parte sí, pero yo tuve una buena relación con él. Me sentía orgullosa de su trabajo, y cuando regresaba y me contaba lo que había hecho, encontrado o visto... Yo siempre anhelaba ir con él.

—¿Te llevó?

—A veces sí, en viajes cortos, o en verano.

—Tuviste suerte.

—¿Tú crees? —su sonrisa fue cansina.

—Yo intenté seguir sus pasos, apasionarme por la arqueología, pero me quedé a medias. Por más que me esforzaba..., me faltaba algo. Y ahí se quebró el único hilo que nos habría unido a ambos. Me quedé en la superficie, tengo conocimientos, he leído, he viajado, pero he acabado siendo la oveja negra.

—No digas eso.

—Tengo una agencia de viajes, Georgina. A eso ha quedado reducida mi posible vocación por la historia o el mundo en general. Hace tres meses rompí con mi pareja y me quedé solo. Ahora esto. Quiero ir al Valle de los Reyes, recoger las cosas de mi padre y regresar a España con su cuerpo lo antes posible. Todo esto... -hizo un gesto de impotencia abarcando el mundo en general—. Lo único bueno es estar contigo. Te has convertido en una mujer preciosa.

—Gracias —se puso roja.

—¿Tienes a alguien?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En Barcelona. Es profesor.

Carlos Nieto pareció hundirse un poco más, como si una puerta entreabierta apenas levemente se hubiera cerrado de nuevo. Por alguna razón inexplicable, Joa sintió lástima de él. Recién separado. Sin un lugar en el mundo. Sin olvidar a su madre muerta años atrás y a su padre muerto ahora.

Al menos tenía tumbas a las que llevar flores. Los suyos estaban vivos, en algún lugar de la galaxia.

Alucinante.

—¿De verdad no tienes ni idea de lo que sucedió con tu madre ni con tu padre?

De nuevo la asaltó la duda de si contárselo o no.

Quería que Carlos entendiera por qué estaba allí, por qué Gonzalo Nieto la había llamado y por qué estaba muerto.

Y no se atrevía.

—No —mintió una vez más—. Es un misterio.

—Por lo visto, mi padre sí sabía algo —bajó la cabeza con aire de derrota.

Joa puso su mano derecha sobre las suyas y se las presionó.

Ya no hubo más, porque llamaron a los pasajeros para el embarque. Subieron disciplinadamente al avión, ocuparon sus asientos y en unos minutos el aparato alzó el vuelo. No era ni grande ni moderno. Dejaba mucho que desear. Pero el día era plácido, sin nubes en el cielo y con una visibilidad

ilimitada. Apoyada en el cristal de la ventanilla Joa vio cómo alcanzaban el Nilo por el sur de El Cairo y, con él a su derecha, oteó el milenario paisaje que durante siglos fue la cuna de una civilización.

Había resuelto el enigma maya.

¿Con qué iba a encontrarse ahora allí?

En el espacio delantero, junto a la inevitable bolsa para los mareos y un plástico con las normas de seguridad del avión, encontró una revista usada y vieja. La tomó maquinalmente y nada más abrirla se encontró con un mapa del norte de Egipto, desde Alejandría y El Cairo hasta Luxor, Karnak y el Valle de los Reyes. Lo observó con curiosidad.

—Joa -capturó su atención Carlos Nieto.

—¿Sí?

—Si en la tumba que estaban excavando mi padre vio algo..., no tiene mucho sentido que le mataran, ¿verdad? También debieron de verlo sus compañeros. Y tú vas a verlo ahora.

Era uno más de los muchos interrogantes que la asaltaban.

No sabía si el más esencial o no.

Salvo que sólo ella pudiera interpretarlo.

Se escudó en su silencio y volvió a apoyar la frente en la ventanilla.

No volvieron a hablar hasta su llegada a Luxor, con el Valle de los Reyes al otro lado del Nilo.

En el aeropuerto de Luxor los esperaba un todoterreno con dos de los arqueólogos españoles compañeros de Gonzalo Nieto. Sus caras lo decían todo. Estupor, consternación, abrazos, pésames... Uno se llamaba Bernardo Cifuentes y era un hombre de unos sesenta años. El otro, Juan Pedro Clapés, mucho más joven, no pasaría de los treinta y cinco. Cuando Carlos Nieto les presentó a Joa, el apellido no les pasó desapercibido.

—¿Mir?

—Mi padre es Julián Mir, sí.

—¡Válgame el cielo!

Bernardo Cifuentes soltó un par de anécdotas de forma rápida. Ella cinceló en su cara una sonrisa de rigor y poco más. Abandonaron la Terminal de inmediato, huyendo de las hordas turísticas, y el cuatro por cuatro enfiló hacia el sur, bordeando la antigua Tebas, para cruzar el Nilo. Al norte de Luxor se encontraba el más impresionante templo egipcio: Karnak. Joa todavía no había visto las pirámides, así que se juró no marcharse sin pisarlo.

El trayecto hasta el Valle de los Reyes fue breve, apenas treinta minutos. Al otro lado del río, surcado por las habituales falucas, primero se encontraron con los Colosos de Memnón, muy dañados, pero todavía impresionantes.

Desde allí ya se divisaba el conjunto monumental del Valle, con el Templo de la Reina Hatshepsut, el edificio central encajonado por la alta pared posterior y a sus pies las tumbas abiertas y las que seguían hallándose o siendo objeto de estudios, análisis y excavaciones. Nadie sabía cuántos tesoros podían ocultarse todavía allí mismo. Se trabajaba con paciencia, y con escaso dinero, no con premura o presupuestos millonarios.

Juan Pedro Clapés les entregó un sucinto mapa de la zona.

—El grupo español que investiga la TT47 está en el oeste —les informó —. Entre las tumbas de Tutmosis III y las de Seti I y Ramsés X. Cuando encontremos algo que nos permita identificar a su dueño, le pondremos un nombre, claro.

Joa detuvo las preguntas que tanto le quemaban la garganta.

No era el momento.

El Valle de los Reyes mostraba dos tipos de universos, uno silencioso y apenas visible, y otro bullicioso y contaminante, tanto en lo visual como en lo acústico. El segundo lo formaban los turistas, que eran vomitados por autocares de manera incesante y sin descanso. Aunque entraban en las tumbas a las que se les permitía el acceso de manera ordenada y con prohibición de hacer fotografías, y menos con fiases, para no perjudicar las pinturas conservadas en las paredes, su presencia era demasiado ostensible en todos los aspectos. Si los faraones hubieran podido ver el futuro, tal vez no se hubiesen tomado tantas molestias en ser enterrados como hijos de los dioses. El otro universo, el primero, era el constituido por todos aquellos que trabajaban allí, arqueólogos o simples obreros egipcios, empleando en ocasiones días o semanas de su paciencia para desenterrar parcialmente un objeto sin dañarlo. Bernardo Cifuentes expresó en voz alta lo que Joa sentía.

—Son los que traen divisas al país, y desde luego vienen a Egipto por esto, las pirámides y el Nilo, así que... Se les necesita.

Cuando llegaron al pequeño campamento montado junto a las excavaciones ya se había formado el comité de bienvenida. Los esperaban. Los otros arqueólogos españoles repitieron los gestos de los dos primeros. Mariano Pino era el jefe de la expedición. Tras él se presentaron Juan Manuel Pérez y Gorka Arriaga. Quedaban dos miembros más, éstos egipcios. Joa trató de retener sus nombres, acento incluido:

—Bir El Saíf y Haruk Marawak.

El apretón de manos del primero fue blando.

El del segundo no. Ni su mirada.

Tan intensa que la atravesó de lado a lado.

Los primeros diez minutos con el grupo fueron una repetición de las escenas del aeropuerto. La consternación los embargaba a todos. Seguían allí,

trabajando, porque era lo que hubiera querido Gonzalo Nieto. De nuevo el apellido Mir hizo que la pequeña comunidad hispana se volcara en elogios hacia su padre. Los dos egipcios ya no intervinieron en ello.

Pero Haruk Marawak seguía mirándola fijamente.

Era un hombre relativamente joven, de edad indefinida. Tenía la tez tostada y el cabello muy negro y brillante, mejillas redondas, ojos vivos. Todos lucían equipos de trabajo, botas, camisas, pantalones recios y sombreros o gorras para protegerse del sol. Él no. Llevaba la cabeza descubierta y un pañuelo al cuello. Sin llegar a ser un dandi, se diferenciaba del resto. Hablaba un perfecto inglés, mejor que el de su compañero.

Bir El Saíf lo que miraba era su cabello rojizo.

Nadie preguntó qué hacía ella allí. Pensó que la consideraban la pareja de Carlos.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis?

—Regresamos mañana —dijo el hijo del arqueólogo fallecido.

—Yo tal vez me quede un poco más —objetó Joa—. No sé cuándo tendré una nueva oportunidad de ver todo esto, incluido Karnak.

—¿Nunca acompañaste a tu padre aquí? -preguntó Mariano Pino.

—Lo teníamos pendiente.

—Querrás ver primero sus cosas, ¿no? -se dirigió a Carlos Nieto—. No hemos tocado nada.

—¿La policía no ha venido? —se extrañó Joa.

—Hasta ahora no. El crimen se cometió en El Cairo. Supongo que deben de interpretarlo como su primera prioridad.

—De todas formas seguro que nos interrogarán —convino Gorka Arriaga.

—Nos llamó un tal inspector Sharif. Nos pidió que estuviéramos localizables. Le dijimos que no íbamos a movernos de aquí —concluyó Juan Manuel Pérez.

Las tiendas eran grandes. Dos para el trabajo o la inspección de lo que pudiera aparecer bajo tierra y otras más pequeñas pero igualmente confortables para ellos. La de Gonzalo Nieto era la segunda. Mariano Pino llevaba ahora la iniciativa. Les hizo pasar y el resto se quedó en el exterior, para no convertir el espacio en una aglomeración. Carlos pareció vacilar un momento, sin saber qué hacer. La cama estaba hecha, un jergón con una mosquitera que colgaba del techo. Sobre una mesita vieron algunos mapas y anotaciones. Fue a lo primero que prestó atención Joa.

Le bastó una ojeada rápida para darse cuenta de que aquello era un plano de la entrada de la tumba TT47 y las posibles opciones que se podían seguir después en ella, puesto que la mayoría de las encontradas a lo largo de los años presentaba cortes parecidos, una entrada descendente, una antecámara, un posible pozo ritual o un anexo, y por último la cámara sepulcral. Las probabilidades de repetir un hallazgo como el de Tutankhamon, sin embargo, eran mínimas. Los saqueadores de tumbas les llevaban más de tres mil años de ventaja.

—¿Ves algo? -le preguntó Carlos.

—No —le hizo patente su desilusión.

—Míralo todo, no hay prisa.

Lo hizo. Mientras él se dedicaba a lo personal, la ropa, sus objetos cotidianos, ella revisó el material de trabajo. Fueron suficientes otros quince minutos. Nada.

Su padre le había dejado dos pistas en Palenque, la modificación del dibujo de la lápida del Señor de Pakal y los seis grifos con las fechas de nacimiento de su madre y del día del regreso, y gracias a ellas, al final, dedujo el resto, la fecha de la aparición de la nave, el lugar, la relación con las hijas de las tormentas... Ahora en cambio no veía ninguna pista ni su intuición la avisaba de nada.

Si Gonzalo Nieto había descubierto algo, tal vez lo guardaba en su mente. Y si lo llevaba encima, se lo quitaron al asesinarle.

Camino cortado.

Sintió rabia.

Un hombre muerto para nada, y ella seguía dando palos de ciego.

—Tan cerca... —apretó las mandíbulas—. Tan cerca...

Cuando salió al exterior, Carlos ya llevaba allí un par de minutos. Lo rodeaban Mariano Pino, Bernardo Cifuen-tes y Juan Pedro Clapés. Hablaban de generalidades, siempre en torno al trágico suceso. Joa escuchó algo de que el difunto era un hombre cordial, afectuoso, abierto de talante, pero celoso de su trabajo, poco dado a exteriorizar impresiones y menos a conjeturar nada. Hechos y sólo hechos.

Si les hubiese confiado el motivo de su llamada a Camboya, ya se lo habrían revelado.

Nadie la esperaba allí.

—¿Podemos ver la tumba? —preguntó.

—Apenas hay investigados siete metros de la primera galería, pero si queréis...

Joa comenzó a caminar hacia ella y los demás la siguieron.

La tumba, como casi todas, no mostraba más que un agujero en la piedra, sin siquiera pulir los bordes. Un primer rellano de cincuenta centímetros preludiaba la escalinata que se sumergía en las profundidades de la tierra. Contó diez escalones hasta la galería principal. Habían puesto luces, así que todo estaba a la vista. Paredes bellamente dibujadas con motivos varios, guerreros, una barca, dioses con sus respectivos signos... La marcha concluía de forma abrupta por un desprendimiento y un primer muro de protección o defensa de lo que pudiera haber al otro lado. Si existía una puerta, la tierra caída la tapaba de momento. Resultaba obvio que los trabajos se hallaban

detenidos allí porque tres obreros, bajo la atenta mirada de Haruk Marawak, iban retirando las piedras con sus propias manos. Nada de picos o palas que pudieran destrozar algo irreparable.

Joa volvió a examinar las pinturas.

—¿Algo especial? -preguntó en voz alta.

—Sólo un detalle.

—¿Cuál?

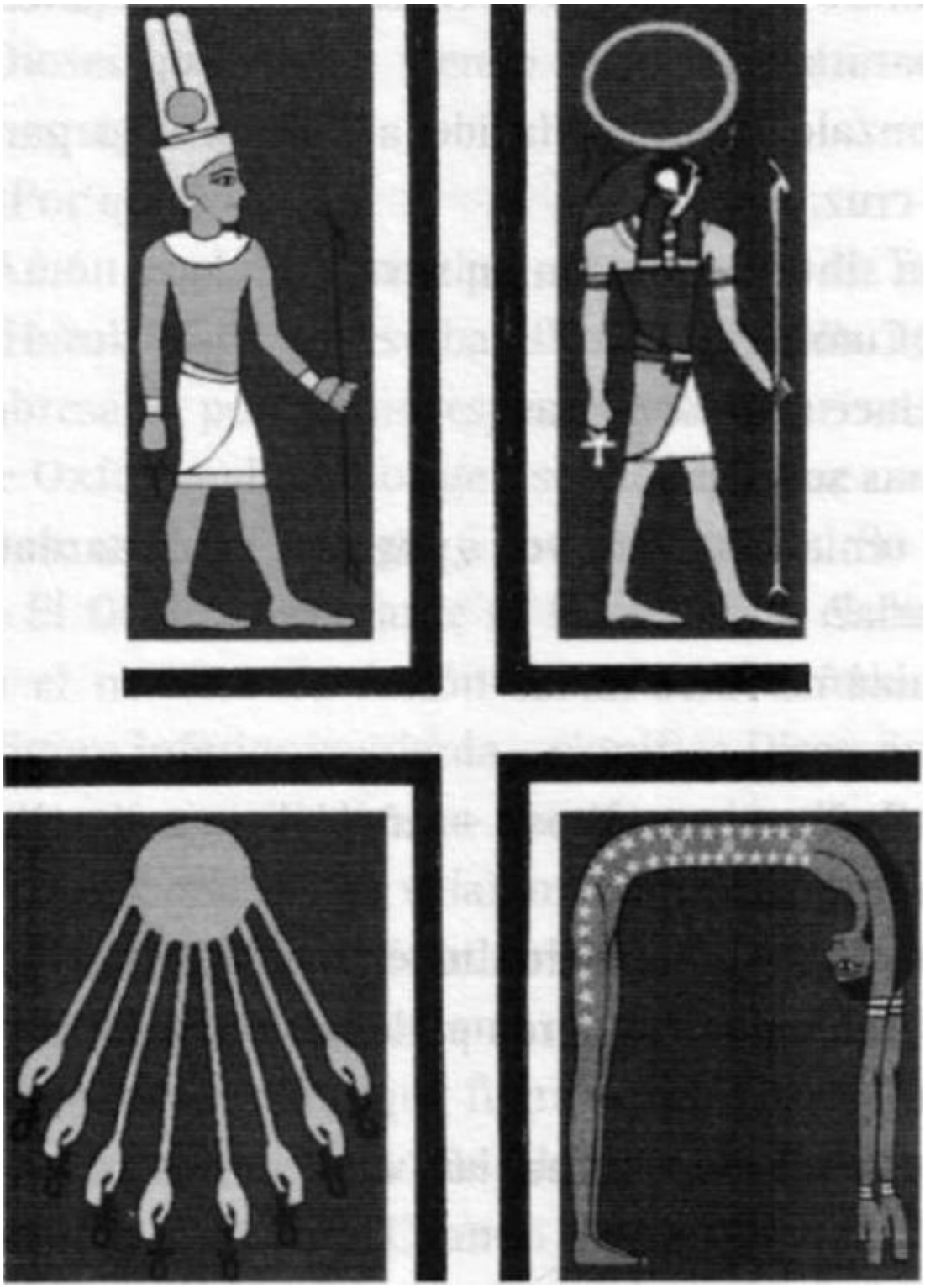
—Este signo.

Se acercó a donde le indicaba Juan Pedro Clapés. Era una reunión de dioses, todos de perfil, como mandaban los cánones estéticos egipcios. Entre ellos encontró el signo al que se refería el arqueólogo.

88

Una extraña cruz. Desigual.

Formada por segmentos que medio enmarcaban las cuatro divinidades, las mismas del resto de la gran pintura.



—¿Qué es? —se interesó Joa.

—No lo sabemos. Pero hay una cruz igual en una de las columnas del templo de Karnak. Es la única referencia. Nos ha sorprendido encontrarla aquí.

—Desde luego se sale de lo común —le hizo notar Bernardo Cifuentes-. Gonzalo también la encontró muy interesante.

Joa contuvo la respiración.

—¿Dijo algo acerca de ella?

—No, sólo eso. Aquí cualquier novedad es fascinante.

—¿No aparece en ningún libro...?

—Que sepamos, no.

—¿Y la de Karnak?

—Gonzalo fue a echarle un vistazo. Desde luego es la misma. El no la conocía y al enterarse de su existencia quiso compararlas.

Gonzalo Nieto había ido a Karnak sólo para ver la primera cruz.

Joa sintió la presión en sus sienes.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unas semanas.

Unas semanas.

Si tenía algo que ver, ¿por qué había tardado tanto en llamarla?

Quizá no fuera nada. Otra vez.

—¿Quiénes son éstos? —señaló los cuatro dioses dispuesta a no rendirse.

—Arriba a la izquierda tenemos a Amón, a la derecha está Ra. Abajo a la izquierda podemos ver a Atón y a la derecha Nut.

—¿Alguna vez los habíais visto juntos así?

—No.

—¿De quién puede ser esta tumba?

—Eso tal vez tardemos en descifrarlo varios meses -dijo Mariano Pino.

—0 años -le rectificó Juan Pedro Clapés.

Al fondo de la galería, Haruk Marawak estaba muy quieto. Sus obreros no hacían el menor ruido y él parecía más interesado en su conversación que en el trabajo.

—¿Cuál es vuestra hipótesis sobre lo que representa el conjunto? -abarcó la pintura al completo.

Todos miraron al jefe del grupo.

—Parece indicar un viaje, un tránsito.

—¿De qué o de quién, y hacia dónde? La miraron con curiosidad.

—Interpretar eso siempre queda del lado de la especulación, Georgina —le aclaró el mismo Mariano Pino.

—Ya, ¿pero hay alguna teoría mejor que otra?

—Dioses que van, o vienen. Que sean estos cuatro y no otros es significativo.

—¿Por qué?

—Amón es el dios principal de la ciudad de Tebas, señorita —Haruk Marawak estaba allí, a su espalda. Le produjo un sobresalto porque no esperaba escuchar su cuidado inglés de Oxford-. En su origen se dice que fue

un dios de los vientos, así que protegía a los navegantes. Su nombre significa El Oculto. Más tarde se fusionó con el dios Sol y adquirió el nombre de Amón-Ra. Atón —señaló con un dedo la figura inferior izquierda— significa Disco Solar. Con el tiempo se le consideró una manifestación de Ra. En su primera representación le veíamos como una persona con cabeza de halcón. Más tarde adquirió la forma que aquí vemos: un disco solar. Lo proclamaron divinidad suprema. El faraón Akenatón decidió que fuera el único al que se prestara culto y fundó la ciudad de Aketatón en su honor. Aketatón significa Horizonte. Cuando murió Akenatón, el culto a Amón fue restablecido —hizo una pausa y apuntó al dios superior derecho—. Ra es el dios solar de Egipto y uno de los nombres del Sol. Durante el día ilumina la tierra en forma de halcón. Cuando desaparece hacia el Oeste es Atón, el anciano encorvado esperando en el más allá por los muertos, que se calientan con sus rayos. Cuando vuelve a la vida por la mañana en el Este lo hace en forma de escarabajo, Jepri. Por último tenemos a Nut —su dedo se dirigió a la figura inferior derecha—. Uno de sus títulos era «la grande que da el nacimiento a los dioses». De acuerdo con un viejo mito, el dios Atón había sido el creador del mundo partiendo de sus fluidos internos. Así nacieron los primeros dioses, Rfenis, la humedad, y Shu, el aire. Ellos procrearon a Gueb, la tierra, y a Nut, el cielo. Nut es la creadora del universo físico y regula los movimientos de los astros. Es una bóveda celeste en forma de mujer inclinada sobre la Tierra, en la que se apoya de pies y manos. Nut se comía al Sol de noche y lo hacía renacer por la mañana.

—Una perfecta explicación, sí señor —aplaudió Mariano Pino.

—Haruk es toda una enciclopedia —le palmeó la espalda Juan Pedro Clapés.

Joa miraba fijamente al egipcio. Y él a ella.

Amón, Ra, Atón, Nut. Todos relacionados con el cielo, las estrellas.

Estaba ante la puerta. 0 la llave que abriría una puerta de comunicación. Y no tenía ni idea de qué iba nada de todo aquello.

14

No podía dormir. Una vez más. Había pasado el día fingiendo, hablando, visitando las tumbas del Valle de los Reyes como una turista pero con el pensamiento en otra parte, comiendo con los arqueólogos españoles además de los dos egipcios, el silencioso Bir El Saíf y el conspicuo Haruk Marawak. Todo ello mientras su cabeza daba vueltas.

¿Quería creer a la desesperada que aquella cruz era lo que había llamado la atención de Gonzalo Nieto o realmente era así?

Una extraña cruz, ¿y qué?

Si ellos, reputados egiptólogos, no sabían nada salvo que había una igual en una columna del templo de Karnak... Quedaba tanto por descubrir en Egipto. Tanto.

Y de vez en cuando la golpeaba la gran duda, de forma machacona: ¿si

Gonzalo Nieto la llamó a causa de aquel signo, por qué lo hizo días después de descubrirlo y no en el mismo momento?

—Tuvo que investigar, ¿verdad? —se dijo a sí misma en voz alta.

¿Investigar dónde?

Salió de la tienda de campaña que disfrutaba en solitario por ser la única mujer del grupo. Carlos Nieto dormía con los demás. Hallarse en el centro de un lugar como aquél la sobrecogía. La historia se mide por el cómo, pero más por el cuándo y el qué. Tres, cuatro o cinco mil años antes, en una noche como aquélla, todo lo que la rodeaba hubiera sido sin duda muy distinto. Lo extraordinario era que Egipto había sido un misterio hasta la llegada de Napoleón y sus tropas. Y de eso hacía apenas doscientos años. De no haber sido por el hallazgo de la piedra Rosetta en 1799 y de las investigaciones que durante más de veinte años realizó Jean-Françoise Champollion, los jeroglíficos tal vez no se hubieran descifrado jamás. La piedra contenía un mismo texto en tres lenguas distintas, la griega clásica, el demótico y los jeroglíficos egipcios. Con una infinita paciencia, tratándose de un texto tan pequeño, Champollion consiguió veintitrés años después de su hallazgo, en 1822, presentar la correcta interpretación de los jeroglíficos egipcios.

Recordó cuándo vio por primera vez la piedra en el British Muséum de Londres, emocionada.

Los primeros cartuchos que Champollion consiguió traducir fueron los de Cleopatra y Ptolomeo.

De todas formas los jeroglíficos no fueron el único sistema de escritura egipcio. Sólo el más antiguo. Los egipcios lo llamaron hiera grammata, las sagradas letras, y también la hieroglyphica, las sagradas letras grabadas. De esta segunda definición surgió el término jeroglífico.

Se sentó en una piedra, bajo las estrellas, y se embebió de aquella paz y su silencio.

Un silencio breve.

Roto por el rumor a su espalda.

Volvió la cabeza justo en el momento en que Haruk Marawak se agachaba para sentarse a su lado.

—Siento importunarla —dijo a modo de presentación.

—No importa.

—Quería hablar con usted.

—En parte lo imaginaba —fue sincera.

El egipcio estiró las piernas y se apoyó con las manos en el suelo. Bajo la difusa luz de la bóveda celeste, los dos parecían espectros.

—No quería contarle esto al joven señor Nieto —le reveló—. Yo era amigo de su padre. Oí mencionar su nombre. Sé que él quería verla.

—¿Sabe quién le mató?

—No.

—¿Y sabe por qué?

No lo dijo con palabras. Deslizó la cabeza de lado a lado un par de veces. Sus ojos reflejaron sinceridad.

—¿Qué quería contarme? -Joa fue directa al tema.

—Cuando la policía venga a interrogarnos tendré que contárselo también a ellos —hizo un gesto de resignación.

Joa esperó.

—El profesor Nieto se veía con una mujer en El Cairo desde hacía poco.

No era sorprendente, pero sí la desconcertó.

A veces olvidaba que todos los seres humanos necesitan el amor, la relación, incluso un sesudo arqueólogo viudo.

—¿Sabe su nombre?

—Shasha —se lo deletreó—. Shasha Bayik. Vive en el Viejo Cairo, calle Maamura 37. Llevé al profesor Nieto una noche y le vi entrar ahí. La conoció hace un par de meses, creo. Eso le hizo cambiar.

—¿En qué sentido?

—Parecía un hombre alegre, pero en realidad tenía un punto de amargura, volcado siempre en su trabajo, solitario. Después de conocerla se le veía reír más a menudo, bromear por todo. Un hombre plenamente feliz.

El amor en la vejez. Posiblemente la felicidad suprema.

—¿No dijo nada a nadie?

—Yo tenía una relación más directa con él que los demás. Me cogió cariño. Y viceversa. No me contó los detalles, claro, pero poco a poco... fue desnudando su alma. La noche que me habló de ella sus ojos estaban llenos de luz.

—¿La conoció antes o después de que encontraran esa cruz?

—No lo sé con exactitud, aunque creo que fue justo después.

—¿Sabe algo más de esa mujer? —No, nada.

—¿Por qué no se lo ha dicho ya a la policía?

—Señorita, esto es Egipto. Aquí respondes cuando te preguntan. No es bueno adelantarse a los acontecimientos.

—Entiendo que cuando Gonzalo Nieto iba a El Cairo vivía con ella...

—Creo que sí —cambió de tono para preguntarle—: ¿Cuándo la llamó a usted?

—El mismo día que le mataron.

—El día anterior a mí me dijo que se iba a El Cairo para dos o tres días.

—A esperarme, claro.

—No, no sólo eso. Quería investigar algo. Volver al archivo del Museo Egipcio.

—¿Había ido otras veces? —Joa se envaró.

—Sí, claro.

—¿Cuándo?

—No estoy seguro, pero desde que encontró esa cruz...

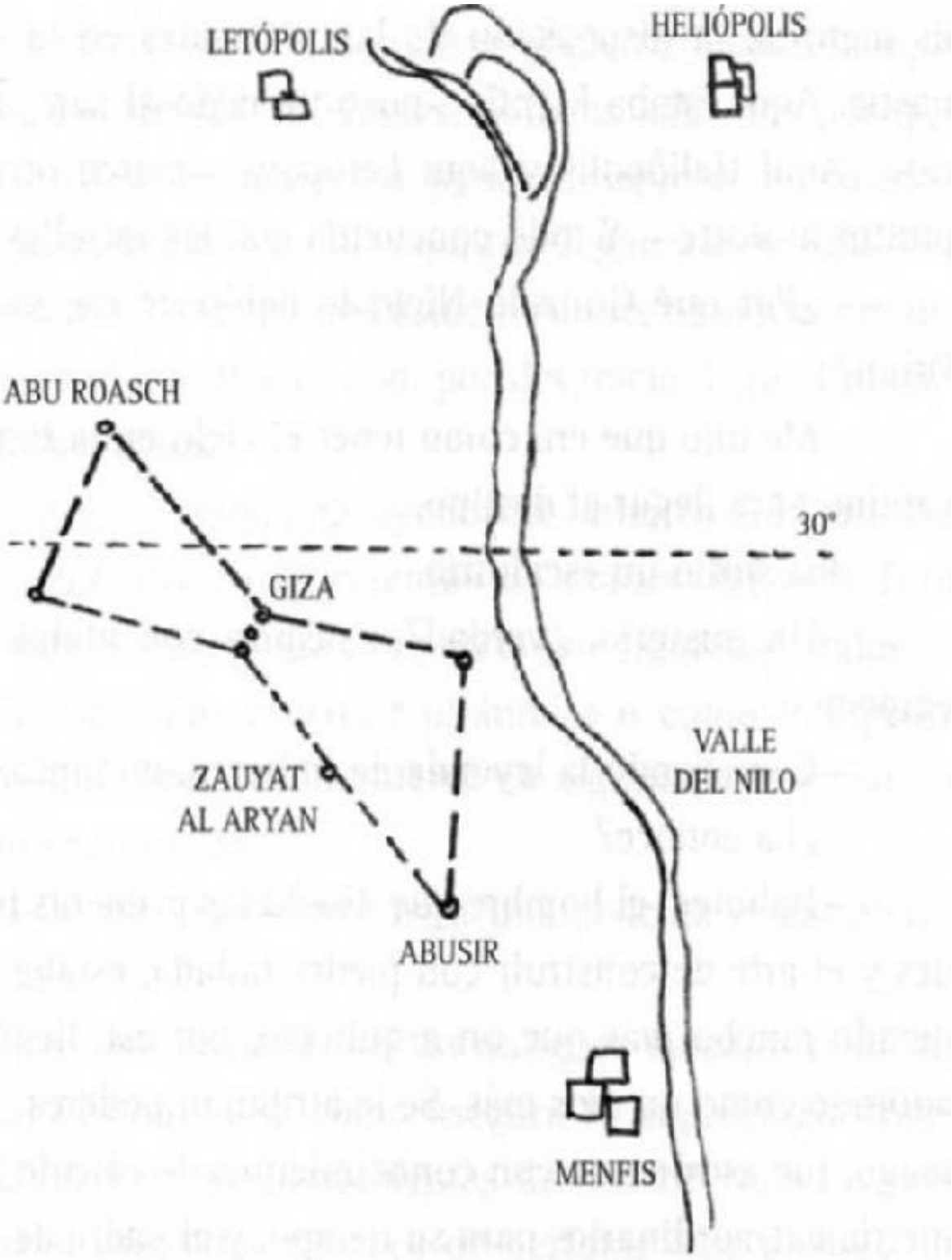
—¿Qué vio o imaginó ver en ella, Haruk?

—No lo especificó. Un par de veces comentó que iba a ser un regalo para la hija de un buen amigo. Se refería a usted, y sonreía. Yo le pregunté, pero lo único que saqué en claro fue la relación entre el mapa de Orion y el mapa de las pirámides.

—¿Qué mapa es ése?

Haruk Marawak lo reprodujo en la arena. Primero una forma poliédrica, dos triángulos unidos por tres puntos en uno de sus ángulos. Después trazó una línea curva a la derecha. Joa comprendió de inmediato qué estaba dibujando su inesperado confidente. La línea curva era el Nilo. La forma poliédrica, los puntos en los que se habían construido pirámides.

NECRÓPOLIS MENFITA



—La civilización egipcia no colocó las pirámides al azar, sino que reprodujo en la tierra la constelación más impresionante del universo: Orion. ¿No ha oído hablar de las leyendas de Sirio y Orion?

Leyendas múltiples, algunas haciendo referencia al pasado extraterrestre de los pobladores de la Tierra.

—Algunas —prefirió ser cauta y centrarse en el tema.

—Esto es Orion aquí, en el suelo de Egipto —Haruk. Marawak señaló el poliedro—. Hace cientos de años, en el extremo sur teníamos Abusir, en el extremo norte Abu Roasch. Los tres puntos del centro son las tres grandes pirámides de Giza: Kheops, Kefrén y Mikerinos. Reproducen fielmente las principales estrellas de la constelación de Orion. Lo que acabo de dibujarle es el área de la necrópolis menfita, la disposición de las pirámides en la IV Dinastía. Aquí estaba Menfis —puso un dedo al sur, junto al río-. Aquí Heliópolis y aquí Letópolis —marcó otros dos puntos al norte—. Y todo concuerda con las estrellas.

—¿Por qué Gonzalo Nieto le habló de ese mapa de Orion?

—Me dijo que era como tener el cielo en la tierra, un camino para llegar al destino. Joa sintió un escalofrío.

—Un misterio, ¿verdad? —suspiró con afabilidad el egipcio.

—Conociendo la leyenda de Imhotep, no tanto. —¿La conoce?

—Imhotep, el hombre que diseñó las primeras pirámides y el arte de construir con piedra tallada, estaba considerado mucho más que un arquitecto, por eso llegó a ser adorado como un dios más. Se le atribuían poderes. Era un mago, fue astrónomo con conocimientos de cálculo y geometría extraordinarios para su tiempo, y el padre de la medicina. Hasta los griegos lo identificaron con su propio dios de la medicina, Asclepio, y lo rebautizaron con el nombre de Imutes.

—¿También usted cree que pudo venir del espacio? -la miró con las cejas alzadas y aspecto de conspirador.

—¿Usted no?

—No, yo no —negó con la cabeza el arqueólogo—. No creo en esas

historias. Lo único que hay son preguntas. ¿Por qué los seres humanos dejaron de hacer pirámides escalonadas como la de Saqqara? ¿Por qué Kheops, Kefrén y Mikerinos no pusieron sus nombres en sus pirámides? ¿Por qué no hay jeroglíficos en ninguna de esas pirámides de la IV Dinastía?... En la época de Tutankhamon habían pasado más de mil años desde las construcciones de estas pirámides imitando a Orion en la Tierra, y para entonces todo rastro de sus orígenes o el porqué se erigieron habían desaparecido. Son únicas, diferentes, pero no sabemos por qué. Los científicos ni siquiera se ponen de acuerdo en su edad. Unos dicen que tres mil años, otros llegan a siete mil... —se echó a reír—. Por lo menos usted reconoce al verdadero Imhotep, no al que Hollywood, por desgracia, legó al mundo con sus películas.

—Pero la verdadera leyenda de Imhotep es la que dice que recibió sus conocimientos de manos del dios Toth, y que éste le entregó un libro en el que figuraban todos los secretos de cómo construir pirámides o cómo interpretar las estrellas. Imhotep lo enterró en alguna parte y aún no ha sido encontrado.

—De eso también se hará una película el día menos pensado.

—¿Cómo justifica que los antiguos egipcios pudieran trabajar el granito si, como asegura la arqueología tradicional, carecían de herramientas de hierro? Nunca se encontraron utensilios capaces de perforar esas piedras. En las canteras de Assuan hay series de agujeros y ranuras rectangulares, profundas y estrechas, imposibles de hacer con herramientas de cobre. Los cortes en la roca se hacían introduciendo en los orificios piezas de madera que después se humedecían, con lo que la fuerza producida por la expansión de la madera rompía el granito, pero ¿cómo se hacían esos orificios? ¿Con qué?

—Usted es de las que utiliza las grandes incógnitas para forjar las teorías más inverosímiles —dijo el egipcio-. Todo tiene una explicación lógica y racional, pero aún no hemos dado con ella. Puede que sea mucho más simple. Técnicas que hoy en día ni imaginamos.

—¿Está seguro?

—Sí —lo manifestó con firmeza.

—Pero no me negará que, al margen de esas leyendas, como la de

Imhotep o la forma en que se levantaron las pirámides, hay indicios extraordinarios en el mundo entero de una sabiduría superior y correlaciones de pueblos distantes entre sí en la Antigüedad con idénticos misterios -recordó a su padre y su «todo está conectado»—. Los mayas son un ejemplo.

—Y los dogones aquí mismo, en África.

Los dogones, en Mali. El pueblo que aseguraba proceder del espacio, de Sirio, la estrella más brillante, y que incluso dibujaban astronautas en su cultura ancestral.

Podían pasarse horas hablando de todo aquello, especialmente porque Haruk Marawak era un buen interlocutor, y pragmático, realista. Tanto como ella, pero en diferente plano, porque ella conocía sus orígenes.

Y sabía que allá afuera, en el universo, estaban ellos.

—Ha sido una velada muy instructiva —admitió Joa.

—¿Qué busca usted, señorita Mir?

La pregunta la pilló desprevenida.

—¿He de buscar algo?

—Todos buscamos algo.

—Entonces supongo que lo que busca todo el mundo: respuestas.

—¿A qué preguntas?

Sostuvo su mirada. Hasta que él forzó una nueva sonrisa, asintió, suspiró y se incorporó despacio. Le tendió la mano, quizá para estrechársela, quizá para ayudarla a levantarse.

—Me quedo cinco minutos más —Joa se la estrechó-. Gracias, Haruk. Por todo.

El egipcio inclinó la cabeza y luego dio media vuelta dejándola sola.

Tenía bastante en qué pensar.

15

Por la mañana, a primera hora, salieron del Valle de los Reyes. Un chófer egipcio que no hablaba inglés, francés ni español fue el encargado de conducirlos. A él, primero, a la Terminal del aeropuerto de Luxor. A ella, después, hasta Karnak.

Carlos Nieto se despidió en la puerta de acceso, al pie del vehículo. Regresaba a El Cairo y luego a España. Quizá nunca más volviese a saber de su persona. Como barcos que se cruzan en el mar.

—Gracias por estar a mi lado -la abrazó con solemnidad y un deje de cálida ternura.

—Tu padre... -había preparado un discurso que murió antes de nacer.

—No digas nada —el hijo de Gonzalo Nieto hizo un gesto de pesar y rendición—. Espero que si la policía atrapa a sus asesinos se pudran en el infierno. El resto...

Era un hombre extraño. Llevaba la derrota impresa en la frente.

—Cuídate, Carlos -le besó afectuosamente en la mejilla.

Al separarse vio el brillo en sus ojos. Y ya no hubo más.

Le vio entrar en la Terminal sintiéndose culpable. No sólo por aquella muerte de la que se hacía responsable a sí misma, sino porque conocía el último secreto del arqueólogo muerto, la presencia de una mujer en su vida, y había preferido callar, como Haruk Marawak, por precaución en este caso. Ignoraba cómo se tomaría Carlos el hecho de que su padre tuviera una amante.

0 lo que fuera Shasha Bayik.

—A Karnak —ordenó al chófer una vez perdida la última imagen de Carlos Nieto en la distancia.

El trayecto fue breve. El templo de Karnak estaba al norte de Luxor, Tebas en la Antigüedad. Su imponente figura y su columnata se divisaban desde muchas partes, frente al Nilo y las islitas que lo jalonaban, al sur de Denderah y su mitología. Aquél era un meandro impresionante del Nilo —de hecho, el único, porque el rio venía a ser como una larga línea recta atravesando la tierra-, una especie de península en cuyo sudeste quedaba el Valle de los Reyes, la necrópolis de Tebas. Allí cada piedra, cada grano de arena, rezumaba historia.

Joa le pidió al chófer que esperase en la explanada de la entrada. Una larga fila de tiendas a su izquierda la sorprendió por doble motivo: primero por su sordidez y angostura; segundo porque, al verla, salieron por sus puertas un enjambre de vendedores llamándola para que entrara en ellas, a gritos. Estaba sola. No había más turistas a la vista, quizá por la hora o porque los barcos del Nilo no habían soltado sus cargas.

Pasó de ellos y entró en el monumental conjunto atravesando la doble puerta principal exterior y la de Ptolomeo a continuación. No quería precipitarse ya en pos de la columna con la cruz hallada en la tumba TT47. Quería embeberse de aquella maravilla. Necesitaba paz de espíritu. Más que nunca deseó que David estuviera a su lado, para cogerle de la mano, sentirle, o besarle en un rincón y dejar un poco de sí mismos en aquella inmensa historia labrada en piedras.

Cuando comenzaron a llegar los autocares de turistas prefirió no esperar más.

Contó las columnas. Los arqueólogos le habían dicho que la que le interesaba era la novena por el lado izquierdo. Cada una era distinta de las demás, y pese a hallarse a la intemperie, y a perdurar a través de los tiempos, su estado era maravilloso aun faltando detalles o frisos en algunas. Al detenerse en la novena columna la rodeó buscando la cruz. Su corazón iba más rápido que de costumbre, y sabía que era su intuición la que le aceleraba el pulso.

Encontró la cruz en la parte baja. Exactamente igual que la de la tumba pero más pequeña, aunque se reconocían los cuatro dioses. Lamentablemente apenas si quedaban colores y faltaba parte de la columna por el lado derecho y por encima, así que era imposible ver el marco global en el que la cruz estaba situado. Por el lado izquierdo las figuras que identificó eran dispares y estaban colocadas en distintos planos, dos signos y una estela.

Por la parte inferior vio un jeroglífico completo

Tenía que copiarlos y averiguar su significado.

Iba a quitarse la bolsa que cruzaba sobre su pecho y que colgaba del otro hombro, para sacar el bolígrafo y un papel, cuando sintió la presencia.

El aliento del peligro.

Tuvo tiempo de volver la cabeza antes de incorporarse de golpe, porque el árabe que tenía a menos de un metro de ella, mirándola con expresión alucinada, era el mismo que había visto en El Cairo después de hablar con Carlos Nieto la primera vez, mientras buscaba un cybercafé para descubrir el significado de la nota echada bajo su puerta. Le reconoció: treinta y tantos, chilaba blanca, barba generosa...

Y estaba allí, en Karnak, a una eternidad de la capital.

—¿Qué quiere? -se atrevió a preguntarle.

Lo esperaba todo, que echara a correr o incluso que la agrediera, pero no que la gritara. Como un loco.

Fueron apenas diez segundos de gritos, ojos inyectados en sangre, el cuerpo sacudido por la ira, los puños cerrados y agitados como mazas delante de su cara... Joa pegó su espalda a la columna del templo. No se atrevía a

moverse.

Por detrás del árabe apareció un guía turístico con su banderita al viento y un grupo siguiéndole.

El guía dijo algo en voz alta.

Fue suficiente para que el presunto agresor, ahora sí, se marchara corriendo por el lado contrario.

—Are you OK?

Joa intentó serenarse. Logró centrar su atención en el hombre de la banderita que a pesar de su aspecto egipcio la hablaba en inglés. Los turistas, todos de piel muy blanca y cabellos claros, quizá nórdicos, observaban la escena con curiosidad.

—Sí, sí, perfectamente, gracias. ¿Ha entendido lo que decía?

—Ojos impuros no pueden ver ni tocar cruz del Nilo.

—¿Decía eso?

—Sí.

—¿Sabe qué significa? —se apartó de la columna para señalarle la cruz.

—No —el guía puso una cara inexpresiva.

—¿Ha visto esta cruz en otras partes?

—No, no, lo siento, pero yo guía hace poco —sonrió.

—Gracias.

Sacó el bloc y copió los dos signos, la estela y el jeroglífico. Mientras lo hacía miró a derecha e izquierda. Si aquel árabe la estaba observando, tendría problemas más graves que una bronca. El guía y sus adláteres habían seguido su periplo turístico. Completó su trabajo en menos de dos minutos y se lo

guardó todo de nuevo.

Era hora de marcharse de allí.

Se dirigió a la entrada del templo.

Entonces lo vio de nuevo, siguiéndola en paralelo por el otro lado de la columnata, con el mismo rostro atravesado por la ira.

Joa intentó localizar a otro grupo de turistas con objeto de mezclarse entre ellos y no lo encontró. Dejó de andar para empezar a correr. Le bastaron unos pocos metros para darse cuenta de que no lograría salir de Karnak antes que su perseguidor. Eso le dejaba pocas opciones. La más natural era conseguir ayuda. Aunque primero esconderse.

Buscó amparo en una de las grandes columnas y retrocedió.

Perdió de vista al hombre.

El grupo de turistas más cercano estaba a unos quince metros. Otros sueltos, en parejas o haciendo fotografías en solitario, más o menos a la misma distancia. Tomó aliento para volver a echar una carrera pero para entonces ya fue demasiado tarde.

Esta vez su instinto no la advirtió del peligro.

Notó un brazo alrededor de su cuello. Después el aliento en su nuca. Si hubiera querido matarla lo habría tenido fácil. Pero sólo escuchó su voz, sorda, cargada de animadversión. Una voz que procedía de lo más profundo del odio.

No supo lo que le decía.

No podía forcejear. Ni moverse para darle una buena patada. Su única alternativa era sacar su rabia. Y lo hizo.

Rápida y explosiva.

Fue como si de pronto atravesara el cerebro del árabe con su propia

mente, abriéndolo en canal. Una mansa masa de mantequilla. El efecto resultó inmediato. La presión cedió y el hombre lanzó un gemido de dolor.

Joa se dio la vuelta. Ahora el agresor estaba de rodillas, con las manos en las sienes. Mientras le miraba sin saber qué hacer, vio algo más, en el brazo derecho, al haber descendido la manga de la chilaba hasta el codo.

Un gato tatuado.

Un Defensor de los Dioses, categoría vigilante o guardián. Por lo demás reunía todos los requisitos: vestía de blanco y llevaba barba.

Ya no eran una leyenda.

El árabe cayó al suelo gimiendo.

Para ella fue suficiente. Sabía que disponía de unos preciosos segundos de ventaja y emprendió de nuevo el camino de la salida, a la mayor velocidad que le permitieron sus piernas, de gelatina un poco antes pero ahora otra vez fuertes y firmes.

Cruzó las dos puertas, atravesó el patio de los vendedores y localizó el coche en el aparcamiento y a su chófer dormido en su interior. Le bastó meterse dentro para despertarlo de golpe.

La última vez que miró hacia atrás, un segundo antes de que el automóvil arrancara y se alejara de allí, continuó sin ver a aquel loco.

En su mente escuchó, a modo de eco las palabras que le había gritado la primera vez: «Ojos impuros no pueden ver ni tocar la cruz del Nilo».

16

Se lo preguntó a Mariano Pino cuando la llevaba de regreso a Luxor para que pillara el vuelo de las cinco con dirección a El Cairo.

—¿Reconoce estos signos, Mariano? El arqueólogo les echó un vistazo rápido.

—Sí, claro.

—Lo copié de la columna de Karnak, donde está esa cruz que también ha aparecido en la tumba.

—¿Tanto te interesa el tema?

—Sí —se encogió de hombros fingiendo indiferencia-. Lo que se sale de lo común me suele fascinar y por lo menos esa cruz parece distinta...

—¿Sólo ella? Te asombraría ver lo que se encuentra momento a momento. A veces pienso que no hemos hecho más que escarbar un cinco por ciento de la historia de Egipto, lo más externo -Mariano Pino puso un dedo sobre la circunferencia con rayas horizontales—. Éste es el disco solar que representa el aliento de la vida, y ésta —hizo lo mismo con la cruz con un lazo en la parte superior- es la llave del aliento de la vida, Ankh. Tu dibujo del centro muestra el sol con sus rayos y el faraón que los recibe, es el jeroglífico que simboliza esa misma vida y también un símbolo que apunta a la divina y eterna existencia.

—¿Y éste? -le mostró el jeroglífico más largo.

—Más de lo mismo. Los rayos solares intangibles se materializan en el símbolo de la llave recibida desde el mismo disco solar. Así mismo es la representación del fonema KH como representación del aliento de Dios. El Ankh es representado muchas veces como objeto que procede directamente del

disco solar y que es ofrecido al faraón para que pueda administrar la vida entre los hombres. En otras ocasiones es colocado en manos de dioses como símbolo de vida eterna y como llave de los misterios de la naturaleza, lo mismo que el ser humano, el microcosmos, es la llave del macrocosmos. Es una de las formas más vistas en tumbas, pinturas y jeroglíficos egipcios.

—Entonces puede interpretarse de muchas formas, ¿no?

—Las que quieras.

—Por ejemplo, que en otro tiempo llegaron unos seres del espacio y dejaron aquí sus semillas -soltó como si se tratara de una broma.

Mariano Pino le dirigió una mirada curiosa.

—¿Te gusta la fantasía?

—No especialmente, pero me interesan todas las teorías que buscan dar respuesta a los enigmas de nuestro mundo.

—Pues todas esas teorías de extraterrestres son pura fantasía —fue categórico—. Especulaciones para crear expectativas falsas y gente que le saca punta a lo que sea para escribir libros extravagantes, porque lo que no falta son ingenuos que se lo tragan.

Comprendió por qué Gonzalo Nieto no había compartido sus ideas y descubrimientos con nadie del equipo.

Su siguiente pista estaba en El Cairo, en la calle Maamura 37.

Llegaron al aeropuerto un minuto después. Su segunda visita del día. No hubo más prolegómenos ni despedidas largas. No era más que una niña caprichosa para todos ellos, por mucho que fuese la hija de Julián Mir. Mejor si se la quitaban de encima. Bastante duro había sido afrontar la muerte de su compañero en tan dramáticas y misteriosas circunstancias. Se abrazaron al pie del todoterreno, Mariano Pino le dio el número de su móvil, por si necesitaba algo, y se desearon lo mejor. Suerte para él en las excavaciones de la tumba, y un feliz vuelo para ella. El arqueólogo interpretó que su siguiente destino era

Barcelona. Después se quedó sola.

Ojeó algunos libros en la librería del aeropuerto antes de pasar el control de seguridad, nuevamente exhaustivo, y tomar el vuelo a la capital de Egipto. No le chocó ver algunos dedicados a los gatos, uno de los símbolos de los Defensores de los Dioses y también del mundo egipcio, lo mismo que el ojo y el escarabajo. Allí decía que los gatos fueron considerados una manifestación de la diosa del amor y de la sexualidad: Bastet. Tal vez los Defensores de los Dioses fueran muy amorosos en otro tiempo, cuando custodiaban el legado de los visitantes de las estrellas, pero desde luego ahora no eran más que fanáticos en un mundo en el que si algo sobraba era eso.

El vuelo partió veinte minutos tarde. Llegó al aeropuerto de El Cairo y pensó en ir directamente a casa de Shasha Bayik. Sin embargo, llevar encima una bolsa de viaje y el polvo de toda la jomada la hizo desistir de la idea. Tomó un taxi y se dirigió primero al hotel. Una hora y media después, con ropa limpia y mejor ánimo, volvió a meterse en uno y le dio la dirección. En un mapa de El Cairo ya había comprobado que no estaba lejos, al otro lado del río, muy cerca cruzando por el puente de Giza.

Dejó atrás las pirámides con dolor, todavía sin poder visitarlas.

El número 37 de Maamura era una casita de dos plantas, muy sencilla, cada una de ellas con un acceso individual, directo la inferior y mediante una escalenta lateral la superior. La de Shasha Bayik era la superior, porque el nombre del timbre de abajo era otro. Subió la escalenta despacio, sin hacer ruido aunque sin parecer una ladrona, y llamó al timbre. Tras un segundo intento comprendió que la posible novia o amiga de Gonzalo Nieto no se encontraba allí. No era su intención cometer un allanamiento de morada, pero la oportunidad se le presentó demasiado perfecta e increíble para despreciarla: al final del pasillito lateral localizó una ventana entornada. No era visible desde la calle, pero sí desde arriba.

No se lo pensó dos veces.

Se aseguró de que nadie la viera, metió una pierna por el hueco, luego el cuerpo, y pasó al otro lado sin problemas. El lugar era tan sencillo por dentro como por fuera. Una sala comedor ligera de muebles, y un dormitorio con una

cama grande. En el armario, además de la perteneciente a la dueña de la casa, encontró ropa masculina. Ropa occidental. No le cupo la menor duda de que era de la talla de Gonzalo Nieto. Dos camisas, dos pantalones, unos cómodos zapatos de vestir, ropa interior... También en el baño vio dos cepillos de dientes.

El mundo árabe ya no era el de antes, por mucho que aquello fuese El Cairo.

Una mujer viviendo sola, y viéndose con un occidental.

Examinó más a fondo la sala. Ni una fotografía. Ni un papel. Ni facturas, ni documentos ni cualquier dato revelador. Nada. Era la casa más impersonal que jamás hubiese visto.

0 una tapadera.

Pensó en volver a la calle y apostarse cerca a la espera de que regresara Shasha, si es que regresaba. Quizá su error fue no salir por donde habia entrado. Nada más abrir la puerta, sin tomar siquiera la menor precaución, se la encontró de cara, subiendo la escalerita exterior.

Joa se maldijo por lo bajo.

Shasha Bayik ni siquiera abrió la boca.

Los ojos sí, demudada, antes de dar media vuelta y saltar los escalones de tres en tres.

—¡Shasha!

Fue un grito inútil, y una lamentable pérdida de segundos. Para cuando Joa arrancó, su perseguida ya se encontraba a una decena de metros, corriendo a una velocidad de vértigo.

Era joven, veintitrés o veinticinco años, y desde luego una belleza árabe, ojos negros, profundos, labios grandes y generosos, cabello corto bajo el pañuelo que cubría su cabeza, cuerpo esbelto aunque la ropa que llevaba no se ajustaba para nada a sus formas.

—¡Sólo quiero hablar contigo, estoy sola!

Pensó que tal vez no supiera inglés, que en su relación con Gonzalo Nieto éste le hablase en árabe.

La distancia que las separaba no menguó en el siguiente minuto, al contrario.

Iba a perderla.

Salieron de la calle Maamura y se encontraron en una mayor, con más gente. Los primeros curiosos que abrieron los ojos ante la persecución no hicieron nada. Joa temió que alguno se abalanzara sobre ella para detenerla. Al fin y al cabo era la extranjera. Claro que también podía haber sido víctima de un robo.

Nadie se le echó encima.

La distancia ya era de quince metros.

Se redujo a cinco cuando Shasha tropezó a causa de sus sandalias y perdió una, aunque mantuvo el equilibrio.

Eso la hizo comprender que estaba perdida.

Todavía mantuvo la carrera otro minuto, pero ya cargando con la angustia de su derrota. Pisó algo que le hizo daño y brincó hacia arriba con dificultades para no caer una segunda vez. Las zapatillas deportivas de Joa eran igual que patines. Por detrás de ellas ya corrían media docena de personas jóvenes, niños especialmente, para ver en qué acababa todo. Un espectáculo.

—¡Shasha! —jadeó.

La mujer dobló una esquina. Demasiado tarde se dio cuenta de que era un callejón sin salida, que terminaba en un muro de caída libre al otro lado. Frenó en seco y se dio la vuelta al llegar al límite. Desde allí miró a Joa con el pánico tintando su expresión.

—No voy... a hacerte... daño... -se detuvo a un par de metros llevando aire a sus pulmones y sudando copiosamente a causa de la carrera bajo el calor—. Sólo... quiero... hablar contigo.

Shasha Bayik movió la cabeza de lado a lado.

—Por favor... —Joa extendió su mano derecha.

La pilló más de improviso que su aparición en la casa. La mujer miró hacia atrás, como si calculara la distancia, el tiempo de su agonía hasta el golpe al final del muro. Luego sus ojos se llenaron de lágrimas mientras susurraba algo en árabe y se dejaba caer.

Casi a cámara lenta.

—¡No! -gritó Joa.

Dio un salto, con las dos manos extendidas, y la sujetó por la ropa, por la parte superior de la holgada blusa.

La amiga de Gonzalo Nieto quedó apoyada en el borde, con los dos pies, en un inverosímil ángulo de cuarenta y cinco grados, sujeta por aquellas dos manos de hierro.

El tatuaje, esta vez de un escarabajo, asomó por encima de la muñeca de su mano derecha.

—No, Shasha, no -suplicó ella.

Pesaba poco.

Pero eran dos voluntades.

Y la de la muerte fue superior a la de la vida, aunque toda la energía de la salvadora estuviese puesta en aquel contacto.

Nadie las ayudó. Se escuchó un «¡Oooh...!» ante lo portentoso de la escena.

Por detrás de Joa apareció la policía. Dos hombres. Creyó que iban a ayudarla, que todo estaba controlado. Pero lo único que hicieron fue cogerla a ella primero, para afianzarla probablemente, antes que a Shasha.

Un error.

Cortaron la corriente energética.

—¡No!

Las manos del segundo policía llegaron tarde.

Shasha Bayik retiró los dos pies del borde y se precipitó hacia abajo.

Joa sólo tuvo tiempo de dejarla ir, para no verse arrastrada al abismo.

Kafir Sharif la miraba con sus ojillos perspicaces, como si quisiera explorar directamente sus pensamientos, las respuestas que estaba buscando. Joa intentaba no tropezarse con sus ojos, pero era inevitable hacerlo, así que optó por desafiarle, cansada del juego.

—¿Qué?

—Nada —dijo el policía-. Yo espero.

—¿Y qué es lo que espera, que salga el sol?

—No entiendo humor occidental.

—No era un chiste —rezongó ella.

Volvió el silencio. La misma comisaría, el mismo despacho, la misma silla. Y esta vez era peor: estaba directamente implicada en una muerte.

Se preguntó cómo sería una cárcel egipcia y si los «amigos» americanos la sacarían del lío, aunque fuese inocente y sólo hubiese querido ayudar evitando que Shasha saltara.

—No pone cosas fáciles, señorita Georgina Mir.

—Oiga, yo intentaba salvarla. Fue su policía la que metió la pata.

—Testigos dicen que usted mucha fuerza.

—Hago ejercicio.

—La vieron alzarse del suelo...

—¿Qué? -intentó evitar la palidez.

—Levitar —puntualizó Kafir Sharif—. ¿Se dice así? No se había dado cuenta. No lo notó. Estaba concentrada en retener a la mujer.

—No diga estupideces.

—Yo no. Testigos.

—Anochecía. Eso induce a la confusión. ¿Por quién me toma?

—No sé. Diga usted.

—Mire, si usted hubiera hecho su trabajo, esto no habría sucedido.

—¿Mi trabajo?

—Si hubiera ido a interrogar a los amigos del profesor Nieto, como he hecho yo, sabría que el arqueólogo mantenía una relación con esa mujer. He ido a verla, nada más. Ha sido mi única participación en este embrollo. Pero al verme ha echado a correr.

—¿Por qué usted no avisa a mí?

—No se me ocurrió que ella estuviese implicada -mintió.

—Yo pensaba interrogar a los amigos del profesor mañana. Todo a su tiempo —suspiró el inspector.

—Pues ya no hay tiempo de interrogar a esa mujer —plegó los labios—. Ella ha muerto y se acabó. Se ha llevado su secreto. ¿Por qué no fue antes a ver a sus compañeros de excavación?

—Todos tienen coartada. Policía de Luxor confirmó estaban allí noche de asesinato.

—¡Evidentemente que no le mató ninguno de ellos! ¡No se trata de eso! —Joa se desesperaba.

Kafir Sharif no se inmutó.

—¿Qué contaron amigos de profesor?

—Sólo uno conocía esa relación.

—Nombre.

—Haruk Marawak.

—¿Qué contó el señor Haruk Marawak?

—Que Gonzalo Nieto se había enamorado de una mujer egipcia y que era feliz. Vivía en su casa cuando venía a El Cairo.

—¿Historia de amor?

—Una trampa.

—¿Qué clase de trampa?

—Inspeccione el cadáver, ¿quiere? Esa mujer lleva un tatuaje en el brazo. Un escarabajo. ¿Le dice algo?

—Símbolo egipcio.

—Como el gato y el ojo, ¡maldita sea! ¡Símbolos también de los Defensores de los Dioses! ¡Un signo, un vigilante; dos signos, un soldado; tres signos, un líder, un heredero directo de los sacerdotes de la Antigüedad! ¡Yo también hago mis deberes, inspector Kafir Sharif!

Dijo «inspector Kafir Sharif» con el mismo acento que él empleaba cuando decía «señorita Georgina Mir», calcando su tono.

Se estaba pasando. Pero es que estaba harta. Y combativa.

—¿Por qué enfada?

—Porque usted sabe más de lo que dice.

—Si sé, no puedo compartir con usted. Usted sí debería compartir conmigo.

—Es lo que estoy haciendo, ¿no? Kafir Sharif lo consideró.

—¿Sabe más?

-Alguien ha intentado matarme en Karnak. 0 por lo menos asustarme.

Eso le hizo abrir los ojos.

—¿Quién?

—Un individuo que me siguió aquí, en El Cairo. Chilaba blanca, barba y un tatuaje de un gato en el brazo. Otro guardián.

—Olvide fantasías, por favor.

—¡Otro guardián!

—¿Cómo escapa? —hizo un gesto de resignación.

—Un grupo de turistas me auxilió —mintió-. Entonces el tipo huyó.

—Usted sí es como gato. Siete vidas.

—Quiero irme al hotel —se rindió al agotamiento—, ¿de acuerdo? Ya he prestado declaración. Esa mujer se suicidó. No sé más de lo que le he dicho, compruébelo. Le toca a usted investigar quién era, si tenía amigos y por qué se ha aterrorizado al verme.

—Yo investigo, descuide.

—¿Me dirá algo?

—No. Pero quiero hacer última pregunta -dijo el policía.

—Hágala.

—Imagine que Defensores de los Dioses existen, como usted dice, o que personas copian sus métodos o han vuelto a crear culto, ¿sí? Mi pregunta es: ¿qué encontró señor Gonzalo Nieto para que ellos asesinen?

Se estaba acercando.

—No lo sé.

—Él llamó a usted y usted viene, pero él muere.

—Exacto. Si encontró algo, lo que fuera, le mataron antes de que me lo revelara.

—¿Tesoro egipcio, señorita Georgina Mir?

—Lo dudo.

—¿Por qué fue a Karnak?

—Turismo. ¿Quién es capaz de estar allí y no visitar el Valle de los Reyes...?

Kafir Sharif dio un par de pasos. Se detuvo en la ventana. La vista del exterior no era ninguna maravilla, pero él la contempló como si fuera la primera vez que la veía, tomándose su tiempo, tratando de jugar con ella, de pillarla en un contrasentido.

¿Realmente había levitado para impedir que Shasha Bayik saltase?

El interrogatorio tocaba a su fin.

—Seria mejor que se fuese —La voz del inspector era conminante—. Usted trae problemas.

—¡Yo no traigo problemas!

—Ya no tiene nada que hacer aquí -dejó de mirar por la ventana para volver a centrar sus ojos en ella—. ¿Mañana?

—Ya es mañana -le hizo ver la hora—. Necesito dormir. Y quiero ver las pirámides. Cuando consiga un billete de avión lo haré.

—Usted rica. Consigue pasaje en primera ya.

—¿Hay alguna ley que me prohiba quedarme?

—Puedo encerrarla por muchos motivos. Vuelva a

casa.

Volver a casa.

Vacía y sin respuestas.

No quiso decirle que eso no lo haría nunca. No mientras le quedase un cartucho por disparar. Y tenía uno.

18

Ya estaba despierta, aunque se sentía incapaz de levantarse de la cama, cuando sonó el móvil. Pensó en Esther. Hacía mucho que no la llamaba. Pero su mejor amiga debía de haberse cansado ya de ella, de sus silencios y de su ausencia. Al asomarse a la pantallita vio el número de David y suspiró.

—Hola, cielo -mantuvo ese mismo suspiro al pronunciar sus primeras dos palabras.

—¿Te he despertado?

—No, pero estaba en la cama. Me he acostado tarde.

—¿De farra?

—Sí —musitó con falsa socarronería.

—Tengo una noticia.

—¿Buena o mala?

—No sabría decirte. Nicolás Mayoral ha muerto. El juez que la había perseguido en Yucatán. No sintió ninguna piedad, aunque sí curiosidad. Estaba muriendo demasiada gente.

—¿Cómo ha sido?

—Un infarto.

Quizá le hubiese pasado factura todo lo ocurrido el diciembre pasado.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me llamaron para contármelo. Vieron la esquela. Sabes que era una persona poderosa.

Mesuró la información y el silencio se hizo demasiado largo. Lo rompió David.

—¿Cómo estás?

—No estoy muy segura.

—¿Por qué?

Si callaba y le pasaba algo, David no sabría nada, ni por dónde empezar. Si se lo decía, era capaz de coger el primer avión.

Y temía por él.

Al fin se decidió.

—David, Gonzalo Nieto encontró un símbolo en la tumba que inspeccionan que le llamó la atención. Es una extraña cruz enmarcada por la imagen de unos dioses relacionados con las estrellas. No habría sido nada especial, tal vez, de no ser porque hay otra cruz igual en una de las columnas del templo de Karnak, en Luxor. Así que fui a verla y también está dentro de unas pinturas y relieves que guardan relación con el Sol, la vida, el aliento de la creación... Mientras estaba en Karnak un hombre me atacó tras gritarme algo así como «ojos impuros no pueden ver ni tocar la cruz del Nilo», en palabras de un guía que me ayudó.

—¿Te hizo daño?

—No, no fue nada, creo que sólo pretendía asustarme —le ocultó la verdad—, pero era un Defensor de los Dioses. Llevaba un tatuaje de un gato.

—Así que existen realmente.

—Sí. No creo que de pronto un grupo de locos haya decidido recuperar

su memoria.

—Si mataron a Gonzalo Nieto porque encontró esa cruz del Nilo...

—Tranquilo, ¿vale?

—¿Cómo quieres que lo esté?

—Me voy a ir de Egipto y ya está.

—Menos mal. ¿Cuándo?

—Espera que todavía no he terminado.

—¿Hay más?

—Gonzalo Nieto había conocido a una mujer, joven y atractiva, y al parecer había sucumbido a ella.

—¿No me digas que la has visto? ¿Sabe algo?

—Pertenecía a la secta. Llevaba otro tatuaje, como el del hombre. Otra militante de base.

—¿Así que le tendieron una trampa?

—La más antigua del mundo. Un solitario, entregado a su trabajo, que pierde la cabeza por una mujer joven y excitante. ¿Qué más quieres?

—¿Y tú crees que se la tendieron por...?

—Por la cruz del Nilo, está claro. Alguien supo que él se interesaba por ella. Me dijeron sus compañeros que había ido al Museo Egipcio de El Cairo a investigar. Para estar cerca de sus descubrimientos, le colocaron el cebo perfecto.

—¿Y esa mujer...?

—Lamentablemente no me dijo nada.

—¿Por qué?

—Se mató.

—¿Cómo que se mató?

—Ayer, al verme, echó a correr y se tiró por un muro. El silencio se hizo opresivo.

—Joa, esto no me gusta nada. ¿Se suicidó? Ésos son fanáticos...

—Protegen la puerta, David. ¡Lo sé! Existe, en alguna parte. Una puerta para hablar con las estrellas. Por desgracia sólo tengo esa cruz como pista.

—¿Crees que esa secta ha perdurado a través de los siglos... cuidando la herencia de los primeros visitantes y los lugares que ellos consideran santos?

—Sí.

—Suena demasiado fantástico, Joa.

—Si pudiera decirles que yo soy una de ellos...

—¿Estás loca?

—Podría demostrárselo.

—¡Han matado a un hombre, y una mujer se ha suicidado al verse descubierta! ¡Ni siquiera sabes dónde están, no tienes pistas!

—Quizá: Orion.

—¿Orion? —percibió el estremecimiento de David.

—Toda la necrópolis menfita, la que pertenece a la IV Dinastía, la más misteriosa de la Antigüedad, es una copia terrenal de la constelación de Orion.

—¿Y eso qué significa?

—Siempre se ha dicho que si hubiera extraterrestres posiblemente procederían de ahí.

—Así que los egipcios recrearon Orion en la Tierra y construyeron sus pirámides basándose en ello.

—Exacto.

—¿Por qué justamente esa puerta, como la has llamado, no ha sido descubierta ya, como las pirámides?

—Sabes perfectamente que puede existir mucha más historia enterrada bajo el suelo de Egipto de la que se ve sobre él. Y los Defensores de los Dioses deben de haber cuidado mucho de que lo principal no se conozca. La cruz del Nilo ha de ser la clave, una referencia, quizá el punto concreto situado en un mapa.

—Entonces la respuesta está... en el cielo.

—Orion y Sirio.

—¿Por qué Sirio?

—Es la estrella más brillante y tuvo mucha influencia en la vida de los egipcios. Se halla en la constelación de Can Mayor. La veneraban porque anunciaba las crecidas del Nilo y las buenas cosechas. Muchos templos se construyeron de manera que la luz de Sirio iluminara las cámaras interiores. ¿Sabes por qué se llama «canícula» al verano? Pues porque es la época más calurosa y coincide con la salida helíaca de Sirio en Can Mayor. Y no es sólo que los egipcios la veneraran, sino que también lo hicieron los dogones en Mali, al otro extremo de África. Ese pueblo, que aún vive de forma primitiva, afirma que proviene de Sirio, que los visitantes de las estrellas llegaron de allí. Sus paredes tribales están llenas de dibujos significativos. Lo más extraordinario es que ellos ya sabían cosas que tardaron cientos, miles de años en demostrarse, porque hasta 1862 no se descubrió que en realidad son dos estrellas que viajan juntas, unidas entre sí por una fuerza de gravedad mutua y describiendo una trayectoria en forma de espiral, cosa que los dogones ya conocían. ¿Cómo? Se ignora, aunque últimamente se haya dicho que fueron

misioneros franceses los que les contaron eso.

—El mundo sigue dividido entre los realistas, los que se basan en la ciencia, y los fantasiosos, los que le sacan punta a todo.

—Y nosotros sabemos la verdad.

—Joa.

—¿Qué?

—¿Cuándo vuelves? Antes has dicho que todavía no habías terminado.

—Hoy iré al museo, a ver si alguien recuerda al profesor y sabe qué estaba examinando allí.

—¡Eso es tanto como delatarte!

—No les daré tiempo, no temas. Y además ya saben que existo. Pero yo no soy como Gonzalo Nieto. No te olvides de mis poderes. Una vez investigado eso me iré a Jordania.

La voz de David iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Vas a ir... a por la niña jordana?

—Primero ella, sí. Es la más cercana. Luego, a la India.

—¿Por qué?

—Mi instinto me dice que nos necesitamos, que las tres juntas podemos conseguirlo.

—Joa, tus padres prometieron volver. Espéralos.

—No pienso esperar. Si existe esa puerta o método para comunicarme con ellos, quiero encontrarlo ahora. El tiempo no se mide igual aquí que en el espacio, ¿lo olvidas?

—Tu madre es consciente de eso.

—David, ya lo hemos discutido otras veces, ¿vale? —se revistió de cansancio—. No quiero quedarme sentada, cruzada de brazos, fingir que sigo una vida corriente, olvidarme de ello sólo porque parece imposible. Y no me digas que te tengo a ti. ¡Ya sé que te tengo a ti! Pero no quiero abrazarme a esa felicidad porque con el tiempo sé que no me bastaría.

—Déjame entonces que venga contigo.

—Te dije que te llamaría si te necesitaba, y aún no es el momento.

—A veces pienso que me apartas de ti.

—No seas bobo. De hecho ya te necesito.

—¿Qué quieres que haga?

—Cuando llegue a Ammán, ¿a quién puedo ver?

—El hombre que cuidaba a la hija de las tormentas que nació en Jordania se llama Resh, Resh Abderrahim. Luego se ocupó de su hija. Por lo que sé, es un buen tipo. Pero Joa, ¿te imaginas a una hija de las tormentas en Jordania? ¿Y ahora a su hija adolescente sola?

—Un país árabe en el que la mujer está supeditada al hombre.

—Tú lo has dicho. ¿Y vas a ir tú tan campante a hacer preguntas? ¿Crees que alguien te las responderá?

—Con dinero todo el mundo es muy comunicativo, ya lo sabes.

—Pues llévate bastante por si acaso.

Joa se sentó en la cama. La mañana al otro lado de la terraza de su suite era muy hermosa. Llevaba mucho hablando con él.

—David, ni siquiera sé una cosa que ahora mismo me parece increíble.

—¿Qué es?

—¿Cómo se llaman ellas, mis dos... digamos hermanastras, por llamarlas de alguna forma? Nunca te lo he preguntado.

—Amina Anwar es la jordana. Acaba de cumplir quince años. Indira Pradesh es la india, tiene veintidós. Volveré a llamarte hoy o mañana, cuando tenga todos los datos.

—Prefiero hacerlo yo.

Quedaba la despedida, siempre lo más duro. Aunque hablasen cada día tres veces sabían que todas eran difíciles porque necesitaban palabras que no estaban siquiera escritas.

Joa cerró los ojos.

—David, prométeme que esperarás a que te llame y no vendrás sin más.

—Prométeme tú que te cuidarás. Su tono estaba revestido de dolor.

19

Preguntó por el departamento de archivos y documentación del museo en recepción y la mandaron a un ala distinta de las dos plantas principales en las que se abigarraban los tesoros de la cultura del país. Pensó que necesitaría algún permiso especial, que tendría que llamar al grupo de arqueólogos del Valle de los Reyes para que la avalaran, pero pasó dos filtros y se encontró frente a una última puerta acristalada. Una mujer le dijo que hablara con el director del archivo, Reza Abu Nayet. Joa se dispuso a usar todo su encanto y extendió una enorme sonrisa en su rostro antes de franquear aquella puerta.

Al otro lado vio una mesa llena de papeles, y a un hombre sentado en una silla giratoria, traje occidental gastado, cabellos blanquecinos, casi amarillentos, gafas de miope, bolsas en los ojos, mejillas nacidas... El hombre levantó la cabeza. A Joa se le congeló la sonrisa. -¿Usted? -reconoció al hombre que allí mismo, en el museo, le había pedido que se marchara después de citarla mediante la nota con el cartucho de Tutankhamon.

—¿Qué está haciendo aquí? -correspondió él con la misma sorpresa tintada en su expresión.

—Quería...

No la dejó terminar. Se levantó con gesto nervioso y caminó hasta ella, o más bien hasta la puerta. Sacó la cabeza, miró a derecha e izquierda y la cerró con cuidado. Luego echó el cerrojo.

—¿Está loca?

—No.

—¿Quién sabe que está usted aquí? ¿La han visto entrar?

—No lo sé...

—¡Hará que la maten! ¡Y a mí también!

—¿No cree que es demasiado tarde para tratar de cubrirse las espaldas?

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué no me dijo el otro día lo que había descubierto Gonzalo Nieto?

—¡Nada!

—¿Nada? —movió la cabeza con un atisbo de rabia—. La mujer que se veía con Gonzalo Nieto se suicidó ayer, y en Karnak un hombre trató de agredirme. Los dos tenían un tatuaje en el brazo, ella un escarabajo y él un gato. Eran guardianes de los Defensores de los Dioses. ¡Ya saben que he dado con la cruz del Nilo, por Dios!

—¿Quién... le ha hablado... de ella? -balbuceó Reza Abu Nayet.

—La he visto, en la TT47 del Valle de los Reyes y en la columna de Karnak, como hizo el profesor Nieto. Y sé que él venía aquí a buscar más información, datos...

El director del archivo del museo se apoyó en su mesa. Sus ojos de miope resaltaban detrás de las gruesas gafas. Joa le calculó sesenta años, quizá más. Su mente debía de moverse a toda velocidad, mucha más de la que necesitaba para hacer su paciente trabajo. Cinco mil años de historia no daban ni para una vida.

—Por favor... -gimió agotado.

—¿Tanto miedo les tiene?

El hombre bajó la cabeza. Se debatía en una sorda tormenta interior. Joa supo que no le sería fácil convencerle de que colaborara, a no ser que ella

misma pusiera algo más de su parte.

Y por una vez estuvo dispuesta a hacerlo.

—Voy a contarle algo, señor Abu Nayet. Algo que no he contado a nadie y que no le contaría si no le necesitara de verdad, ¿entiende?

El archivero la miraba sin verla.

—¿Entiende? —repitió ella.

—¿Qué puede contarme que...?

—En 1971 antiguos pobladores de la Tierra regresaron del espacio. En medio de cincuenta y dos enormes tormentas que enmascararon su llegada como simples fenómenos meteorológicos, dejaron a cincuenta y dos niñas recién nacidas repartidas por todo el mundo. Mi madre fue una de ellas. De esas cincuenta y dos niñas, tres tuvieron a su vez una hija y las tres madres desaparecieron sin dejar rastro, como si hubieran traspasado su misión a sus descendientes. Entre el 21 y el 23 de diciembre del año pasado, quince mil días después de su llegada a la Tierra, una nave regresó a por las restantes cuarenta y nueve mujeres. Quedamos únicamente nosotras, tres desconocidas que no sabemos quiénes somos y que ignoramos por qué no se nos llevaron... Desde entonces intento encontrar la forma de comunicarme con ellos —y señaló hacia arriba, más allá del techo del museo—. Mi padre desapareció en esa nave. Digamos que «le aceptaron» porque mi madre lo quiso así y su amor rompió todos los obstáculos. Yo estoy sola, y haré lo que sea. Gonzalo Nieto me dijo que había encontrado una puerta de comunicación, o la llave que la abría. Y eso es la cruz del Nilo.

Reza Abu Nayet la había escuchado en silencio.

No puso en duda ninguna de sus palabras. Ya no.

—¿Así que... es cierto? Asombroso... -pareció aplastado por una tonelada de sentimientos.

—¿Va a ayudarme?

—¿Aún a riesgo de su vida?

—Yo no soy el profesor Nieto, se lo aseguro.

El hombre ya no pudo sostenerse en pie. Rodeó su mesa de trabajo y se sentó en la silla de nuevo. La mirada se le extravió por encima de los legajos que la cubrían.

—Llevo media vida aquí —confesó más para sí mismo que para ella—. Leyendo todo esto. Hay cosas inexplicables, y otras... Siempre he sabido que había algo más, ahí afuera y también aquí, pero esto...

—¿No cree que esté loca?

—No —fue sincero porque la miró con ojos rendidos.

—¿Qué investigaba el profesor Nieto?

—Primero actuó de forma reservada, sin contarme mucho. Algo muy propio de él. Pero finalmente tuvo que confiar en mí. Buscaba algún lugar donde se hablase de la cruz del Nilo.

—¿Lo encontró?

—Le mostré un viejo papiro hallado en el siglo XIX. Es la única referencia.

—¿Puedo verlo?

—El original se encuentra en un estado muy deteriorado. Tengo una imagen en el ordenador.

El ordenador presidía una mesa lateral. Reza Abu Nayet se levantó, caminó tres pasos y se sentó en la otra silla. Lo puso en marcha y buscó un archivo. Cuando lo localizó, lo abrió y con el ratón inalámbrico rastreó el punto exacto donde se encontraba su objetivo.

La tercera cruz del Nilo que veían los ojos de Joa apareció allí, en medio de un jeroglífico.

Exactamente igual a las otras dos.

—El papiro original tiene cinco mil años -se apartó para que ella pudiera verlo bien, lo mismo que el conjunto que la envolvía-. Tenga en cuenta que los restos más antiguos que conservamos son del 3250 antes de Jesucristo. Las últimas inscripciones jeroglíficas son del año 394 después de Jesucristo. Entre el 724 y el 712 antes de Jesucristo surgió una modalidad más sencilla de escritura, el hierá-tico. Entonces los jeroglíficos se reservaron únicamente para los monumentos.

—¿Qué sucedió el año 394?

—Alejandro Magno conquistó el mundo y el griego se impuso al egipcio.

—¿Qué dice el jeroglífico?

—Dice que el dios del Sol bajó a la Tierra para abrir con su dedo el cauce del Nilo y luego dejó su aliento aquí, cerca de la orilla.

—¿Dónde?

—No lo pone.

—Entonces la cruz del Nilo no es un objeto, sino un lugar. Por eso Gonzalo Nieto hablaba de puerta o llave. La cruz es la llave. Nos marca un punto en un mapa... que no existe. Y en ese punto está la puerta.

Para hablar con ellos...

—Los pocos que conocen esta historia piensan lo de siempre, que es una leyenda más. Y le aseguro que hay tantas...

—¿Algunas tienen que ver con la llegada de los ex-traterrestres o la aparición de la vida en la Tierra?

—¿Conoce el mito del origen del mundo que aparece en el papiro de Anhai?

—No —admitió.

—En la ciudad de Jemenu, bautizada por los griegos como Hermópolis, se desarrolló la historia de que el mundo había sido creado por ocho dioses. En un comienzo, en el origen, existió un océano con cuatro parejas de dioses, masculinos y femeninos. Los masculinos tenían aspecto de ranas; los femeninos, de serpientes. Un día levantaron una colina en una isla mítica, las de las Llamas, y en su cumbre depositaron un huevo fecundado por ellos. Cuando se rompió el huevo apareció el dios solar en forma de niño. Con el tiempo, el dios solar y los demás crearon el resto de las cosas. Los ocho dioses eran Nia y Niat, Heh y Hauhet, Kek y Kauket y por último Nun y Naunet. Cada pareja representaba un vínculo con la creación del mundo: Heh y su consorte, el espacio infinito; Nun y la suya, el agua; Nia y su esposa, lo oculto; y Kek y su pareja, las tinieblas. En Tebas, más tarde, sustituyeron a Nia y Niat por Amón y Amonet. Estas excelencias, tras haber creado el sol, se retiraron a un lugar sagrado para descansar: Medinet Habu.

—Hermosa leyenda, pero ¿qué relación tiene con todo esto?

—Los Defensores de los Dioses surgieron en Medinet Habu. Medinet Habu es la antigua Dyamet, o Tyamet. Allí está el templo mortuorio de Ramsés III. Se encuentra frente a la actual Luxor y fue uno de los grandes monumentos de la época que marca el esplendor de Tebas. También están allí el templo de Amón correspondiente a la XVIII Dinastía y los Colosos de Memnón, todo en la orilla occidental del Nilo.

—¿Hay certeza de que esa secta siga allí, en los alrededores, quizá en Luxor?

—No específicamente. Medinet Habu fue su lugar de origen, pero después se expandieron por todo Egipto hasta que se perdió su rastro y se convirtieron en lo que han sido siempre hasta hoy: una leyenda. Una de tantas leyendas que hacen de mi país un lugar tan especial y mágico. Puede haber adeptos en cualquier parte, aunque si existen hoy o han renacido, tendrán una cabeza visible y un núcleo en algún lugar.

—Genial —se sintió traicionada por sus propias expectativas.

—Lo que acabo de contarle es la historia más importante vinculada al origen del mundo que hay en mi país —se defendió él—. Usted ha preguntado

si existía una historia que vinculara la aparición de la vida en la Tierra con Egipto en el pasado.

—Volvamos al presente —Joa trató de reorganizar sus ideas—. Gonzalo Nieto dibujó la constelación de Orion.

—La necrópolis menfita, sí.

—¿Cree que lo hizo por pensar que la cruz del Nilo está dentro de ella?

El archivero volvió a reflexionar. Estaba serio, pero se advertía en él su punto científico. Un misterio irresoluble, olvidado, ínfimo, de pronto se convertía en algo más, apasionante y revelador.

—¿Sabe cuánto terreno ocupaba la necrópolis, desde Abusir hasta Abu Roasch, con Giza en el centro?

—Mucho, sí. Pero desde luego alguien sí conoce el punto exacto donde se encuentra la puerta.

No hizo falta que pronunciara el nombre.

Los Defensores de los Dioses.

Y ellos nunca lo revelarían; muy al contrario, matarían por ocultarlo cinco mil años más y morirían antes de abrir la boca.

—¿Examinaron el profesor Nieto y usted todo lo relativo a la IV Dinastía?

—Hay muy poco de la IV Dinastía, señorita. Se eclipsó misteriosamente. Todo lo relativo a ella son conjeturas, leyendas, suposiciones...

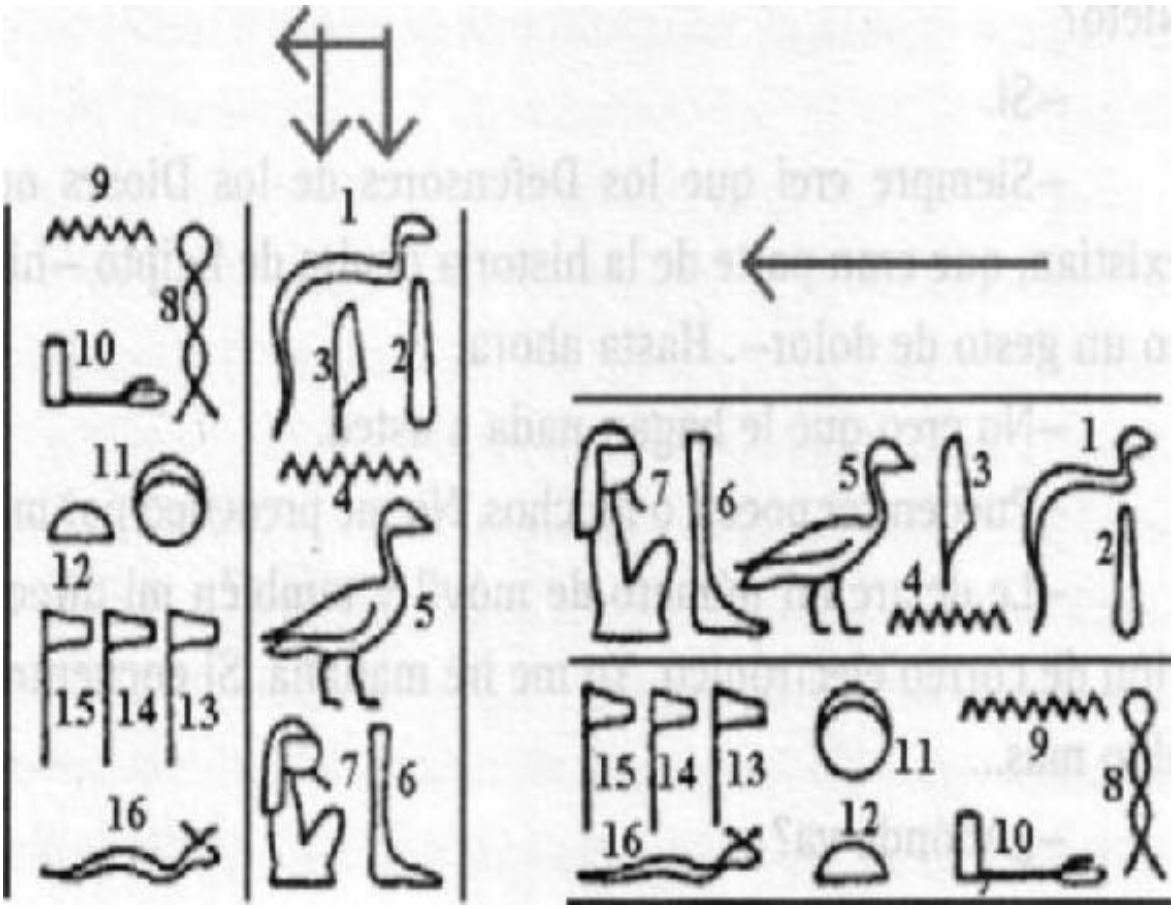
—Somos hijos de las civilizaciones antiguas -dijo Joa—. Mayas, egipcios, dogones... afirman venir de las estrellas de una forma u otra. Nunca se ha dado credibilidad a ello, claro. Se ha tachado de oportunistas a los que han escrito libros aprovechando esos misterios. Pero yo soy la prueba. Mi madre era una de las hijas de las tormentas. No puedo creer que en alguna parte no haya algo, enterrado, un rastro. Esta cruz del Nilo es lo primero que

me lo confirma, y no descansaré hasta encontrarla.

—El profesor Nieto examinó muchos documentos, aquí mismo, en este ordenador, y no encontró nada.

Joa buscó en la memoria el historial de las últimas carpetas y archivos abiertos. Nada hacía referencia a lo que le interesaba. Volvió a mirar fijamente la pantalla.

Tenía ligeras nociones, gracias a su padre, de cómo interpretar un jeroglífico. Hasta la Dinastía XI los textos iban en columnas. A partir de la XII se utilizó la línea horizontal. El sistema de escritura más habitual era de derecha a izquierda, aunque en ocasiones, por razones de simetría u otros conceptos, también podía ser al revés, de izquierda a derecha, como se hacía en la actualidad en la mayor parte del mundo a excepción de los países árabes o los orientales. Los egipcios no dejaban huecos. Si una figura era pequeña y había espacio encima o debajo de ella, ponían otra.



La fase más antigua de la escritura egipcia fue la aparición de los pictogramas, que representaban una realidad visible, y los ideogramas, que representaban ideas. Este sistema acabó siendo muy limitado porque era complicado narrar un hecho con esos signos y aun más expresar frases enteras o tiempos verbales. Para que la escritura fuese más perfecta, algunos pictogramas fueron despojados de su parte visual y entonces los signos equivalieron al sonido con el que se pronunciaban, es decir, se convirtieron en fonogramas. Lo más duro era que había palabras con la misma pronunciación aunque no se escribiesen igual, y fue necesario combinar los fonogramas con los ideogramas. La escritura egipcia tenía más de ochocientos signos. Veintitrés años tardó Jean-Francois Champollion en descubrir eso partiendo de la piedra Rosetta.

Joa sintió los ojos del hombre fijos en ella.

Dejó de mirar la pantalla del ordenador para enfrentarse a ellos.

—Soy humana -manifestó—. Pero especial.

—¿En qué sentido?

—Puedo hacer determinadas cosas.

—¿Por eso ha dicho antes que usted no era el profesor Nieto?

—Sí.

—Siempre creí que los Defensores de los Dioses no existían, que eran parte de la historia oculta de Egipto -hizo un gesto de dolor-. Hasta ahora.

—No creo que le hagan nada a usted.

—Pueden ser pocos, o muchos. No me preocupo por mí.

—Le dejaré mi número de móvil y también mi dirección de correo electrónico. Yo me iré mañana. Si encuentra algo más...

—¿Adonde va?

—A Jordania.

—¿Va a seguir buscando?

—Sí.

—¿Por qué Jordania?

—Allí vive una de mis «hermanastras». Algo me dice que la necesito.

—¿Y si la encuentra, volverá? -Sí.

No quedaba mucho más que decir, salvo que se pasara horas rebuscando en los mismos documentos en los que ya había buscado Gonzalo Nieto sin éxito.

Le quedaba una última cosa que hacer antes de marcharse de El Cairo.

20

Visitar las Pirámides la emocionó. Le costaba llorar, pero para ella fue imposible verlas sin hacerlo.

Kheops, que durante mucho tiempo fue la construcción más alta del mundo, era un infinito de grandes piedras. Resultaba asombroso imaginar cómo la habían erigido, por más que cualquiera pensara en miles de esclavos trabajando sin cesar año tras año. El acceso estaba permitido a los turistas, al menos en un primer trayecto, así que hizo de turista y descendió por la galería sintiéndose pequeña y minúscula. Una hormiga penetrando en el túnel de la historia.

Cuando volvió al exterior se quedó sentada un buen rato en aquellas piedras. Miró desde allí el mundo de otra forma, bajo otra perspectiva. A veces trataba de imaginarse cómo sería el mundo de los visitantes de las estrellas, los seres que habían dejado a las hijas de las tormentas en la Tierra. A veces soñaba con una segunda Tierra, tan hermosa como la suya, brillando en algún lugar del espacio con seres humanos evolucionados. Pero otras veces lo que veía en sus fantasías no tenía nada que ver con aquello. ¿Tendrían cuerpo? ¿Serían entes orgánicos? ¿Esencia? ¿Únicamente energía? ¿Cómo imaginar algo tan increíble y a la vez... aterrador?

Quizá Hank Travis tuviera razón y a través de su cerebro pudiera «ver» el mundo de sus antepasados.

¿Y si Imhotep había enterrado el libro que, según la historia, le entregó el dios Toth, bajo una de aquellas pirámides?

¿Y si la propia puerta de las estrellas, simbolizada por la cruz del Nilo, estaba allí, cerca de ella?

Se resignó a lo inevitable. Si era así, jamás daría con ella. Ya no se trataba de los Defensores de los Dioses, se trataba de un imposible.

Su hotel estaba al otro lado de la explanada. Lo veía desde allí. Lo perverso era que El Cairo había llegado hasta las pirámides. Las últimas construcciones formaban una frontera. Las fotografías que mostraban siempre a Kheops, Kefrén y Mikerinos como si surgieran en mitad del desierto eran falsas. Estaban tomadas desde la propia ciudad. La realidad se apreciaba de manera implacable allí, sobre el terreno.

Sintió desazón.

El anochecer fue muy hermoso.

Todavía tenía que cenar, meter su escaso equipaje en las bolsas, dormir y relajarse. Por una vez no era necesario que madrugara. Había encontrado un vuelo a Ammán al mediodía. Y antes hablaría con David, para que le diera la última información acerca de Resh Abderrahim y la niña jordana. También quería comprar libros de Egipto, y absorber la mayor información posible acerca del pasado. De entrada aprenderse los nombres de todos los dioses. Si Haruk Marawak no le hubiera descrito tan bien los cuatro que aparecían en los cuatro lados de la cruz del Nilo, tal vez se habría quedado sin una valiosa información. Conocer el terreno era esencial.

Le costó abandonar aquel vestigio de un pasado asombroso.

Lo último que hizo fue pensar en Imhotep, el constructor de pirámides.

¿Le enviaron ellos?

¿Hubo otras hijas de las tormentas a lo largo de los siglos pasados?

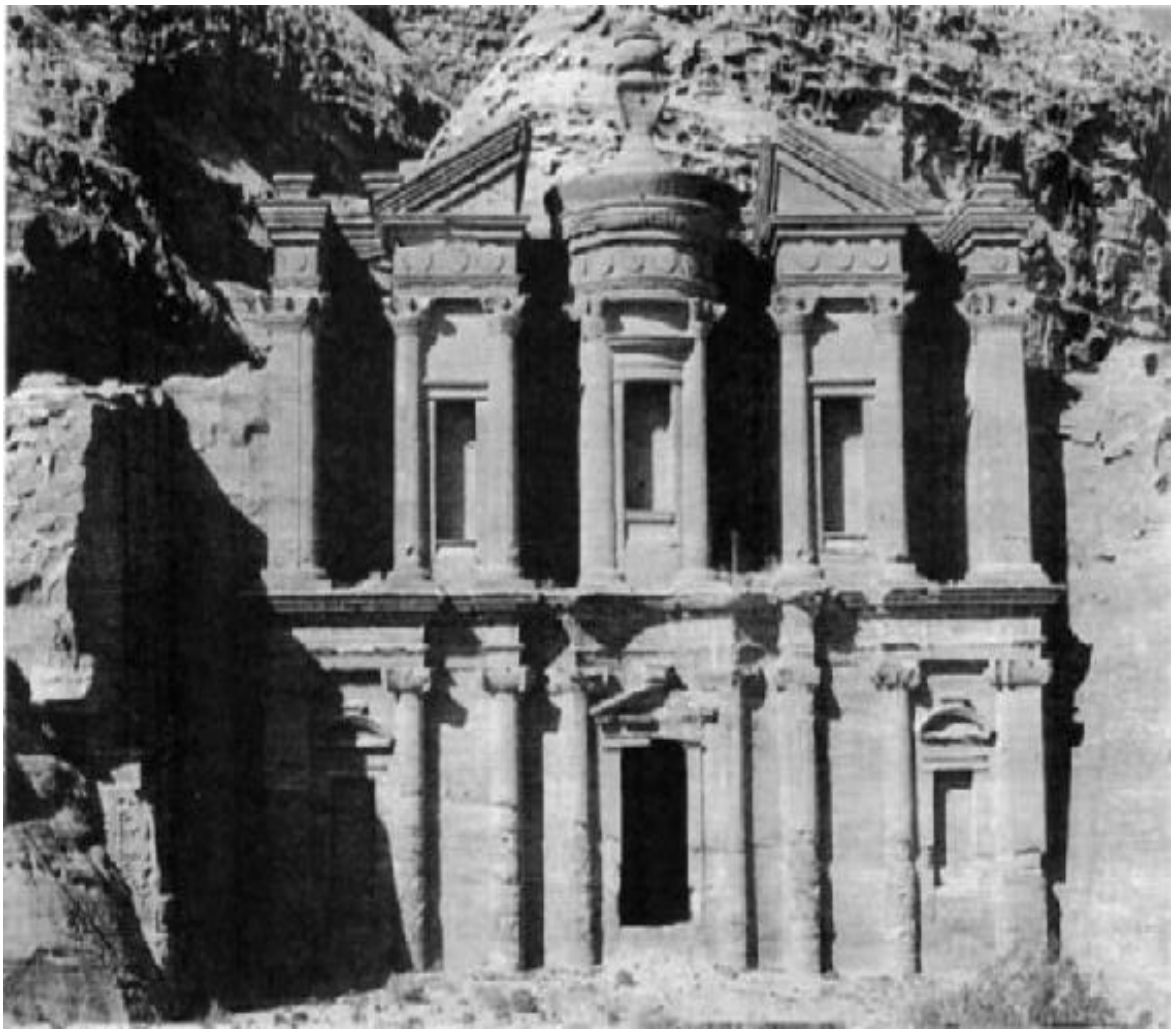
Joa acarició la piedra en la que estaba sentada y luego se levantó.

—Volveré -les dijo.

SEGUNDA PARTE

Jordania

(del 5 al 7 de abril de 2013)



Resh Abderrahim era un hombre de unos cuarenta años, ojos tristes, bigote frondoso, cuerpo redondo y ropas muy sencillas. La esperaba en la puerta de la Terminal del aeropuerto de Ammán, la capital de Jordania, llevando un sencillo cartón con su nombre. Le dio la mano, atento y servicial, y sin mayores muestras de afecto la condujo primero hasta un puesto de cambio de moneda y después hasta una de las ventanillas de alquiler de coches, ya que él había hecho el desplazamiento en autobús. El Aeropuerto Internacional Reina Alia era militar, así que una docena de ojos uniformados siguieron sus pasos en todo momento. Hallarse en uno de los países clave en el precario equilibrio que convertía Oriente Medio en un polvorín constante hizo sentir a Joa un cosquilleo inquietante en el estómago. Para ella Jordania era, por encima de todo, Petra. Otra de las maravillas del mundo, la ciudad construida en piedra, tallada en piedra, vestigio de tiempos perdidos en la esquina de la Historia.

El jordano intentó ser amable, buscando motivos de conversación triviales.

—¿Buen viaje?

—Sí, gracias.

—¿Más calor aquí que en El Cairo?

Por lo menos sabía quién era ella. La forma en que la miraba, como si de un momento a otro fuera a echar a volar o a meterse en su cabeza para explorarla, casi la hizo sonreír.

No hablaron más hasta que, ya conduciendo el automóvil en dirección a Ammán, Joa aprovechó el tiempo.

—¿Le importa que comience?

—¡Oh, no, no en absoluto! —asintió vehemente.

—¿Continuamos en inglés o prefiere tal vez el francés...?

—Inglés bueno, sí.

Por un momento su forma de expresarse le recordó a Kafir Sharif.

—Háble me de la madre de Amina, por favor.

—Su nombre era Munha. Cuando se averigua que ella es hija de tormenta, yo cuido. Buen guardián. Pero ésta es tierra difícil, siempre conflictos. Munha tiene familia en el desierto, cerca Siria y cerca Israel. No siempre bueno un lugar ni mejor el siguiente. Fronteras estallan. Ella fue violada por soldados israelíes. Matan padres. Tiene hija sola, que cuida la hermana de su madre.

—Su tía.

—Tía, sí -convino con gratitud-. Día 15 septiembre 1999, Munha desaparece.

—Como mi madre e imagino que como le ocurrió a la madre de la niña india.

—Amina tenía un año entonces. Muy pequeña. Nadie sabe nada. No es más que huérfana víctima de infortunio. Tía suya no quiere. Para ella es hija de odiado sionista, porque no se parece a Munha. Rasgos casi blancos. Amina crece y pronto hay comentarios, rumores. Hace cosas raras. Algunas extraordinarias. A la gente no gusta. Un día su tía cansa y médicos internan Amina en manicomio. Llaman sanatorio mental pero es manicomio, sí. Pocos días después, el lugar arde -hizo un expresivo gesto haciendo temblar los diez dedos de las manos hacia arriba-. No hay otro lugar de momento adonde llevar a Amina y regresa con su tía, bajo custodia. Entonces llegó gran problema.

—¿Qué «gran problema»? -lo alentó al ver que se detenía.

—Amina cura niña muy enferma. Niña que va a morir. Amina pone manos así —se las colocó en el pecho-, y enferma sana. Entonces corre el rumor que ella..., ¿cómo se dice...?

—¿Bruja?

—Bruja, sí. Pero también santa. Mucha gente quiere verla. Tía ve

negocio. Autoridades no. Autoridades van, detienen y llevan a otro manicomio. Esta vez no quema: escapa. Tarda pero escapa. Parece imposible pero es así -lo repitió para dejarlo claro-: Escapa.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace meses. Año pasado.

—¿No ha tenido más noticias de ella?

—No.

Dominó la contrariedad. Su instinto la había llevado hasta allí. Era su mejor valedor.

—Con una vida como la que ha tenido..., no me extraña que no se deje ver —exhaló.

—Rastro perdido.

—Siempre queda algo, Resh -ordenó sus ideas-. ¿Habló con alguien del manicomio?

—Sí, y no dicen nada.

—¿Ese lugar está aquí, en Ammán?

—Sí.

—Entonces vamos a verlo.

El jordano se extrañó de su propuesta.

—¿No prefiere visitar antes hotel?

—No.

—Bien —se rindió.

Rodaban por una carretera recta, sin apenas nada a ambos lados. La mayoría de las casas tenían construida la planta baja y las columnas o pilares continuaban hacia arriba, con los hierros saliendo de los encofrados en la parte superior, a la espera de que se añadiera una segunda planta cuando la familia aumentase o fuese necesario por cualquier otra razón. A lo lejos, Ammán era una ciudad blanca, recortada sobre la distancia en suaves ondulaciones del terreno.

—Resh...

—¿Sí, señorita?

—¿Vio usted este cristal alguna vez en poder de Munha? —se lo sacó de las profundidades de su holgada camisa.

—No.

—¿Así que tampoco sabe si Amina lo lleva?

—¿Es importante? -quiso saber Resh Abderrahim.

—Muy importante —soltó un bufido Joa, y añadió—: Mucho.

La primera parte de su interrogatorio terminaba allí.

22

Nunca había visitado un manicomio. Jamás se había tenido que imaginar uno. Todo lo que sabía de ellos en general, preferentemente por películas americanas, era siniestro.

El Al Sawwan Urdun, de haber sido sólo siniestro, hubiera sido un hotel de lujo.

Primero creyó que se trataba de un edificio en estado de derribo. Cuando Resh le dijo que era su destino y detuvieron el coche en la entrada, lo observó con más detenimiento. Necesitaba reparaciones urgentes en todos los sentidos, desde la albañilería hasta la pintura. Pero el estado externo todavía era soportable. El interno no. Más que un centro de atención médica parecía un cementerio de residuos. Un sentimiento de absoluta depresión se apoderó de ella. Por primera vez en muchos días, su mente se disparó hasta un grado máximo, igual que si fuera una antena capaz de captar todo el dolor que anidaba entre aquellas paredes. Incluso el que había anidado en el pasado y seguía pegado a ellas. Sintió gritos de dolor, el vacío de la locura, la impotencia de todos los que de una forma u otra fueron conscientes de su estado. Si alguien era capaz de salir cuerdo de allí merecía un monumento.

Preguntaron por el director del centro, porque Resh recordaba a un hombre. Un enfermero les dijo que subieran a la primera planta y que allí volvieran a preguntar. Lo hicieron tres veces antes de ser conducidos a una salita de espera donde aguardaron unos diez minutos a que otro enfermero los atendiera. Allí daba la impresión de que no había mujeres. Su compañero le

dijo que era porque estaban en la zona de los hombres. El enfermero quiso saber para qué querían hablar con el director, y miró a Joa con absoluta desconfianza mientras se dirigía a Resh. Este le dijo que ella era una importante persona y que a su director le interesaría mucho conocerla. Cuando era necesario, el guardián jordano sacaba no sólo sus dotes de persuasión, sino también las agallas. El enfermero decidió no arriesgarse y se rindió a la evidencia.

Dos minutos después entraban en un despacho que, aun siendo fúnebre, al menos disponía de comodidades, dos butaquitas, una mesa y una ventana que daba a un jardín mínimamente presentable aunque sin árboles.

El director del Al Sawwan Urdun tendría entre cincuenta y cinco y sesenta años, piel curtida y rostro hermético. Tratar con enfermos mentales no debía de ser la mejor de las vidas. Curarlos sí. Pero aquello daba más la sensación de cárcel, de confinamiento de por vida, que de una vía para que las personas pudieran regresar al mundo de los cuerdos, suponiendo que el mundo de los cuerdos fuera el exterior.

No hablaba inglés, ni francés. Sólo árabe. La conversación iba a desarrollarse a tres bandas, con los riesgos que de ello pudieran derivarse. Las primeras palabras las cruzaron los dos hombres, más bien sesgadas, mientras el responsable del lugar miraba con atención a Joa.

—Dice que me recuerda.

—Entonces ya sabe a lo que venimos. Dígale que buscamos a Amina Anwar y que pagaré muy bien cualquier información.

—¿Digo eso?

—Sí.

Resh se lo trasladó al director.

La mirada en dirección a Joa se hizo más intensa.

Ella se la sostuvo.

La siguiente frase del hombre fue más bien corta, seca. No se mostraba ofendido pero sí prudente.

—Dice que ella desapareció.

Joa no estaba dispuesta a discutir. Había cambiado la suficiente cantidad de dinero para resolver pequeños conflictos, pero no para sobornos de alto nivel. Sin embargo, no quería perder el tiempo. Lo que perseguía era mucho más importante que unas monedas de más o de menos. Extrajo su talonario y estampó en él una cantidad. Dejó en blanco el receptáculo para el nombre del beneficiario y lo firmó. Luego se lo puso a su anfitrión en la mesa, de cara a él.

El director del manicomio no lo tocó.

Pero vio la cifra.

Sus ojos titilaron.

Se dirigió de nuevo a Resh.

—Dice que por qué tan importante Amina para usted.

—Dígale que es posible que sea mi hermana. Y dígale que este cheque es tan bueno como dinero contante y sonante. Puede cobrarlo en cualquier banco, a su nombre o al de esta institución.

Le trasladó en árabe las palabras de Joa y se hizo el silencio.

Cinco segundos.

Podía echarlos de allí a patadas o...

El hombre alargó la mano, se guardó el cheque en el bolsillo y, sin cambiar su expresión adusta, descolgó el teléfono que tenía a su derecha. Pronunció unas palabras.

—Llama a enfermera jefe, sección mujeres —la informó Resh.

Esperaron. En silencio. Unos minutos ciertamente incómodos.

La mente de Joa seguía captando dolor. Llevaba días sin tratar de penetrar en las cabezas de los demás, para no acabar haciéndolo por inercia y volverse loca escuchando conversaciones o pensamientos ajenos. Pero allí todo fluía de forma libre, con una intensidad brutal.

Cuanto antes se marcharan, mejor.

La enfermera jefe era una mujer cercana a los cuarenta, aunque su rostro tenía cicatrices por causas peores que la edad. El respeto y la sumisión con la que se dirigió a su superior fueron absolutos, las manos unidas delante, la cabeza inclinada, sin mirarle directamente a los ojos. Escuchó lo que le decía en silencio y luego miró a los visitantes, sobre todo a Joa.

—Le ha pedido que nos cuente lo que sepa de Amina -dijo Resh.

La mujer habló un largo minuto. Parecía generosa en sus explicaciones. Joa vio un atisbo de esperanza cuando su compañero asintió un par de veces y sonrió. La traducción ya no se hizo esperar.

—Amina era retraída y misteriosa. No hablaba. Rasgos de occidental, blanca. Eso aquí era como maldición. Siempre miraba todo con ojos fijos. En ocasiones daba miedo.

—¿Miedo?

—Miedo, sí. Las demás internas guardaban distancia. No querían acercarse a ella. Sucedían cosas extrañas.

—¿Qué clase de...?

Resh levantó la mano deteniendo su nerviosismo.

—Amina leía pensamiento de otras. Muchas dicen que ella movía cosas. La llaman diablo. Sólo un amigo aquí, un muchacho, poco mayor que ella. Siempre juntos en patio común.

—¿Cómo se llama ese chico?

Resh se lo preguntó a la enfermera.

—Hussein Maravi. Esquizofrénico.

—¿Podría hablar con él?

La respuesta a su pregunta la hizo alzar las cejas.

—Ellos escaparon juntos.

Amina no tenía adonde ir. De pronto surgía lo impensable: un elemento nuevo. Quizá el amor.

—¿Qué sabe de ese joven?

Ahora las respuestas de la enfermera y las traducciones eran rápidas.

—Vivía en Aqaba.

—¿Familia?

—No.

—¿Algún nombre, una pista...?

La enfermera asintió al escuchar la pregunta de Resh. Hablaba un árabe con cierta musicalidad.

—Dice que Hussein contaba siempre historias de Petra. Prometió llevar a Amina. En Petra Hussein tiene amigo, guía de turistas. Amigo sube en burro a turistas hasta Monasterio.

—¿No sabe nada más?

La pregunta y la respuesta fueron rápidas.

—No. Dice que lo siente mucho.

—Pregúntale si investigaron su fuga.

La respuesta no se la dio ella, sino el director del centro, recuperando el control de la situación.

—Dice que ellos no policías, sólo médicos. Dieron parte de la huida y eso fue todo.

—¿Y la policía? ¿Les informaron de algo después?

El silencio fue mucho más significativo que mil palabras.

Joa comprendió que ya no quedaba nada más por hacer allí.

La despedida fue rápida. Ellos querían irse y el director quería acabar ya con el interrogatorio. Ni siquiera les deseó suerte en la búsqueda de Amina. Su corazón tal vez fuera tan pétreo como su semblante. Les estrechó la mano y nada más. La enfermera fue un poco más cariñosa. Sonrió a Joa con recato. Fue ella la que los acompañó hasta la puerta del hospital, con el coche a la vista. Al dar el último paso Joa dejó el dolor atrás.

Aunque no las voces.

Imaginar a Amina allí le hizo daño.

De pronto recordó algo.

—Resh, pregúntale si alguna vez vio en poder de Amina un cristal como éste.

De hecho no hubiera hecho falta que el guardián formulara la pregunta. Los ojos de la mujer se dilataron al verlo. Al reconocerlo.

—Dice que sí. Amina tenía uno igual, también colgado del cuello. Imposible quitárselo.

—Bien —suspiró Joa.

Dos cristales.

Algo le decía que eso era bueno.

Si Indira Pradesh tenía el de su madre...

¿Qué?

La enfermera pronunció unas últimas palabras. Joa esperó la traducción.

—Dice que Amina no loca. Muy sola, sí, pero no loca. Ella es muy inteligente. Mucho. Coeficiente intelectual increíble. Habla idiomas y sólo tiene pocos años. No estudia, pero sabe. Niña especial. Niña única. Mucho carácter. Indestructible. Nadie puede con ella.

—Gracias.

De nuevo se sonrieron. Esta vez Joa sacó dinero en efectivo de su bolso. Se lo puso a la mujer en la mano. Ella quiso devolvérselo. Negó con la cabeza y su rostro expresó dolor. Joa fue terminante.

—Dígale que es para que compre algo a sus pacientes, que celebren una fiesta en honor de Amina. Fue suficiente.

La dejaron en la puerta del manicomio y alcanzaron el coche. Joa se sentó al volante, lo puso en marcha y le dieron la espalda al lugar. No era una huida pero lo parecía.

No habían rodado ni cien metros cuando hizo la pregunta.

—¿A qué distancia está Petra de aquí?

—Lejos. Muchas horas.

—¿Podemos ir ahora?

—No. De noche antes de llegar y carretera mala para conducir en oscuridad. Mañana temprano.

-De acuerdo.

Petra estaba en el centro sur de Jordania. Aqaba en el sur. Era su salida al mar Rojo a través del golfo de Aqaba. Las pistas para dar con Amina

pasaban por un conductor de burros en Petra y poco más.

Aun así se sentía mejor.

—Yo acompaño, ¿sí? —dijo Resh Abderrahim.

—No creo que sea necesario, gracias.

—Sí necesario -asintió vehemente—. Una mujer sola... y joven. Yo mentalidad abierta, otros no. Déjeme hacer, por favor. Yo debía cuidar de hija de las tormentas y fallé. Perdí.

—No la perdió. Las hijas de las tormentas desaparecieron. Todas. Amina, Indira o yo sólo éramos tres niñas y... —ni siquiera supo cómo definirlo—. No creo que a Amina se la pueda controlar mucho.

Rodaron otro tramo en silencio por las calles de Ammán, acercándose al centro.

—Dejamos bolsa en hotel y yo enseño ciudad, ¿sí? -le propuso Resh.

23

Salieron al amanecer desde Ammán en dirección a Petra por una carretera que cortaba el desierto como una espada. Tramos rectos sin vida, la llegada a un enorme cañón central, el descenso en forma de serpenteantes curvas, la nueva subida, y ya en la meseta otras largas rectas en dirección sur.

Joa estaba asombrada. En cuarenta y ocho horas iba a ver dos de los mayores tesoros de la Antigüedad, iba a cumplir dos de sus más anhelados sueños a la vez: contemplar las pirámides y pasear por Petra. De no haber sido porque la empujaba una misión única, habría disfrutado como una loca ante aquellas maravillas sobrecogedoras. Los alrededores de Petra fueron ocupados en el 1200 antes de Jesucristo por los edomitas. Innumerables guerras marcaron su historia hasta la llegada de los nabateos, que la convirtieron en su capital a partir del año 312 antes de Jesucristo. La ciudad fue construida en un angosto valle al este del valle de Aravá. Después pasaron por ella los romanos, los bizantinos... hasta que en el año 363 después de la era actual un terremoto destruyó la mitad de sus edificios. Siguió siendo una hermosa ciudad pese a todo, y con los restos de lo caído se edificaron nuevas construcciones. En el año 551 un segundo terremoto sí la destruyó casi por completo y ya no se recuperó de tanto daño. Entró en la leyenda hasta que el primer europeo que llegó hasta ella en 1812 la rescató para la Historia.

El viaje fue plácido. Conducía otra vez ella; de hecho, el coche alquilado estaba a su nombre. Las conversaciones no fueron de especial relieve. Resh hacía de guía turístico, señalándole los puntos de interés que encontraban por

el camino. Pueblos, viejas ruinas, detalles orográficos... Sólo en una ocasión hablaron de las hijas de las tormentas, cuando su compañero, sabiendo que había estado allí, le preguntó por la nave.

Joa fue parca. Todavía tenía aquella escena grabada a fuego en su memoria, los jueces cargados de explosivos, los guardianes vencidos, las hijas de las tormentas surgiendo de los alrededores de Chichén Itzá, sin que nadie supiera cómo habían llegado hasta allí, para subir a la nave; y en medio de todo ello su propio drama, la voz de su madre en su mente, hablándole, y su padre corriendo para marcharse con ellos.

Por amor.

Llegaron a Petra a primera hora de la tarde y dejaron las cosas en el coche y éste en un aparcamiento situado justo a la entrada del Siq. Un enjambre de hombres con burros se ofrecía para conducir a los turistas a través del angosto desfiladero de menos de un kilómetro que llevaba hasta el primero de los monumentos de Petra: el Tesoro. Ellos hicieron el trayecto a pie.

Joa no quería perderse detalle.

El Siq serpenteaba entre dos altas paredes verticales, con el cielo mostrándose apenas como un retazo más allá de su cresta. La piedra allí ya tenía el característico color rojizo, con vetas rosadas, que diferenciaba el monumental conjunto labrado en la roca. El único acceso al interior era mediante aquel estrecho callejón. Al final del Siq surgía como una apoteosis de los sentidos el Tesoro. Parecía la entrada de un templo, y lo era, pero salvo aquella fachada no existía nada más. Lo mismo sucedía con el Monasterio, en lo alto de la montaña, ya en el interior de Petra.

Joa se detuvo.

La piel de gallina.

El Tesoro.

—Impresiona, ¿sí?

—Sobrecoge.

Joa había leído que con el paso de las horas del día, según incide el sol en él, cambia de color. Había personas que se sentaban allí un día entero para verlo, y regresaban al siguiente para caminar por el resto de la ciudad. Ella no iba a tener esa fortuna. Se regaló cinco minutos.

Luego continuaron la marcha, por la derecha, siguiendo la ruta única para rodear el Tesoro y sumergirse en la grandeza de Petra. Cuevas, templos, tumbas..., todo surgía a cada paso con la generosidad de su riqueza cromática. Por desgracia muchas cuevas estaban invadidas por vendedores de abalorios. Los turistas, llevándose piedras del suelo o arrancándolas de las paredes, hacían el resto. Los escasos guardianes servían más para hacerse fotos con ellos que para cuidar su patrimonio.

No perdieron demasiado tiempo, porque a las seis se cerraba el acceso y todo el mundo se retiraba. Resh conocía el terreno, así que la condujo hasta la montaña en cuya cima se ubicaba el Monasterio. Podía subirse a pie, por estrechos márgenes de tierra abocados al abismo que daban vértigo, o hacerlo en burro, con lo cual el vértigo se acentuaba porque cualquiera imaginaba lo que pasaría si el animal perdía pie en una roca. Resh le dijo que no había constancia de que jamás un burro hubiera despeñado a un turista. Claro que ésa era la versión oficial.

Ellos buscaban a uno de los conductores de burros.

Uno que conociera a un muchacho llamado Hussein Maravi, esquizofrénico, huido de un manicomio, y que tal vez, sólo tal vez, hubiera llevado a Amina hasta Petra para mostrarle sus rincones.

En la parte baja vieron a tres hombres con sus respectivos animales.

—Yo pregunto —tomó la iniciativa su compañero.

Habló con ellos. Fue rápido. Joa los vio negar con la cabeza. Uno señaló la montaña.

—Ninguno conoce joven llamado Hussein -la informó a su regreso—.

Arriba hay cinco más. Esperamos.

El primero de los burros, cargando a una gruesa mujer, descendió diez minutos después. Su conductor tampoco era el amigo de Hussein. Otros quince minutos más tarde aparecieron dos de golpe, un matrimonio que hablaba brasileño. Quedaban dos y Joa se mordió el labio inferior. De los tres que esperaban al llegar ellos, dos ya habían subido con otros turistas.

El cuarto en descender, con un jovial anciano a la grupa y su mujer, más joven, a pie, los miró directamente.

Alguno de los que acababa de subir ya había hablado con él, al cruzarse sus pasos, preguntándole o advirtiéndole de que abajo esperaban a alguien que conociera a un chico llamado Hussein.

—Ése es —indicó Joa.

Fueron a por él los dos. El chico pareció rehuirles, disimular. Resh lo abordó y le hizo la pregunta. Dijo que no demasiado rápido.

Joa ya tenía en la mano un buen fajo de billetes.

—Dígale que somos amigos, ni policía ni responsables del manicomio. Si estuvo aquí, buscamos a la chica que iba con él.

Se lo tradujo.

El conductor de burros miraba el dinero.

Cuando habló la señaló a ella. -Dice que subamos arriba, que alquilemos burros. Él habla allí.

—De acuerdo. También yo le pagaré arriba.

Iniciaron la ascensión y trató de olvidarse de las preguntas. Evidentemente el conductor había visto a Hussein y a Amina. Miró el paisaje a medida que subían por la afilada senda y la belleza la arrebató de nuevo. Fueron unos minutos intensos. En la cima de la montaña el Monasterio era aún mayor que el Tesoro, extraordinario, aunque sin la magia y el encanto del

primero.

Tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar la concentración.

Le mostró al conductor el dinero que volvía a tener en su mano.

—Pregúntele si Hussein vino aquí con Amina.

La respuesta fue tan rápida como la forma en que el dinero cambió de manos y desapareció en las profundidades de la ropa del guía.

—Sí.

—¿Cuándo vinieron Hussein y Amina a Petra?

—Dice que hace semanas —se lo tradujo.

Al escapar del manicomio.

Y de eso hacía quizá demasiado.

Aunque, ¿adonde podían ir un joven esquizofrénico y una adolescente que ni siquiera parecía jordana aunque lo fuera?

El conductor de burros preguntaba algo.

—Quiere saber por qué nos interesa la muchacha.

—Dígale que es mi hermana. Luego pregúntele qué hicieron aquí y cuánto tiempo se quedaron.

Otra larga traducción, ésta con más detalles.

—Dice que Hussein enseñó Petra. Varios días aquí. Vieron todos los rincones. Después marcharon.

—¿Volvieron a Ammán?

El conductor de burros se encogió de hombros.

Joa le miró fijamente. Sus percepciones estaban a flor de piel. Casi sin pretenderlo atravesó las defensas del hombre y penetró en su mente. Allí encontró tan sólo una palabra.

—Aqaba —la pronunció en voz alta.

El entrevistado se movió nervioso. Miró a derecha e izquierda, puso cara de disgusto. Luego soltó una parrafada en su lengua.

—Dice que no sabe. Hussein, hijo de viejo amigo y nada más. No conoce suficiente. ¿Aqaba? Tal vez.

Joa sacó otro billete.

La enfermera del hospital también le había dicho que Hussein vivía en Aqaba, pero que no tenía familia. Después de una larga estancia en el manicomio tal vez tampoco tuviera casa.

—¿Dónde en Aqaba?

Los ojos del hombre se extraviaron en el dinero. Se puso de espaldas para que otro conductor de burros no lo viera o creyera que era el pago por subirlos hasta allí. Fue a atraparlo pero ella cerró la mano.

—¿Dónde en Aqaba? -repitió la pregunta.

Resh la hizo en jordano.

—Dice que Hussein no mal chico —le tradujo la larga respuesta del ya rendido hombre—. Sólo problemas. Buena persona, cariñoso. Niña y él parecían muy amigos, felices. Hussein ríe con ella. Ella cuida de Hussein. Ella también buena chica. Muy bonita. Mucho. Parecía a usted. Hussein dijo que no Ammán, que tiene amigo en Aqaba. Amigo se llama Hamid.

—¿Hamid qué más?

—Sólo Hamid.

—¿Y dónde encontramos a ese tal Hamid?

El callejón volvía a no tener salida.

—Sólo nombre: Hamid. Pero vive de mujeres.

—¿Cómo que vive de mujeres?

—Aqaba es paraíso para mujeres turistas que quieren relación con jóvenes árabes guapos. Muchos allí hacen trabajo así —le explicó Resh.

Un gigolò jordano llamado Hamid.

El conductor de burros atrapó el billete. Luego puso a su animal de cara a Joa, para que subiera. Sus gestos eran claros: Petra cerraba a las seis.

Era el fin de la conversación.

24

Después de descender de la montaña y regresar hasta el Siq, abandonaron Petra por el desfiladero, caminando despacio y sin hablar. Joa lo hizo con la nostalgia de quien sabe que a veces la vida se escapa de entre las manos. Pensó que algún día regresaría, como una turista más, con David, para sentir otras sensaciones que las que la acompañaban a lo largo de aquella búsqueda, desde la misma desaparición de su padre en Yucatán. El conductor de burros no agregó nada más a sus explicaciones antes de dejarlos al pie de la montaña, ni ella tenía más preguntas que formularle. Al llegar al coche de alquiler eran casi las siete de la tarde y oscurecía ya muy rápido. Lo aconsejable era quedarse a dormir allí, aunque la distancia hasta Aqaba fuese menor que la de Ammán a Petra.

Alquilaron dos habitaciones en el Moevenpick Petra Hotel, un cinco estrellas enorme de ciento ochenta habitaciones próximo al acceso de la ciudad. Mientras cenaban, Resh Abderrahim le habló del curioso doble enclave formado por la jordana Aqaba y la israelí Eilat, que en algunos mapas constaba como Elat y en otros como Ellat. Las dos ciudades compartían el nacimiento del golfo de Aqaba, una a cada lado de la frontera, prácticamente una línea vertical desde el mar Muerto. No sólo coexistían pacíficamente allí, mientras los dos países vivían el perpetuo enfrentamiento entre árabes e israelitas, sino que desde lejos parecían una sola. Pero es que además, a escasos dos o tres kilómetros, ya en las aguas del golfo, surgían otras dos fronteras, una a cada lado de él, la egipcia y la de Arabia Saudí. Cuatro naciones confluyendo en un pequeño espacio de tierra y agua. Aqaba y Elat constituían un milagro, las salidas al mar Rojo y de ahí al océano índico pasando por el golfo de Aden de los dos países.

Jordania vivía aislada en medio de un polvorín, con Irak a la derecha, Israel a la izquierda y Siria al norte.

—Hábleme de esos gigolós.

—Esta palabra no correcta aquí. Mejor, amantes.

—Pues hábleme de esos amantes.

—¿La sorprende?

—La verdad, mucho. Pensé que aquí el turismo venía a otra cosa, y desde luego nada de mujeres ansiosas de marcha.

—¿Marcha?

—Ganas de pasarlo bien —se lo aclaró.

—Aqaba es algo aislado. Diferente. Muchas mujeres vienen, solas, solteras, viudas, divorciadas o casadas aburridas. En Aqaba muchos jóvenes atractivos. Ellas buscan cariño y amor, juventud perdida. Ellos buscan dinero, buena ropa, amistad y posibilidad de enamorar a turista y marcharse en busca de mundo mejor. Jordano buen amante.

Lo dijo sin falsa modestia.

—¿Cuánto hace que dura esto?

—Mucho.

—¿Y el gobierno...?

—Turismo trae divisas. Bueno para el país. Aqaba lejos de capital. Mucha discreción.

—¿Cuántos amantes llamados Hamid puede haber en Aqaba?

—No desanime -Resh puso cara de respeto-. Dos días aquí y ya sigue buena pista de Amina.

—Con dinero es fácil —apuró su copa de vino.

—¿No importa dinero?

—No.

—Porque tiene.

Se sintió mal por haber dado aquella respuesta tan categórica.

Resh suavizó su comentario.

—¿Puedo hacer pregunta?

—Adelante.

—¿Georgina Mir tiene hombre?

—Sí —concedió.

—¿Por qué él no aquí? ¿No conoce secreto? ¿Por qué no estaba David allí, con ella?

—Conoce el secreto, pero está en Barcelona.

—Yo indiscreto. Disculpe.

Joa se encogió de hombros. Se dio cuenta de que ella ni siquiera le había preguntado a su guía si tenía familia. Una falta de sensibilidad. Pero lo que menos deseaba era mantener ahora una conversación trivial sobre el tema, o que Resh le mostrara fotografías de media docena de niños. Al otro lado de los cristales del pequeño restaurante turístico la noche era muy plácida. Un pequeño televisor situado sobre la barra rompía el silencio mientras hablaba del tema de moda: el cambio climático cada vez más acelerado y descontrolado. Las opiniones de los expertos eran progresivamente más encontradas. En la pantalla un científico canadiense llamado Cavanaugh afirmaba que la Tierra podía cambiar su eje de rotación en unos meses. No años. Meses. Y que con ello toda la vida en el planeta quedaría alterada. Adiós a los Polos. Adiós al equilibrio. El planeta necesitaría readaptarse, crear nuevos sistemas, readecuar las corrientes marinas, las estaciones... Joa se estremeció.

Habían hablado precisamente de eso en Yucatán. Los mayas habían anunciado el fin de la humanidad, pero no como extinción, sino como cambio, la necesidad de readaptación, la obligatoriedad de asumir un nuevo papel en la evolución. Reciclarse o morir. Subir el listón del ser humano y situarlo en otra esfera más solidaria y vinculante de cara al futuro o desaparecer como raza. Tomar conciencia del punto de inflexión o sucumbir. La llegada de la nave fue el punto culminante de todo ello.

Pero nadie, salvo unos pocos, sabían ese detalle.

Y en aquellos meses todo se estaba acelerando.

—Alarmistas -desgranó Resh Abderrahim al darse cuenta de que ella estaba atenta al documental.

—Cavanaugh no es un alarmista —lo defendió Joa.

El científico daba arduas explicaciones para sustentar sus teorías. Hablaba de las corrientes marinas principalmente, pero también del Sol, de sus explosiones, de la energía que...

A alguien más no le gustó lo que decía, porque un camarero cambió de canal y una película árabe sustituyó la imagen internacional.

Joa acabó de cenar. Su compañero la dejó sola con su silencio. Compartieron algunas pocas palabras más y luego se retiraron.

Ella entró en su habitación de hotel llena de deseos de telefonear a David aprovechando la diferencia horaria. En España era más temprano. Pero cuando tuvo el móvil en la mano ni siquiera lo intentó. Un súbito desfallecimiento la hizo caer en la cama. ¿Qué le contaba, que había recorrido Petra cumpliendo uno de sus sueños? ¿Que seguía tras la pista de Amina rumbo a la sorprendente Aqaba? ¿Que si daba con esa joven ni siquiera sabría qué hacer, salvo tratar de convencerla de que siguieran juntas y regresar a Egipto en busca de la puerta que las comunicara con sus antepasados extraterrestres?

¿Y por qué la llamaba su hermana? ¿Su madre y la de Amina lo eran? ¿Hermanas? Quizá las hubiesen fabricado en un laboratorio. Cobayas soltados

en la Tierra como experimento.

No quería sentirse derrotista, ni triste. Una llamada y David estaría a su lado en veinticuatro horas. Pero primero Amina. Después...

Cuando despertó, ocho horas más tarde, seguía vestida sobre la cama, con el móvil a un lado.

Se duchó, se cambió de ropa y bajó a desayunar.

Resh Abderrahim ya la esperaba para continuar el viaje hasta Aqaba.

La diferencia entre Aqaba y Elat fue lo primero que la conmocionó al desembocar en la suave pendiente que conducía la carretera hasta la primera de ellas. Una diferencia basada en el perfil urbano de dos mundos opuestos, mucho más moderno el israelí, mucho más primitivo el jordano. La frontera era invisible. Una línea hasta el mar. La realidad no, era más que visible. A su derecha bullía un horizonte lejano para los que se encontraban a la izquierda. -¡Aqaba! -saludó Resh ajeno a ello. Buscaron un hotel. Lo encontraron cerca de la playa, el Intercontinental. Un hombre jordano y una mujer extranjera, joven, viajando solos y pidiendo habitaciones separadas fue de nuevo motivo de miradas en apariencia casuales pero cargadas de intenciones. La habitación era cómoda, con pocos detalles locales y sí mucho de occidental. Un hotel tan impersonal como lo eran en España todos los que jalonaban la costa, sobre todo el Levante. Joa salió al balconcito y contempló una escena que le revolvió su condición femenina y feminista. Frente a ella, un hombre se bañaba con tres niños. Sus gritos de felicidad se escuchaban generosos. Sus risas eran todo un canto. Pero en la orilla, apretadas bajo una palmera que apenas si les daba sombra, localizó a la esposa y a otras tres niñas, vestidas de negro de arriba abajo. Desde su posición podía distinguir las caritas de las niñas, viendo muy serias y tristes cómo sus hermanos se bañaban mientras que ellas, por su condición de mujeres, se veían obligadas a esperar a que se pusiera el sol.

Entonces sí lo harían, pero sin quitarse un centímetro de su ropa.

Cerró la terraza sintiéndose incómoda y bajó al hall. Una vez más, Resh ya la esperaba.

No le dijo nada del tema. Era un buen hombre, pero quizá hiciera lo mismo con su familia si la tenía.

—¿Dispuesta para búsqueda de Hamid?

—Primero vamos a comer algo. Puede que luego sea más difícil.

—Buena idea. Jóvenes aparecen más de noche —estuvo de acuerdo él.

Almorzaron en el restaurante del hotel. Dejó que Resh pidiera por ella algo típico de allí tras decirle lo que no le gustaba y por segunda vez decidió no hacerle preguntas a su compañero que violaran la discreción sobre sí mismo que éste parecía mantener.

En el restaurante había tres mujeres solas además de un matrimonio con aspecto americano y otro árabe con un niño y una niña.

Joa miró a las mujeres.

Blancas, extranjeras, una treintañera, las otras dos más de cuarenta. La primera leía un libro con los cinco sentidos puestos en él. Era atractiva, muy atractiva. Una de las otras dos fumaba con la mirada dirigida a la calle y la otra mantenía la cabeza baja, como si le diera vergüenza levantarla. La que miraba en dirección a la calle escrutaba el panorama, seguía atentamente el paso de la gente. Al aparecer un joven candidato su atención se hacía más evidente.

Cuando concluyeron la comida abandonaron el restaurante y salieron al exterior. Aunque fuese primera hora de la tarde el calor era excesivo. Los aplastó como moscas. Joa sin embargo no se rindió. Localizó a dos jóvenes que reunían los requisitos y caminó hacia ellos. Los dos lucían gafas de sol caras, pantalones blancos impecablemente planchados, camisas de cuello abierto y zapatos de marca.

Al verlos aproximarse se alejaron de ellos.

—Será mejor que me deje sola, Resh —lo comprendió ella.

—¿Sola?

—Ninguno hablará conmigo si está a mi lado.

—¿Cómo entenderá con ellos?

—¿Cree que no chapurrean el inglés, el español, el alemán, el francés o el italiano? Su negocio es seducir a turistas. Necesitan el idioma además de

una buena planta.

—Yo no...

—Tranquilo, ¿de acuerdo? Espéreme en el hotel. No me pasará nada. No van a robar o hacerle daño a una turista si ésa es su fuente de ingresos.

Resh Abderrahim se rindió. Bajó la cabeza e inició el camino de vuelta al hotel. Joa esperó a que se perdiera de vista antes de buscar a otro candidato, porque los dos primeros se habían esfumado. Encontró a un Adonis de piel tostada, completamente vestido de blanco, en un pequeño bar situado calle arriba. Fue a su encuentro tan resuelta que al pobre no le dio tiempo a nada. Cuando se sentó frente a él trató de parecer lo que era: una mujer que buscaba información, no otra cosa.

—¿Hablas español? —le preguntó.

—Poco, sí -la iluminó con una sonrisa de blancos dientes mientras la miraba casi extasiado.

Ella era joven y guapa. Un caramelo.

—¿Conoces a un compañero llamado Hamid?

—¿Hamid? -su cara reflejó disgusto-. No. Pero yo mejor. Todo mejor. Llamo Ibrahim.

—Lo siento —volvió a levantarse.

—¡Espera!

—¿Conoces a Hamid?

—No —tuvo que reconocer.

—Gracias.

Continuó caminando a la caza de candidatos y localizó al siguiente descendiendo de la parte alta de la ciudad en dirección a los hoteles de la

playa. Llevaba una chaqueta colgada del brazo e iba ensimismado. Joa le abordó al pasar cerca de donde se encontraba, protegida bajo un poco de sombra.

—Ven, por favor —lo llamó.

El chico dibujó su sonrisa seductora y reaccionó. La miró de arriba abajo y sonrió aún más. Joa por su parte no tuvo más remedio que admitir que era muy guapo.

—¿Conoces a Hamid?

—No Hamid. Yo Milo.

—No -le puso una mano por delante porque pareció que iba a abalanzarse sobre ella—. Hamid.

—¿Segura no Milo?

—Quiero hablar con Hamid. Sólo hablar. El muchacho, veinte años a lo sumo, evaluó la situación.

Era rápido.

—Ven.

No tuvo más remedio que seguirle. Podía llevarla a su casa y allí insistir en que era mejor que Hamid, pero estaba dispuesta a asumir la pérdida de tiempo. Caminaron calle abajo aunque no fueron hacia la playa. Milo se desvió por una calle a la derecha. Se detuvo delante de una casita pequeña, con los pilares desnudos y sin rematar con una segunda planta, como la mayoría. Le hizo una señal para que esperara y llamó a la puerta. Apareció otra escultura masculina jordana, un poco mayor. Milo señaló hacia ella y hablaron. El nombre que buscaba salió en la conversación tres veces. El dueño de la casa se retiró sin cerrar la puerta, y su compañero regresó a su lado.

—Johnny conoce Hamid —asintió.

—¿Johnny?

—Bonito, ¿sí?

El tal Johnny salió de inmediato, abotonándose una camisa blanca llena de flores grabadas. Le tendió una mano grande y suave. Eran jóvenes amables y correctos. Su español era muy deficiente. En cambio se defendía bien en francés e italiano.

—Yo conozco a Hamid —le dijo.

Y le puso la mano con descaro frente al rostro frotando el dedo pulgar con el índice y el medio.

—Yo te pagaré sólo si es el Hamid que busco.

Lo consideró. Su sonrisa se hizo mayor.

—Oui, madetnoiselk —le hizo una reverencia.

La colocaron en el centro. Milo a la izquierda y Johnny a la derecha. Tal vez no perdían la esperanza. Les tocó subir. Ellos parecían no sudar, pero Joa sí lo hizo. De vez en cuando hablaban y se reían. A su costa, claro. Se revistió de paciencia y se concentró en el camino, por si tenía que desandarlo sola. Casi diez minutos después llegaron a otra casita, tan humilde como la anterior. Milo y ella esperaron a una prudente distancia. Johnny fue el que se aproximó a la puerta y llamó. Por el quicio apareció una mujer. Mientras Johnny le hablaba miró hacia los que aguardaban fuera.

Joa tuvo suerte.

La mujer desapareció y en su lugar tomó el relevo Hamid.

Cuando Johnny le llevó hasta ella Joa cruzó los dedos a su espalda.

—Hamid —le palmeó la espalda Johnny al recién incorporado al grupo para presentárselo.

Ahora los tres jordanos sonreían felices.

—¿Conoces a Hussein Maravi? -le preguntó mirándole fijamente a los ojos.

El chico congeló la sonrisa en sus labios y le devolvió la mirada.

Como si reconociera algo en ella.

—Yo no Hamid amigo Hussein. Él, otro Hamid.

A Joa se le detuvo el corazón entre dos latidos.

—¿Sabes dónde puedo encontrarle?

—Sí.

—Llévame y habrá dinero para todos, ¿de acuerdo?

Les oyó hablar entre sí, discutir, como si ya se repartieran la propina. Eso fue todo.

Se reanudó la marcha por las calles de Aqaba, ahora con tres gigolós junto a ella. Amantes, como los había definido Resh.

Imaginó que algún día se reiría de la experiencia, pero no ahora. Sentía las miradas cruzadas de sus tres acompañantes, de reojo o directas, la forma en que la valoraban, la manera en que la deseaban, la curiosidad que sentían. Sobre todo por su cabello rojizo. Y su juventud. Tampoco pasaban desapercibidos para los otros caminantes o vecinos de las casas por las que transitaban. La gente estaría habituada a sus guapos jóvenes, llegados desde toda Jordania, pero ver a una chica como ella con tres jordanos sin duda no era lo más habitual.

Hamid se detuvo dos veces a preguntar. Una, a una mujer. Otra a un cuarto gigoló. Joa temió que también se apuntara a la comitiva.

No fue así y la parte final les acercó de nuevo a la zona hotelera de la playa, punto neurálgico de encuentros y citas.

Había un joven sentado en la playa, casi en la perpendicular de su hotel. Si las tres mujeres solitarias seguían en el comedor tal vez lo estuviesen viendo. Cuando se encontró lo suficientemente cerca, Joa apreció sus rasgos. Otra obra de arte humana esculpida sobre mármol oscuro. Ajeno a su presencia, el muchacho, veintidós años como mucho, contemplaba el mar. Su imagen era de una serena belleza. Un cuadro enormemente plástico.

—Hamid —señaló el chico que se llamaba igual que él.

Y le tendió la mano a la espera de la propina.

—¿Cómo sé que es el que busco?

—Es Hamid -se lo aseguró sin ambages-. Tiene amigo que se llama Hussein. Él vino con chica joven, muy parecida a ti, hace poco.

La última duda desapareció de su mente.

Les dio dinero a los tres. El suficiente para que no pidieran más ni llamaran la atención. Uno tras otro le tendieron la mano, cordiales y serviciales, y desaparecieron de su horizonte.

Joa no se movió hasta estar segura de que estaba sola.

Se acercó a él y se sentó a su lado. Al darse cuenta de que no estaba solo el chico volvió la cabeza e iluminó su rostro con una gran sonrisa. Le miró los ojos, el cabello y los labios. Los suyos eran perfectos, carnosos.

—¿Hamid?

—Sí.

No le preguntó por qué conocía su nombre. Quizá una amiga se lo había recomendado. Joa extrajo otro billete de su bolso. Mucho más que una propina. Siguió hablándole en inglés.

—¿Quieres ganarte esto?

—Claro —dijo con dulzura en la misma lengua.

—Vamos a tu casa.

—No, mejor lugar que yo conozco, bonito, limpio y discreto. Pero antes hablamos y cenamos.

—Quiero ir a tu casa.

—No muy buena —insistió.

—Vamos

—Joa se puso en pie.

No quería sorprenderlo dándole el nombre de Hussein Maravi. Temía que entonces se le escapara, o avisara a su amigo, huido de un manicomio a fin de cuentas, y nunca diera con él ni con Amina. Necesitaba ser cauta. Nada más.

Hamid se incorporó.

—Tú preciosa —ponderó.

—Gracias.

—Pareces mucho a alguien yo conozco.

—¿Por dónde? —mantuvo la calma.

El joven tomó la iniciativa. Caminaron hacia la parte izquierda de Aqaba y en dos minutos ya se hallaban inmersos en un mundo de callejuelas en las que la vida se hacía más fuera de las casas que dentro. Algunas personas saludaron a su compañero. Éste habló en voz alta con un par de ellas. Sabía que era el centro de atención. Una chica joven-cita, no una mujer madura. Algo así debía de ser insólito. Cada vez que Hussein se dirigía a ella la envolvía con una sonrisa y le preguntaba trivialidades, cuántos años tenía, de qué ciudad española era, si estaba en Jordania por turismo...

—Conozco restaurante maravilloso para cenar.

—¿Vives solo? —cortó sus fantasías.

—Sí.

Trató de no parecer inquieta. De todas formas la caminata tocaba a su fin. Hamid señaló una casa ni mejor ni peor que las otras, ladrillos grandes y grises en el exterior, sin enyesar o pintar. Se encontraba al final de una muy leve cuesta que, no obstante, la hacía sudar igual que si fuese una montaña.

Habían llegado a la puerta de la casa. Al otro lado quizá hubiera respuestas. Pero Hamid acababa de decirle que vivía solo. Tal vez para su negocio necesitara no tener a nadie en su casa y ellos estuvieran en otra parte.

Tal vez.

Era el momento.

—Escucha —habló despacio para que él la entendiera—. Soy una amiga. Una amiga, ¿entiendes?

—Amiga, sí —su sonrisa se hizo luminosa—. Yo también soy amigo.

—Busco a Amina Anwar. La sonrisa se esfumó.

—Tranquilo, ¿de acuerdo? —lo sujetó por el brazo, por si echaba a correr—. Sólo quiero hablar con ella. Sé que escapó del Al Sawwan Urdun. No me interesa Hussein Maravi. Necesito verla a ella.

—¿Por qué?

—Somos hermanas. Antes lo has dicho. Me parezco, ¿verdad?

Joa le puso el billete que antes le había mostrado en el bolsillo.

—Por favor.

—No están —se rindió el atractivo amante jordano.

—¿Dónde...?

Abrió la puerta de su casa y le mostró el interior, vacío.

—No sé —dijo ya sin sonreír de manera cautivadora-. Se fueron. Hace ya mucho. Dos meses. Dos meses.

Joa se mordió el labio inferior para no gritar de rabia.

—¿Volvieron a Ammán?

—¡No sé! —hizo un gesto de fastidio—. ¡Un día se marcharon, eso es todo! ¡Yo llegué y ellos no estaban! Pasé tres días fuera, con turista holandesa, navegando y enseñando cosas. ¡Volví y ellos ya no estaban! Tampoco es extraño. Ella era muy rara y él...

—¿Sabías que tu amigo está considerado esquizofrénico?

—Hussein es buen chico. Locos ellos, no Hussein.

—¿Y Amina? ¿Por qué dices que era rara?

—Habla poco, mira mucho, ordena a Hussein, ¡incluso a mí! No parece una mujer. Demasiado carácter. Me enfadé con ella un día, me miró y dio dolor cabeza -se llevó las manos a las sienes—. Quería que se fueran. Bueno,

Hussein no, ella sí.

—¿Te contó algo de sí misma?

—No. Muy reservada.

—¿Y él, te contó algo?

—Decía que era perfecta. ¡Enamorado! Hussein la ayudaba a encontrar algo.

—¿Te dijo qué?

—Raíces.

Amina Anwar también se estaba buscando a sí misma. Siguiendo otras pistas. ¿Pero cuáles?

—¿Qué hicieron mientras estuvieron aquí?

—Iban mucho al cybercafé.

—¿Los mantenías tú?

—No. Ellos traían dinero. Yo no pregunté, pero creo que robaban a turistas. Muchos dólares.

—¿Y qué hacían en el cybercafé?

—Tomaban notas, hacían mapas.

—¿Mapas?

—Se dejaron cosas en habitación. ¿Quieres...?

—¡Claro! —se sorprendió por la noticia.

Entraron en la casa. A Hamid no debía de irle mal. Algo nada extraño apreciando su físico y el cuerpo que se intuía debajo de la ropa. Joa vio un

buen equipo de música, CD variados, un televisor, un DVD, una videoconsola y otros detalles. La construcción por fuera era humilde, por dentro no. Por la puerta entreabierta de una habitación, a la izquierda, localizó una cama grande y otras fantasías. En la de la derecha la cama era más pequeña y sencilla.

—Yo guardé cosas por si volvían. Pensé que sólo serían unos días. Pero ya no. Mucho tiempo. Sé que no regresan.

Abrió un arcón y de él extrajo una caja de cartón bastante grande, de supermercado. La dejó sobre la cama. Luego se apartó para que fuera ella quien hiciera los honores. Joa retiró la tapa y empezó a sacar papeles, algunos impresos, otros escritos a mano, y también mapas diversos, como acababa de decirle Hamid.

Todos de un mismo lugar: Mali.

El país Dogon.

Sintió un estremecimiento.

Los dogones, los hijos de Sirio y Orion, la tribu africana que afirmaba provenir de las estrellas y cuyos testimonios estaban todavía impresos en las paredes de sus casas y cuevas.

Era la revelación final. Sorprendente, aunque...

—¿Seguro no quieres compañía? -oyó la voz de Hamid como en un sueño.

—No, gracias.

Sintió los dedos del joven acariciando el extremo de sus cabellos. Un roce apenas perceptible. Joa se quedó muy quieta.

—Amina no dijo que buscaba a ti —suspiró él rindiéndose.

Necesitaría una hora o más para examinar todo aquello.

Y el dueño de la casa no le dejaría llevárselo.

—¿Puedo quedarme?

—Yo trabajo.

—Te pagaré tu tiempo.

Hamid se encogió de hombros.

—Bueno -aceptó.

Salió de la habitación y la dejó sola con su descubrimiento.

27

La voz de David surgió por el pequeño altavoz de su móvil antes de que muriera el segundo zumbido y le inundó la mente de luces.

—¡Joa!

No le había querido a su lado por muchos motivos, pero quizá el más excepcional fuese aquél: que si le tenía cerca tal vez fuese incapaz de pensar con la cordura que necesitaba.

Sin olvidar que tener miedo por uno mismo es algo mucho más digerible que tenerlo por los demás.

—Te necesito -exhaló rindiéndose.

—¿Qué te pasa? -se alarmó él.

—Nada, tranquilo, estoy bien, en Aqaba, pero ya no puedo hacer esto sola. Ahora ya no.

—Volaré a Jordania en cuanto...

—No, a Jordania no.

—¿Entonces adonde?

—Mali.

—¿Mali?

Se llevó una mano a los ojos cerrados y los presionó. Un millón de lucecitas estalló en su interior, diseminando fantasías multicolores por su cabeza.

—Escucha, David -ordenó sus ideas para transmitírselas a él-, Amina Anwar escapó de un manicomio con un chico esquizofrénico unos años mayor que ella. La extraña pareja. Una niña de quince años con poderes y un demente juntos por ahí. Roban a turistas para sobrevivir, llegan a Aqaba, se ocultan en casa de un amigo de él, disponen de tiempo y ella, que indudablemente sabe algo sobre qué es o quién es, investiga a fondo. Lo mismo que yo he estado haciendo en diversos lugares, Amina lo hace con uno de los grandes focos de las teorías extraterrestres en el planeta: el país Dogon, en Mali. No sé lo que espera encontrar allí, pero desde luego hay una conexión y es adonde fue.

—¿Cuándo se marchó de Jordania?

—Todo apunta a que fue hace dos meses.

—¡Dos meses! Eso significa...

—David, es posible que ni hayan llegado.

—¿Cómo que no habrán llegado?

—Piensa. Ella es una adolescente, muy inteligente, con poderes temibles tal vez, lo que tú quieras, pero es una adolescente que ha vivido una infancia terrible, sin cariño ni educación. Y él, aunque es mayor de edad, tiene una ficha médica en su país y carga con una denuncia. Ninguno de los dos tiene pasaporte. ¿Crees que tomaron un avión y se fueron a Mali?

—Entonces...

—Encontré una caja de papeles, mapas y anotaciones en casa de un amigo de Hussein Maravi. En ellos vi marcadas todas las rutas posibles de las caravanas que cruzan el desierto por el norte y centro de África para ir de Jordania a Mali. La frontera egipcia está a muy pocos kilómetros de aquí.

—¿Han ido... a pie?

—¿Qué otra cosa les queda? No pueden atravesar las fronteras habituales ni seguir los cauces normales, un autobús aquí o un tren allá.

—¡Pero eso son tres mil kilómetros o más de viaje por tierras azotadas por sequías, hambrunas, guerras...!

—David, lo han hecho.

—¿Y si te equivocas?

—Amina está buscando su pasado, sus raíces, y quién sabe si lo mismo que yo: poder contactar con ellos. ¡Lleva el cristal colgado de su cuello! Es lo único que tiene de su madre.

—¿Qué puede haber en el país Dogon?

—Puede que información. 0 quizá ella sepa algo que yo no sé.

—¿Otra puerta?

—David, sabes que no tengo respuestas para esto.

—Aun así quieres ir.

—Sí.

—¡Estás loca! ¿Cómo vas a encontrarla?

—La encontraré.

—A veces me asustas -musitó él tras una leve pausa.

—Sé que no es mi hermana, pero tenemos una conexión. Mental o... paranormal. Esté donde esté, daré con ella. Las tribus Dogon no son tantas, ni su territorio tan grande. Ella es una chica blanca en un mundo negro. Dejarán un rastro, como los caracoles. No pueden ocultarse. Vamos a dar con ellos.

—Gracias por decir eso.

«Vamos», en plural.

—Te dije que cuando te necesitase, te llamaría. Y ahora te necesito. Jordania ya ha sido bastante duro, pero Mali...

—Así que sólo me necesitas de guardaespaldas, ¿eh? —quiso pincharla.

—No seas tonto.

—Vale —a través de la línea la alcanzó su sonrisa—. Mañana mismo arreglo unas gestiones para quedar libre de mi trabajo. Por suerte los guardianes aún nos apoyamos. ¿Dónde nos encontramos?

—En Bamako. El primero que llegue que vaya al hotel Kempinski El

Farouk. Y si estuviera lleno, al Sofitel Amitié. Antes de llamarte ya he hecho indagaciones en Internet aquí mismo, en mi hotel. Me falta coordinar mi viaje. Aún no sé si podré volar desde Aqaba a algún lugar con un buen enlace o si tendré que regresar a Ammán para ello. Desde la capital de Mali iremos juntos al país Dogon.

—¿Te traigo algo de Barcelona?

—Sólo te necesito a ti.

Podía abandonarse. Ya sí. Necesitaba acordarse de que en el mundo el amor seguía contando.

Fue David el que rompió el suave silencio.

—Dios..., no puedo creerlo.

—¿Qué es lo que no puedes creer?

—Que vaya a verte, por fin.

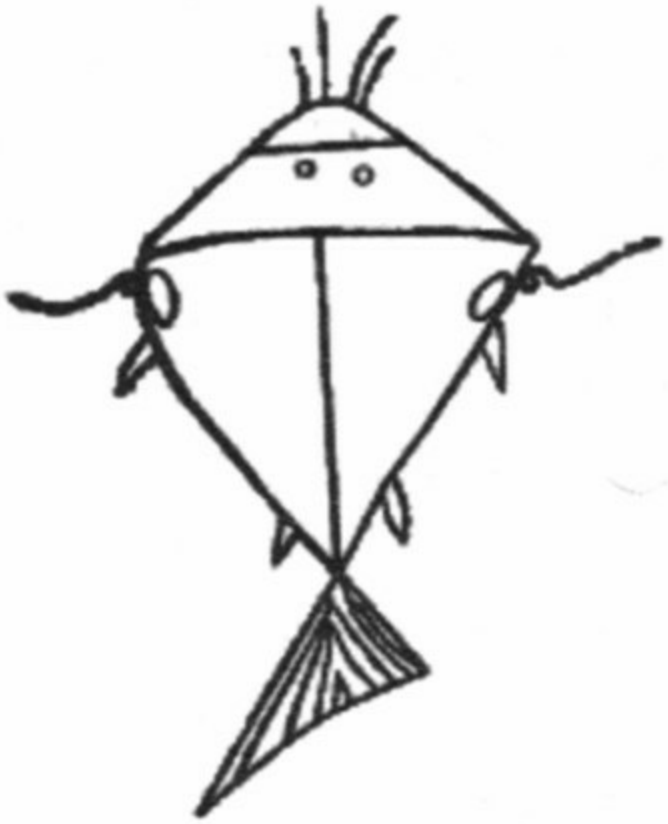
—Yo sí —suspiró ella—. Yo sí.

Y sonrió con toda la ternura de su corazón.

TERCERA PARTE

País Dogon, Mali

(del 9 al 14 de abril de 2013)



28

En el Bamako Senou International Airport de Bamako, la capital de Mali, una verdadera caja de zapatos, Georgina Mir consiguió el visado de estancia por un mes de duración y cambió moneda. Abonó el alto coste del visado en efectivo y guardó los demás francos CFA mientras le advertían en francés de que no en todas partes aceptaban tarjetas de crédito y, en cualquier caso, sólo VISA. Durante el vuelo y en las largas horas de espera en Ammán y Argelia, había estado documentándose sobre ese y otros detalles de la vida cotidiana en el país africano. Casi milagrosamente, David ya se encontraba esperándola tras un vuelo de once horas vía París desde Madrid, como le había confirmado por teléfono. Su compañero aguardaba su aparición, nervioso, en la Terminal.

Cuando se unieron en el primer abrazo y el primer beso, Joa dejó de temblar.

Permanecieron así, fundidos estrechamente por espacio de un minuto. Hasta que sus manos apreciaron el tacto del cuerpo amado y sus mentes restablecieron un primer atisbo de paz.

—Cariño... —susurró él.

Le ofreció de nuevo su boca, con avidez, y David la tomó apurándola con cada beso hasta derretirla. Los ecos de los días pasados en las playas del Carmen, en la Rivie-ra Maya, volvieron a ellos con una intensidad huracanada. Cuando por fin los nervios menguaron y la realidad se impuso, descubrieron que estaban agotados.

—Siento que todo este tiempo... —trató de decir ella.

—Sssh... —la hizo callar—. Ya no importa. Estás aquí.

—Vamonos. Nos están mirando.

—Que miren.

—Precaución. Nunca se sabe en algunos países.

David tenía la bolsa con su equipaje a un lado. Joa al otro. Las recogieron y fueron directamente a una agencia de alquiler de coches. Los trámites fueron rápidos, sobre todo cuando el coche que alquiló ella fue el mejor todoterreno de los que tenían en cartel y sin regatear precio. Buenos clientes, firmes sonrisas. Las recomendaciones de precaución llegaron después. Malas carreteras, pistas difíciles, accesos complicados... Lo primero: llevar siempre gasolina en bidones para prevenir cualquier emergencia. Lo segundo: entender que aquello era África. Precaución por encima de la temeridad, la prisa o el relajamiento. Por suerte llegaban en la temporada seca, que se extendía hasta junio, y no tendrían lluvias torrenciales que los barrieran de la faz de la tierra.

Diez minutos después, ya fuera del aeropuerto, Joa detenía el coche en un arcén de la carretera para abrazar de nuevo a David y besarse.

Cada mirada era por fin un bálsamo de paz, una isla en mitad de la

tormenta.

—¿Cuándo acabará todo esto? —le preguntó él.

Joa no le respondió.

—Ahora estamos juntos y ya no me importa el tiempo —musitó—, salvo el que tardemos en dar con Amina.

—¿Alguna novedad?

—No. Mira.

Le mostró un mapa del norte de África que extrajo de su bolso de mano. Había en su interior muchos otros papeles, todos bajados de Internet y relativos a su destino, el país Dogon en el corazón de Mali.

—Amina salió de Jordania por la península del Sinaí, y luego tuvo que atravesar Egipto, el sur de Libia y el norte de Níger hasta llegar a Mali. Hay conflictos en Sudán, el Chad, y tuaregs en pie de guerra al sur de Argelia... No lo habrá tenido fácil.

—Me dijiste que utilizaba sus poderes de forma bastante arbitraria, todo lo contrario que tú.

—David, sabes que tengo mucho miedo con ellos.

—Deberías saber hasta dónde puedes llegar, para así controlarlos y dominarlos.

—¿Y si me dominan ellos a mí? Amina es peligrosa para los demás, pero probablemente también para sí misma.

—¿Y si estás equivocada y ha ido a otra parte o se ha quedado en Jordania?

—No, ella ha venido a Mali. Lo sé.

—Intuición.

—Intuición —asintió con la cabeza—, pero también lógica. Estaba obsesionada con los dogones. Los investigó antes de desaparecer de Aqaba; me lo dijo el chico que les tenía en su casa.

—Déjame conducir a mí —le pidió—. Estás demasiado agitada.

—Es por ti —bromeó.

—Va, déjame.

Aceptó la sugerencia. Siempre tomaba la iniciativa por estar sola, como sentarse al volante sin preguntar, y eso había cambiado maravillosamente. Compartir decisiones y responsabilidad era un alivio. Le cedió su asiento y tomó otro mapa en el que se indicaba qué carretera seguir hasta el país Dogon. Primero desde Bamako hasta Koulikoro y Ségou. Finalmente hasta Mopti, siempre siguiendo el río Níger. Al este de Mopti había señalizado con una marca el conjunto de las tierras de los dogones.

—Esto me recuerda nuestro viaje desde Guadalajara hasta las tierras de los huicholes —dijo David.

—Qué lejos parece ahora aquello.

—¿Traes un dibujo de la cruz del Nilo?

—Sí, espera.

Por tercera vez tomó el bolso. Los papeles estaban ordenados. Localizó el que le interesaba y se lo mostró a él mientras conducía. David le echó un vistazo sin apartar demasiado los ojos de la carretera, porque el tráfico era abundante.

—Es bonita —concedió.

—He tenido mucho tiempo para reflexionar —manifestó Joa—. Creo que la cruz del Nilo es una marca, como la X de los viejos mapas de los piratas que señalizaban así dónde estaba enterrado el tesoro. Sólo hay que situarla en un lugar concreto. Tenemos la marca. Nos falta el mapa.

—Ya, pero lo normal es tener el mapa y desconocer el lugar de la X, ¿no crees?

—Tal vez, pero esa cruz es un legado que tiene miles de años, y entonces las cosas no se hacían igual.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Claro.

—Sé que tus intuiciones están basadas en algo muy poderoso que guarda relación con tus raíces maternas y todo lo que anida en tu mente y que aún no conoces, pero sigo pensando que la respuesta está en Egipto, no aquí. Podías haber buscado a Amina después.

—Somos un tercio de algo. Amina, Indira y yo. Juntas seremos más fuertes.

—Así que después... ¿irás a por Indira?

—Supongo que sí.

—Vamos por orden. ¿Qué harás si encuentras a Amina? ¿Cómo sabes que ella estará de acuerdo en unirse a ti o compartir lo que sabe? Por lo que me dices, esa niña es peligrosa.

Joa miró por la ventanilla intentando no enfrentarse a más problemas.

—Alguien tiene que hacer de abogado del diablo -le recordó David.

—Ya lo hiciste en Yucatán.

—De algo sirvió, ¿no?

Ella le dio un manotazo con todas sus fuerzas.

—¡Sí, para ponerme de los nervios!

Soltaron un poco más de adrenalina. La justa. David no se atrevía a

adelantar. Más que denso, que lo era debido a la enorme cantidad de motocicletas, el tráfico era un tanto imprevisible. Los conductores hacían gala de una imprudencia manifiesta. En un cruce localizaron el desvío hacia Koulikoro a la derecha.

Cuando sus ojos se tropezaron con la gran lengua líquida del Níger no les hizo falta decir nada.

En menos de dos semanas había estado en Camboya, Egipto, Jordania y ahora Mali. Sin contar las escalas de los aviones en otros cuatro países.

—Tienes que ponerme al día de todo lo que nos vamos a encontrar cuando lleguemos hasta donde vive esa gente, los dogones.

—Esta noche —susurró Joa recortando su cabeza en su hombro. Y lo repitió antes de suspirar-: Esta noche.

29

Los mapas, los planos, las anotaciones hechas a mano o impresas de Internet estaban esparcidos por encima i de la cama. Al otro lado de los cristales, abocados a la oscuridad exterior, el universo entero se había detenido. Quizá toda África. El Níger fluía a menos de cien metros de donde se encontraban.

Pero el silencio los arrullaba igual que un bálsamo. Joa trató de ordenar sus ideas.

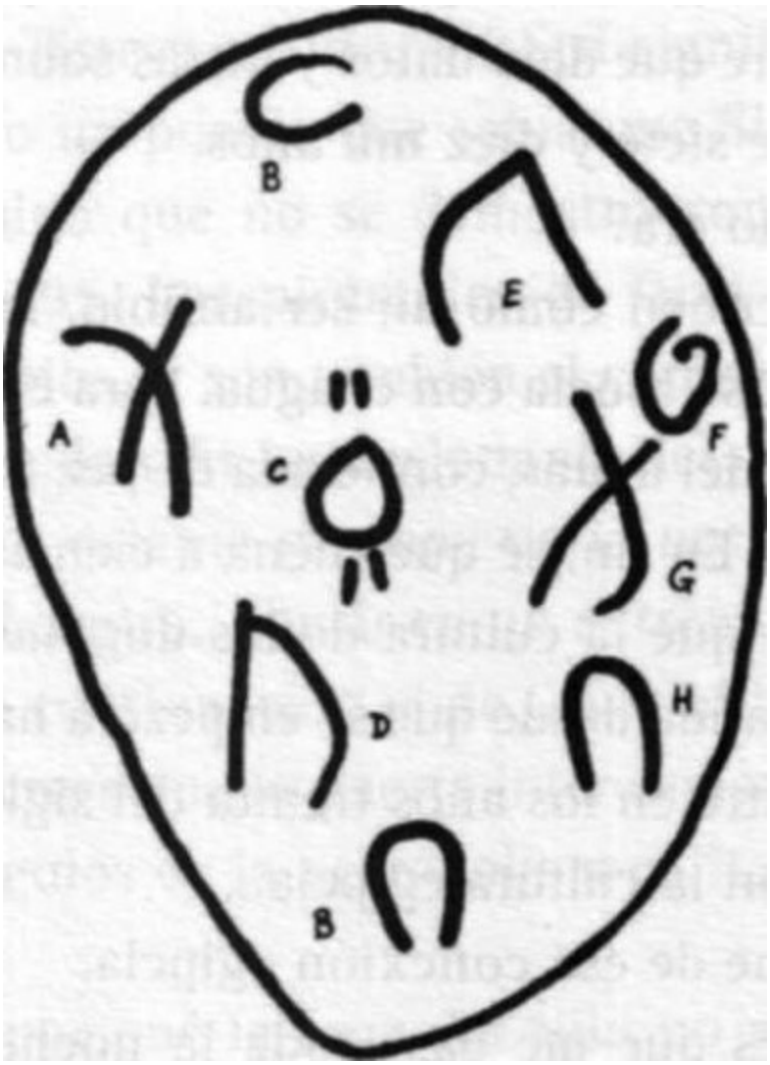
—Para los dogones, la estrella más brillante no era Sirio, sino otra más pequeña que gira en torno a ella, a la que llamaban Po Tolo. Y es imposible

que ellos la vieran desde la Tierra, porque no se aprecia a simple vista debido a su luminosidad. Kepler no promulgó sus famosas leyes sobre el movimiento de los planetas hasta el siglo XVII, y los dogones ya habían manifestado su cultura mucho antes. Sirio B se descubrió en 1862. También decían que había una tercera estrella y varios planetas. Sin embargo, en el caso de que Sirio B se hubiese convertido en una gigante roja hace 2.000 años, habría destruido los planetas de su alrededor, que no ha sido el caso. En 1995 los astrónomos afirmaron finalmente que Sirio es un sistema triple.

—Y tanto los dogones como los egipcios compartían su pasión por Sirio.

—Sí, pero eso sería normal teniendo en cuenta que todas las civilizaciones han mirado el cielo de forma intensa y se han inspirado en él. Lo extraordinario es que ellos afirman claramente que proceden del espacio. Los dogones ya decían antiguamente que la Luna era estéril y seca, conocían los anillos de Saturno, sabían que Dana Tolo, Júpiter, tenía cuatro satélites, que los planetas describían órbitas elípticas alrededor del Sol y que la Vía Láctea es una galaxia en espiral formada por millones de estrellas. La única diferencia con nosotros es que para ellos la verdadera estrella principal no era el Sol, sino Sirio B, la invisible compañera de Sirio. Por supuesto he encontrado muchos más datos, pero creo que no tienen relación con nuestra investigación. Son curiosidades, como que los dogones calcularon en cincuenta años el tiempo que tarda Sirio B en dar la vuelta a Sirio; y cuando los astrónomos con sus potentes teleobjetivos hicieron sus cálculos, descubrieron que la cifra exacta es de 50,04 años. Y mira esto...

Le puso delante una extraña representación gráfica.



—¿Qué es?

—Lo llaman «el huevo del mundo». Es un dibujo de arena de la muy rica cosmogonía Dogon. Metieron en esa representación el sistema de Sirio al completo, aderezado con otros detalles. A es Sirio; B es Po Tolo en dos posiciones; C es Emme Ya, el sol de la mujer, equiparado con Sirio C descubierto a fines del siglo pasado; D son los Nommo, de los que luego te hablaré; E es el Yourougou, una figura mítica masculina destinada a perseguir a su gemelo femenino; F es un satélite de Emme Ya, la estrella de la mujer; G es el signo de la mujer, y H el sexo de ella, representado por una matriz.

—¿Qué son los Nommo?

—Los dogones afirman que cuanto saben procede de los primeros pobladores de las estrellas que llegaron a la Tierra desde Nyan Tolo, un satélite de Emme Ya, más o menos en el año 3000 antes de Jesucristo. Los llamaron Nommo y los consideraban de origen divino, porque por lo visto descendieron del cielo en un arca roja como el fuego que se volvió blanca al aterrizar. ¿Hay mejor forma de describir una nave espacial? Pero hay más. Hubo un primer Nommo, un extraterrestre que dejó datos y pistas sobre su origen estelar hace entre siete y diez mil años.

—¿Y cómo era?

—Lo describen como un ser anfibio. La palabra «nummo», con «u», se asocia con el agua. Para ellos los Nommo eran «maestros del agua», con forma de pez mezclada con la forma humana. En fin, sé que suena a ciencia ficción barata y reconozco que la cultura de los dogones ha sido muy discutida y rebatida desde que se empezó a hablar de su origen extraterrestre en los años treinta del siglo pasado. Pero su conexión con la cultura egipcia...

—Hablame de esa conexión egipcia.

—¿Quieres que me pase toda la noche soltándote el rollo?

—¡No!

Joa se echó a reír. Parecía una niña feliz. Era feliz.

—Los egipcios también tenían a Sirio en la retina, y toda la constelación de Orion en la cabeza. Muchos de los templos egipcios orientados hacia el Sol en realidad también lo estaban hacia Sirio, y viceversa. Los dos obeliscos de esos templos se erigían cumpliendo una misión, no por adorno. Ellos determinaban el punto en el horizonte por el que salía el Sol a lo largo del año. Así conocían los solsticios de verano e invierno, los principales para ellos. Pero saliendo el Sol y Sirio por el mismo punto, descubrieron que Sirio se retrasaba un día cada cuatro años. Así nació el ciclo de Sirio, o sothico, en honor a la diosa Isis, también llamada Sothis. Ese ciclo se cumplía cada 1.460 años. Pasado ese tiempo el calendario sothico y el normal coincidían de

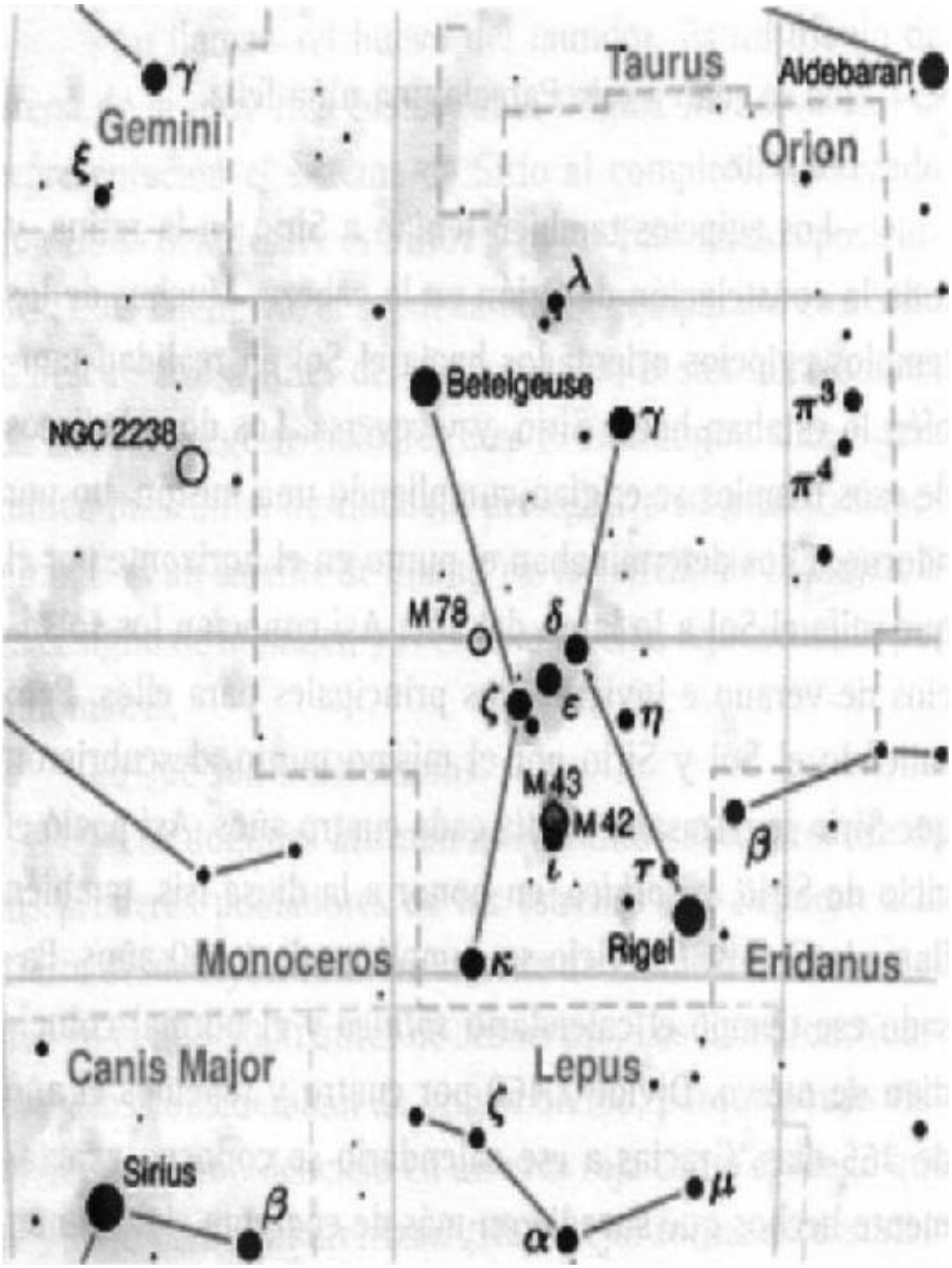
nuevo. Divide 1.460 por cuatro y tenemos el año de 365 días. Gracias a ese calendario se conocen exactamente hechos que sucedieron más de cuarenta siglos antes de Jesucristo. ¿Quieres más conexiones curiosas? Los egipcios llamaban Tistrya a Sirio. Tri Stri significa «tres estrellas». De nuevo un pueblo que sabía que Sirio era una estrella triple, algo que no se demostró como te he dicho antes hasta 1995. Las pirámides de Giza representan el conjunto de Sirio... y son también el corazón de la constelación de Orion, la más impresionante del cielo.

Le colocó delante el mapa de la necrópolis menfita, con Giza en el centro, Abusir en un extremo y Abu Roasch en el otro. Y a continuación el de Orion al lado.

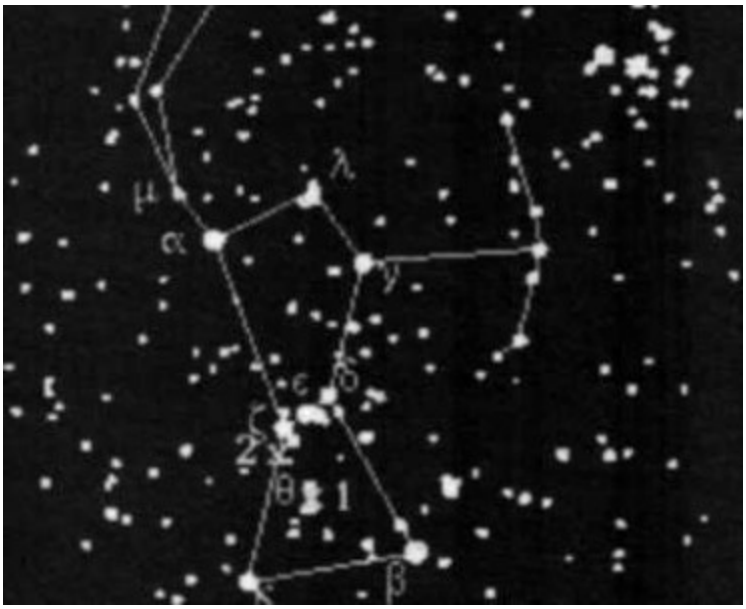
—¿Y tú crees que la puerta interestelar está dentro de esos dos triángulos de la necrópolis menfita?

—Sí.

—¿Pero por qué la cruz del Nilo no aparece en ninguna parte dentro de una representación de la necrópolis?


γ
Gemini
ξ
Taurus
Aldebaran
Orion
λ
Betelgeuse
γ
NGC 2238
π3
π4
M78
δ
ζ
ε
η
M43
M42
ι
τ
β
Monoceros
κ
Rigel
Eridanus
Canis Major
Lepus
ζ
Sirius
β
μ
α

—Porque no hay representaciones de la necrópolis. No las necesitaban. Fue después de la llegada de Napoleón a Egipto cuando se empezó a investigar y se descubrió que las pirámides estaban construidas siguiendo un mapa estelar. Mira esto.



—Orion en su máximo esplendor, con todas las estrellas interiores y exteriores. Equivale a un cazador, ¿ves?

—dijo Joa.

—¿Cuáles son las principales estrellas de Orion?

—Betelgeuse, Alfa, que es una supergigante y en noches oscuras tiene tonalidad roja; Rigel, Beta, una supergigante azul cuatro mil veces más luminosa que el Sol; Bellatrix, Gamma, otra gigante azul; Mintaka, Delta, supergigante ocho mil trescientas veces más brillante que el Sol que está en el Cinturón de Orion, formado por tres estrellas alineadas y que apuntan a Sirio; Alnilam, Epsilon, segunda estrella del Cinturón y treinta mil veces más luminosa que el Sol; Alnitak, Zeta, la tercera del Cinturón, otra supergigante diez mil quinientas veces más brillante que el Sol; luego está Saiph, la sexta estrella más brillante de Orion y mi favorita, no sé por qué. Su nombre en

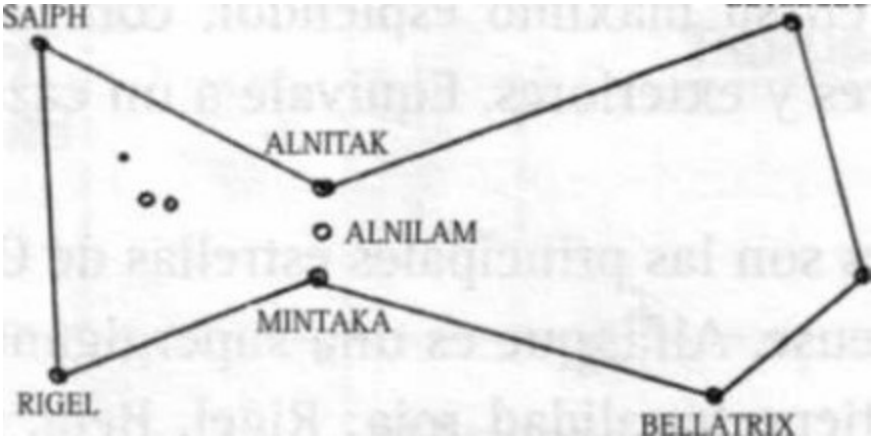
árabe es Saif Al Jabbar, que significa «la Espada del Gigante». Por último tenemos a Meissa, la cabeza de nuestro cazador. Para que te hagas una idea de las distancias, te diré que Betelgeuse dista 427 años luz de nosotros, Rigel 770, Bellatrix 243, Mintaka 920, Alnilam 1.340 y Alnitak 820.

—Un paseo.

—Quedan M42 y M43. M de Messier, que fue el que las localizó. Son nebulosas. Y otros «objetos» como la M78, una nebulosa difusa situada fuera de los dos triángulos; la NGC 2186, la NGC 1662 y la NGC 1980, cúmulos estelares en formación, jóvenes, de doscientos o trescientos millones de años.

—¿Has colocado todos estos puntos estelares sobre la necrópolis menfita para ver con qué coincide cada uno?

—Lo puedo dibujar... Los principales serían éstos: Meissa es Abusir, Bellatrix es Zauyat Al Aryan, y Saiph sería Abu Roasch. En horizontal, tal y como está dispuesta la necrópolis menfita en el suelo de Egipto...



—En el suelo de Egipto esas estrellas equivalen a pirámides o lugares hoy en día yermos pero que tuvieron su importancia en el pasado de los egipcios, ¿no?, con escaso turismo porque hay que ir expresamente y a pie en muchos casos —comentó David mientras contemplaba el dibujo improvisado.

—Sí, resultará complicado si tenemos que inspeccionarlos uno por uno. El punto que nos interesa puede estar enterrado o en cualquier otra parte —concluyó ella.

—Salvo que uno de tus Defensores de los Dioses haga guardia encima.

—No bromees.

—Han de vigilarlo, ¿no?

No había pensado en ello. David tenía razón.

—¿Y si tu puerta está justo debajo de la gran pirámide de Kheops, por ejemplo? —continuó haciendo de abogado del diablo.

—Lo pensé cuando estuve allí —suspiró Joa.

—¿Y...?

Se quedó sin respuesta. Y sin ganas de seguir hablando.

Deseaba abrazarlo, besarle, sentirle.

Dormir toda la noche a su lado.

—Vamos a la cama, ¿quieres? -guardó todos los papeles de forma ordenada en su bolso de viaje sintiéndose igual que una joven novia llena de timidez.

30

Despertó bruscamente y se quedó sentada en la cama sin saber qué le sucedía, dónde se encontraba, sudando de forma copiosa, casi sin poder respirar y con el corazón latiéndole a mil por hora. Todo estaba muy oscuro. Tuvo deseos de gritar, pero no lo hizo. La respiración acompasada de David, a su lado, fue el primer bálsamo de serenidad. Alargó la mano y tocó su cuerpo, la curva redonda de su cadera. Al sentirlo allí, tan cerca, el miedo cedió.

David, Mali, camino del país Dogon.

—Está bien, está bien -suspiró. Entonces, ¿por qué había despertado así, como arrancada de una sima oscura y transportada hacia la consciencia?

La voz.

Había oído una voz. Dentro de su cabeza.

Una voz desconocida y que, sin embargo, de pronto le sonaba familiar. Una voz que la había llamado por su nombre:

—¡Joa!

No pudo seguir en la cama. Volvió a tocar a David, a acariciar su contorno, y se levantó. Primero fue al cuarto de baño. El hotel era muy sencillo, sin comodidades, pero se quedó sentada en la taza del inodoro unos minutos, reflexionando desconcertada. Cuando se incorporó, de nuevo sin

hacer ruido, caminó hasta la ventana, a oscuras, y se apoyó en uno de sus lados. Amanecería en muy poco rato. La luz se filtraría por ella en diez o quince minutos.

Su primer amanecer en uno de los países más pobres de África.

Aquella voz...

No se equivocó con relación al clarear inicial de la mañana. Poco a poco las formas exteriores cobraron vida. De entre las sombras surgieron árboles y plantas, un cielo pintado de un azul tan intenso, rojizo por el lado en el que salía el sol, que posiblemente no habría pintor capaz de captarlo ni cámara que lo reflejara tal cual. África siempre se le antojó poderosa a pesar de haber sido esquilmada durante años por todos los países que la colonizaron y le arrancaron sus tesoros sumiéndola en la pobreza y la desesperación. El sida había matado a millones de seres en los últimos años, y las guerras desesperadas por los diamantes, por independencias o por litigios tribales, junto a las hambrunas demoledoras, habían hecho el resto.

Aun así, aquélla era una de las cunas de la civilización.

El mundo le debía mucho a África.

«¡ Joa!»

Cerró los ojos.

¿Por qué volvía a escuchar la voz si estaba despierta? ¿La tenía en su cabeza?

—¿Amina? —susurró.

Se abrazó a sí misma y miró a David. La tenue luz ya revelaba su forma imprecisa en la cama, su contorno plácido. La imagen se le antojó de una arrebatadora belleza. El hombre al que amaba estaba allí, a un paso de ella, a su lado y compartiendo su destino.

¿Pero qué destino?

Cuando no estaba con él, le necesitaba. Cuando lo tenía, sentía el miedo de la incertidumbre. Las preguntas afloraban entonces con mucha mayor fuerza. Casi con violencia. Cada minuto contaba y eso lo hacía todo más intenso. Cada minuto podía ser el último o el penúltimo. ¿Qué seria de ella? ¿Cuál era su naturaleza real, mezcla de humano y alienígena? ¿Qué sucedería si lograba contactar con sus padres? ¿Y si no lo lograba? ¿Volverían un día a por ella? ¿Viviría normalmente en la Tierra...? ¿Podría casarse con David, tener hijos?

Preguntas, preguntas, preguntas.

Ninguna respuesta.

A unas horas de penetrar en el país Dogon, una de las culturas más ancestrales y menos contaminadas por la evolución.

Se apartó de la ventana y caminó por la habitación. Quería abrazar a David pero no despertarle. Se quedó de pie frente a la mesa y tocó sus cosas, acarició su ropa, olió la camisa del día anterior igual que si se tratase de un perfume. Para ella lo era, porque olía intensamente a él. El amor, los sentidos que lo arropan, está hecho de todas las sensaciones.

De pronto, en un bolsillo de la bolsa, vio la libreta. La sacó sin saber qué era y cuando la abrió se encontró con algunos poemas.

La luz era pobre, pero leyó uno, al azar.

Antes de dormir déjame que entre en ti.

Antes de despertar déjame que entre en ti.

Antes de morir déjame vivir en ti.

Déjame, déjame, déjame que lo intente hasta el fin.

Déjame ser tu amante esta noche.

Déjame ser tu amante esta noche.

Déjame ser tu amante esta noche.

Déjame ser tuyo el resto de tus vidas.

Me alimento de ternuras y esos besos, que se rompen y nos lavan las heridas, como imágenes de amor en los espejos.

Déjame ser tu amante esta noche.

Déjame ser tu amante esta noche.

Y dormir en el silencio de esos gritos.

Dejar en tus quebradas estas huellas, para amarte con mis dedos ya marchitos, y soñarte mientras tocas las estrellas.

Déjame ser tu amante esta noche.

Déjame ser tu amante esta noche.

Como fuimos en mil vidas ya pasadas.

Geografía del amor que vivo y canto, en tu cuerpo mil pasiones no gastadas, al hurtarle a la muerte tanto espanto.

Nada más terminar de leerlo cerró la libreta sintiéndose culpable y la guardó en su lugar. Tenía un nudo en la garganta y los ojos húmedos. También una oleada de calor arrebolándole las mejillas. Las personas nunca terminan de saber cómo es el ser amado. Siempre queda el misterio. ¿Qué pensará? ¿Qué sentirá? Allí tenía un retazo oculto de David.

Y ella sin pretenderlo había violado algo de su intimidad, su universo privado, a pesar de ser la protagonista de aquellos versos.

Tan hermosos.

Se sentó en la cama y los siguientes cinco o diez minutos, quizá más, tal vez menos, los pasó viendo cómo el día iluminaba más y más el cuerpo de David, robándole a las sombras su perfil, borrando de sus rasgos la oscuridad hasta convertirse en un rostro plácido. Un rostro bañado por la luz del nuevo amanecer.

De pronto, él la miró.

Fue un apacible despertar.

—Buenos días.

—Buenos días, cielo.

—Ven.

—No, déjame mirarte.

—Yo quiero abrazarte.

Joa se tumbó a su lado. Hacía calor. El brazo de David la rodeó. Primero rozaron sus labios, sin llegar a la plena entrega. Después ella se puso de espaldas y ambos apretaron sus cuerpos el uno contra el otro.

No hubo ninguna urgencia.

—He oído una voz.

—¿Dónde?

—En mi cabeza.

—¿Qué clase de voz?

—Era ella.

—¿Amina? —lo captó David.

—Sí. Me llamaba.

—¿Crees que podéis estar conectadas de alguna forma?

—No lo sé.

Joa alargó la mano y atrapó el camafeo que contenía el cristal y que había dejado sobre la mesita de noche de su lado al acostarse. Contempló el legado de su madre. La piedra mantenía aquel color rojo eterno que sólo había cambiado a verde el día que llegó la nave. Su inexistente peso, la sensación de que era una materia desconocida en la Tierra, hacía que una y otra vez lo contemplara como si ese cristal pudiera darle las respuestas que buscaba.

—Me pregunto si esto es algo más de lo que parece -lo sostuvo en el aire igual que si fuera un péndulo.

—Fue el avisador de las hijas de las tormentas.

—¿Y si se trata de una especie de identificador, como un chip?

—¿Como el documento nacional de identidad de los alienígenas? —se burló él.

—¿Por qué no?

—Yo pienso que ahí está su conocimiento, y sí, creo que esos cristales sirven para muchas cosas. Son energía, un intercomunicador...

—Buscamos una puerta, un medio para hablar con ellos, y tal vez lo haya tenido siempre conmigo, desde que mi abuela me lo entregó.

Guardaron silencio unos segundos.

—¿Qué te decía la voz?

—Mi nombre. Sólo eso.

David le acarició el brazo. Le besó el hombro.

El día ya avanzaba indicándoles el nuevo camino que debían seguir. Pero continuaron en la cama, inmóviles, viviendo su particular carpe diem.

31

El país Dogon tenía su propia magia. La falla de Bandiagara, en las montañas Hambori, al este de Mopti, se extendía a través de unos ciento cuarenta kilómetros de tierra que difícilmente podían recorrerse en coche. Los turistas se veían obligados a hacer trekking. Uno de los más habituales y hermosos, según las guías, comenzaba en Sangha, desde donde se descendía por Banani y se recorría poco a poco Ireli, Yaye, Amani, Tireli, Nombori, Ende, Teli Kani y Kombolé, pueble-ritos y aldeas protegidos del mundo exterior. En Kombolé se escalaba una falla en cuyo remate se encontraba Djiguibombo, localidad en la que los todoterrenos recogían a los senderistas, y el círculo se cerraba donde se había iniciado, en Bandiagara.

La principal dificultad residía en las elevadas temperaturas, de hasta cincuenta grados, que obligaban a madrugar mucho, suspender las actividades en las horas de más calor, y reemprenderlas al atardecer. De todas formas los turistas tenían muy poco contacto con la cultura Dogon. Sangha era la capital real del país. Para alojarse en un pueblo Dogon era necesario contar con el consentimiento de los cabecillas locales. Ellos designaban en qué lugar exacto era factible emplazar las tiendas de campaña. Curiosamente, esos «lugares

exactos» eran los tejados de las casas, para beneficiarse de la brisa nocturna. Muchos sitios estaban prohibidos y otros eran tabú, por habitar espíritus malignos o por ser espacios para la celebración de ceremonias rituales.

El conjunto estaba aislado, hecho de construcciones singulares, pueblos levantados únicamente con barro, graneros con tejado cónico de paja y cuevas suspendidas en mitad de las paredes de roca en las que antiguamente vivieron los pigmeos y que ahora eran utilizadas como sepulturas. El muerto se ataba a un féretro de madera y los hombres lo transportaban en hombros hasta la base de la pared. Allí lo subían con ayuda de cuerdas fabricadas con la corteza del baobab, el árbol sagrado que no puede talarse pero sí utilizarse. La configuración de los pueblos obedecía también a un sistema relacionado con el cielo y las estrellas, porque las casas se distribuían formando figuras que sólo podían ser vistas desde el aire o la cima de un escarpado.

Llegaba la hora de la verdad.

—¿Por dónde empezamos? -preguntó David.

La mente de Joa hizo una pregunta silenciosa: «¿Amina?».

No recibió ninguna respuesta.

Pasaron el resto del día en Bandiagara, recorriendo sus calles, visitando el mercado. Preguntaron dos docenas de veces lo mismo, en francés y en inglés:

—¿Han visto a una chica parecida a mí, acompañada por un muchacho árabe?

Los comerciantes les dijeron que no. La policía local les dijo que no. En bares y hoteles les dijeron que no. Al anochecer, más que desanimados, estaban cansados.

—Todavía no están aquí —apuntó David inseguro.

—¿Y si no han pasado por Bandiagara?

—¿Qué te hace creer que han llegado? ¿Y si no lo logran? ¿Y si están

detenidos en una frontera, o se han quedado por el camino, víctimas de algún percance?

—Amina no va a rendirse. Ya es casi como si la conociera.

—¿Qué haremos entonces?

—Caminar —se rindió a la evidencia Joa.

—¿Vas a ir pueblo por pueblo, preguntando si la han visto?

—Sí.

—Escucha. No es fácil moverse por estas tierras —David demostró haberse leído las guías turísticas de camino en coche a Bandiagara por la mañana—. Se necesitan equipos, tiendas de campaña, alguna persona que te acompañe. Ellos llamarán la atención y lo sabes: una adolescente blanca y un jordano. Tú dices que ya es como si conocieras a Amina. De acuerdo, me fío. ¿Pero qué es lo que conoces? Estás influenciada. La ves como a una hermana pequeña que te necesita. Y tú a ella. Yo en cambio la veo como una bomba en potencia. A ti te da miedo explorar tus poderes, los retienes, los bloqueas y sólo aparecen si te ves en peligro. Pero ella los manifiesta libremente por lo que me has contado, tal vez llena de resentimiento.

—Si es así, seguirá dejando un rastro tras de sí.

—Joa, no quiero que parezca que estoy siempre en contra o que te frene.

—Ya lo sé.

—Intento ver las cosas de manera racional.

—¿Y qué quieres hacer? Estamos aquí, ¿no? Amina decidió venir al país Dogon a buscar sus propias respuestas. Y el país Dogon es esto -abarcó el mundo más allá de donde se encontraban—. Si hemos de caminar una semana por él, lo haremos. Además —le acarició la mejilla con ternura—, estamos juntos, y eso también cuenta. Todo me parece más fácil contigo a mi lado.

—Vamos a buscar un lugar donde dormir -se rindió David.

Lo encontraron en el centro. El Kambary-Cheval Blanc. El único hotel existente. Pequeñas cabañas redondas, como huevos de tierra y piedra, repartidas entre árboles y sequedad.

Dejaron el todoterreno no lejos de la entrada y luego sus cosas en la habitación que les asignaron. Por la mañana comprarían una tienda de campaña y lo necesario para vivir unos días a la intemperie. Mientras se preparaban para ir a cenar sonó el móvil de David. Joa llevaba el suyo cerrado. Nadie iba a llamarla. Sólo su amiga Esther, y sabiendo que estaba en cualquier parte del mundo no se arriesgaba a gastarse una fortuna en una conferencia.

No le quedaban raíces.

Prestó atención al darse cuenta de que su compañero hablaba de la tercera chica. Indira Pradesh.

La conversación duró alrededor de cinco minutos. David asentía y poco más. No hizo preguntas. El informe se lo pasaban a él. Cuando cortó la comunicación su expresión no era la más animada del mundo.

—¿Quién era? -preguntó ella.

—Juanjo, uno de los coordinadores internacionales que teníamos.

—¿Y qué te ha dicho de Indira? No pareces muy contento.

—No hay rastro de ella —fue directo—. El guardián que cuidó de su madre apenas si la controló. Era una niña muy introvertida, inteligente, como tú y como Amina, extremadamente bella. Ahora ya es una mujer. Creció en un hogar paria, la última clase social del país, y tras la desaparición de su madre entró en el círculo vicioso de cualquier niña india. Iban a casarla con un hombre mediante la clásica boda concertada y se escapó. Reapareció el año pasado pero volvió a irse más o menos cuando tú y yo estábamos en Yucatán. Se cree que está en las montañas, cerca de la frontera nepalí. Han corrido leyendas sobre lo que hace y ninguna es muy fidedigna. La India es demasiado grande, Joa. Resulta ideal para desaparecer, aunque seas una mujer sola. Con la inteligencia que tenéis las tres, la facilidad para los idiomas, la buena salud,

esa memoria fotográfica... Todo es posible.

«Todo es posible». Esa frase solía decirla su autor favorito.

—Yo la encontraré -asintió ella. David no dijo nada.

Se ducharon y salieron a cenar. El hotelito disponía de cocina internacional, pero la base era la dieta local, mijo o arroz y pollo en salsa de cacahuete. Lo probaron y mantuvieron un discreto silencio envueltos por pequeños grupos de turistas. Uno era español. Hablaban a gritos, a veces criticando cosas o burlándose de algo. Por la ventana no se veía gran cosa: una calle abigarrada, con un par de luces de neón pretéritas y una multinacional de la alimentación global implantada ya allí. Algunos jóvenes caminaban descalzos o con chanclas llevando camisetas tan típicas como las de cualquier ciudad del mundo, regalo probable de algún turista.

El niño apareció en la ventana ya en el postre. Agitó la mano.

—Hola -lo saludó Joa con una sonrisa.

El niño no se fue. Le hizo una seña.

—¿Quiere que salgamos? -vaciló David.

Le dijeron que no con la cabeza y se encontraron con su insistencia. A pesar del cristal, escucharon su voz con relativa claridad. Hablaba en francés.

—¡Yo sé! —les dijo.

Joa frunció el ceño.

—¡Buscas chica! -le gritó el aparecido aplicando sus labios al máximo a la ventana—. ¡Yo conozco! ¡Ven, sal!

Intercambiaron una rápida mirada. No hubo más. Joa fue la primera en levantarse. David lo hizo a continuación. Tuvo que firmar la nota de la cena para que la incorporaran a la cuenta de la habitación. Ella, impaciente, estuvo a punto de no esperarle. Fue la primera en salir al exterior. El niño los aguardaba en la esquina de la calle, agitando otra vez sus brazos.

Tendría unos doce o trece años, piel muy negra, alto, ojos vivos y cabello apenas intuido. Estaba muy delgado y vestía unas zapatillas deportivas viejas y gastadas, lo mismo que los pantalones vaqueros de talle bajo y una camiseta con un lema en inglés. Cuando llegaron hasta él les hizo una seña para que le siguieran.

—Espera, no corras tanto —lo detuvo David, aunque lo dijo en español.

—Venid, ¡venid! —les insistió el muchacho.

—¿Cómo sabes que buscamos a una chica? —le correspondió Joa en francés.

—Te he visto preguntar en el mercado. Ella se parece a ti.

Debió de quedarse pálida. Iba a traducírselo a David pero no fue necesario.

—Lo he pillado. Dice que os parecéis.

—¿Dónde está? —quiso saber.

—Cerca.

—¿Aquí, en Bandiagara?

—Sí, muy cerca. Yo os llevo.

Hizo ademán de echar a andar. David detuvo a Joa.

—No me fío.

—¡David!

—¿No te parece sospechoso? Hemos llegado hoy y resulta que éste conoce a Amina y sabe dónde está. Y ni siquiera nos pide una propina.

—¡No tenemos nada más!

—Es de noche. ¿Por qué no esperamos a mañana por la mañana?

El niño había cogido de la mano a Joa. Tiraba de ella.

—¿Cómo sé que hablas de la misma persona? -consiguió detenerle.

—Una joven blanca -hizo un gesto de lo más evidente, como queriendo decir «¿cuántas jóvenes blancas puede haber aquí?»-. Ella guapa. Como tú.

Joa se arrodilló ante él. Llevó su mano al camafeo y lo sacó del interior de la blusa. Iba a preguntarle si la niña llevaba un cristal como aquél al cuello, o mejor aún, a preguntarle si había visto alguna vez uno igual.

Abrió el camafeo.

El resto fue muy rápido.

Primero, la mirada del niño, con los ojos muy abiertos.

Segundo, la voz de David, alucinada.

—Joa..., el cristal.

Bajó la cabeza y lo miró.

Ya no era rojo. Era blanco.

Puro, cegador.

Lo más inesperado llegó en tercer lugar.

Cuando el niño se lo arrancó de cuajo del cuello y echó a correr más rápido que la propia luz, alejándose primero en línea recta e internándose luego por un dédalo de callejuelas abierto al otro lado de la calle y haciendo imposible la persecución por parte del también sorprendido David.

32

Dejó de llorar ya muy avanzada la madrugada, y la noche, pese al sueño, acabó siendo un infierno. David no supo cómo consolarla. Le había robado algo más que un nexo con su madre. Le había robado la esperanza.

Soñó con cristales, con naves interplanetarias, con su padre y su madre regresando muchos años después sin reconocerla, y luego, riñéndola como a una niña por haber perdido su tesoro. Soñó extravagancias que la hicieron brincar de la cama una y otra vez, mientras David la abrazaba y le susurraba en la oscuridad. Todos los monstruos que poblaron sus fantasías de pequeña volvieron a ella para recordarle que el tiempo no era más que un pliegue espacial y que todo dependía de qué lado se estuviese. Al amanecer, derrotada y vencida, quedó postrada en una catarsis profunda de la que él no quiso despertarla.

Cuando lo hizo ya era muy tarde, casi las diez de la mañana.

—David... -gimió.

Le dolía la cabeza, pero más el alma.

—¿Estás mejor?

—No —hizo esfuerzos para no volver a llorar.

—Vamos a buscarle.

—No le encontraremos.

Su compañero le acarició la cabeza con una mano. La otra la apoyó en su brazo.

—¿Crees que sabía qué era?

—No lo sé.

—Viste su cara, ¿no?

—Podía pensar que era una joya —musitó ella.

—Joa, ¿cuándo fue la última vez que echaste un vistazo al cristal?

—Ayer mismo, por la mañana, antes de que tú te despertaras.

—¿Y era de color rojo?

—Sí.

—0 sea que cambió en el transcurso del día, mientras nos acercábamos aquí. Lo consideró. —¿Qué quieres decir?

—Ese cristal sólo ha cambiado una vez de color. Fue verde cuando iba a llegar la nave. Que ahora sea blanco ha de significar algo.

Joa no dijo nada. No se sentía con fuerzas. Significara lo que significara, ya no estaba en su poder.

—Estamos cerca —aseguró David.

—¿De qué?

—No lo sé, pero el cristal ha reaccionado.

—Da igual —se rindió.

—No, no da igual —insistió él.

—¿Por qué?

—Porque todo lo que tiene que ver con ellos y con los cristales está relacionado, no sucede sin más. Lo hemos perdido, de acuerdo, pero antes hemos visto esa señal. Y te diré algo: si encontramos a Amina, por lo menos tendremos el suyo.

No lo había pensado.

El cristal de Amina.

—¿Qué vamos a hacer? —le cedió toda iniciativa.

—De momento ducharnos y bajar a desayunar. Seguiremos preguntando aquí. Si no conseguimos nada, mañana haremos ese trekking del que hablaste.

Joa cerró los ojos.

—Cariño, no te rindas ahora después de todo lo fuerte que has sido.

No quería hacerlo, pero el niño le había arrancado su único nexo con ellos.

—Joa, por favor -insistió David moviéndola hasta que de nuevo abrió los ojos.

Se convirtió en una autómata. Dejó que él la incorporara de la cama, salieran de debajo de la mosquitera, la metiera bajo la ducha, la lavara y la secara. No llegó a vestirla porque ella lo hizo aunque sintiendo sus músculos agarrotados y todos sus miembros muy pesados. Salir de la habitación, un poco más fresca por el aire acondicionado, y sumergirse en el horno de calor exterior la embotó todavía más. No tenía apetito, no iba a ingerir nada. Se limitó a beberse un zumo. Tenía los ojos perdidos, la mirada extraviada, la cabeza en otra parte, muy lejos de allí.

Nunca había sentido tanto el dolor de un fracaso como ahora.

—Joa, ¿por qué no utilizas tus poderes?

—¿Cómo? —se enfrentó a la mirada de David.

—Debe de haber alguna forma de que sintonices con el cristal, con su energía. Has de tener un nexo con él.

—Nunca he sentido nada en su presencia, ni sosteniéndolo en las manos.

—¿Lo has intentado?

—No.

—¿No crees que ya es hora?

—David, soy incapaz de centrarme en nada. No sé qué me pasa.

—Visualízalo. Tienes capacidades inmensas que no has desarrollado. ¿Por qué no puedes seguirle el rastro, igual que un perro olfatea una pista?

—El cristal no huele, y yo no soy un mastín —forzó una sonrisa rendida.

—Sólo te digo...

David dejó de hablar. Uno de los camareros del hotel se había detenido junto a la mesa. No tuvieron más remedio que mirarle. El hombre se inclinó con elegancia para decirles:

—Alguien los espera en recepción.

—¿A nosotros? —mostró su extrañeza David—. Nadie nos conoce aquí.

—Ha preguntado por la joven del cabello rojo y su acompañante —fue explícito.

No había ninguna otra pareja de sus características.

—De acuerdo, gracias.

Se levantaron para seguirle. El restaurante se comunicaba con la recepción mediante un pasillito con cuadros de los pueblos y la cosmogonía

Dogon. La única persona que vieron en la entrada del hotel era un hombre negro de baja estatura, cabello blanco, mayor. Flotaba en su figura un deje de solemne dignidad. No vestía a la usanza occidental, ni siquiera con el estilo de los habitantes que podían verse por las calles de Bandiagara. Llevaba una túnica roja envolviéndolo de arriba abajo y una vara tan alta como él con la que más que apoyarse realzaba su perfil.

Un dogon auténtico.

Quedaron sorprendidos, pero sin tiempo para hacer otra cosa que esperar. Sobre todo cuando su visitante se inclinó de manera ceremonial al aparecer ellos ante su persona.

Con absoluto respeto y devoción.

—¿Quería vernos? —se dirigió Joa a él en francés.

La respuesta tardó unos segundos en producirse. El hombre recuperó la vertical al terminar la reverencia y hundió en ella unos ojos cargados de edad y vida, ojos viejos, de experiencia, pero también impregnados de la luz de la esperanza. Los hundió en ella y sus labios esbozaron una tímida sonrisa de serenidad.

—Bienvenida -le dijo con un acento poco habitual, como si el francés no fuera su lengua.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Bassekou Touré. Y creo que esto es suyo.

En su mano apareció el camafeo.

Joa se quedó sin aliento.

—Por favor... —se lo tendió el dogon.

Al tocarlo, al sentirlo entre sus dedos, recuperó toda su energía robada. Una descarga de adrenalina inyectada directamente en su cerebro que se expandió al momento por sus terminaciones nerviosas y sus músculos.

Lo abrió.

El cristal seguía en su interior. Blanco, puro, cegador.

—Gracias -suspiró.

—Pregúntale cómo lo ha conseguido y por qué nos lo ha devuelto -dijo David.

—El niño intentaría venderlo, o él es su padre y se lo descubrió...

—Pregúntaselo, Joa.

Bassekou Touré levantó la mano.

—Han de acompañarme —se inclinó por segunda vez aunque sólo como acto de apoyo a su súplica.

—¿Adonde?

—Confíe en mí.

Su sonrisa era pacífica, pero sus ojos más. No hizo falta que ella se lo tradujera a David.

—No -dijo él captando su intención-. Ni hablar.

—Está bien -asintió Joa.

El anciano caminó hacia la puerta. David intentó sujetar a Joa. Ella ya se estaba colocando el camafeo al cuello, haciendo un nudo por la nuca con los dos extremos de la cinta rota por el ladrón.

—¿Estás loca? —le susurró—. ¡No sabemos quién es!

—Nos lo ha devuelto -guardó el camafeo con el cristal bajo la blusa.

—¡Puede volver a quitártelo!

—David, ahora todo está bien. Lo sé.

No hubo más discusión. Alcanzaron a Bassekou Touré en el aparcamiento. David llevaba las llaves del coche encima. El mismo se sentó al volante. Joa lo hizo en el asiento del copiloto y su invitado atrás. Al arrancar el vehículo no tuvo que preguntar nada.

—Doble por la derecha —le indicó el dogon—. Al llegar a la avenida tome la izquierda. Saldremos de Bandiagara y nos dirigiremos a Djiguibombo.

Ya no hablaron durante los siguientes minutos. Joa sonreía con aire ausente. De vez en cuando David miraba a su pasajero por el espejo retrovisor interior. El hombre se limitaba a mantener una secular dignidad, sereno y distante. Sólo la cambiaba cuando sus ojos se depositaban en ella. Entonces su expresión se dulcificaba.

Como un abuelo contemplando a un nieto dormido en una cuna.

La carretera cambió su perfil a los pocos kilómetros, quince minutos después, y se convirtió en una pista de tierra polvorienta y rojiza. El paisaje se hizo agreste, con paredes cortadas a pico, baobabs salpicando el horizonte y distantes montañas encajonando la falla de Bandiagara. A un lado, fuera de su vista, se abría el universo de los dogo-nes, con su misterio y sus leyendas. Sabían que se dirigían hacia el corazón de sus tierras. No hacía falta preguntarlo.

La única duda era por qué. Y hasta David se rindió agotando su ansiedad. Alargó su mano derecha, tomó la de Joa y se la presionó.

Un gesto que no pasó inadvertido para Bassekou Touré.

—Gracias por estar aquí -rompió el silencio inesperadamente.

—Gracias por devolverme esto —se llevó una mano al pecho.

—Maali será castigado. Su ignorancia no es excusa.

—¿Maali es el niño que me lo quitó?

—Sí.

—Hable con él, pero no lo castigue.

El hombre alzó las cejas. No era la respuesta que esperaba. Pero se contentó con seguir mirándola con ojos cargados de devoción.

No rodaron muchos kilómetros más.

—Más adelante el camino se ensancha. Verá tres baobabs muy juntos, a la derecha. Detenga el coche bajo ellos, a su amparo.

Los tres baobabs, enormes, tan peculiares como todos, con sus gruesos troncos y sus ramas esparcidas como secos racimos de uva al aire, se recortaron en la distancia al cabo de un par de minutos. David hizo la maniobra, rodando despacio hasta detenerse en un punto intermedio de ellos. Los ocupantes del cuatro por cuatro descendieron del vehículo y entonces el dogon tomó el mando.

—Síganme, por favor.

El camino se iniciaba a los pocos metros, oculto por una masa de vegetación imposible de vislumbrar desde la pista de tierra. Descendía en una pronunciada pendiente en zigzag hacia las profundidades del escarpado. Desde allí no se veía el fondo.

Bassekou Touré no volvió a hablar hasta doscientos metros después.

Al pasar junto a una máscara ritual colgada de un palo hundido en la senda.

—Bienvenida a casa de nuevo, Nommo —le dijo a Joa inclinándose antes de reemprender la marcha.

33

Estaban empapados en sudor cuando llegaron al fondo del escarpado. Frente a ellos se abría un valle verde y exuberante. Altas paredes con inaccesibles agujeros de cuevas visibles se extendían a ambos lados de un cañón que desembocaba en un lago y unas primeras construcciones, exactamente como las habían visto en los libros turísticos, de barro, rojizas, con algunas fachadas pintadas siguiendo el ritual artístico de los dogones. Su presencia allí estaba advertida de antemano. Poco a poco fueron viendo a los hombres, mujeres y niños de la tribu. Ante su presencia, todos bajaban los ojos, o se inclinaban con respeto.

—Aquí está sucediendo algo y no tenemos ni idea de qué —reflexionó David.

—Pero tiene que ver con el cristal, eso seguro —dijo Joa.

—Te ha llamado Nommo.

—Lo sé.

—¿No era ése el nombre del que me hablaste...?

No caminaron mucho más. Se detuvieron delante de una construcción con una alta pared vertical y su guía se apartó para que entraran primero.

En el interior esperaban tres hombres, los tres tocados con máscaras rituales. Joa interpretó su esencia. Eran Awa. 0 pertenecían a la Awa, la sociedad secreta Dogon. Había leído que los Awa controlaban el culto de las máscaras y que eran los oficiantes de las grandes ceremonias del pueblo, especialmente el Sigui, el Culto a la Gran Máscara. Sólo los hombres adultos

podían ser Awa. Su líder era el Olaburu, el maestro del lenguaje de la maleza y de los hombres impuros. Entre las muchas normas de conducta, religiosas, de usos y costumbres, que daban para libros enteros por su singularidad, la de los hombres puros e impuros era sin duda la más curiosa, un rasgo que se adquiría ya en el momento de nacer, por herencia, o sea que no se merecía en vida. Los primeros, los puros, los innenomo, «hombres que viven», tenían prohibidas las actividades rituales asociadas con la muerte. Los segundos, los impuros, los innepuru, «hombres muertos», eran los que realizaban todos esos rituales, la preparación y el entierro del cadáver y el sacrificio y consumo de animales sagrados. Para ser Olaburu había que ser impuro.

Los tres hombres se inclinaron ante ellos.

—Bienvenidos -les dijo inclinándose el más adelantado en el idioma oficial de Mali, el francés, aunque con el mismo peculiar acento de Bassekou Touré.

—Gracias —asintió Joa.

El hombre se alzó y la miró. Joa sólo veía sus ojos, pequeños, por detrás de la máscara, muy grande, hasta el pecho. Eran unos ojos llenos de admiración. La expectación exterior se correspondía con un hálito de paz allí dentro. Ella misma se sintió embriagada por la calma.

No así David.

—Pregúntale qué hacemos aquí. —Espera. Esta gente no conoce el término prisa. Dales tiempo.

—¿Tienes idea de qué pueda estar pasando?

—Creo que sí.

—¿En serio? —se asombró él.

El hombre que había hablado y la observaba con tanta atención fue también el que tomó la iniciativa. Volvió a inclinarse y enfiló la puerta de la casa. Bassekou Touré se estaba poniendo otra máscara. Les indicó que

siguieran al que parecía el jefe y le obedecieron. Cerraron la comitiva los otros dos. Su aparición en el exterior causó el mismo impacto que a la llegada. Un pueblo entero en silencio, todos observándolos con asombro, devoción y respeto, sin miedo, como si fueran un milagro.

Y tal vez lo fueran.

David cogió a Joa de la mano.

—No es por ti —le susurró-. Es por mí. Necesito tocar algo real.

Joa no dijo nada. Sentía algo en su interior. Sabía que estaba cerca de resolver un misterio.

La construcción de barro en la que acababan de ser recibidos se encontraba al pie de una inmensa pared. No tuvieron que caminar mucho para alejarse del pueblo. Estaban solos. Nadie los había seguido. Bordearon las rocas por la parte inferior, subiendo y bajando según la orografía del terreno y acabaron escalando un desnivel de una decena de metros. En la parte superior vieron la entrada de una cueva. No daba la impresión de ser una de las mortuorias, situadas más arriba e inaccesibles. Esta tenía una angosta entrada pero luego se abría formando una gran cámara de la que partían unos escalones descendentes hacia las sombras inferiores.

Los cuatro dogones encendieron antorchas.

El camino hacia las entrañas de la tierra tampoco fue largo, ni muy pronunciado. Los mismos diez metros que habían subido en el exterior los descendieron más o menos por el interior. Después se encontraron en una especie de pasadizo que serpenteaba bajo las rocas. La escena tenía algo de aventura romántica, cuando África era un misterio y los occidentales se encontraban atrapados por su magia. Cuatro hombres tocados con máscaras y ellos dos, mientras todo un pueblo aguardaba en el exterior.

El pasadizo acabó desembocando en una inmensa gruta interior. Era tan alta que la luz de las antorchas no conseguía iluminar el techo. Las rocas allí eran distintas, redondeadas. No procedían de derrumbes sino que daban la impresión de haber sido talladas, moldeadas. En el centro de la gruta se alzaba

un túmulo. Una construcción de madera rematada por una vasija bellamente labrada.

Joa recordó los rasgos de los cuatro cultos principales de los dogones. El culto Wagem, relacionado con los ancestros y con Ginna Baña de líder; el culto Lebe, encabezado por Hogon y asociado al ciclo agrícola; el culto Binu, el totémico, comandado por Binukedine; y el culto Awa, con el Olaburu como dirigente. Los cuatro formaban un único sistema religioso pero tenían sus peculiaridades. Ginna Baña y el Olaburu eran impuros. Hogon y Binukedine, puros. De su enfrentamiento constante nacían todas las normas de la vida Dogon, una manera de ver el mundo absolutamente propia.

Lo que no sabía era en qué lado estaba ella.

Tal vez en ninguno.

Los cuatro hombres se inclinaron ante el túmulo.

—Ven —el de la máscara principal le tendió la mano a Joa.

Se acercaron al túmulo. David lo hizo por su cuenta, sin esperar que nadie le invitara. No le detuvieron. Al llegar frente a la vasija el hombre tomó la tapa. De sus labios fluyó una letanía.

Luego la levantó.

Lo que menos se podía imaginar Joa era aquello. Esperaba algo, y algo importante, revelador, pero no... Un cristal.

Un cristal exactamente igual al suyo, y de color blanco.

—Dios... —exhaló esforzándose por comprender.

—Es el único legado de nuestros antepasados -habló el hombre con enorme serenidad y devoción—. Nommo nos lo dejó en el origen.

Habían estado allí antes.

Como en Yucatán, o Egipto...

Ellos.

—Vosotras sois sus enviadas -se inclinó una vez más con reverencia.

—Y sois la prueba de que todo está bien y se cumplirá, puesto que habéis vuelto —escucharon la voz de Bassekou Touré detrás de ellos.

¿Por qué hablaban en plural?

—¿Qué es lo que se cumplirá? -Joa logró recuperarse de la sorpresa.

—La profecía. Dijeron que un día volverían los hijos de las estrellas, en la Décima Luna, y que ése sería el comienzo del nuevo futuro.

Los hijos de las estrellas.

Ahora sí hizo la pregunta.

—¿Por qué habláis en plural?

El hombre señaló a su izquierda. Habían aparecido otros miembros del pueblo, todos con sus máscaras y sus pinturas. En medio del grupo, iluminada de forma casi dantesca por el danzante movimiento de las antorchas, vio a una chica blanca vestida con una túnica Dogon.

—Porque estáis aquí, las dos, como Nommo en su infinita dualidad -anunció Bassekou Touré.

Joa se quedó sin aliento.

Era la primera vez que veía a Amina Anwar.

No sabía lo que los dogones esperaban de ella, pero no pudo quedarse quieta ni un segundo más, aguardando lo que fuera a suceder. Bajó del túmulo y se acercó a la persona que había estado buscando por media Jordania.

—¡Amina! -exhaló.

La chica le respondió en su idioma, por puro instinto.

—No entiendo el árabe —dijo Joa—. ¿Español? ¿Inglés? ¿Francés?

La enfermera del manicomio le dijo que era muy inteligente, coeficiente intelectual extraordinario, y que hablaba varios idiomas sin haber estudiado nunca...

—Inglés -aceptó-. Así ellos no nos entenderán. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Porque te conozco. Llevo buscándote mucho tiempo.

—Yo a ti no te conozco de nada.

Su tono era adusto, su mirada desconfiada. Tenía los ojos duros y el corazón lleno de cicatrices. Su expresión era como un grito.

—Somos... como hermanas, Amina.

—Yo no tengo ninguna hermana.

La adolescente jordana llevaba su cristal colgado del cuello, dentro de una bolsita hecha con el mismo cordón de cuero que le servía de soporte. La blancura de la piedra era visible a través de los nudos que daban forma a la bolsa. Joa abrió su camafeo. Logró impactarla.

—¿Por qué tienes tú esto? -quiso saber.

—Te lo he dicho. Somos como hermanas. Tu madre y la mía fueron enviadas a la Tierra junto a otras cincuenta mujeres para recoger información. Tres de esas mujeres tuvieron hijas, algo que quizá no estaba previsto, y el 15

de septiembre de 1999 desaparecieron. Las demás lo hicieron hace unos meses, cuando una nave regresó a por ellas. Todas llevaban un cristal como el nuestro. Eso es lo que nos identifica. Tu madre se llamaba Munha. Tú escapaste de Al Sawwan Urdun con un chico llamado Hussein Maravi hace unas semanas...

Hablaba demasiado. Se lo estaba soltando todo de golpe, allí, en medio de la insólita reunión frente al túmulo del cristal, en el corazón del pueblo Dogon.

Amina ni parpadeaba.

Era extraordinariamente hermosa. Sí, se parecían, pero la belleza de Amina rozaba la perfección. Tan alta como ella, esbelta, muy delgada, no parecía tener quince años. El cabello era negro con reflejos rojizos, esplendido, formaba un marco que envolvía su rostro exuberante, ojos profundos y de un estremecedor color gris, transparentes. Los labios eran carnosos, una mancha dulce, con el inferior suave y redondo. La nariz era el equilibrio sobre el cual armonizaba el conjunto, la frente ancha, los pómulos redondeados, la barbilla puntiaguda. Las manos tampoco semejaban las de una persona sometida a una vida dura. Dedos largos, uñas cortas, manos de princesa. Aparentaba más edad, diecisiete o dieciocho años. Sólo el desafío detrás del cual escudaba el miedo era el de una joven adolescente.

—¿De qué estás hablando? —su rostro se contrajo en una mueca de incomprensión.

—¿No sabías nada de tu origen?

—¿Qué origen?

—¿De dónde procedía tu madre?

—Si lo sabes todo de mí como dices, sabrás que yo era una cría cuando ella desapareció. Lo único que sé me lo dijo mi tía: que la encontraron después de una gran tormenta.

—Procedían del espacio, Amina.

—¿Estás loca?

—Nunca estamos enfermas, aprendemos rápido, tenemos una memoria privilegiada. ¿No te dice nada todo eso? Y está el parecido. Ellas también se parecían entre sí. Toda tu vida te has estado haciendo preguntas, y yo te doy las respuestas. Has venido hasta estas tierras buscando algo, tu identidad, y saber más. Bien, yo puedo contártelo todo, porque yo también busco mis propias respuestas.

Hablaban en un rincón del santuario. Nadie las molestaba. David asistía en silencio al encuentro de las dos jóvenes. Los dogones permanecían quietos, mirándolas bajo el efecto de su impresión. Nadie las atosigaba.

Siguieron hablando.

—¿Por qué viniste hasta Mali? —preguntó Joa.

—Lo único que tenía mi madre cuando desapareció era este cristal. De alguna forma pensé que aquí encontraría información sobre él. Sólo investigué por casualidad esta cultura...

—¿Por qué ahora?

—En diciembre mi cristal cambió de color. Lo interpreté como una señal. Me dije que ya era hora de acabar con mi maldición. Por eso me escapé de Al Sawwan Urdun. Era un infierno.

—Estuve en él.

Los ojos de Amina se endurecieron todavía más.

—¿Y tu amigo?

—¿Hussein? —ahora la mirada se entristeció, una descarga de dolor-. Murió en el camino, en la frontera de Chad con Níger. Nos dispararon, una guerrilla o unos bandidos, no estoy segura. Él cayó antes de que yo pudiera detener el ataque.

—¿Lo detuviste?

—Sí.

Comprendió el sentido de sus palabras.

—Yo también tengo poderes, pero son aterradores —manifestó con pesar.

—Sirven —fue su lacónica consideración.

—Amina —la tocó por primera vez, puso su mano en el brazo de la chica —. Quiero ayudarte.

—Nunca he necesitado ayuda.

—Entonces quiero que me ayudes tú a mí. No tengo todas las respuestas que quisiera pero juntas podemos encontrarlas.

—Dices que tres mujeres de las enviadas tuvieron hijas. ¿Dónde está la otra?

—En la India.

—¿Y quieres dar con ella?

—Sí, aunque antes tenemos que ir a Egipto.

—¿Qué hay allí?

—Una puerta, una forma de comunicarnos con ellos.

—¿Sabes dónde está?

—Aún no, pero juntas seremos más fuertes.

—Más poderosas.

—No digas eso —le presionó el brazo—. El poder no es bueno.

—Ha sido lo que me ha mantenido a mí con vida, y libre —le recordó ella con contundencia.

—Hemos de hablar tanto...

Amina miró a David por primera vez, fijamente. A los ojos. Sabía que estaba allí, pero deliberadamente lo había ignorado.

—¿Es tu marido?

—No, pero estamos juntos en esto.

No hubo ningún formulismo, no le tendió la mano, no se acercó para besarle en la mejilla. Nada. Ni era el momento ni era el lugar. Tampoco era la costumbre. Sólo sostuvo esa mirada durante tres largos segundos.

—¿Tienes un nombre? —volvió a dirigirse a Joa.

—Yo soy Georgina, pero todos me llaman Joa. Él es David.

Amina miró el cristal. Luego a la mujer que acababa de contarle la historia más extraordinaria que jamás hubiera escuchado. Finalmente sus ojos se dirigieron al túmulo, en cuyo cénit los dogones guardaban el cristal de Nommo.

—Ellos también me dijeron que Nommo vino del espacio —suspiró.

—Y no les creíste.

—No. Es decir... no sé. Algo en mi interior...

—¿Cuándo llegaste aquí?

—Hace una semana.

—¿Y cómo diste con este lugar? —abarcó la cueva.

—Mi cristal se puso de color blanco al llegar a estas tierras. Lo interpreté como otra señal. Lo único que hice fue llevarlo a pecho descubierto, como una especie de identificación. No tardaron en venir a por mí.

—¿Ibas a quedarte con ellos?

—No, pero tampoco sabía muy bien qué hacer. Sus respuestas no eran las que buscaba. Las tuyas, sí. ¿Cómo supiste que estaba en Mali?

—Fui a Jordania a por ti. Llegué al lugar en que te encerraron y una enfermera me contó que te habías escapado con Hussein y que él quería enseñarte Petra, que allí tenía a un amigo, un conductor de burros. El conductor me habló de Hamid, en Aqaba. En casa de Hamid encontré la información del país Dogon e interpreté que estabas aquí.

—¿Has venido a pie?

—No —Joa sonrió-. Llegué en avión y alquilé un coche. Lo tengo arriba, en la carretera, debajo de tres baobabs.

—Lo llaman la puerta del tridente.

Dejaron de hablar un momento. A su alrededor todos las contemplaban expectantes bajo la crepitante luz de las antorchas.

—Nos miran como si fuéramos diosas —suspiró Joa.

—Somos diosas.

Su tono era orgulloso.

Una niña perdida, siempre solitaria, de vida conflictiva, con poderes utilizados como arma.

Joa quiso abrazarla, decirle que ya no estaría sola. Necesitaba quererla... y que la quisiera.

—¿Vives con ellos?

—Sí.

—¿Qué te han dicho?

—Esperan que yo les cuente cosas, que les hable de la profecía, de Nommo. Lo único que se me ocurría era decirles que todavía no era el

momento. Pero son pacientes. Hubiera podido quedarme aquí el tiempo que quisiera, ser una especie de reina —se miró las manos.

Joa recordó que había curado con ellas.

—Vamos a esperar, ¿de acuerdo? —le propuso—. Veremos en qué acaba todo esto, qué nos dicen hoy o mañana. Luego encontraremos la forma de marcharnos de aquí.

—Este sitio es tabú —dijo Amina—. No lo han mostrado a nadie en generaciones. Y nuestros cristales se volvieron blancos al entrar bajo su influjo. Eso significará algo, es evidente.

Sus ojos volvían a ser duros. Firmes como rocas.

Joa sintió un retortijón en el estómago, pero contuvo el inevitable rictus de dolor.

Buscó la mano de David y cuando la encontró se la apretó con fuerza.

35

La ceremonia en el poblado, bajo las estrellas y al amor de las fogatas tenía visos de sueño hipnótico, detenido en la noche de los tiempos. Había comida, ofrenda de animales, danzas... Otros hombres de pueblos vecinos participaban de la fiesta. Todos fueron presentados a las dos diosas. Porque para ellos eran diosas.

Y David, su escudero.

El hombre de la máscara que parecía el principal jefe se llamaba Baba Kouyate. Bassekou Touré actuaba a veces como segundo. Las conversaciones eran plácidas. No anidaba en ellos ningún nerviosismo o miedo. Las diosas estaban allí. Punto. Que las esperasen desde hacía siglos no importaba nada. Su naturalidad contrastaba con el deseo de ellas dos por hablar, especialmente Joa. Los dogones se sentían felices y el resto no contaba.

Y mucho menos el tiempo.

Las danzas eran hermosas. Los rituales, espléndidos, primitivos. Las miradas de los presentes rezumaban expectación, amor, respeto, serenidad y un punto de festiva locura. Joa y Amina presidían las ceremonias desde dos pequeños montículos hechos con corteza de baobab, el árbol sagrado. La comida era sin duda lo más inquietante, sobre todo para David.

—Realmente eres una diosa —le susurró al oído.

—¿Tienes miedo?

—Inquietud —reconoció él-. No tengo ni idea de cómo terminará esto.

—Tranquilo.

—¿Cómo la ves? Se refería a Amina.

—Sigue a la defensiva. Es cuestión de tiempo -le susurró Joa.

—A mí a veces su mirada me hiela la sangre.

—Es muy guapa, ¿verdad?

—Increíble —asintió rendido a la evidencia.

En la medianoche la danza cesó y tomaron la palabra algunos de los hombres, los jefes de los distintos pueblos que estaban allí. No hablaron en francés, sino en su propia lengua. Joa no se atrevió a preguntar a Bassekou Touré. Amina estaba ausente. Lo miraba todo pero no veía nada. Unas enormes fuerzas interiores convertían en volcán su cuerpo aunque nada trascendiera más allá de su aparente calma.

Cuando terminaron los parlamentos y retornaron las danzas, volvió a hablar, superada la catarsis.

—¿Puedo preguntarte cosas? —le dijo a Joa.

—No es que puedas, es que quiero contártelas.

—¿Es cierto que vino una nave a buscar a esas mujeres y que por ello el cristal se puso de color verde?

—Sí.

—¿Dónde estabas tú?

—Allí, en Chichón Itzá, en México. Lo vi con mis ojos.

—¿Cómo sabías que la nave volvería en ese lugar y ese día?

Le contó todo desde el principio. La desaparición de su padre, las pistas del enigma maya, la forma en que apareció David en su vida, el papel de los jueces, la búsqueda de sus raíces que la llevó hasta las tierras de los huicholes, el interés de la NASA, hasta llegar a los días previstos en las

profecías mayas para que la nave regresara. Después le habló de las últimas dos semanas, la llamada de Gonzalo Nieto desde Egipto, su asesinato a manos de los Defensores de los Dioses, la cruz del Nilo y la posibilidad de que en alguna parte de Egipto existiera esa puerta.

Amina la escuchó con atención. A veces Joa sentía como si ella rebuscara en su propia mente.

Como si leyera sus pensamientos.

Podía bloquearlos. Y lo hizo.

—¿Cómo es esa cruz? —fue la única pregunta de Amina.

Se la dibujó en la arena, entre sus pies, utilizando una ramita seca.

Amina permaneció inmóvil.

—En cada esquina hay un dios egipcio -le amplió la información Joa.

—¿Marca el lugar en el que está la puerta?

—He visto la cruz dos veces, ya te lo he dicho, y en ningún caso aparece sobre un mapa o guarda relación con un lugar concreto. Sin embargo por ella murió el arqueólogo amigo de mi padre. Esa secta defiende un secreto, los lugares que marcan el contacto en Egipto de sus antepasados con los extraterrestres.

La cruz seguía allí. Fue la propia Amina la que la borró, con el pie.

—¿Qué te pasa? -quiso saber Joa.

—Nada.

—Pareces...

—No me pasa nada -fue contundente, y cambió de tono para agregar-: Tu único interés en todo esto reside en hablar con tus padres.

No era una pregunta, sino una aseveración.

—Sí.

—¿No te interesa quiénes son, de dónde vienen, cómo es su vida, qué clase de seres somos nosotras...?

—Sí, también, pero es relativo —quiso justificárselo-. Tú no conociste a tus padres, y lo siento. De verdad lo siento, Amina. Yo en cambio recuerdo a mi madre, mucho, muchísimo. Perderla fue el más duro golpe de mi vida. Así que cuando mi padre también desapareció...

Amina miró a David.

—Yo nunca he amado a nadie.

—No digas eso.

—No he tenido tiempo, ni tampoco a quién. Y me da igual.

—¿Y Hussein Maravi?

—No era nadie. Sólo fue un amigo.

—Tu vida va a cambiar desde ahora, te lo juro.

—¿Porque has aparecido tú?

—Sí.

—¿Dónde vives?

—En una ciudad que se llama Barcelona. ¿Sabes dónde está?

—¿Quieres que después de que pase todo esto me vaya a tu ciudad a vivir contigo, como si tal cosa?

—¡Sí!

—¡No tienes ni idea de quién soy! ¡No sabes nada de mí!

—Sé lo suficiente: que estamos solas y nos necesitamos. Tú, Indira y yo.

—¿Y si damos con esa puerta, hablas con tus padres y puedes reunirte con ellos en la nave, o en el lugar en que vivan?

Había preguntas que aún le dolían.

—No lo sé —fue sincera.

—¿Quieres que te diga una cosa? —Amina sonrió fríamente-. Creía que mis facultades eran sobrenaturales, que era una elegida o algo así. A veces, si miraba al cielo, sentía una especie de llamada. Pero nunca creí que fuera parte de una civilización exterior, superior.

—¿Cambia algo tu percepción ahora que conoces la verdad?

—Sí.

—¿En qué sentido?

—Este no es mi mundo. Joa frunció el ceño.

—¡Por supuesto que lo es! ¡Nacimos en él! ¡Somos más humanas que extraterrestres!

—¿Cómo lo sabes, si dices que siempre has detenido el progreso de tus poderes?

—Amina...

La chica levantó una mano para impedir que siguiera hablando. La danza era cada vez más rápida y se hacía obsesiva. Recortadas sobre las hogueras, las siluetas de los danzantes cobraban formas casi demoníacas. La música combinaba la percusión con otros instrumentos de la cultura del país, como la kora, un arpa con más de veinte cuerdas, el n'goni, una diminuta guitarra, el balafón o los djembés, y su intensidad crecía obligándolas a hablar un poco más fuerte cada vez.

Amina atravesó un punto de inflexión tras el cual apareció, agazapada y escondida, otra clase de persona.

—Yo no soy buena —dijo de pronto.

—No digas eso.

—Quiero conocer a mis antepasados —su voz se hizo apenas audible—. Quiero saber por qué me dejaron sola, por qué me siento tan apartada de todo, por qué siento tanta rabia. Quiero que me lo digan. Pero después seguiré siendo quien soy, sin ti.

—¡No podemos separarnos ahora! ¡Formamos parte de algo extraordinario!

Joa le cogió las dos manos con las suyas. Amina se quedó muy rígida.

—Encontraremos esa puerta en Egipto, te lo prometo -lo proclamó con vehemencia—. Sé que cambiarás de idea, que ahora todo esto te resulta increíble, demasiado para entenderlo de golpe.

—No, todo está muy claro ahora —asintió la niña jordana.

Y de nuevo reapareció en sus ojos la dureza, aplastando cualquier atisbo de rendición y debilidad.

No pudo recuperarla, ni continuar con su diálogo. La música y la danza cesaron de golpe. Los bailarines cayeron al suelo y volvió a servirse comida. Joa se sintió tensa por el silencio.

—Bassekou -se dirigió al dogon que había ido a por ellos al hotel.

—¿Sí?

—Por favor, cuéntame otra vez qué dice la profecía exactamente.

El hombre no le preguntó la razón de que ella quisiera oírlo de sus labios de nuevo. Para cualquier cosa existía una justificación. Tal vez las hijas de las estrellas le pusieran a prueba.

—Dice la profecía que un día volverán los Nommo, hijos de las estrellas, será en la Décima Luna, y ése será el comienzo del nuevo futuro.

El comienzo de un nuevo futuro.

¿Qué clase de nuevo futuro podían darles ellas?

—¿Qué creéis que va a suceder?

El dogon sostuvo su mirada. Lo consideró atentamente. Luego volvió a depositar sus ojos al frente.

—Estáis aquí. Sólo eso. Esperaremos a que nos lo digáis vosotras.

—¿Cómo habéis mantenido en secreto la existencia del cristal? ¿No se lo enseñasteis ni siquiera a los misioneros que en 1931 establecieron contacto con vosotros?

—Sólo los Nommo podían recuperarlo. Sólo vosotras podíais verlo.

Tan simple...

—¿Siempre fue blanco?

—Sí, siempre que yo lo he visto.

—¿No ha cambiado de color nunca en todos estos años?

—No lo sé. Sólo una vez al año alzamos la tapa de la vasija que lo contiene. No lo tocamos. Es tabú. Seguimos un ceremonial y luego volvemos a cubrirlo. Ese ritual lo llevamos a cabo a mediados de enero, cuando Orion se encuentra en su cénit; esa noche, a dos horas del cambio de día, lo vemos en su plenitud.

Tal vez fuera un cristal distinto, más poderoso, más fuerte, o el primero que llegó a la Tierra. ¿El suyo y el de Amina se habían vuelto blancos porque de alguna forma recibían su influencia?

Más preguntas.

Más misterios.

Y Orion entraba en el juego.

Joa miró a Amina. La joven tenía la cabeza baja. Sus ojos estaban hundidos en el polvo, justo en el lugar en que unos segundos antes había estado impresa en la tierra la cruz del Nilo. Volvía a estar inmóvil por fuera.

Pero Joa captó ahora toda la intensidad volcánica que la dominaba por dentro, sacudiéndola con una furiosa descarga de energía.

36

No regresaron al hotel. Ni de noche, por la imposibilidad de subir aquel escarpado a oscuras, ni al amanecer, cuando despertaron. Tenían las ropas sucias y sudadas, pero no querían irse ni un segundo y dejar sola a Amina o abandonar a los dogones por la puerilidad de necesitar una muda. De pronto formaban parte del pueblo. Así de sencillo. La fiesta de la noche anterior había sido única, una explosión de luz, color, una orgía de los sentidos. Después de dormir en una casa de barro, con el cuerpo atravesado por una docena de picaduras y dolorido por la incomodidad, el nuevo día los devolvió a una extraña calma. La vida no se detenía, seguía. Bassekou Touré les llevó agua, fruta y mijo. Ninguna pregunta. Las diosas y su acompañante eran libres y estaban allí. Al asomarse por la puerta de la casa vieron escenas cotidianas. El pueblo entero les sonreía, asentían con la cabeza, eran felices de tenerlos cerca. Un privilegio.

—¿Qué hacemos? -preguntó con pragmático realismo David.

—Quiero volver a la cueva.

—Sabía que dirías eso.

—¡Entonces por qué preguntas, bobo! David le besó la mejilla.

—Pareces feliz.

—La he encontrado, ¿no?

—Sí —su afirmación fue débil.

—Te lo dije anoche: dale tiempo.

—Es que no sé qué has encontrado.

—No es un monstruo.

—Esa chica lleva machacada toda la vida. Ha sacado las uñas siempre. No han podido con ella. ¡Incluso ha llegado hasta aquí, sola! Y ahora, de pronto, apareces tú y le sueltas quién es y de dónde procede. Más que a una amiga, una hermana mayor, o tiempo para asimilarlo, como tú crees, lo que necesita es un psicólogo.

—Yo tampoco te creí cuando me explicaste las cosas.

—Precisamente. A mí lo que me sorprende es la forma en que ella lo ha aceptado.

—Porque en el fondo ya lo sabía.

—¿Que su madre era alienígena? ¡No!

—¿Cómo se puede vivir sin amor? —reflexionó Joa.

—Antes de conocerme estabas sola como ella. Tú me lo dijiste.

Antes de conocerle.

Parecía que de eso hacía mil años.

Y era verdad, aunque tuviera otra clase de amor. Primero el de sus padres cuando estaban juntos. Después el de su padre al desaparecer su madre.

Extraña cosa el amor.

—¿Has visto cómo te mira Amina, por cierto?

—Sí —se estremeció él.

—Sé cariñoso con ella, ¿de acuerdo?

—¿Y si me muerde?

Joa le dio un golpe con la cadera. David trastabilló hacia un lado, pillado de improviso. Un gesto muy poco propio de una diosa. Unos niños rieron abriendo la boca de par en par. Sus ojos, orlados de blanco, parecían lunas llenas con elipse en mitad de la intensa negrura de sus pieles.

—¿Cuándo quieres ir a la cueva? —quiso saber él. —No sé si podemos ir solos o han de acompañarnos.

—Eres Nommo reencarnado. Imagino que puedes ir adonde quieras.

—Antes quiero ver a Amina.

Regresaron al interior de la casa. La chica dormía en otra estancia. Les bastó meter la cabeza por entre la cortina que hacía de puerta para darse cuenta de que estaba todavía profundamente dormida.

Su cuerpo formaba una mancha blanca bajo el contraste de aquella penumbra.

Y ahora sí, con el cabello alborotado, su rostro era de una inocencia casi pura. Las manos caídas, una sobre el cuerpo y la otra a un lado, sobre la tierra. La imagen de una adolescente.

—Dios, es increíble —musitó Joa.

—Vamonos —David la tomó del brazo para apartarla de la puerta.

—Espera.

Fue a por su bolsa. Arrancó una hoja de papel de su libreta de anotaciones y escribió en ella cinco palabras: «Estamos en la cueva. Joa». Luego la dejó junto a Amina, para que la encontrara al despertar y no se extrañara de su ausencia. Por su parte David aprovechó para buscar algo para hacer fuego, encontró una caja de cerillas y, tras guardársela en el bolsillo, salieron al exterior de nuevo.

No había ni rastro de Bassekou Touré ni de Baba Kouyate, sus dos principales interlocutores. Cuando caminaron en dirección a la cueva nadie los detuvo. Vivían en su mundo y en su tiempo, sin miedo, libres. No sabían de globalizaciones, ni de cambios climáticos ni de economías de mercado. Quedaban pocos pueblos primitivos sobre la faz de la Tierra, y el Dogon era uno de ellos.

—¿Cómo la sacaremos de aquí? —reflexionó David.

—No te entiendo.

—No tiene pasaporte, entró ilegalmente en Mali. Y es jordana. Por si fuera poco, en su país se la busca por haberse escapado de un manicomio. No le darán un pasaporte chasqueando los dedos o sobornando a un funcionario.

—Nos parecemos mucho... Quizá mi pasaporte le sirva si yo digo que he perdido el mío y necesito uno nuevo.

—Tu pasaporte es español y ella no habla español.

—¿Y quién va a notarlo aquí? Puedo enseñarle unas nociones, ¿no?

—¿Así de fácil?

—Así de fácil —se encogió de hombros ella.

No había nadie en el acceso a la cueva. Ninguna vigilancia. El cristal era su tesoro, pero no sentían miedo por él. Cuando llegaron a la entrada cogieron una de las antorchas dispuestas para darles luz y David la prendió con una cerilla. Tomó la iniciativa y fue el primero en avanzar, iluminando el paso de Joa. Al llegar a la inmensa gruta en cuyo centro se alzaba el túmulo con la

vasija y el cristal, ella caminó a su encuentro. Levantó la tapa y lo contempló.

—Dime algo... -le susurró a la piedra.

Se rió de su estupidez y lo tapó otra vez.

La única entrada de la cueva parecía ser la que acababan de utilizar. Joa se acercó a una de las paredes y la examinó. Había restos de pinturas, algunas poco visibles y otras tan claras como si acabasen de ser hechas unos años antes. Todas tenían el mismo denominador común del arte Dogon. Paseó despacio hacia la derecha observándolas minuciosamente.

—¿Qué buscas?

—No sé, todas las culturas suelen pintar su historia en las paredes... Mira.

Era uno de los dibujos de Nommo que le había mostrado en el viaje, el ser con forma anfibia. Se detuvo delante de otra figura muy clara.

—Sirio.

Algunos dibujos estaban ubicados en las paredes más altas, así que Joa se subió a un par de piedras para estudiarlos, sin perder detalle, con David alargando el brazo para darle luz. Se estaba fresco allí, por lo que también era una bendición escapar del horno exterior, demasiado fuerte para ellos a medida que fueran transcurriendo las horas del día.

—Mira éste —su compañero iluminó algo un poco más a su derecha—. ¿No es Orion? Joa se acercó. Orion.

Tal y como se lo mostró Haruk Marawak la primera vez, en el Valle de los Reyes. El dibujo de la constelación en el suelo de Egipto.

Entonces sintió un ramalazo de frío.

—¡Oh, Dios! -gimió.

—¿Qué sucede? ¿Qué has visto?

—David se pegó a ella.

—¡Mira!

El tamaño de la representación de Orion dibujado en la pared era grande, más de un metro de extremo a extremo. En él aparecían todas las estrellas que formaban su perímetro, además de las exteriores y las interiores, las nebulosas M42 y M43 entre ellas. Una representación minuciosa.

Pero lo que Joa señalaba con un dedo tembloroso era un punto situado al noroeste de la pintura. No muy lejos de lo que en Egipto había sido Abu Roasch y dentro del perímetro de Orion.

Un punto marcado en la pared con una cruz.

—Joa... -exhaló la voz de David.

No tenía los cuatro dioses en cada extremo, pero sin duda era la misma cruz que ella había visto en la tumba TT47 y en la columna de Karnak.

La cruz del Nilo.

Por fin tenían la marca, la X del mapa del tesoro, sobre un mapa real y concreto.

37

Joa todavía estaba impresionada. Examinaron el resto de la cueva, dos veces, deteniéndose con mayor atención en todo lo que fuera susceptible de tener cualquier interpretación diferente a la que mostrasen las pinturas. No encontraron otro dibujo ni remotamente parecido a la cruz del Nilo. Tampoco de Orion. De Sirio, Po Tolo, Nommo y alguna que otra constelación más, sí. Volvieron a la pintura de Orion.

—¿Cómo sabían los dogones el punto exacto del cual procedían?

Una pregunta imposible de ser respondida. No en el presente.

—¿Te das cuenta de que hemos encontrado la puerta, o lo que sea?

—Joa no pudo más y se sentó en una piedra, al pie del dibujo. Las llamas de la antorcha arrancaban esquirlas doradas de su blanca palidez—. Si «ellos» están justamente aquí en un mapa espacial, y los egipcios elevaron pirámides imitando su disposición estelar, la cruz del Nilo marca el lugar exacto donde está enterrada esa puerta, que se corresponde con la posición de su mundo en las estrellas. Puede que en alguna parte de Egipto exista una pintura como ésta guardada por los Defensores de los Dioses o que las destruyeran todas ellos mismos con el paso de los siglos. Pero aquí, en Mali, no hay Defensores de los Dioses. ¡Estuvieron aquí, dejaron el cristal, les indicaron de dónde venían!

Hundió su rostro entre las manos para respirar mejor.

—Joa.

—Espera, espera... -no conseguía acompasar su respiración.

—Joa, la antorcha.

Levantó la cabeza. Estaba en las últimas. 0 salían o se quedarían a oscuras allí dentro, en un peligroso mundo lleno de rocas que tal vez las cerillas de David no consiguieran burlar.

No tuvo más remedio que incorporarse.

Ni siquiera tuvo que copiar el dibujo de Orion o la posición exacta de la cruz.

Regresaron a la entrada de la cueva. La antorcha dejó de dar luz justo cuando ya divisaban el hueco por el que se perfilaba la luz del día a lo lejos y no tuvieron demasiados problemas en llegar hasta él. Una bocanada de calor los saludó con su inclemente presencia. Una vez habituaron los ojos al resplandor solar iniciaron el descenso hacia el pueblo.

David parecía preocupado.

—¿Qué te sucede? No pareces muy contento por haber encontrado aquí lo que yo no supe descubrir en Egipto. —Hay cosas que no me encajan.

—¿Cuáles?

Su compañero se detuvo bajo la sombra de un baobab.

—Amina —dijo.

—¿Qué pasa con ella?

—Lleva aquí varios días, ¿verdad?

—Me dijo que una semana.

—¿Crees que no habrá inspeccionado esa cueva?

—¿Y qué si lo ha hecho?

—Ella tuvo que ver esa pintura, y la cruz.

—No sabía... -Joa se detuvo.

—No sabía qué era, cierto —indicó él—, pero ayer tú sí le hablaste de ella durante la fiesta.

Se la había dibujado en la arena, y tras contemplarla, absorta, la propia Amina la había borrado con el pie.

¿Casualidad?

Quería creer que sí. Lo deseaba.

—Está confusa —fue lo único que se le ocurrió decir.

—No eres objetiva.

—Está confusa —insistió—. Todo esto le ha caído encima de golpe. Puede que no haya visto la cruz de la cueva, y si la ha visto puede que no la asocie con lo que anoche le dije yo, y si lo asocia puede que le dé miedo y que aún no confíe en mí. ¡Esa puerta o lo que sea podría conducirnos hasta ellos, David! ¿Quién no se siente aterrado ante eso? ¡Yo lo estoy! ¿Qué hay al otro lado? ¿Se trata de un viaje en el tiempo? ¿Se puede ir y volver?

—¿Y si está realmente loca?

—¡No!

—¿Por qué?

—La misma enfermera del hospital reconoció su coeficiente intelectual altísimo, es muy inteligente. ¡Es una superviviente, David! ¡Cuando nos conozca mejor, confiará en nosotros! ¡Todo el mundo necesita creer en algo y en alguien! ¡Claro que no se pueden borrar quince años de infortunios y penalidades de un plumazo! ¡Hoy por hoy Amina sólo cree en sí misma y en sus poderes! ¡Si ha asociado las dos cruces debe de estar reflexionando sobre ello, y no es fácil!

—Nunca te había visto así.

—¿Así, cómo?

—Más apasionada que pragmática.

—También soy apasionada contigo. Tú me has hecho ver la vida de otra forma y me has dado un sentido para vivirla. ¿Qué tiene de malo ser pasional?

Parecía a punto de llorar.

David la abrazó. Bajo el baobab sus cuerpos se fundieron en silencio, con la generosidad de la entrega mutua. David le acarició la cabeza. Joa sintió un ramalazo de frío en mitad de aquel horno.

—¿Qué sientes cuando hablas con ella? —le preguntó él.

—Amor, ternura, inquietud...

—Necesitas quererla, por eso no ves nada negativo —desgranó despacio —. ¿Has percibido algo en su mente?

—No quiero entrar en su cabeza, David. No quiero, ni contigo, ni con nadie que me importe. Necesito ser normal, pero aún más sentirme normal, como cualquier chica, y descubrir las cosas despacio, para bien y para mal. Me niego a ser un monstruo.

—¿Pero has captado algo al estar con Amina?

—Pienso que... tal vez pudiéramos comunicarnos telepáticamente si lo quisiéramos, pero que también ella lo sabe y bloquea ese canal único.

—Eres prodigiosa.

—¿Yo? -se separó de él un poco, para mirarle a los

ojos.

—Tu intuición te hizo buscar a una de esas dos chicas cuando te quedaste sin salidas en Egipto, tu intuición te trajo hasta aquí, y has dado con lo que andabas buscando. Ya tienes tu conexión. A mí me parece prodigioso.

—¿Tú crees?

—¿Irás a por Indira?

—Sí, pero tengo dudas de si hacerlo ahora, con Amina. Quizá sea más complicado dar con ella.

—¿Qué vas a decirle a Amina?

—La verdad: que he encontrado ese mapa.

—¿Por qué no esperas? Decidimos qué hacemos, cuándo nos vamos, cómo nos la llevamos si es que quiere venir. Y luego ya tendrás tiempo de hablarle de la cruz del Nilo.

—Sigues desconfiando de ella.

—Sigo controlando mis emociones, nada más. Que esa chica me dé un poco de miedo no significa otra cosa que me tomo esto con cautela, sobre todo viendo que tú no lo haces. Has dado con una descendiente como tú de las hijas de las tormentas, vale, pero no es un juguete. Puede que tú la necesites, pero has de saber si ella te necesita a ti.

—Me necesita.

—Entonces te diré lo que ya me has dicho tú a mí un par de veces: dale tiempo.

—David...

La besó en los labios, con ternura, sólo eso.

—Anda, vamos —le dijo al separarse.

Reemprendieron la marcha. Llevaban fuera más de dos horas. Cuando llegaron al pueblo se repitieron las muestras de afecto de sus habitantes, las miradas respetuosas de las mujeres, las sonrisas de los niños, la amabilidad global. Nadie los detuvo hasta llegar a la casa en la que habían dormido. Joa entró y se dirigió a la estancia ocupada por Amina.

Ya no se encontraba allí. La nota escrita antes de ir a la cueva estaba en el suelo.

Regresó al exterior. No pudo decirle nada a David, sentado junto a la entrada, descansando, porque Bassekou Touré caminaba con su paso ceremonioso y elegante hacia ellos. Como siempre, primero les hizo una reverencia, una discreta inclinación de cabeza. Después los saludó. Desde la reunión de las «dos diosas» en la cueva ya no utilizaba ningún tratamiento formal. Era como si ya formaran parte de sus vidas y del paisaje. Una extraordinaria simbiosis. Y por lo tanto su forma de hablar era enteramente familiar. Natural.

—¿Habéis dado un paseo?

—Sí.

—Todo el pueblo está muy feliz de que os encontréis aquí.

—Lo sabemos -dijo Joa-. Nosotros también sentimos lo mismo. Queremos daros las gracias.

—¿Gracias, vosotras? -se sorprendió. Luego miró al cielo y agregó-: Las estrellas son generosas. Sabemos que la vida aquí es una prueba. Sólo esperamos merecer vuestro respeto.

—Todo está bien —musitó Joa impresionada-. Todo está bien, Bassekou.

No quería ser una impostora. Le dolía. Pero revelarles la verdad sería peor, muchísimo peor, porque todo su mundo se derrumbaría con ello.

Y a fin de cuentas Amina y ella eran hijas de esas estrellas.

Los cristales no mentían.

—¿Has visto a mi... hermana? —cambió el sesgo de la conversación.

—No.

—¿Sabes dónde puede estar?

—Iba a buscaros a la cueva. Así me lo dijo hace un rato.

—No nos hemos cruzado con ella.

—Tu mitad joven es inquieta -sonrió el hombre con la calma de un anciano prematuro—. Estos días ha ido mucho de aquí para allá.

—Bassekou, nosotros...

—Tenemos que ir a nuestro coche, necesitamos ropa —dijo David.

—No necesitáis ir a Bandiagara —hizo un gesto de suficiencia-. Pedid. Ahora quiero mostraros algo.

—Pero...

Joa le dio un codazo. Bassekou Touré ya caminaba guiándolos hacia alguna parte. No tuvieron más remedio que seguirle.

En cuanto encontraran a Amina discutirían qué hacer, cómo, y cuándo.

38

Bassekou Touré se mantuvo fiel a su papel de guía. Les mostró los contornos del pueblo con orgullo, cómo trabajaban la tierra, cómo vivían y sobrevivían al tiempo. La imagen era muy distinta de la de la noche, el éxtasis del primer momento. Les contó de qué forma lo hacían todo, con detalle. Era un hombre feliz. No pretendía agobiarlos, pero sí que los nuevos, o mejor dicho, las nuevas Nommo supieran que en la Tierra todo seguía funcionando miles de años después de su primera visita. Durante el paseo, no hubo ninguna pregunta. Para los dogones la profecía se estaba cumpliendo y era todo lo que contaba.

Cuando regresaron para tomar alimentos, Amina seguía sin aparecer.

Nadie la había visto.

—David, esto no me gusta —le mostró su desazón Joa.

Esta vez, él estuvo más que de acuerdo.

—Le gusta mucho caminar, recorrerlo todo, igual que una niña —dijo de pronto el dogon, interpretando su inquietud—. Ávida de conocimiento.

—Llegamos por separado —lo justificó Joa.

—Lo importante es que todos los caminos se encuentren -inclinó la cabeza Bassekou Touré.

Querían seguir buscándola después de comer, pero les resultó imposible. Los hombres de las máscaras reaparecieron inesperadamente y se vieron obligados a asistir a una especie de asamblea. Ellos hablaban en su lengua, así que sólo interpretaron lo que su guía les contaba. Baba Kouyate era el maestro de ceremonias. En una intensa representación, abundante gesticulación y palabras cargadas de misterio, les relató de qué forma habían regresado ellas,

Nommo, el ser dual que, inexplicablemente, ya no era hombre y mujer, sino una doble mujer. Por lo visto eso equivalía a un símbolo de fertilidad. El futuro se presentaba halagüeño.

Joa y David estaban impresionados.

A media tarde los ceremoniales terminaron y continuaron buscando a la desaparecida Amina sin éxito, hasta más allá del pueblo, el lago, el río que en alguna parte debía de convertirse en afluente del Níger.

—Oscurecerá en dos o tres horas —le hizo fijarse David.

—¿Dónde puede estar? —se mordió el labio inferior nerviosa.

—No podemos pasar otra noche aquí, por Dios. Los mosquitos nos van a devorar.

—No podemos irnos sin Amina.

—Joa, Amina se ha ido y lo sabes.

—¡No!

—¡Se ha ido! Se quedó tensa.

Otra vez su instinto. Una premonición.

—Ven.

Le tomó de la mano y buscaron a Bassekou Touré. No fue muy difícil dar con él. No parecía tener un trabajo específico salvo el de cuidarlos. Lo encontraron en la Casa de las Palabras, en el centro del pueblo, el lugar más emblemático para los dogones, con su forma redonda y su techo rojizo sostenido por maderas que en su parte superior se abrían en forma de V.

Joa llevó aire a sus pulmones antes de hablar.

—Bassekou, he de decirte algo.

—¿Qué es?

—Sabes que no podemos quedarnos mucho tiempo, ¿verdad?

El dogon meditó lo que acababa de oír.

—No, no lo sabía, aunque puedo entenderlo.

—Tenemos un... camino que seguir —dijo Joa.

—¿Dónde?

—Hay otros pueblos.

—Comprendo -sus ojos se llenaron de cenizas-. ¿Y la profecía?

—Se ha cumplido. El comienzo del nuevo futuro está aquí —tomó sus manos entre las suyas—. Es lo que trato de deciros. Sois vosotros los que tenéis el destino en vuestras manos. Sólo necesitáis saber eso. Ni siquiera has de preguntar: sólo confiar y creer. Deberás decírselo a la gente.

—Llamaré al pueblo.

—No, ahora no.

—¿Adonde os dirigís?

No había tristeza en su voz, únicamente serenidad. Y tanta paz en sus ojos...

Joa se sintió herida, atravesada por un invisible rayo de energía.

Se acercó a Bassekou Touré y le dio un beso en la mejilla. Cuando se retiró, el dogon tenía los ojos muy abiertos. Para él quizá fuera un beso del cielo, una señal. Abrió las manos y bajó la cabeza unos centímetros.

Joa dio un primer paso para alejarse de él.

Los ojos del dogon eran como su Sirio, brillantes.

Otro paso, y otro más.

Sin embargo no se dirigió al lugar por el que se salía del pueblo, hasta alcanzar la pista en la cual habían dejado el coche al amparo de los tres baobabs.

—No es por aquí -dijo David.

—Vamos a la cueva —murmuró ella.

—¿Por...?

Le bastó con verle la cara. La suya también quedó atravesada por aquel rictus de incertidumbre.

Caminaron sin volver la vista atrás, sintiendo la mirada de Bassekou Touré en sus cuerpos. Habían llegado sin nada, con lo puesto. Sus cosas seguían en el hotel. Cuando perdieron de vista las últimas casas ya no disimularon. Pese al calor sofocante echaron a correr.

Al llegar tenían la ropa empapada y les dolía el pecho por el esfuerzo y por la ingesta de un aire tan abrasador. Se detuvieron unos segundos, jadeantes. Sólo unos segundos.

—¿Estás segura de lo que sospechas?

—Es más que un presentimiento, David.

—¿Pero por qué?

—No lo sé, pero tenías razón: Amina vio la cruz, y cuando yo se la dibujé la reconoció. Lo que no entiendo es que haya podido hacer lo que creo que ha hecho. No tiene sentido.

—Vamos —la ayudó a seguir.

Subieron aquellos diez metros empinados y alcanzaron la entrada de la cueva. Había muchas antorchas disponibles. Tomaron una, la encendieron y, por segunda vez a lo largo del día, se adentraron en sus profundidades hasta

llegar a la enorme gruta interior. Para entonces el frescor de aquel espacio aislado les había aliviado, pero también congelaba el sudor en sus cuerpos.

Joa corrió hasta el túmulo de madera haciendo un esfuerzo final.

Todo parecía como lo dejaron por la mañana, la vasija, la tapa que cuidaba su contenido, la quietud de tantos años manteniendo aquel secreto a salvo del mundo.

Tomó la tapa con su mano derecha.

La alzó unos centímetros.

—¡Oh, Dios...! —gimió—. Lo ha hecho... ¡Lo ha hecho! No tuvo que decirle a David con palabras que el cristal ya no estaba allí.

39

Cuando llegaron al cuatro por cuatro les quedaba menos de una hora de luz. Se metieron en el coche, que ni siquiera habían cerrado a la ida, y David arrancó. La maniobra para enfilar el camino de regreso fue ardua. Luego pisó el acelerador a fondo. Por dos veces las ruedas resbalaron sobre la tierra. Por dos veces estuvieron a punto de salirse, una para despeñarse por un farallón y otra para empotrarse contra un baobab. Joa no le dijo nada. Su cabeza no dejaba de dar vueltas. Una espiral infinita sin respuestas.

Ya lejos de las tierras dogones, en una carretera asfaltada y rumbo a Bandiagara, sintió cómo todo su ser se desmenuzaba en partículas. Una fina arenilla que no supo cómo volver a solidificar.

—No puede llevarnos mucha ventaja —habló por fin David—. Va a pie. Como mucho habrá hecho autostop hasta Bandiagara.

—Son muchas horas -calculó muy a su pesar ella.

—Pero de Bandiagara a Mopti la carretera es única. No hay otra salida. El problema lo tendremos si no la encontramos antes de llegar a Mopti, porque entonces, desde ahí, tanto puede dirigirse al sur, a Bamako, como al norte, en dirección contraria, que es por donde vino.

Su compañera hizo una mueca de contrariedad.

—¿No puedes captarla?

—No —se llevó una mano a la cabeza.

—¿Qué es lo que sientes?

—Confusión.

—Estás dolida.

—No tenía por qué hacerlo, es absurdo.

—Sea como sea, no tiene nada, ni dinero, que sepamos.

—¿Crees que eso la detendrá?

—Vamos a la policía y que la busquen.

—Si la cogen la detendrán, David. Recuerda lo que hablamos: está aquí ilegalmente. Y si dice que es jordana y la devuelven allí, será para encerrarla.

—A Amina no vuelven a encerrarla, te lo digo yo. Es capaz de provocar un terremoto, pero ya no vuelven a encerrarla. Ahora sabe la verdad.

—No es más que una niña asustada.

—¿Una niña? —David se aferró al volante del vehículo-. ¡Les ha robado el cristal! ¡Esa gente confiaba en nosotros...!

—Creerán que nos lo llevamos por alguna razón —suspiró rendida antes de añadir cargada de ironía-: Somos sus diosas.

No hablaron durante unos minutos. La oscuridad caía muy rápido sobre sus cabezas. Por la carretera ya circulaban no pocos coches, bastantes como el suyo, y también minibuses turísticos o todoterrenos adaptados para transportar a media docena de pasajeros. Algunos cargaban recuerdos. Un día los mirarían y sabrían que durante una pequeña porción de sus existencias compartieron algo con otras culturas, a las que robaron un poco de sí mismas a cambio de unas monedas.

Se sentía pesimista. Más y más hundida.

—Bandiagara —exclamó David.

—Vamos al hotel —propuso Joa cuando enfilaron las primeras construcciones.

—¿Recogemos las cosas y salimos en dirección a Mop-ti o damos una vuelta por si la vemos?

—Pagamos la habitación y echamos un vistazo, aunque no creo que esté caminando por la calle como si tal cosa. Sabrá que a estas alturas ya la hemos descubierto y la estamos buscando. Es blanca, no va a pasar desapercibida. Y tú lo has dicho: o intentará irse de Mali siguiendo el mismo camino que a la ida, para lo cual habrá de ir al norte desde Mopti, o se dirigirá a Bamako y tomará el sur, porque allí tendrá mayores oportunidades.

—¿Tienes idea de adonde se dirige?

—A Egipto.

David la miró de soslayo.

—¿Hablas en serio?

—No ha tenido ningún lugar al que ir en la vida —asintió ella categórica —. Ahora por fin tiene uno, un objetivo claro y concreto. Vino a Mali a buscar respuestas y yo se las he dado todas.

—¿Y si encuentra la puerta?

No le respondió. No podía. En realidad no tenía ni idea de lo que Amina pudiera pretender si daba con ella.

Se orientaron hasta llegar al Kambary-Cheval Blanc. Recogieron sus escasas pertenencias y regresaron a la recepción a través de las redondas cabanas por el jardín. Si era necesario podían dormir en el todoterreno, aunque los mosquitos acabarían de masacrarles. David no dejaba de rascarse.

—Vamos a una farmacia a comprar algo, y también una tienda de campaña y una mosquitera por lo que pueda pasar —propuso Joa.

Pagó la cuenta y resistió las preguntas de cortesía del recepcionista, un hombre negro de dientes amarillos y ojos rojos, acerca de su prematura marcha. David ya había metido los bultos en los asientos posteriores del coche, sin necesidad de abrir el maletero. El mismo se sentó al volante y lo puso en marcha.

Dieron una infructuosa vuelta por Bandiagara, muy rápida.

Nadie había visto a una chica blanca, vestida de rojo, con ropa dogon.

Pararon en una extraña farmacia que vendía de todo para comprar una crema contra las picaduras, y en un bazar para agenciarse una mosquitera y la tienda de campaña. La noche ya había caído totalmente y los gruñidos de sus estómagos les recordaban que habían comido poco y mal. La última parada la hicieron en un puesto de venta callejero para llevarse toda el agua posible y tortas de maíz con pollo. Después salieron a escape de Bandiagara con rumbo a Mopti. La encrucijada. Si al llegar allí no la habían encontrado por el camino, tendrían que escoger entre dos rutas diametralmente opuestas, aunque seguían viendo más clara la de Bamako, la capital.

Comieron algo, bebieron una buena cantidad de agua porque se sentían poco menos que deshidratados, y no apartaron los ojos de la carretera batida por las luces pese a la oscuridad reinante. No tenía apenas señalizaciones y la estrechez convertía los márgenes en peligros constantes, por los huecos y porque de vez en cuando pasaban rozando a personas que caminaban por ella. Si iban rápido corrían peligro ellos y también los demás, sin olvidar que podían rebasar a Amina sin verla. Si iban despacio, quizá el tiempo de la fuga se ampliase.

—En el fondo siento como si estuviera muy cerca -confesó Joa.

David sacó el pie del acelerador para adoptar una velocidad mucho más reducida. En aquel momento estaban solos, nadie circulaba en ninguno de los dos sentidos de la marcha. El cielo era limpio, ni una sola nube. Un cielo cubierto de miles de puntos brillantes que los empequeñecían.

Joa cerró los ojos.

—Es igual que si estuviera... aquí mismo.

Quizá fuera casualidad. Quizá no. Pendiente de ella, David no vio un enorme hueco en la carretera. Al pasar por encima de él las ruedas se hundieron y rebotaron. El coche dio un brinco. De haber ido a más velocidad tal vez hubieran tenido que lamentar la pérdida de la rueda. El bandazo hizo que de la parte de atrás, del maletero, surgiera un leve gemido.

Lo suficientemente audible.

David detuvo el coche en el arcén.

Descendieron los dos, uno por cada lado. Si hubieran colocado las últimas compras en el maletero, la habrían visto. Pero las dejaron en los asientos traseros, junto a sus bolsas.

Joa liberó el cierre.

Doblada sobre sí misma, casi igual que como la recordaban dormida por la mañana, Amina los miró con una expresión inquieta, mitad furia, mitad fastidio...

Mitad burla.

40

Los ojos de Joa expresaban una mezcla de alivio y rendición. Los de David eran dardos de ira dirigidos a Amina. Apretó los puños y las

mandíbulas mientras ella se incorporaba, estirando las piernas, desentumeciendo los músculos. Agitó el cabello, largo y negro, produciendo un efecto hipnótico. Su imagen, mortecina porque la única luz que les alcanzaba era la de los pilotos traseros del coche, seguía despidiendo un alto voltaje de sensualidad. Una vez de pie, se cruzó de brazos, como si esperara una provocación para saltar, enfrentada a sus ojos.

—Te escondiste aquí sabiendo que tarde o temprano nos iríamos —dijo David habiéndole en inglés, lengua con la que se comunicaban entre sí desde el primer momento.

—Y así desaparecías sin dejar rastro —añadió Joa—, porque nadie te había visto en ninguna parte.

—Dadme agua —les negó cualquier respuesta que pudiera parecer obvia o superflua.

—Amina, ¿por qué? -quiso insistir Joa. —Dadme agua —repitió ella.

Joa lo hizo. Caminó hasta el lateral del coche, metió la mano por la puerta abierta y alcanzó una botella de agua. Cuando se la entregó, la muchacha no disimuló la sed que tenía. Se la llevó a los labios y la apuró con avidez.

Debía de llevar horas, desde su desaparición por la mañana, escondida allí, soportando la alta temperatura con riesgo de deshidratarse.

Ahora estaban los tres solos, en una carretera desierta por la que ya no circulaba nadie.

—¿Nos vamos a quedar aquí discutiendo? —Amina se terminó la botella de agua—. Vamonos de una vez.

—No.

—¿No?

—No, Amina -Joa también se cruzó de brazos-. No podemos irnos así, sin más.

—¿Por qué no?

—Porque hemos de hablar, porque no se puede ir por la vida haciendo daño a la gente aunque a ti te lo hayan hecho.

—Hablas como una madre -lo expresó con desprecio.

Joa no supo qué responder sin herirla. No quería ser la madre que no había llegado a conocer. Amina ignoraba qué era eso.

—¿Sabes por qué estoy viva todavía? ¿Y libre? —la muchacha mantuvo su tono preñado de amargura.

—Dímelo tú.

—Porque he sabido cuidarme sola, sin fiarme de nada ni de nadie.

—No se puede vivir con veneno en la sangre por muy dura que sea la vida.

—Mírate, hermana -dijo esta última palabra con una soterrada carga de ironía—. Tienes dinero, vives en un país desarrollado, te acompaña tu hombre... ¿Qué puedes explicarme tú de lo que es una vida dura?

—Joa... -quiso intervenir David.

Ella alzó una mano. Fue su única reacción. Seguía pendiente de Amina.

—Dime qué sentido tiene lo que has hecho.

—¡Qué estás diciendo! —el gesto de la adolescente fue de fastidio-. Tú también viste esa pared, y esa marca. La misma que me dibujaste en la arena, tu cruz del Nilo. ¡Cuando supe que habías vuelto a la cueva imaginé que la inspeccionarías y darías con ella! ¡Tuve que actuar rápido! ¡Ya sabemos dónde está la puerta para comunicarnos con ellos! ¿A qué juegas? ¡Vamonos de una vez! ¿No querías que fuera contigo?

—Quería que vinieras conmigo para estar juntas.

—¡Y qué más da un motivo que otro!

—No podemos irnos así.

Amina alzó las dos cejas.

—Ya nos hemos ido así.

—Hemos de devolver el cristal que has robado. Más que sorpresa, su rostro reveló horror.

—¿No hablarás en serio?

—Tienes el tuyo, y yo tengo el mío. ¿Por qué robárselo a ellos?

—Piensa, piensa —se llevó el dedo índice de su mano derecha a la sien —. Esos cristales simbolizan algo, representan algo; son pura energía. Eran rojos y al llegar aquí cambiaron a blanco. ¿Por qué? Por el influjo del cristal de los dogones. ¿Me preguntas en serio la razón de que me haya llevado el suyo? —su vehemencia se abrió ahora igual que las aguas del mar Rojo al paso de Moisés—. ¿Crees que bastará con llamar a esa puerta o lo que sea y esperar a que ellos respondan? Nuestras madres llegaron con esos cristales, y no se los llevaron con ellas cuando desaparecieron. ¡Han de servir para algo!

—Los dogones...

—¡Somos sus diosas! ¡Entenderán por qué nos lo llevamos!

—No es tan fácil.

—Joa -era la primera vez que utilizaba su nombre-, sé lógica. ¿Quién te dice que nosotras no formamos parte de ese algo? Las tres. No tú y yo: las tres, con Indira. Pero Indira no está aquí, ni su cristal tampoco. ¡Puede que lo necesitemos!

—¿Y si no es así?

—¡Regresas y se lo devuelves a los dogones, yo qué sé! ¡Vamonos de una maldita vez!, ¿queréis? ¡Es de noche y se nos van a comer los mosquitos!

Joa miró a David.

No participaba del diálogo porque comprendía que era una disputa entre ellas, pero por su cara se adivinaba que lo que más deseaba era dar dos bofetadas a aquella cría, o abandonarla allí, en mitad de la noche.

—Amina, déjame que te ayude —le tendió la mano.

La chica se la miró desde una enorme distancia.

—Si subo a este coche será para irnos de Mali.

Joa continuó con la mano extendida.

—No me obligues ... —Amina movió la cabeza de lado a lado en una feroz sacudida.

David dio un paso al frente.

—¡No! -lo detuvo Joa.

Las miradas de los tres se convirtieron en serpientes sinuosas. Iban de uno a otro esperando algo, con una creciente tensión. Lo único que flotaba en su centro geográfico era aquella mano que esperaba una inútil respuesta.

—Confía en mí —le suplicó Joa.

—No puedo confiar en nadie -fue la contundente respuesta—. Tú me has dicho quién soy y me has mostrado un camino. Ahora he de seguirlo. Me has dado una esperanza. De pronto entiendo que no pertenezco a este mundo. No entendía por qué lo aborrecía tanto hasta que supe la verdad. Lo odio, ¿entiendes? Lo odio.

—¿Quieres... llegar a la puerta para irte... con ellos? -balbuceó Joa.

-Sí, si es posible.

-No pensabas decirnos nada, ¿verdad? -lo entendió todo de golpe—. Te habrías bajado del coche una vez lejos, sin que nos diéramos cuenta...

—Sí —lo confesó sin ambages.

—¿Sin dinero? ¿Habrías vuelto a Egipto a pie?

Ahora no hubo respuesta.

Fue David el que puso el dedo en la llaga.

—Pensaba robarnos —dijo—. El dinero, tu pasaporte, tu cristal...

Amina esbozó una sonrisa carente de alma. —Se acabó —David dio un paso hacia ella. Ya no pudo dar otro.

De pronto cayó al suelo de rodillas llevándose las dos manos a la cabeza. Una expresión de dolor, como si allí dentro acabase de estallar una guerra, le nubló el rostro. Su gemido se prolongó hasta que Joa se arrodilló a su lado.

—¡Amina, no! -fue una súplica más que una orden.

—¿Qué vas a hacer, hermanita?

Lo intentó. Quiso sentir la rabia que la impulsaba a actuar sólo en momentos inevitables. Pero lo único que encontró en su interior fue tristeza y desesperación.

—Tú no has desarrollado tus poderes -Amina dio un paso hacia ellos—. Y por alguna extraña razón me necesitas, o lo que sea que sientas en tu corazón. Pero no puedes hacerme daño.

—Amina... -los ojos de Joa se llenaron de lágrimas.

La chica llegó hasta ella. David ya no se retorcía de dolor en el suelo, aunque seguía con las dos manos a ambos lados de las sienes. Joa, sin la rabia que siempre la hacía reaccionar, no era más que un cuerpo sometido a la poderosa energía de su compañera. Ni siquiera hizo nada cuando Amina le arrancó del cuello su cristal.

—No... lo hagas... -le suplicó.

No encontró en sus ojos ni un átomo de piedad. Sólo furia. El egoísmo propio de quienes nunca han dependido de nadie más que de sí mismos para sobrevivir. Amina no dijo ni una palabra más. Ni un «lo siento».

Caminó de espaldas hasta el coche, sin dejar de mirarla fijamente para someterla con la fuerza de su mente, y una vez en él, por lo menos, tuvo un detalle: sacó del asiento posterior la tienda de campaña y la mosquitera, y también sus bolsas con la ropa. Del bolso de Joa extrajo el dinero y el pasaporte. Luego también lo arrojó al exterior.

Cuando subió al volante, demostró que también sabía conducir.

Como cualquiera con una mente privilegiada y alma de luchadora, capaz de absorber la vida a su alrededor.

—Amina... —musitó Joa absolutamente agotada.

El coche se alejó por la carretera dejándolos a oscuras bajo la noche.

41

Lo intentaron con dos coches que pasaron en dirección a Mopti durante los siguientes quince minutos, pero ninguno se detuvo a recogerlos, así que decidieron instalar la tienda de campaña a unos cien metros de la carretera y refugiarse en ella para impedir males mayores. Cuando se abrazaron en la oscuridad, el latir de sus corazones bombeó sangre con la intensidad de un tambor sonando en mitad de la tierra africana que los rodeaba. —¿Cómo te encuentras?

—Bien —suspiró David.

—¿Seguro?

—Ya pasó, en serio.

—¿Qué has sentido?

—Como si una mano invisible me apretara el cerebro. Joa reflexionó unos segundos.

—Da miedo —confesó—. Yo no podía hacer nada, me sentía... como bloqueada.

—Ni siquiera estás furiosa o enfadada. -Estoy triste.

—¿Por qué no luchaste con ella?

—No podía, David, ¡no podía! Habría sido una pelea... ¡Nos habríamos hecho daño!

—Puede que haga más daño ahora.

—No, ahora tiene un objetivo. Por fin tiene un destino.

—Se ha convertido en un monstruo.

—Porque está llena de miedo...

—Pues no lo parece.

Joa le besó el cuello. Apenas un roce con sus labios, para sentirle.

—Creía haber encontrado una hermana -susurró.

—Te queda Indira.

—¿Daremos con ella?

—No lo sé. ¿Quieres ir a la India?

—Primero hemos de llegar cuanto antes a Egipto.

Egipto. Sonaba igual que la Luna vista desde la Tierra.

—Amina nos llevará mucha ventaja, ¿no te parece? —calculó David—. Con tu pasaporte y dinero, mañana mismo puede estar en un avión con rumbo a El Cairo. Tú en cambio has de comenzar pidiendo un duplicado del tuyo, y en este país no hay embajada de España. Quizá tardes una semana, o más.

—Tengo mis influencias —dijo ella—. Recuerda que escapé de La Habana.

—Pero allí había embajada —insistió él—. Aquí, aunque sólo fuera una semana... Amina ya habrá llegado al lugar que señala la cruz del Nilo.

—Hay algo que me da más miedo.

—¿Qué es?

—Los Defensores de los Dioses.

—¿Temes por ella?

—Sí.

—Joa, esa niña a la que llamas hermana es como una bomba en potencia. Los Defensores de los Dioses mataron a un pobre arqueólogo y fueron capaces de asustarte a ti, pero ese poder que no sabemos de qué forma ha desarrollado es demasiado incluso para una horda de fanáticos.

—Tampoco sabemos qué hay en ese lugar, si es realmente una puerta, un comunicador o si se trata tan sólo de algo... Incluso puede que ya no sirva. Han pasado tantos siglos...

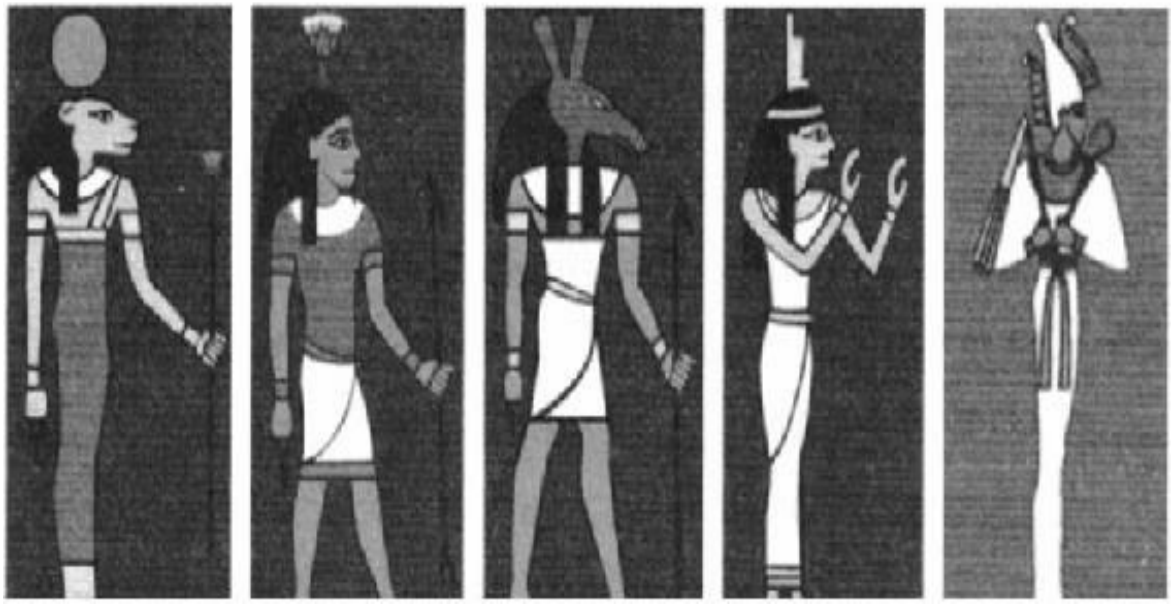
El comentario de Joa flotó sobre sus cabezas un largo instante y después se desvaneció sumiéndolos en el silencio y la soledad, aunque fuera compartida. Sentían el peso de su derrota, el cansancio, igual que una herida al sol que el calor comienza a cauterizar aun sabiendo que eso implicará un largo proceso.

Siguieron así, abrazados en la oscuridad, minuto a minuto, hasta que poco a poco fue venciéndoles el sueño.

CUARTA PARTE

La conexión estelar

(19 y 20 de abril de 2013)



42

A finales de marzo Georgina Mir había llegado por primera vez a El Cairo. Ahora era 19 de abril. El viaje inicial había sido el de la esperanza y éste era el de la incertidumbre. En apenas veinte días habían sucedido tantas cosas que reordenarlas se le antojaba extraño. Vivir cada acontecimiento con intensidad lo graba a fuego en la memoria, pero luego revisitarlos los distorsiona. Es una nube alojada en la mente, real pero intangible.

Joa sentía esa nube como una película de la que era protagonista sin darse cuenta.

Ni siquiera fueron a un hotel a dejar su exiguo equipaje. Tomaron el taxi en la Terminal y le pidieron al conductor que les llevara al Museo Egipcio. El trayecto en un viernes parecía incluso superior al de los restantes días de la semana. Por dos veces se vieron colapsados, metidos en sendos embotellamientos en los que no se avanzaba ni un centímetro. Su conductor gesticulaba, blandiendo el puño cerrado a través de la ventanilla abierta.

Cuando por fin salieron del segundo atasco el hombre se internó por calles menos importantes a toda velocidad. Casi se llevó por delante a una anciana en una esquina.

Joa y David no hablaron.

Bastante lo habían hecho aquellos cinco días, en Bamako.

La embajada española en la capital de Mali llevaba años siendo una promesa inconclusa. Por lo menos resultó que había un Consulado Honorario y esto agilizó la consecución de un nuevo pasaporte para ella. Llegaron a temer lo peor, verse obligados a recurrir a la embajada de España en Nuakchott, Mauritania, quizá con mediación de la francesa y siempre, siempre, utilizando recursos extras, como el buen nombre de su padre, leyenda de la arqueología internacional, los contactos de antiguos guardianes o las amistades de ambos en Barcelona y Madrid. Con todo, habían sido cinco días desde la llegada a Bamako el mismo día catorce, que era domingo y por lo tanto festivo en todos los órdenes europeos.

Se sentía tan desnuda sin su cristal.

Cuando el taxi los dejó en la puerta del Museo Egipcio, lo abandonaron a la carrera. Quizá Amina ya estuviese en el punto exacto descubierto en el mapa de Orion de la cueva, quizá hubiese llegado dos o tres días antes hasta él, quizá aún buscase no ya su emplazamiento, sino la forma de llegar hasta su objetivo...

Sabían el lugar exacto donde se hallaba, sí. Pero si se encontraba bajo las arenas del desierto, a una profundidad tal que fuese imposible acceder a su interior...

El despacho de Reza Abu Nayet estaba cerrado.

Buscaron a alguien que pudiera informarles y se encontraron con una mujer en otro despachito. La vieron porque tenía la puerta entreabierta. Joa metió la cabeza por el hueco y llamó con los nudillos a la madera.

—Disculpe —acompañó sus palabras en inglés con una sonrisa—,

buscaba al profesor Abu Nayet.

La mujer abrió las dos manos en un gesto de incomprensión.

—¿No habla inglés?

—A little.

Joa lo expresó con las manos y los gestos, señalando al otro lado de la pared.

—Reza Abu Nayet.

La respuesta fue evidente por su significado. Le dijo que no estaba en su despacho.

— Where?...

Entonces ella respondió una palabra inquietante. Quizá de las pocas que supiese en inglés.

—Jail.

—¿Cárcel? -rezongó por lo bajo David.

Buscaron a otra persona que pudiera informarles mejor del paradero del director del archivo, pero la comunicación se hizo difícil. No eran sólo los problemas de idioma, sino el recelo de los empleados del museo a facilitar información a dos extranjeros.

La palabra «jaih se convirtió en una certeza.

—Reza no mata profesor España —les dijo un hombre con cierto atribulamiento—. Inocente, inocente.

—Esto no tiene sentido. Es de locos. Maldito estúpido... —descargaba Joa su frustración.

Tomó a David del brazo y echó a correr hacia el exterior.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si ese policía del que me has hablado es más listo de lo que parece y ha dado con la verdad?

—¿Entonces por qué me avisó de que corría peligro? ¡Tú no viste su expresión de miedo aquí mismo! —señaló la zona exterior en la que Reza Abu Nayet había hablado con ella el primer día—. Ese hombre era amigo de Gonzalo Nieto. ¡Y además es incapaz de matar a una mosca!

—¡Te avisó a ti, horrorizado por su asesinato, porque la secta acabó con él y no quería más muertes! ¿No me digas que no tiene sentido?

—¡No puede ser! Yo confié en él, David. Le expliqué mi origen... No puedo haberme equivocado tanto.

Un taxi se detuvo para que de él bajaran tres turistas precedidos por sus respectivas tres buenas barrigas de bebedores de cerveza, vestidos con pantalones cortos, chillonas camisas estampadas y sandalias. Joa aprovechó y, sin preguntar al taxista si quedaba libre, se metió dentro y le dio la dirección de la comisaría en la que ya había estado dos veces, una al llegar a El Cairo y otra tras la muerte de Shasha Bayik. Lo que menos deseaba era volver a ver al inspector Kafir Sharif, pero necesitaba hablar con Reza Abu Nayet para sonsacarle información.

Él sí sabría algo del emplazamiento de la puerta en la zona marcada por la cruz del Nilo, porque en Internet, en Google Maps, sólo se veía una enorme mancha de tierra blanca y lo que parecían las pocas casas de un puñado de construcciones ruinosas que ni siquiera merecían el nombre de pueblo.

—Joa, hay otra posibilidad —insistió David ya en plena carrera de su transporte público.

—¿Cuál?

—¿Y si los Defensores de los Dioses saben, por la razón que sea, que tú eres una descendiente de ellos?

—¿Cómo van a saberlo?

—Pudieron ver el cristal...

—Nadie vio mi cristal. Y si supieran eso, ¿para qué asustarme? Tendrían que hacerme reverencias, como los dogones.

—Han pasado cientos de años. Si te ven como a una impostora... Encima, que la hija de las estrellas sea una mujer...

—La secta no sabe nada de mí.

—¿Y ese tal Reza Abu Nayet?

—Lo ignoraba todo hasta que yo se lo conté.

—¿Se lo contaste? —No tuve más remedio.

David miraba por la ventanilla con expresión huraña.

—No estés enfadado, por favor —le reprochó Joa.

—No estoy enfadado.

—Sí lo estás. Enfadado y furioso.

—Estoy preocupado.

—Escucha: si Amina se ha adelantado y no volvemos a verla más, si no damos con la puerta..., después de Egipto te prometo que regresaremos a casa.

—¿A Barcelona?

—Sí.

—¿Y qué pasa con Indira? —la miró con incertidumbre.

—La buscaré más adelante. Primero pensaremos en nosotros.

David presionó su mano.

—No quiero que hagas eso.

—¿Por qué?

—Porque no serías feliz, y yo me sentiría culpable. Lo único que quiero es estar contigo, que no me apartes de tu lado, que me cuentes las cosas con sinceridad. Iremos a la India y buscaremos a Indira si tú quieres, pero juntos. Los dos.

Era justo.

Y lo que más necesitaba.

—¿Pero tu trabajo...? —musitó ella.

—Viviré de ti, seré un parásito -alcanzó a sonreír con buen humor—. Ventajas de tener una novia rica, ¿no?

Joa estuvo a punto de besarle. No lo hizo porque se encontró con los ojos del taxista, un hombre mayor, con barba y aspecto intransigente con la moral europea. Se limitó a presionarle la mano, correspondiendo a su gesto de unos segundos antes.

No siguieron ahondando en el tema que les mantenía tan absortos hasta llegar a la comisaría. Pagaron la carrera y entraron en el edificio con paso decidido. Las dos veces anteriores ella lo había hecho custodiada.

Ahora era distinto.

Aunque el oficial de guardia la reconoció.

—¿El inspector Kafir Sharif, por favor?

Les pidieron que esperasen. Y por sus gestos dedujeron que no sería cosa de cinco o diez minutos.

Joa se resignó. Se sentaron en un banco y se dejaron llevar por el deprimido ambiente del lugar.

Una hora.

Entraron tres detenidos, tres hombres, uno de ellos con signos de violencia en el rostro. Los agentes que iban o venían la miraban. Hacían bromas en árabe. Risas nada contenidas.

La segunda hora fue mucho peor.

—¿El inspector sabe que estoy aquí? —le preguntó al oficial cuando se cansó de portarse bien.

No hubo forma de dialogar con él. Por gestos le insistió en que se sentara y tuvo que obedecerle.

Joa optó por cerrar los ojos.

Un minuto.

Fue entonces cuando David le susurró algo y al abrirlos...

Kafir Sharif estaba delante de ella, observándola con curiosa sorpresa.

Era como si no hubiese ido a Jordania, ni a Mali, como si continuara en El Cairo, víctima de la pesadilla de unos días antes. El inspector llevaba la misma ropa y la observaba con la misma mirada de halcón que no sabe si devorar a su presa o jugar con ella.

—Ha vuelto —quiso dejar constancia del hecho.

—Sí, ya ve.

—No lo esperaba —fue sincero.

—Puede que me quede a vivir en El Cairo —repuso ella con tanta naturalidad que Kafir Sharif llegó a pensar que le decía la verdad.

—¿Por qué occidentales bromean en momentos nada divertidos?

—¿Cree que es una broma?

—Usted desafía —la advirtió adornándose por primera vez con una de sus sonrisas.

—¿Podemos hablar en su despacho?

—¿Trae información?

—No, pero...

—¿Entonces por qué yo debo hablar con usted? —miró a David y preguntó—: ¿Acompañante es...?

—David Escudé. Ha venido a ayudarme desde España.

No se dieron la mano. Kafir Sharif le abarcó con sus ojos, lo convirtió en una imagen y retornó a ella.

—¿Qué quiere, señorita Georgina Mir?

—¿Por qué han detenido a Reza Abu Nayet?

El nombre logró impactarle. Lo justo para que se tomara en serio su presencia allí. Calibró las opciones y escogió la más profesional, la que Joa esperaba. Al tiempo que daba media vuelta, les ordenó:

—Síganme a despacho.

Joa ya conocía el camino. Fue tras él, con David cerrando la comitiva y cargando con las bolsas de viaje. Por alguna extraña razón contó los pasos: diecisiete. Cuando entró en aquel lugar que le producía escalofríos intentó evadirse, sustraerse de los malos recuerdos. No esperó a que su anfitrión la invitara. Ella misma se sentó en una de las dos sillas. David prefirió seguir de pie, con su carga en el suelo, a un lado.

—¿Té?

—No, gracias. Ya le dije que no me gusta mucho, lo siento.

—Beba té, ¿sí?

Sonó a orden, y la acató.

—De acuerdo, gracias.

Kafir Sharif descolgó el teléfono y pidió algo en árabe. Lo dejó en su receptáculo de nuevo y ocupó su silla detrás de la mesa. Se concentró en su invitada, como si David no existiera.

—¿Así que conoce señor Abu Nayet? —retomó la conversación en el punto en que la habían dejado unos segundos antes.

—Sí.

Evaluó el dato de forma minuciosa, como si fuese algo trascendente y revelador.

—¿Va a responderme? ¿Por qué le han detenido? —le presionó ella.

—Director de archivo sospechoso. Eso todo.

—¡Eso es una estupidez!

Kafir Sharif alzó una ceja. Una sola.

—Perdone... -se excusó Joa.

—Demasiado carácter -el hombre se dirigió a David. Él estuvo a punto de reír.

—Sabe que él no lo hizo —se negó a rendirse Joa.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene sentido...

—Comprobando coartada primero. Detención fue ayer. Preventiva, claro.

—Querría verle.

—Usted quiere.

—Sí.

Como si fueran cómplices de algo, Kafir Sharif miró a David por segunda vez en unos instantes, aunque ahora no dijo nada.

—Incomunicado, lo siento, hasta verificar coartada.

—¿Cuánto puede tardar eso?

El policía hizo un gesto de lo más impreciso.

—Una hora, un día, una semana...

—Por favor, es importante... —rozó ella la súplica.

—¿Por qué es importante? Si está relacionado con investigación del

profesor Gonzalo Nieto, entonces importante para investigación del caso.

La puerta se abrió en ese momento y por el quicio apareció un hombre con una bandeja y tres vasos llenos de un líquido de fuerte coloración marrón. Miró a los dos visitantes con ojos curiosos y no se limitó a dejar la bandeja sobre la mesa. Con sumo cuidado puso uno en manos de Joa, el segundo en manos de David, y el tercero sí lo colocó en la mesa, frente a su superior. La última mirada la intercambiaron los dos. Después se retiró.

Kafir Sharif tomó su vaso.

Lo subió ligeramente, como si realizara un brindis.

—Es cortesía apurar bebida -les dijo. Luego se lo llevó a los labios.

Joa y David se rindieron. Hicieron lo mismo. El té era muy bueno, aromático, aunque dejaba un excesivo sabor dulzón en la boca. Por si acaso y para no desairar a su anfitrión, se lo bebieron todo.

El ambiente se relajó ligeramente.

—Señorita Georgina Mir —habló el inspector, arrastrando cada palabra-. Dije vez anterior: si usted ayuda, yo ayudo -abrió las manos casi en un gesto de súplica—. Tengo crimen de ciudadano español. Persona importante. Autoridades presionan policía. Yo debo resolverlo pronto. Usted tiene información, yo sé, pero no cuenta. Y yo pregunto: ¿por qué?

—Creo que a Gonzalo Nieto lo mató la secta de los Defensores de los Dioses. Creo que esa secta se ha mantenido oculta durante siglos, pero existe y sus miembros le ejecutaron.

—De acuerdo -asintió-. Secta. ¿Por qué?

—Porque encontró algo.

—¿Qué?

—¡No lo sé, no me lo dijo! ¡Si lo hubiera hecho a lo mejor no habría hecho falta que viniese hasta aquí!

—Puede saber, y estar aquí también para ver.

—¿Y la mujer muerta? Usted vio su tatuaje.

—Muchas personas tienen tatuaje.

—Se veía con Gonzalo Nieto.

—Sí —concedió él—. Eso cierto. Hay testigos.

—Fue ella quien le mató, por eso se suicidó al verse atrapada.

—¿Mujer hunde tres cuchillos en arqueólogo mientras duerme?

—Y luego sus compañeros trasladaron el cuerpo. 0 le narcotizó y lo hicieron ellos.

Ella no dijo nada. Si no podía hablar con Reza Abu Nayet, la conversación había terminado.

Kafir Sharif soltó una bocanada de aire y se puso en pie.

—Por favor —dijo Joa al hacer lo mismo—. Dígale al señor Reza Abu Nayet que me llame cuando salga.

—¿Usted segura que él sale?

—Sí, estoy segura de que lo dejará libre.

—Entonces yo digo llame a usted —asintió haciendo un gesto de amabilidad—. Ahora usted deja que yo trabaje.

David ya había recogido las dos bolsas del suelo y cargaba con ellas. Joa le anotó el número de su móvil a toda velocidad.

El inspector le tendió la mano.

—No me gustaría ver su cuerpo en morgue —le advirtió.

Joa se estremeció.

—A mí tampoco —estrechó la mano que le ofrecía el hombre.

David fue el que abrió la puerta. Joa llegó a su lado cuando Kafir Sharif hizo las dos últimas preguntas a modo de despedida.

—¿En qué hotel hospedan?

—Aún no lo sabemos. Acabamos de llegar -respondió ella.

—¿Dónde viaje?

Joa no supo si mentirle o no. Decidió que no era necesario.

—De Mali, inspector Sharif —dijo—. De Mali.

Eso fue todo, abandonaron el despacho del policía y a continuación la comisaría.

El golpe de calor exterior les recordó que el sol se encontraba en su apogeo máximo y que El Cairo no era precisamente una ciudad fría.

—¿Qué hacemos ahora? -preguntó con cierto desfallecimiento David.

—Ven —Joa echó calle arriba a buen paso.

—¿Vamos a la zona marcada con la cruz del Nilo y examinamos el terreno?

—No quiero arriesgarme. Antes he de estar segura de qué es lo que hubo o pueda haber allí.

—¿Y si ese archivero tarda una semana en salir? Suponiendo que salga y encima te llame.

—No vamos a esperar tanto —le concedió—. Puede que haya otra solución.

—¿Cuál?

Sin responderle, Joa se metió en una tienda de aparatos y complementos telefónicos nada más descubrirla en la esquina y caminó hasta el mostrador. Una dependienta con rasgos egipcios pero ropa occidental la atendió con una sonrisa. Cuando su dienta empezó a hablar la sonrisa desapareció de su rostro. No parecía entenderla y llamó a un muchacho joven que se dirigió a ellos en francés.

—Necesitaríamos un listín telefónico —le pidió Joa en la misma lengua.

El dependiente asintió con la cabeza. Sin embargo no buscó en su trastienda. Salió de detrás del mostrador y los acompañó a la calle. Una vez en ella señaló hacia arriba y a la derecha. Dos calles más arriba.

—¿Qué buscas? —le preguntó David.

—El Instituto Cartográfico en El Cairo.

Lo que había dos calles más arriba era un locutorio telefónico abarrotado de personas esperando una cabina libre.

Ellos no tenían que utilizar ninguna. Joa pidió una guía, y enseguida encontró lo que buscaba.

Dos minutos después subían a otro taxi con una nueva dirección sita en algún lugar del inmenso El Cairo.

44

El Instituto Cartográfico tenía su sede en un edificio de clara arquitectura egipcia y por su aspecto cualquiera diría que contaba al menos con cien años de historia. Subieron unas escalinatas hasta el primer piso y de nuevo se enfrentaron a la tarea de hacerse entender; por enésima vez, Joa se lamentó por no saber árabe y se prometió a sí misma estudiarlo en cuanto pudiera.

Una mujer joven les atendió por fin en inglés y Joa le dijo que eran estudiantes y necesitaban una información sobre un lugar en concreto, al tiempo que colocaba por si acaso sobre el mostrador un generoso billete. El billete desapareció de la faz de la tierra.

—¿Qué zona quieren ver? —se esforzó la mujer con amabilidad.

—El sudeste de lo que fue Abu Roasch. Creían que los mapas estarían digitalizados, pero se equivocaron. Fueron introducidos en una sala de estudio vacía, con grandes mesas situadas en paralelo una con otra, sin ningún

ordenador, y allí esperaron a que reapareciera la mujer. Lo hizo dos minutos después, llevando unos enormes mapas que más que sujetar colgaban de sus manos a derecha e izquierda. David la ayudó. Una vez extendidos sobre una de las mesas, ella no se quedó a acompañarlos, sino que se retiró de la estancia dejándolos solos.

El cuarto de los mapas era el que les interesaba.

En otro tiempo Abusir, Zauyat Al Aryan o Abu Roasch fueron importantes polos de la vida egipcia; en ellos se construyeron pirámides copiando la disposición de las estrellas de Orion, en este caso Meissa, Bellatrix y Saiph. En la actualidad apenas quedaban ecos remotos de su existencia. Salvo las tres grandes obras maestras de Giza, aquellas construcciones se habían convertido en residuos polvorientos y un puñado de rocas diseminadas, con excepciones como la pirámide escalonada de Saqqara, en mejor estado.

Abu Roasch constituía un caso aparte. Allí se ubicaba la pirámide inconclusa del faraón Diodefre y a ella se llegaba caminando dos kilómetros desde la carretera principal de Alejandría. Formaba una isla solitaria en mitad del desierto y Joa había leído que se conservaba tal cual el propio faraón, que fue enterrado en ella, debió de dejarla miles de años atrás. El más completo caos reinaba en la actualidad en los alrededores de Abu Roasch, con restos de cerámicas y de lascas de granito procedentes del trabajo no finalizado de los canteros. A dos kilómetros de la pirámide en dirección sudeste, en el lugar señalizado por la cruz del Nilo de la pintura de los dogones, se extendía una franja de terreno abrupto de unos treinta o cuarenta metros de largo en torno a un montículo escasamente pronunciado. La tierra era blancuzca, estéril. Aquello no eran ni mucho menos unas ruinas, aunque el puñado de casas de piedra hundidas en las rocas quizá tuviera cien o doscientos años, algo difícil de discernir sobre un mapa cartográfico.

Joa no sabía lo que esperaba encontrar, pero desde luego no era aquello.

David exteriorizó sus pensamientos.

—Estaba seguro de que aquí habría una pirámide o algún templo.

—No —ella movió la cabeza con incomodidad—. Si hay algo es

evidente que no está a la vista, sino bajo tierra. Lo exterior ha sido destruido con el paso de los siglos, y lo muy próximo a la superficie, saqueado por tantos desesperados a lo largo de la historia. Nuestra puerta puede que esté a una decena de metros bajo tierra. Y también a más.

—Entonces...

—Ellos sabrán algo, David —puso un dedo sobre el puñado de casuchas que más parecían derruidas que habitadas.

—¿Ellos?

—¿No lo entiendes? Si hay algo ahí, esa gente lo sabe. No puede ser de otra forma. 0 eso o la cruz del Nilo señalizando el mapa de Orion en la cueva de los dogones no se ajustaba a la realidad.

—¿Y si sólo era el lugar del que vinieron los extraterrestres?

A ninguno les satisfacía la explicación.

Joa volvió a mirar aquellas casas. Ni siquiera había un nombre en el mapa de la zona.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que tal vez los Defensores de los Dioses estuvieran sentados encima de nuestra puerta estelar, haciendo guardia?

—En Mali, sí.

—Te dije que no bromearas y tú agregaste que si para ellos era tan importante habían de vigilarlo.

—Tú te quedaste callada.

—Ellos son otros guardianes, David -volvió a poner el dedo en el mapa.

Su compañero se quedó en suspenso. Hasta que comprendió el alcance de lo que Joa estaba tratando de decirle.

Habían dado con la puerta. Pero nunca lograrían llegar hasta ella.

No si un enjambre de fanáticos vigilaba su acceso.

—¿Y si se lo decimos a tu amigo el policía?

—Kafir Sharif busca asesinos, no a un enjambre de locos.

—Ellos mataron a Gonzalo Nieto.

—¿Y qué? Suponiendo que nos crea, irá hasta allí, hará preguntas, pero bajo ningún concepto permitirá que allanemos las moradas de esa gente. Son sus casas. Y la historia de que ahí abajo pueda haber una conexión con seres del espacio es tan creíble como que un día árabes e israelitas puedan vivir en paz.

—¿Vas a rendirte? -no lo pudo creer David.

—No, claro.

—Entonces quizá sea hora de que utilices tus poderes.

—¿Por qué siempre me hablas de ellos?

—No lo hago —se puso algo rojo.

—Sí lo haces. Es como si quisieras verme convertida en la mujer que no soy. Parece fascinarte tanto ese lado oscuro que a veces...

—Perdona —quiso abrazarla pero ella le rehuyó.

—No sé lo que hay dentro de mí, David -susurró.

—Eres diferente, pero eso no te hace más especial de lo que ya eres, al menos para mí, cariño.

Joa mantuvo la cabeza baja.

Hasta que alargó la mano y permitió que él se la tomara con las suyas.

—Escucha —le dijo David-, si estás en lo cierto y los habitantes de esas

casas cuidan de la puerta, esa gente es agresiva. Mataron a Gonzalo Nieto. En su día fueron cuidadores de lo que para ellos eran lugares santos, pero hoy, en pleno siglo XXI, no son más que fanáticos.

—Fanáticos capaces de guardar un secreto increíble durante siglos.

—Eso es el fanatismo, ¿no? Cuando la gente se niega a entender, se cierra, no razona ni evoluciona y se aisla en su creencia, no hace sino sembrar la semilla del fanatismo.

—¿Y crees que por el hecho de ser fanáticos y haber matado a un buen hombre, puedo llegar allí y con el poder de mi mente barrerlos de un plumazo?

—Bueno, deberías enfadarte un poquito, lo sé -bromeó él sin ganas.

—¿Sabes lo que me asusta?

—¿Qué?

—Que Amina sí sea capaz de hacerlo.

—No tiene tanta fuerza.

—Espero que no.

—Y no es estúpida. Si ya está allí y entiende que no va a poder luchar contra toda esa gente, esperará.

—Pero no se rendirá.

—No, eso no, seguro —convino David.

—Tiene su instinto, su poder mental. Lo único que ha de hacer es llegar hasta un punto de entrada.

—Joa, todas las pirámides, o las tumbas del mismo Valle de los Reyes, están llenas de pasadizos, desniveles, antecámaras, cámaras... Y bajo tierra, desde luego. No me acabo de creer que ahí se acceda sin más desde la superficie —David apuntó el mapa—. Si vigilan su secreto como un tesoro

quizá sea porque saben que está ahí abajo, pero dudo que se paseen por sus restos como Pedro por su casa.

Habían entrado en el terreno de las conjeturas.

—¿Cuándo vamos a ir nosotros? —preguntó David.

—¿Mañana por la mañana, a primera hora? Hoy sería absurdo. Llegaríamos siendo ya de noche.

—Entonces busquemos un hotel para pasar la noche.

Avisaron a la mujer de que ya habían terminado de inspeccionar los mapas y David la ayudó a llevarlos de nuevo a su lugar de archivo. Cuando salieron a la calle miraron a su alrededor. Tanto les daba el lugar en el que pudieran dormir. Joa ya no buscó lujo, sino proximidad. A unos cien metros divisaron el rótulo de un hotel, el Hormoheb. Se dirigieron a él y en diez minutos dejaron las bolsas en una habitación sencilla y acogedora. Estando con David ya no necesitaba alquilar dos, con una puerta de comunicación, para sentirse a salvo.

Quedaban unas tensas horas de espera.

—Voy a telefonear a los arqueólogos del Valle de los Reyes —dijo ella.

—¿Por qué?

—Por si saben algo nuevo. Me fui de allí hace más de dos semanas.

—Ese tipo de gente vive de espaldas al mundo real.

Joa no dijo nada. Mariano Pino le había dado su número en el aeropuerto de Luxor cuando la dejó en la Terminal. Lo marcó en su móvil y esperó. La señal de llamada llegó a los cuatro tonos.

—¿Quién es? -escuchó la voz del hombre.

—Soy Georgina Mir.

—¡Georgina! -el estallido de alegría fue sincero-. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien.

—¿Desde dónde me llamas?

—Estoy en El Cairo, en el hotel Hormoheb.

Hubo una ligera pausa.

—¿No te fuiste?

—He vuelto.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Para saber si hay noticias acerca de la muerte de Gonzalo Nieto.

El suspiro fue audible.

—No, querida. Lo siento. La policía nos interrogó a todos, y nosotros hemos ido un par de veces a El Cairo a preguntar al inspector Sharif, pero no hay nada. Sólo el caso de esa mujer que se suicidó y que al parecer era amiga de Gonzalo. Sharif nos dijo que tú estabas presente cuando lo hizo. Debió de ser horrible. Por lo demás aquí todo sigue igual y me temo que seguirá así. Un misterio doloroso.

Otro arqueólogo víctima de las viejas maldiciones egipcias.

—Lamento haberle molestado.

—¿Molestar? ¡No seas tonta! Aquí estamos todos, escuchándote por el altavoz, felices de oírte: Gorka, Juan Pedro, Bernardo, Juan Manuel, Bir El Sai'f y Haruk Marawak.

Haruk Marawak. Recordó su conversación bajo las estrellas, hablando de la necrópolis menfita, de Imhotep, de las pirámides...Y los evocó a todos, uno a uno, con algún detalle característico.

La mano flácida de Bir El Sa'íf...

—Gracias —inició la despedida ella.

—Llama cuando quieras.

—¡O únete a nosotros como arqueóloga! —escuchó una segunda voz—. ¡Aquí nos aburrimos bastante y somos muy feos!

Hubo algunas risas.

Gonzalo Nieto había muerto pero ellos seguían.

—Hasta pronto —fueron sus últimas palabras.

Acababa de cortar la comunicación, absorta en sus pensamientos, y se sobresaltó al escuchar la música que le anunciaba una llamada de entrada.

Joa se quedó con el móvil en la mano, tratando de identificar el número que aparecía en la pantallita sin conseguirlo.

45

Abrió la línea. David también salió del cuarto de baño, aguardando curioso a conocer la identidad de quien llamaba.

—¿Sí?

—¿Señorita Mir? —escuchó la voz de un hombre hablando en inglés.

—¿Quién es?

—Soy yo —ahora sí reconoció al director del archivo del Museo Egipcio, antes de que él pronunciara su nombre—: Reza Abu Nayet.

—¡Señor Abu Nayet! ¿Dónde está?

—En el museo.

—¿Le han soltado? -su corazón latió con fuerza.

—Me han soltado, sí. La noche en que se cometió el asesinato yo estaba

en una boda. ¡Me vieron más de cien testigos!

—¿Qué les ha dicho?

—La verdad.

Kafir Sharif ya conocía la historia de la cruz del Nilo.

—¿También lo que yo le conté acerca de mi origen...?

—No, eso no. Tampoco me hubiera creído. Sólo le he dicho que el profesor Nieto encontró esa señal, y que los Defensores de los Dioses le mataron por haberlo descubierto. Nada más. La cruz del Nilo marca la existencia de un lugar secreto y sagrado, pero no le he revelado por qué. Imaginará que hablamos de un tesoro más de nuestra rica civilización del pasado.

—¿Qué le ha dicho el inspector Sharif?

—Nada. Me ha dicho que podía irme, que perdonara los inconvenientes. Luego ha insistido en que la telefoneara a usted.

—¿Que él... ha insistido?

—Sí. Es un hombre extraño. Una máscara. Es imposible saber lo que hay detrás de sus ojos.

—En cualquier caso, gracias por telefonearme.

—¿Por qué ha vuelto?

—Le dije que lo haría.

—¿Ha encontrado a... la otra descendiente de... ellos?

—Sí. Y he de verle, señor Abu Nayet.

—No.

—¡Por favor!

—Sigue sin darse cuenta del peligro que corre. —Sé dónde está ese lugar.

Lo dijo de forma que penetrara como una suave cuña en la mente del archivero.

—No... es posible... -balbuceó.

—Vi un mapa en una cueva dogon, en Mali. La misma cruz, en el perímetro de la necrópolis menfita.

—Pero eso es... —volvió a quedarse sin habla.

—Voy al museo -aprovechó el shock ella—. Tardaré muy poco, se lo juro. Si llego después de que cierren —le echó un vistazo al reloj-, espéreme en la puerta.

Ya no hubo ninguna protesta, sólo la rendición final.

Un débil tono de voz.

—De acuerdo... sí, de acuerdo...

Joa cortó la línea y se enfrentó a los ojos de David.

—Ese hombre nos dará más información sobre ese grupo de casas, es un pozo de conocimientos por su trabajo -se levantó para coger su bolso y salir de nuevo a la calle.

—Espérame —le pidió él.

—No, mejor voy sola.

—¿Por qué?

—Porque ya le resulta bastante difícil hablar conmigo. Si encima te ve a ti, puede que se cierre en banda o desconfíe o... qué sé yo. No te conoce,

cariño. Déjamelo a mí, ¿vale?

David se rindió.

—Si has de tardar mucho, avísame y te recojo yo por el museo. ¿Quieres que alquile ya un todoterreno para mañana y así ganamos tiempo?

Se podía ir en taxi y caminar cuatro kilómetros por el desierto, o contratar una excursión hasta Abu Roasch, pero siempre era mejor la independencia.

—De acuerdo. Regresaré lo antes posible o te llamaré.

Se dieron un beso en los labios, rápido, y un par de minutos después Joa ya se encontraba en la calle a la espera de un taxi que no se hizo de rogar. Le dio la dirección y le pidió que se diera prisa. El taxista le dijo que era muy tarde para ir al museo, que apenas si tendría tiempo de ver nada. Ella se limitó a sonreír y eso zanjó el tema.

Dieciséis minutos después entraba por la puerta del Museo Egipcio de El Cairo y se dirigía a las dependencias del archivo por segunda vez en ese mismo día.

Reza Abu Nayet la esperaba de pie, como si llevara un buen rato dando zancadas por su despacho. Al verla aparecer por la puerta se dirigió hacia ella y la tomó de ambas manos. Su cara reflejaba toda la preocupación que le embargaba. Después el director del archivo cerró la puerta y quedaron aislados del mundo exterior.

—Está usted loca —fue lo primero que exhaló, y acto seguido—: ¿Ha encontrado de verdad ese lugar?

—Sí.

Reza Abu Nayet cerró los ojos. Era un hombre curtido, un estudioso de la historia de su pueblo. El miedo que le producía pisar un terreno tan peligroso iba parejo con su propia curiosidad. Nadie dejaba de abrir una puerta misteriosa.

—¿Dónde está?

—Venga.

Joa caminó hasta un mapa de Egipto colgado de la pared del despacho. En él no constaba el emplazamiento exacto de la vieja Abu Roasch, pero más o menos situó el dedo índice de su mano derecha en la zona y lo anunció:

—A unos dos kilómetros al sudeste de Abu Roasch.

Reza Abu Nayet frunció el ceño. Hizo memoria.

—Al sureste de Abu Roasch... —sus ojos acabaron dilatándose—. ¡Al-Eriat Khunash!

—¿Lo conoce?

—No hay nada de relieve allí..., salvo un puñado de casas medio en ruinas —le confirmó lo que ella ya sabía—. ¡Ni siquiera es un pueblo!

—¿Quién vive ahí?

—Campesinos, vendedores de objetos turísticos, restos de una vieja tribu -los ojos del archivero se dilataron más y más, hasta hundirse en Joa de una forma penetrante y directa al comprender la realidad-. ¿Quiere decir que esa gente no sólo vive ahí, sino que custodia el legado de sus antepasados y que por lo tanto...?

—Ellos son los Defensores de los Dioses, señor Abu Nayet.

Se apoyó en la mesa. Su mente debía de trabajar a toda velocidad, porque sus ojos tampoco se estuvieron quietos. Cuando la movilidad volvió a sus músculos se dirigió a una estantería de la que extrajo un voluminoso libro. Pasó algunas páginas hasta encontrar lo que deseaba.

—Al-Eriat Khunash goza de un estatus especial. Por generaciones sus habitantes han cuidado de la zona de Abu Roasch. Su origen se remonta a muchos años en el pasado. Son gente indómita y rebelde.

—Un lugar discreto, nada relevante. La coartada perfecta y la tapadera ideal, ¿no le parece?

—Aún no puedo creerlo. ¿Por qué ese mapa de Egipto se encontraba en una cueva del país Dogon en Mali?

—Se equivoca —le corrigió su visitante—. Lo que vi en la cueva era un mapa de Orion. La cruz del Nilo se hallaba en ese lugar, cuyo equivalente en la tierra sería Al-Eriat Khunash.

—Entonces ellos...

—Están en ese punto del espacio, sí —asintió Joa.

Reza Abu Nayet miró en dirección al techo, como si desde allí pudiera ver el cielo, y en el cielo la constelación de Orion.

El origen.

—Después de su marcha, estuve buscando nuevos datos en torno al papiro del que le hablé, ¿recuerda? —recuperó la consciencia tras unos segundos.

—¿Y qué encontró?

Rodeó la mesa de su despacho y abrió uno de los cajones laterales. De él extrajo unas anotaciones hechas a mano. Colocó bien sus gafas de aumento y buscó un párrafo determinado.

—He encontrado otra referencia a la cruz del Nilo al final de un texto tan críptico que me había pasado por alto. Aquí tengo la traducción que he hecho —le dijo antes de leer—: «Cruzarás una vez las puertas. Las dos torres de la muralla con sus tres guardianes. Y deberás conocer sus nombres. Descenderás hasta la sala de las columnas y llegaras al patio del que surgen las galerías y los corredores. Verás las cámaras de la reflexión y la piedad. Encuentra tu camino. Cruzarás otra vez las puertas. Y los dioses guardianes te preguntarán por su vida. Si no sabes, morirás. Si no conoces, morirás. Si no eres humilde, también morirás. Y la cruz del Nilo será tu tumba.»

—¿Qué significa eso?

—Está claro que habla de un camino lleno de trampas. Los egipcios eran muy hábiles en eso. Por otra parte nos dice que lo que haya bajo el suelo es mucho más grande que una tumba. Puede hablar de un templo subterráneo.

—0 una nave enterrada bajo el suelo egipcio —vaciló Joa.

No tuvo respuesta. Sólo aquella mirada ingrávida por parte de Reza Abu Nayet cada vez que le hablaba de algo sin una dimensión real.

—Hay una última frase: «La voz de los dioses debe fluir de ti» —el director del archivo dejó sus anotaciones en el cajón y cogió un libro situado en un ángulo de su mesa-. Pero aquí tengo algo más: un estudio sobre el famoso Libro de las Puertas, considerado la principal guía del más allá que nos han legado los antiguos egipcios. Fue encontrado en las tumbas de las Dinastías XIX y XX del Reino Nuevo. Explicaba al rey que acababa de morir cómo navegar a lo largo de la ruta del más allá para que pudiera resucitar y reunirse con el dios Sol. Pues bien, también aquí se habla de atravesar unas puertas vigiladas por unas deidades guardianes cuyos nombres debe conocer quien desee cruzarlas. Por último, en el Libro de los Dos Caminos,

concretamente en los Textos de los Sarcófagos, se citan siete puertas con tres guardianes cada una. Eso nos indica que es una tradición muy vieja. De hecho, en todos los textos de las pirámides hay muchas referencias al tránsito de los muertos rumbo al más allá y las estrellas, que admiten mil interpretaciones, como la propia cruz del Nilo las tiene.

Reza Abu Nayet guardó sus papeles y dejó el libro en su lugar. Una sensación de orden y control se desprendió de su gesto. En su universo hecho de jeroglíficos y papiros, textos sagrados y pinturas, sarcófagos y tesoros arrancados de las arenas de su país, Joa representaba algo demasiado fuerte e incomprensible. La revisión completa del pasado. Miles de años de historia inamovible pero que partían de un origen completamente distinto. ¿Cómo aceptarlo de golpe, desde que ella le había dicho quién era?

—¿Qué va a hacer? —se rindió el hombre.

—Ir allí mañana.

—¡No puede!

—¿Quiere que lo deje ahora que estoy tan cerca?

—¡La matarán! —fue explícito—. Puede que no haya ni cincuenta personas en total, pero a la fuerza han de ser parte de la élite de los Defensores de los Dioses. ¡No la dejarán entrar siquiera!

—Señor Abu Nayet —le habló con mucha calma—. En ese lugar hay algo que puede conectarme con mis orígenes y con mis padres, y no voy a renunciar a ello. ¿Por qué no viene conmigo?

—No, no —movió la cabeza de lado a lado un par de veces, con categórica determinación y un mucho de miedo—. Usted es muy joven, desprecia el peligro. La muerte no entra en la dimensión de su mente. Pero yo soy viejo. Para mí la vida es un regalo, día a día. Ese lugar representa algo para usted, no para mí. No puedo... No quiero, ¿comprende?

—¿Y si le necesito?

—No me necesita —forzó una sonrisa de dolor.

—Usted ha pasado la vida entre papeles, documentos, historia extraída del suelo de Egipto. Ahora en cambio puede protagonizar esa historia, quizá darle a su pueblo el mayor descubrimiento jamás realizado.

—Deje a la Historia en paz, se lo ruego.

—¿Qué quiere decir?

—Que si finalmente logra su objetivo, si encuentra esa puerta y consigue contactar con ellos..., se lo guarde para sí.

—¿Por qué?

—¿Quiere abrir una brecha insalvable en la humanidad?

Joa no supo qué responder.

Se enfrentó a sus propios miedos.

—¿Y si después de todo no hay nada, sólo unos restos del paso de nuestros antepasados por ese lugar?

Reza Abu Nayet no dijo nada.

¿Cuántos miles de años llevaba la cruz del Nilo allí?

Si era un sistema de comunicación, un acceso, lo que fuera, ¿funcionaría?

—Que tenga suerte, señorita Mir —le deseó el director del archivo dando por concluida su entrevista.

Suerte. Una extraña palabra para incluirla justo al final de aquel largo viaje.

46

El taxi que la devolvió al hotel tardó bastante más que a la ida, sumergiéndola en el delirio de una de las horas punta en el centro de la ciudad. Se arrellanó en su asiento y se sumió en rememorar lo que acababa de hablar con el archivero. De forma especial aquel texto que hacía referencia directa a la cruz del Nilo: «Cruzarás una vez las puertas. Las dos torres de la muralla con sus tres guardianes. Y deberás conocer sus nombres. Descenderás hasta la sala de las columnas y llegarás al patio del que surgen las galerías y los corredores. Verás las cámaras de la reflexión y la piedad. Encuentra tu camino. Cruzarás otra vez las puertas. Y los dioses guardianes te preguntarán por su vida. Si no sabes, morirás. Si no conoces, morirás. Si no eres humilde, también morirás. Y la cruz del Nilo será tu tumba.»

Por último, la frase final: «La voz de los dioses debe fluir de ti.»

¿Qué podía significar algo como aquello? Trampas. Trampas. Trampas.

—Papá, mamá, qué difícil me lo ponéis —musitó para sí misma.

Llegó al hotel, pagó la carrera y se adentró en el edificio. Ni siquiera fue consciente de meterse en el ascensor y subir hasta su planta. Al introducir la tarjeta con su código por la ranura de la cerradura de la puerta sí. Al otro lado la esperaba la calma. David.

Aunque fuera por unas horas.

Cerró la puerta y al no ver a su compañero tumbado sobre la cama dirigió su voz al cuarto de baño.

—¡Ya estoy aquí!

Ante el silencio, tuvo que abrir también esa puerta para convencerse de que él no se encontraba en la estancia.

No supo qué hacer, si esperarle o bajar al hall y buscarle por el recinto. Quizá estuviese en Internet, en el bar tomando algo, o quizá alquilando el todoterreno, como habían quedado antes de irse ella al museo.

Examinó su móvil. Vacío de mensajes. Marcó el número de David y esperó mordiéndose el labio inferior. Después de varios tonos escuchó su voz pidiendo que dejara el mensaje.

—¿Dónde estás? —le preguntó al aparato antes de cortar la línea.

No soportaba esperarle quieta allí, tanto si era en silencio como si ponía la televisión, así que decidió ir a buscarle.

Salió de la habitación, tomó el ascensor y regresó a la planta baja. En un hotel de lujo, como el Le Meridien Pyramids, había muchos más lugares en los que refugiarse. En el Hormoheb, no. El bar estaba lleno de turistas que se relajaban después de un día de actividad, riendo y hablando en pequeños grupos. La sala de Internet la ocupaban tres clientes, dos hombres y una mujer. No había mostrador específico para el alquiler de coches. David tenía que haber ido a alguna parte a por el coche. Aunque esas cosas solían arreglarse desde la recepción. Ellos avisaban a una agencia y un vendedor acudía al hotel

para formalizar la operación.

Se asomó a la calle. Miró a derecha e izquierda.

¿Y si mientras ella descendía en un ascensor, David había subido en otro, cruzándose en el camino?

Sonrió, comprendiendo que ésa iba a ser al final la respuesta del enigma.

Por si acaso, en esta ocasión, no tomó el ascensor. No resultase que sucedía lo mismo. Buscó uno de los teléfonos interiores, lo descolgó y marcó el número de su habitación.

Al quinto zumbido colgó.

Una mujer la atendió en la recepción. Era bonita, menuda, de rostro completamente redondo. Llevaba el cabello tan apretado que ello también contribuía a causar el efecto esférico. Le describió a David. La chica no era la misma que les atendió a su llegada. Aun así fue bastante precisa.

—No, lo siento. No me he fijado. Puede que haya salido a la calle por la puerta del restaurante.

Mientras regresaba a la habitación sintió la opresión en el pecho.

La inquietud.

Ninguna nota, nada.

Volvió a llamar al móvil con el mismo resultado.

Los siguientes quince minutos, mientras anochecía sobre El Cairo, fueron los peores. Los que pasaron de la in-certidumbre a la certeza.

Recordó la forma en que habían matado a Gonzalo Nieto y se estremeció.

Tres dagas, una vida.

—Por favor, por favor... —gimió para sí misma.

Con la llegada de la oscuridad su mente se convirtió en un campo de batalla. Dudas, vacilaciones, miedo... Pensó en llamar a Kafir Sharif. Su mano se aferró al móvil y tembló hasta rendirse. ¿Qué podía hacer la policía? ¿Cuánto tiempo debía transcurrir desde la desaparición de alguien hasta que la policía le buscaba? ¿Cuántos desaparecían desafiando al destino, como ellos?

Registró la ropa de David, por si faltaba algo. Volvió a encontrarse aquella libreta llena de poemas. Poemas de amor por y para ella. Retazos de todos los sentimientos que anidaban en él. Un mundo al que podía asomarse con abrir una página al azar.

Esta vez no leyó ninguno. Resistió la tentación. Aquello era personal, y además no quería dejarse llevar por las emociones. Necesitaba mantener la sangre fría, el control.

La opresión del pecho acabó disparando su pánico. Había perdido el cristal. Había perdido a Amina. Ahora perdía a David.

No le quedaba nada.

El pánico la llevó a la rabia.

La misma rabia que disparaba su energía y desataba sus poderes, aunque ahora no supiera a qué o contra quién dirigirlos.

Miró la lámpara de su habitación.

Un segundo, dos, tres...

Hasta que la bombilla estalló sumiéndola en la oscuridad.

Joa no se movió. Continuó donde estaba, quieta, luchando contra sí misma y sus peores presentimientos, abrazada a la libreta de los poemas.

Debió de transcurrir una hora.

El timbre del teléfono de la habitación la sacudió disparando sus alarmas y la arrancó de aquella parálisis.

Tropezó con la cama. Gateó a oscuras hasta dar con él. Agarró el auricular y se lo llevó al oído mientras las piernas le temblaban y le impedían ponerse en pie.

—¡¿Sí?!

No fue una pausa casual, sino deliberada.

—¿Señorita Georgina Mir? -la voz era muy lenta, muy cáustica, hablaba un inglés más que correcto, educado incluso.

—Sí, soy yo.

Esperaba oír lo peor, que era la policía, que habían encontrado el cuerpo de David en un callejón...

—Tenemos a un amigo suyo -dijo la voz.

Joa sintió otra clase de mazazo en su cabeza.

—Usted tiene algo que nos interesa: explicaciones.

Le costaba respirar, pero no podía ceder. Ahora todo dependía de ella.

—¿Qué clase de explicaciones?

—Ya sabe de qué hablamos.

—¡No, no sé! —gritó sin poder evitarlo.

Al otro lado sobrevino el silencio.

—¿Oiga?

—Sigo aquí. Le ruego que no grite. No es necesario, y es inútil, ¿comprende?

—Escuche, por favor, no le hagan daño.

—Depende de usted.

—¿Por qué no me han secuestrado a mí?

—Es usted extraña -manifestó la voz.

Pensó en el hombre de Karnak, al que había reducido con una mirada, atravesando su mente, y en los testigos que afirmaban haberla visto levitar en el momento de la muerte de Shasha Bayik.

Sí, ella era extraña.

—No lo soy —quiso engañarle.

Otra vez el silencio, cada vez más denso. Temía que de un momento a otro el hombre cortara la comunicación.

—De acuerdo, ¿qué quiere?

—Verla.

—¿Dónde y cuándo?

—Si usted sigue nuestras instrucciones, su amigo estará bien.

—¿Dónde y cuándo? —repitió.

—Salga del hotel a las seis de la mañana. Camine hacia la izquierda. Un coche la esperará en la esquina. Al amanecer. Una larga noche en vela. —Bien.

—Si usted avisa a la policía, su amigo morirá.

—No lo haré, le doy mi palabra de honor.

—Si usted juega sucio, todo habrá terminado para él. Ni micrófonos. Nada.

—¡Le he dicho que tiene mi palabra de honor!

—Entonces no tiene nada que temer, señorita. —Déjeme hablar con él, por favor.

—No -fue dramáticamente lacónico.

—¿Cómo sé que está vivo?

—Usted también tiene mi palabra de honor. Debe confiar.

—¡Espere!

La línea telefónica ya estaba cortada.

47

Una noche en vela no era lo mejor para enfrentarse a unos fanáticos. Y sin embargo, después de ducharse y beber un café, se sintió capaz de todo.

Dominó la rabia.

La cedió ante la cautela. Cautela bajo el estigma de la tensión.

Se puso ropa cómoda, pantalones, zapatillas deportivas, una blusa blanca y liviana. Dejó la documentación en la caja de seguridad y se llevó la mayor parte del dinero por si acaso. No fue su única precaución. Sacó del bolso que siempre llevaba encima todo lo que no fuera necesario y de su bolsa de viaje extrajo una pequeña linterna para situaciones de emergencia. También metió las dos cajas de cerillas que encontró en la mesilla. Conservó el bolígrafo y su pequeño bloc. La última duda fue llevarse o no el móvil.

Supo que se lo quitarían, así que lo sacrificó. Tal vez también le quitaban el bolso. No cedió al desánimo.

Salió del hotel con unos cuantos minutos de adelanto y caminó por la acera en dirección a la izquierda. El vehículo ya estaba allí. Era una camioneta blanca, sucia, con los cristales opacos. Nadie del exterior podía ver su interior ni pegando la nariz a las ventanillas. A menos de cinco metros de su posición, salieron dos hombres de ella.

Pero los que la empujaron, más bien la llevaron en volandas, fueron los dos que de pronto aparecieron a su espalda.

Joa aterrizó en la parte de atrás, sobre unas mantas.

Apenas si tuvo tiempo de hacer nada, salvo protegerse para evitar el golpe inicial. Unas manos le insertaron una capucha negra en la cabeza. Otras sujetaron las suyas. Dos más la cachearon. A fondo. Llevaba el bolso en bandolera. Lo examinaron pero no se lo arrancaron. Quizá el dinero ya no estuviera allí. Finalmente le ataron de manera concienzuda las manos, por delante, y la hicieron tumbarse sobre las mantas. Olían muy mal, a animal de granja, quizá cabras, tal vez cerdos.

Ni siquiera se había dado cuenta, pero la camioneta ya circulaba por las calles de El Cairo.

Ninguno de sus secuestradores hablaba.

Joa se quedó quieta. En la oscuridad, bajo presión, su mente sí comenzó a

trabajar como no recordaba haberlo hecho desde hacía mucho tiempo. El miedo disparó su adrenalina. La adrenalina activó su instinto. El instinto la hizo ver más allá de sí misma.

Percibir el entorno.

Ellos eran seis. El conductor, un copiloto, los dos hombres que habían salido al aparecer ella y los dos de su espalda. Vestían chilaba blanca y lucían barba.

Defensores de los Dioses.

Se concentró en el camino.

Intentó memorizar detalles, pero sólo escuchaba el sonido de las bocinas y los improperios de los conductores. Ninguna señal especial, ningún sonido fuera de lo común. Cruzaron el centro de la ciudad. El Cairo se quedó atrás a los quince minutos, y la camioneta adquirió más velocidad.

Estaban en el desierto. Y hacía mucho calor.

—Tengo sed. Silencio.

—Denme agua, por favor.

Pasó un minuto. Alguien por fin le acercó una botella a las manos. Agua.

La dejaron saciarse. Dio varios sorbos seguidos, calculando lo que le quedaba en el recipiente.

—Gracias —quiso ser amable.

Se la jugó. Cuando acabó de beber no les tendió la botella a ellos. Colocó el tapón y, al tener las manos atadas por delante, pudo introducirla en su bolso.

No se la quitaron.

Durante los siguientes minutos se concentró en David. Si le sucedía algo

nunca se lo perdonaría. Imaginaba adonde la llevaban, pero tenía que dar con David primero antes de actuar.

El vehículo acabó dejando la carretera para internarse en una pista de tierra. Los baches entonces fueron mucho peores. Acabaron destrozándole la espalda. Hizo un esfuerzo desesperado para incorporarse un poco y la amabilidad de sus captores llegó hasta ahí. Uno le puso un pie en el hombro y la obligó a tumbarse de nuevo.

Ya no volvió a intentarlo.

Tal vez consiguiera detenerlos, enfrentarse a sus mentes, parar la camioneta, pero entonces no daría con David.

La camioneta aminoró la marcha, y fue reduciendo paulatinamente la velocidad hasta convertirla en una simple aproximación a su destino.

Cuando se detuvo definitivamente, Joa supo que la primera parte de la pesadilla tocaba a su fin.

Quedaba la peor.

Se abrieron las puertas posteriores y la ayudaron a bajar. Una vez de pie la empujaron obligándola a caminar. Alguien tiraba de ella por las manos, otro la sujetaba por un brazo, y detrás un tercero iba dándole empellones de manera intermitente. Joa dejó de sentir el calor del sol en su cuerpo de pronto y a cambio sintió otras sensaciones, un ligero frescor, nuevos olores-Estaba en una casa.

La detuvieron en seco, la hicieron permanecer de pie. Le arrancaron el bolso que llevaba en bandolera y la capucha al mismo tiempo.

48

Tuvo que habituar sus ojos a la nueva intensidad luminosa. No le costó demasiado. Por delante vio a un grupo de doce hombres, todos con las caras visibles menos uno, al que sólo se le veían los ojos porque llevaba una capucha. Vestían de blanco y se adornaban con barbas de distinto calado. Su bolso estaba en el suelo, a su lado, donde lo habían dejado caer tras arrebatárselo. El lugar en el que se encontraban era una estancia sin muebles, de paredes encaladas. A través de una ventana situada a su derecha vio la tierra yerma habitual en cualquier parte de Egipto, y otras dos casas atrapadas por una pendiente del terreno que parecía conducir a un montículo. Al-Eriat Khunash.

Quizá no supieran que ella ya conocía la identidad del lugar y por eso actuaban tan a la ligera, seguros y confiados. En caso contrario, la razón de que le hubieran quitado la capucha era clara: no les importaba.

Iban a matarla.

—¿Dónde está mi amigo? —habló la primera.

No debió de gustarles que lo hiciera. El silencio se hizo más notorio. La contemplaban como se contempla a un animal en el zoo. Joa les devolvió la mirada uno a uno hasta detenerse en el último. El hombre de Karnak.

Era el único que mostraba recelo y temor en su expresión.

—¿Qué buscas? —rompió por fin el silencio el encapuchado habiéndole en inglés.

—Nada, soy una turista española que...

—Mientes. ¿Qué te contó el profesor Nieto para que vinieses? ¿Por qué? ¿Qué buscas? ¿Y de dónde sacas ese poder especial en tu interior?

El hombre de Karnak se movió inquieto y el hombre de la capucha se dirigió a él. Debía de estar considerando si era tan fuerte como aquél le había dicho o eran todo figuraciones.

Mientras tanto Joa repasaba quién sabía que había vuelto a El Cairo. Kafir Sharif... Reza Abu Nayet...

—Nuestra paciencia tiene un límite, mujer. Dinos qué buscas.

—¿Y vosotros os llamáis Defensores de los Dioses?

—¡Cállate! ¡No pronuncies ese nombre en vano! -le ordenó el encapuchado.

—¿Por qué?

—¡Tus labios son impuros!

Había alguien más que sabía que había regresado a El Cairo. Su llamada al campamento en el Valle de los Reyes.

El grupo de arqueólogos...

Supo que estaba cerca. La cara oculta debajo de aquella capucha era la clave. Ella conocía al hombre, aunque en inglés no identificara su voz, y el hombre la conocía a ella.

—Soy una de ellos —pasó decididamente al ataque.

—¿A qué te refieres?

Esbozó una sonrisa y los abarcó con una mirada de suficiencia.

—¿Tantos siglos guardando sus secretos y os extraña que hayamos vuelto?

La expectación entre ellos se convirtió en una espiral de gestos y miradas inquietas.

—Ellos son dioses —habló el encapuchado.

—Yo soy una diosa.

—¡Blasfema! Si fueras una de ellos no buscarías a tu amigo, sabrías dónde está.

—Vinimos hace miles de años. Todo ha cambiado. Vosotros ya habéis cumplido con vuestro cometido guardando la cruz del Nilo.

Intercambiaron nuevas palabras en árabe, breves, cortas, apenas audibles. En la estrechez de su mente fanática no cabía ni siquiera la aguja de una duda. Joa supo que no iba a conseguir mucho más. Se acercaba el momento de las decisiones. Tenía que saber si David seguía vivo.

—No podéis matarme —les dijo-. Si lo hacéis, ellos mandarán un rayo que os destruirá.

—¡Somos sus defensores, los guardianes del Santo Lugar!

—Ya no. Sólo estáis asustados y confundidos porque han pasado muchos años del tiempo de la Tierra hasta hoy. Matasteis a un hombre por el simple hecho de encontrar la cruz del Nilo. Ahora me habéis traído hasta Al-Eriat Khunash por la misma razón.

Escuchar el nombre del diminuto pueblo en sus labios les alteró aún más.

El hombre de la capucha dio un paso en su dirección. Joa le controló primero las manos. No llevaba nada en ellas. Luego se enfrentó a sus ojos. Brillaban. Eran egipcios.

¿Dónde los había visto? ¿Cuándo?

—He de llegar hasta la puerta de las estrellas para comunicarme con ellos -se mantuvo firme-. ¡Podéis acompañarme si queréis y verlo por vosotros mismos!

—¡Nadie puede entrar, ni siquiera nosotros! ¡Es imposible! ¡El que penetra en su confín ya no vuelve a salir!

—Yo sí lo haré.

—Eres una ingenua, mujer. Y tan humana y mortal como cualquiera, aunque tengas un poder especial en tu cabeza.

—Traedme a mi compañero.

—¡No!

Los ojos del encapuchado relucían.

—¿Qué sabes de la otra? La niña extraña. Amina ya había llegado, y estaba allí, en alguna parte. Había ido a verlos a cara descubierta, temeraria, absurda.

—Es otra diosa -les advirtió.

Volvieron las discusiones en árabe, más aceradas, más excitadas. La semicircunferencia que la envolvía se rompió por primera vez porque comenzaron a pelearse entre sí.

David, Amina y la propia puerta tenían que estar cerca. Joa aprovechó la ocasión. Cerró los ojos y se concentró en sí misma, aislándose de lo que sucedía a su alrededor.

Necesitaba de su poder. Ahora sí.

«David», lo llamó mentalmente. La descarga energética acudió a ella. Fue un ramalazo apenas perceptible.

Se aisló aún más, al cien por cien. «David», repitió la llamada.

De pronto salió de su cuerpo. Flotó por encima de sí misma.

Miró hacia abajo y se vio con los ojos cerrados, quieta, mientras los hombres discutían enfervorizadamente. La escena progresaba a cámara lenta. Muy lenta. Joa sentía que en su vuelo el tiempo transcurría más despacio. Salió de la casa.

Contempló el grupo de construcciones ruinosas, y más allá la tierra, el montículo...

La energía fue doble de pronto. Por un lado una fuente de energía muy fuerte, que procedía de unos doscientos o trescientos metros a su izquierda, del mismo corazón del promontorio rocoso. Por otro lado, una llamada mucho más débil, que surgía de una de las casas del pueblecito, a diez metros de la que ocupaban ella y sus captores.

David. ¡Lo había localizado!

Quiso volver a su cuerpo y no pudo. Volvió a sentir aquella fuente de energía fuerte y poderosa. La cruz del Nilo. La puerta.

La energía nacía del centro del promontorio, por debajo de la línea de la superficie, pero luego se expandía como una tela de araña, ramificándose por la tierra a través de túneles, cámaras, pasadizos, galerías.

Siguió mentalmente cada una de esas ramas.

Daban vueltas sobre sí mismas, atrapadas en un laberinto cerrado.

Todas menos una.

El acceso a la cruz del Nilo.

En una casa situada justo en el centro de Al-Eriat Khunash.

Había localizado a David. Y la entrada de la puerta. Necesitaba volver a su cuerpo, recuperarlo y liberarse de sus ataduras y de aquellos hombres. Ignoraba cómo, pero primero, el regreso.

Descendió igual que una pluma. Despacio.

Penetró en su cuerpo, ocupándolo de nuevo. Piernas, brazos, tronco, cada sentido, cada terminación nerviosa, el corazón reiniciando sus latidos, la cabeza, la mente...

Entonces abrió los ojos.

Y se encontró con los de aquellos hombres abiertos hasta el límite, de par en par, rostros atravesados por el miedo y el pasmo, observando algo situado en el suelo, a sus pies.

Joa miró hacia abajo.

Estaba levitando.

No era mucho, apenas cinco centímetros, los suficientes para que en los cerebros de aquella pandilla de locos se creara una distorsión alucinada. Unos la miraban con la boca abierta, otros ya retrocedían asustados, todos a la espera de que su jefe reaccionara. El hombre de la capucha no lo hizo. Lo único que se vislumbraba de él eran sus ojos, y los tenía hundidos como puñales en los pies de su prisionera.

Joa trató de recuperar la sensación de paz, el despegue de su espíritu para sentir lo mismo que había sentido al separarse de su cuerpo. Quería flotar, ser libre. Y se elevó unos centímetros más. Ahora sí, los hombres se adentraron en el pánico. Comenzaron a proferir expresiones en árabe.

Fueron sus gritos los que avivaron la reacción del encapuchado. Despertó de su momentáneo sueño letárgico y se llevó una mano a la espalda.

—¡Tus trucos no pueden engañarnos! —aulló en la cara de su prisionera con una daga en la mano.

Joa vio la daga iniciando el vuelo hacia lo alto. Cuando el hombre abatió el acero sobre su cabeza, ella lo único que hizo fue alzar las dos manos.

La daga cortó las ataduras igual que un cuchillo la mantequilla al sol.

Lo siguiente sucedió todavía más rápido.

Primero le arrebató la capucha con la mano derecha, después el arma moviendo la mano izquierda. Ni siquiera tuvo que tocarla. Fue como si una corriente de energía se la arrancara a...

—¡Bir El Sai'f! —se rindió ella a la evidencia.

El arqueólogo egipcio no supo de qué manera hacerle frente. Estaba desarmado y con su identidad al descubierto. Todavía mantenía el brazo con el que había querido apuñalarla en alto. Por la manga abierta de la chilaba Joa vio la más dura de las evidencias.

Tres tatuajes. El ojo, el gato, el escarabajo.

Ante ella tenía quizá a la máxima autoridad de los Defensores de los Dioses. Bir El Sai'f era un heredero directo de los sacerdotes de la Antigüedad.

—A ella -gritó el egipcio.

Ninguno de sus adláteres le obedeció.

—Mataste a un buen hombre por nada...

—Joa se sintió de pronto agotada.

Volvía a estar en el suelo. Pero sin tiempo para recuperarse.

No trató de hacerle daño. Ella nunca había matado a nadie y no quería dar el primer paso. Sabía que si lo daba caería irremediablemente en un pozo del que ya no saldría jamás, por muchos poderes que aparecieran en su mente y en su cuerpo.

Recogió su bolso del suelo y salió por el hueco de la ventana. Saltó desde una altura de unos dos metros, mientras los gritos en árabe aumentaban a su espalda. Por fortuna cayó sobre la arena.

Se despreocupó de sus perseguidores. Su objetivo estaba al frente. Su doble objetivo.

Cubrió a la carrera los diez metros que la separaban de la casa en la que presuntamente estaba David. Dos hombres aparecieron en la puerta, interesándose por el motivo de los gritos que oían. Joa se encontró con ellos todavía a unos tres metros de distancia. Demasiado para hacer otra cosa salvo extender sus manos y desplazarlos, uno a cada lado.

No renunció a lo que sentía.

Fuerza, intensidad, furia... Aquella rabia que surgía cuando se veía acorralada o en peligro.

Pasó entre los dos hombres saltando y se precipitó al interior de la casa. David estaba sentado en el suelo, sobre unos cojines, atado con las manos a la espalda, la boca tapada con cinta adhesiva y los ojos con un pañuelo negro.

—¡David, de pie!

Lo hizo al escuchar su voz, aunque no tan rápido como ella hubiera deseado. Llegó a su lado y lo único que pudo hacer fue arrancarle la venda de los ojos. Por suerte no le habían atado los pies. La jauría humana del exterior haría acto de aparición en la puerta en menos de cinco minutos.

David la miró atónito.

—¡Por la ventana!

Le empujó directamente, sin cortesías. Luego saltó ella. Una vez afuera, Joa localizó la casa del centro del poblado que daba acceso a la cruz del Nilo. Apenas quedaba a unos quince metros.

—¡Vamos hacia allí! —le señaló.

Con las manos atadas a la espalda y la boca sellada, lo único que se movía del rostro de David eran sus ojos, dilatados por el espanto y por la inesperada situación en que se encontraba de golpe. Joa sólo miró hacia atrás dos veces. Una para calcular la distancia de sus perseguidores, y otra para convencerse de que disponía del tiempo justo si quería salvarse ella y salvar a David sin renunciar a alcanzar su objetivo: entrar en la cruz del Nilo.

En la casa no había nadie. Ni nada, salvo un rectángulo abierto en el suelo del que partían unas escaleras de piedra en dirección a las profundidades. Bajaron a la carrera justo un segundo antes de que la turba penetrara en el lugar. Estaban salvados momentáneamente al menos. Bir El Sai'f acababa de decirle que nadie podía entrar allí, porque el que penetraba en sus confines ya no volvía a salir. No entrarían.

Tropezó con el cuerpo de David al final de las escaleras. Tenían delante una pared. Le arrancó la cinta adhesiva de la boca para que pudiera hablar y luego pasó a deshacer los nudos de la cuerda que mantenía sus manos atadas a

la espalda.

—¡Joa!

—¡Sssh...! —le puso su mano en los labios. Por detrás se oían las voces de los árabes, discutiendo a gritos.

—¡No sea estúpida! —la alcanzó la del arqueólogo egipcio-. ¡Va a morir!

—¿Quién es ése? —preguntó David.

—Se llama Bir El Sai'f —Joa palpó la pared antes de extraer la linterna de su bolso—. Es uno de los que trabajaba con Gonzalo Nieto en el Valle de los Reyes, y también el jefe de los Defensores de los Dioses.

—¿Por qué no nos siguen?

La linterna iluminó un hueco casi a ras de suelo, a su derecha. Para introducirse en él era necesario gatear un buen tramo, porque el haz luminoso no permitía ver el final.

—Dicen que no se puede entrar en la cruz del Nilo, que quien lo hace no vuelve.

—¿Estamos en...? —se asombró él.

—Sí, vamos, métete por aquí.

—Joa, esto no me gusta nada.

—¿Quieres salir y que nos claven sus tres dagas?

—¡No van a poder hacerlo si tú te enfrentas a ellos!

-Son demasiados, David. Y lo que queríamos era esto, ¿no? ¡Estamos en la cruz! ¡En la puerta! ¡En algún lugar de estos subterráneos se encuentra la clave de todo!

Alguien se había atrevido a bajar el primer tramo de escaleras.

Bir El Saíf.

—¡No puedo dejarla entrar! ¿No se da cuenta? ¡No puedo!

—Vamos, David. Ahora —le tendió la linterna—. ¿0 quieres que vaya yo primero?

No tuvo más remedio que obedecerla.

Se tumbó en el suelo, con la linterna en la mano, y comenzó el lento proceso de gatear por aquel conducto duro y rocoso. Joa le siguió a continuación.

El último sonido que escucharon fue la voz de Bir El Saíf, ya distante, anunciando:

—¡Vais a morir! ¡Que el infierno os confunda, malditos infieles! ¡Vais a morir!

50

El avance fue muy difícil. Quizá duró diez, quince metros, con zonas angostas en las que apenas si lograban mover los brazos y las piernas y otras más altas en las que casi llegaron a gatear. El sudor les caía a chorros. Joa estuvo tentada de dejar su bolso, pero recordó que en él llevaba cerillas, la botellita de agua... Bendita agua.

No concebía regresar por el mismo sitio, con los Defensores de los Dioses esperándolos en la casa.

—¿Vas a rescatar siempre a los chicos con una linterna?

—Nunca se sabe.

—Ahí delante hay algo.

Fueron los metros finales. David se puso en pie y la ayudó a hacer lo mismo. El túnel había desembocado en una cámara de unos cinco metros de largo por apenas dos de alto y uno y medio de ancho. Las paredes y el techo eran lisos y estaban vacíos. En el otro extremo vieron unas nuevas escaleras que descendían hacia las profundidades.

—¿Por qué los egipcios lo complicaban todo tanto?

—Por precaución. Muchos faraones pusieron sus sarcófagos en lugares muy simples de sus tumbas, para que los posibles saqueadores se confundieran. Expoliaban las grandes cámaras sin imaginar que al otro lado de una pared pudieran estar los verdaderos tesoros que enterraban con él para su otra vida.

—Pero esto no es una tumba.

—No, no lo es —suspiró Joa.

Ahora se colocó delante. Le quitó la linterna de la mano y bajó los primeros escalones antes de que él pudiera protestar.

—Déjame a mí.

—Los murciélagos detectan los objetos en pleno vuelo. Yo casi siento lo mismo, con mi energía como si tuviera sensores en todo mi cuerpo.

—¿Cómo has dado conmigo? —fue tras ella.

—Primero te cogieron para que yo no pudiera hacer nada. Querían saber quién soy.

—¿Se lo has dicho?

—Sí, y no me han creído.

—Ese tipo que has dicho...

—Bir El Saíf.

—¿Trabajaba en el Valle de los Reyes?

—Forma parte del grupo de arqueólogos que investiga la TT47. Cuando vio la cruz y supo que Gonzalo Nieto la identificaba, o interpretaba el significado de la pintura relacionándolo con la otra cruz, la de Karnak, comenzó la defensa de lo que para ellos es su legado. Le tendió una trampa, le puso a una mujer a su alcance, y ella le fue contando a su jefe lo que hacía Gonzalo en El Cairo. La noche que me llamó comprendieron que la cosa se complicaba, que había descubierto algo, así que le mataron, siguiendo el ritual propio de los Defensores. Esto cierra el asesinato del profesor.

—Demasiado tarde, ¿no te parece?

Joa no dijo nada. Las escaleras morían en otra cámara, ésta mucho más alta, con dos pilares en el extremo opuesto situados a ambos lados.

—La primera puerta —susurró para sí misma, aunque no tanto como para que David no la escuchara.

—¿De qué hablas?

—Reza Abu Nayet me leyó un texto encontrado en unas tablillas. Es la única referencia a la cruz del Nilo. Habla de lo que nos vamos a encontrar desde ahora.

-¿Y qué es?

Joa le desgranó el texto, tal cual: «Cruzarás una vez las puertas. Las dos torres de la muralla con sus tres guardianes. Y deberás conocer sus nombres. Descenderás hasta la sala de las columnas y llegarás al patio del que surgen las galerías y los corredores. Verás las cámaras de la reflexión y la piedad. Encuentra tu camino. Cruzarás otra vez las puertas. Y los dioses guardianes te preguntarán por su vida. Si no sabes, morirás. Si no conoces, morirás. Si no eres humilde, también morirás. Y la cruz del Nilo será tu tumba.»

—La última pista dice: «La voz de los dioses debe fluir de ti» -concluyó ella.

—No me gusta. Demasiado críptico. Eso puede significar mil cosas -fue sincero.

—Los egipcios eran hábiles dejando trampas en las tumbas. Habrá que ir con cuidado.

Cruzaron los dos pilares. La linterna iluminó una cámara mayor. La barrió de izquierda a derecha y estuvo a punto de lanzar un grito cuando el haz enfocó el rostro tallado en jade verde de una estatua. Y no era la única. A su lado había otras dos. La primera correspondía a una mujer con cabeza de rana. La segunda era de una mujer con cabeza de gato. La tercera figura, sentada, era la de una extraña criatura mitad leona, mitad hipopótamo, mitad cocodrilo.

—Heqet, una diosa asociada a la resurrección —Joa iluminó la primera de arriba abajo. Luego hizo lo mismo con la siguiente-. Bastet, personifica los rayos cálidos del Sol y es una diosa benéfica asociada a la Luna que protege los nacimientos y a las embarazadas —y por último enfocó la figura sentada —. Y éste es Aman, el devorador, el que destruye a los malvados y se come a los que no superan el juicio final tras la muerte.

—¿Cómo sabes tanto?

—Devoré unos libros para ponerme al día.

—Aquí tienes a los tres guardianes del texto que acabas de recitar -le recordó David.

—Creo que sí —continuó bañándolos de arriba abajo con la linterna.

—Deberás conocer sus nombres —reflexionó él.

Ya los sabía. ¿Ahora qué?

Por detrás de los tres guardianes vio una pared de piedra generosamente tallada con figuras humanas y dioses. Otra puerta. La flanqueaban dos torres de cuya cumbre partían sendas murallas.

David apoyó las dos manos en la pared.

Hizo fuerza.

No la movió ni un centímetro.

—Conozco sus nombres —musitó Joa.

Pasó las manos por las juntas. Ni un hueco. Luego por la superficie, sintiendo bajo sus dedos los relieves y las formas. Las mismas representaciones de las tres estatuas estaban en la pared, juntas. Y debajo de cada una un espacio, un hueco por el que introducir la mano.

—Joa, mira el suelo.

Vio un semicírculo completo que iba de lado a lado.

—Esta puerta ha girado sobre sí misma ciento ochenta grados, y de eso no hace mucho, porque no hay polvo depositado en la zona del roce.

Joa tuvo un estremecimiento, pero no se lo dijo a él.

—Depende del orden con que presionemos lo que hay en el fondo de estos huecos —le hizo ver a David—. Veamos... Heqet es la resurrección, Bastet protege los nacimientos, Aman devora a los malvados y a los que no superan el juicio...

—Nacimiento, muerte y resurrección —le siguió el hilo de los pensamientos él.

Puso primero la mano en el hueco habilitado debajo de Bastet.

Se escuchó un «clic» ahogado.

A continuación puso la mano en el hueco de Aman. Segundo «clic».

Finalmente presionó el espacio situado al pie de la figura de Bastet.

No hubo tercer «clic».

La puerta empezó a girar sobre sí misma, igual que si en su centro hubiera un eje. El ruido no fue muy fuerte, un roce prolongado. Cuando tuvieron suficiente espacio para cruzar al otro lado lo hicieron y esperaron a ver qué sucedía.

La puerta no sólo completó una vuelta, sino dos. Volvió a quedar como estaba.

Sólo que en su lado no había nada, ni pinturas, ni relieves, ni mucho menos huecos para volver a abrirla.

Joa no quiso pensar en ello.

—Dios... —escuchó el tono expectante de David.

Se encontraban en una repisa de cuyo extremo partía otra escalera. Al frente vieron una enorme, inmensa gruta, que rodeaba una no menos impresionante sala con tres docenas de columnas sosteniendo el techo. Un resplandor cenital, como si la tierra de la bóveda superior fuese casi transparente, proporcionaba una luz tenue, mortecina, pero suficiente para que pudieran apagar la linterna y ahorrar pilas. La extensión de aquel espacio era

la de tres campos de baloncesto. No se adivinaba ninguna salida.

Bajaron las escaleras, despacio, fijándose ahora muy bien en dónde ponían los pies. Si un escalón parecía sospechoso, lo evitaban. Al llegar a las primeras columnas vieron que también estaban profusamente trabajadas. Mostraban imágenes de la vida y el tránsito al más allá de los egipcios. Barcas ceremoniales, representaciones de objetos o signos sagrados, como los habituales gatos, escarabajos y ojos-Rodeando las columnas sólo había paredes de roca. Excepto al otro lado.

—El patio —exhaló David.

Era una terraza octogonal. Acababan de desembocar en ella por una puerta, la que venía de la zona columnada. Había siete más. Siete corredores o galerías. Cada una podía conducir a un lugar distinto.

Y debían encontrar su camino en ellas.

—Joa...

—Déjame pensar y sentir...

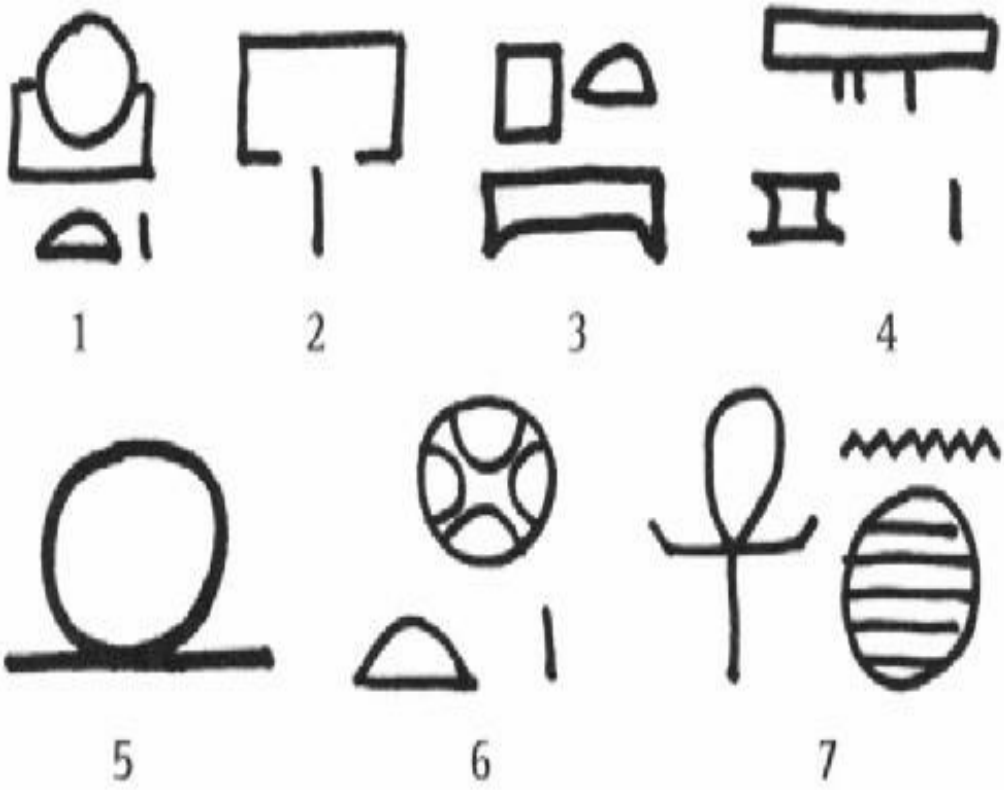
Se acercaron a las siete galerías, para inspeccionar su acceso una por una. En la primera vieron unas escaleras ascendentes, en la segunda el camino era recto, en la tercera las escaleras descendían, en la cuarta otro camino recto, en la quinta las escaleras volvían a ascender, en la sexta el camino era recto de nuevo y en la séptima entrada localizaron nuevas escaleras descendentes.

Sobre el dintel de cada galería había un signo.

Joa volvió a prender la linterna, porque allí la luz era mucho más difusa.

—¿Conoces alguno de estos signos? —preguntó él.

Los contempló, de izquierda a derecha, siguiendo el número de las siete puertas.



Hizo memoria.

Todo aquello lo había visto en los libros...

David no dijo nada. La dejó pensar.

—El uno es el horizonte —Joa miró la escalera ascendente que surgía de la puerta-. El dos es el símbolo de la casa, y también del templo —miró el recto camino que nacía en ella-. El tres, si no me equivoco, es el paraíso —la escalera que nacía en la puerta descendía—. El cuatro representa la Tierra, un

planeta -de allí partía otro camino recto—. El cinco es el llamado anillo Shen, simboliza la eternidad y los egipcios lo utilizaban como amuleto porque protegía del mal -de nuevo unas escaleras ascendían hacia la oscuridad-. El seis equivale a la ciudad —la senda se prolongaba en línea recta—, y el siete es el símbolo de la vida unido al del Sol —era la puerta de su derecha, con la última escalera, nuevamente descendente.

—¿Por dónde vamos?

Joa no dijo nada. Volvió a mirar las siete puertas que, junto con la puerta por la que acababan de acceder al lugar, conformaban aquel extraño octógono.

Sólo una conducía al siguiente paso.

Horizonte, casa, paraíso, planeta, anillo, ciudad, vida.

—Yo voto por la vida o el paraíso —se inclinó David.

—No.

—¿Por qué?

—Porque todos simbolizan cosas, pero sólo uno representa algo que los egipcios utilizaban y en lo que creían físicamente.

—¿El anillo?

—Sí.

—¿Estás segura?

—¿A estas alturas no te fías de mí?

David miró las escaleras de la puerta número cinco.

—¿No crees que lo normal sería que fuéramos por un camino horizontal o descendente?

—Encontraríamos las cámaras de la reflexión y la piedad.

—¿Y eso qué puede significar?

—Siento un enorme dolor que emana de esas puertas —suspiró ella—. Es algo... emocional, físico incluso.

—¿Dolor? —se preocupó él.

—Cada uno de estos caminos está hecho para expiar los pecados. Hay trampas, muerte, pero sobre todo está el encuentro con uno mismo, con el lado oscuro, ese yo interior que nos acecha y nos aterra.

David seguía muy quieto.

—Vamos por la número cinco -se rindió.

Joa no secundó su gesto de seguir avanzando.

—¿Qué sucede? -su compañero se detuvo bajo el dintel de la puerta señalizada con el anillo Shen.

Ella miraba fijamente la número dos.

Dio un paso en su dirección.

—¿Joa?

De pronto echó a correr cruzando su marco.

—¡Joa! ¿Qué haces? La puerta dos es una trampa

—La siguió sin embargo. Le llevaba tres metros de ventaja. La linterna trazaba círculos irreales en la oscuridad.

Una pesada atmósfera comenzó a nublarles los sentidos, espesando sus sensaciones. David intentó atraparla, temiendo que una fuerza desconocida la hubiese arrastrado inexorablemente hacia el abismo. El camino ya no era recto, serpenteaba a derecha e izquierda.

Debieron de correr unos veinte metros.

Hasta que Joa de detuvo y exhaló un grito:

—¡Amina!

La chica, iluminada espectralmente por la linterna, estaba medio sepultada por una pared que se le había venido encima tras pisar probablemente una trampa del suelo.

Se inclinó sobre ella y lo primero que hizo fue comprobar su pulso.

—¡Ayúdame! -le pidió a David.

Retiraron los cascotes. No parecía haber heridas externas de consideración, aunque un corte en el lado derecho de la cabeza, del que había manado bastante sangre, era la causa más probable de su inconsciencia. Eso y la inanición, dependiendo del tiempo que llevara allí.

Joa tocó sus brazos, sus piernas, para asegurarse de que no tuviera nada roto. Cuando quedó libre del todo, él la tomó en brazos.

—¡Salgamos de aquí cuanto antes! —gritó Joa.

—¿Qué te sucede?

—Por favor..., ¡por favor!

Se dobló sobre sí misma. David no tuvo más remedio que cargar a Amina sobre uno de sus hombros, para poder sujetar a Joa y empujarla, más bien arrastrarla de vuelta al patio de las ocho puertas.

—¡Joa, por Dios!

Cada paso fue titánico. Cada metro ganado, un esfuerzo agotador. Un largo camino por las sombras. Cuando vieron el leve resplandor del patio se sintieron a salvo. Y al llegar a él se dejaron caer al suelo igual que si en lugar de veinte metros hubieran caminado por un desierto abrasador durante días, kilómetro a kilómetro.

—¿Estás bien? -David le acarició el rostro.

—Sí, sí -jadeó ella-. Ya... pasó.

—¿Qué te sucedía ahí dentro? -se estremeció él.

Joa miró la puerta número dos, y luego las restantes.

—Te lo dije. Es como penetrar en tu propio infierno. Y no me preguntes por qué. ¿No sentías esa oscuridad...?

—Sí, pero es evidente que a ti te ha afectado más.

—¿Y Amina?

Joa recuperó el pleno dominio de sus facultades. Hizo un esfuerzo y se arrodilló junto a la chica. Le apartó el pelo de la cara y contempló sus rasgos de adolescente dormida. Vestía zapatillas deportivas, pantalones vaqueros y una camisa. No parecía una niña jordana.

Joa sacó la botellita de agua de su bolso. David se arrancó uno de los bolsillos de su camisa y ella humedeció la tela. Se la pasó por los labios antes de limpiarle la sangre de la herida de la cabeza. Al sentir la humedad en su boca Amina se removió. Cuando la levantaron un poco para que pudiera beber un pequeño sorbo, tuvo una especie de descarga eléctrica.

Abrió los ojos.

Se encontró con el rostro sonriente de Joa.

—Estamos aquí -le acarició la mejilla, infundiéndole toda su ternura.

La chica miró a David. Sonrió, cerró los ojos y se abandonó un momento. Los siguientes sorbos de agua, cortos, pacientes, le devolvieron el primer atisbo de vida. Poco a poco su mente regresó de las sombras y se instaló en la realidad.

—Lo siento... —gimió.

—Tranquila.

—Perdona...

Lloraba. Jamás lo hubieran creído posible, pero lloraba. Se aferró a Joa con fuerza, presionando sus brazos, temblando. La dejaron vaciarse, expiar culpas y temores, sentimientos y miedos. Fue un largo proceso, hasta que Amina se serenó y acompasó su respiración, igual que si fuera a dormirse tras un shock.

—No podemos quedarnos aquí —le susurró Joa.

—No hay salida -la miró con dolor—. Es inútil.

—Sí la hay. Sólo hemos de encontrarla.

—He entrado en cuatro de esas puertas...

—¿Cómo lo has resistido?

-Cuando comprendí lo que me hacían, bloqueé mi mente, no dejé que penetraran en mí.

—Yo no tuve tiempo —lo comprendió Joa.

—Pisé algo y se me cayó una pared encima. No pude percibirlo antes, fue muy rápido.

—Ya pasó.

—¿Vamos a morir aquí, a pesar de nuestros poderes?

—No vamos a morir, te lo prometo.

—¡No puedo mover nada, esas piedras son demasiado pesadas, mi fuerza no sirve en este...!

—¡No vamos a morir! —la sujetó por los brazos.

—¿Sabes qué puerta es la que nos lleva al siguiente lugar?

—La número cinco.

Amina miró en su dirección.

—¿Puedes caminar? —le preguntó David.

—Sí, creo que sí.

—¿Cuánto llevas aquí dentro?

—No lo sé, dos, tres días... -reflexionó ella-. He perdido la noción del tiempo.

—¿Cómo lograste entrar burlando a los Defensores de los Dioses?

—Cuando llegué aquí y comprendí el papel que tenían como guardianes de este lugar, cuidando la cruz del Nilo, estudié sus movimientos. Al caer la noche busqué el acceso. Me descubrieron, pero ya fue tarde para que me detuvieran. No eran más que dos. Los lancé contra una pared y los demás ya no me siguieron.

—Loca —suspiró Joa—. Podías haber muerto.

La ayudó a incorporarse. Apenas si quedaban dos dedos de agua pero se los cedió a la herida para que se recuperara un poco más. David y ella tenían la boca seca y la desaparición de la última gota les atormentó.

Tenían que seguir.

—Vamos -Joa dio el primer paso en dirección a la puerta número cinco.

La linterna iluminó las escaleras ascendentes.

Fue la primera en cruzar aquel umbral.

No sintieron nada. Subieron unos quince peldaños y después caminaron por un pasadizo hasta llegar a otra escalera, ésta descendente. Contaron treinta peldaños. Caminaron por un segundo pasadizo que giraba a la izquierda y a su término desembocaron en otra gran cueva, aunque no tanto como la primera de

las columnas. En ella vieron tres puertas, cada una con dos pilares parecidos a las columnas de Karnak a ambos lados. La última comunicaba con una especie de ejército de dioses.

Nueve.

Por detrás, un muro lleno de inscripciones.

—Más pruebas... —musitó David.

—«Y los dioses guardianes te preguntarán por su vida. Si no sabes, morirás. Si no conoces, morirás. Si no eres humilde, también morirás. Y la cruz del Nilo será tu tumba» -recordó Joa.

—¿Qué significa eso? —preguntó Amina.

—Espero que sea la pista para recorrer el camino

vivos.

—¿Cómo abriste la primera puerta? —quiso saber David.

—Cuando llegué a El Cairo leí acerca de los dioses egipcios. Comprendí que, si este lugar tenía que ver con ellos y con nuestros antepasados, habría alguna relación. Pero no leí lo suficiente, está claro.

—¿Saliste de Mali con el pasaporte de Joa?

—Sí.

—¿No tuviste ningún problema? —alucinó él.

—Un par de veces tuve que mirar fijamente a alguien y alterar sus pensamientos -lo dijo sin ningún énfasis especial, con toda naturalidad.

Joa le hizo una señal a David para que no siguiera preguntando.

—Veamos lo que tenemos aquí —iluminó a los nueve dioses aunque de nuevo de las alturas surgía una leve claridad que los bañaba de forma

espectral.

De izquierda a derecha identificó a los cuatro dioses que integraban la cruz del Nilo tal como aparecía en la TT47 y en Karnak: Amón, Ra, Atón y Nut. En el centro estaba Sacmis, a continuación Nefertem, Set, Isis y Osiris. Joa pronunció sus nombres en voz alta para que David los identificara. Ya le había hablado de los cuatro primeros, pero no de los otros cinco dioses.

—Sacmis representa la energía destructora, es la diosa de la guerra —señaló la impresionante estatua de mujer con cabeza de leona—. Causaba terror en el más allá, pero también aquí entre los vivos. De hecho su nombre egipcio era Sejmet, que significa La Poderosa. Para impedir que aniquilara a los humanos, Ra la engañó. Le ofreció siete mil vasijas de cerveza con un tinte rojizo y ella creyó que se trataba de sangre. Se las bebió todas, se emborrachó y así fue como los humanos sobrevivieron —pasó a la siguiente—. Nefertem es el dios de la naturaleza, su misión consistía en garantizar la continuidad de la vida en el nuevo mundo. Nació de un loto, y por esa razón se le representa con uno en la cabeza. Como curiosidad a veces se le sustituía por Imhotep, el creador de las pirámides.

—Según tú, Imhotep pudo ser enviado por ellos... —dijo David.

—Sí —Joa miraba fijamente la estatua de Nefertem.

—¿Y las siguientes figuras?

—Set, el trueno, simboliza la destrucción. Amenazaba el orden cósmico y fue el asesino de Osiris -contempló la estatua coronada con cabeza de perro de largas orejas, antes de pasar a la siguiente—. Isis es la madre de los dioses, la más popular de las diosas egipcias. Se casó con Osiris y engendró a Horus. Simboliza la seguridad, por eso se la representa con una mujer con un trono en la cabeza. Por último, Osiris es el dios de los muertos y el que otorga la vida eterna. Hijo de Gueb, la tierra, y de Nut, el cielo, creció junto a Isis, Set y Neftis en el vientre de su madre, donde Osiris e Isis ya se amaban. Osiris era el heredero de Gueb, pero su hermano Set quiso matarle. Construyó una caja, invitó a Osiris a un banquete, le engañó para que se metiera en ella y, una vez dentro, la taparon y la echaron al río. Isis fue en su busca y cuando encontró la caja convertida en tallo de una planta regresó con ella. Set lo supo

y despedazó el cuerpo de Osiris en catorce pedazos que diseminó por el país. Pero de nuevo Isis, ayudada por Neftis, los encontró. Todos menos uno: el falo. Ayudada por Anubis, embalsamó a Osiris, que fue así la primera momia de Egipto, y se convirtió en pájaro para que él la fecundara. De esta fecundación nació Horus.

—Muy bien, conocemos la vida de los guardianes —reflexionó David—. Habrá que utilizarlo de alguna manera, ¿no?

—¿Cómo? -preguntó Amina.

—Con humildad... Y Joa bajó la cabeza. Humildemente.

Al hacerlo, a los pies de Nefertem, vio el ojo de Horus. Era la única estatua con un signo a sus pies. Se agachó y tocó con la mano su contorno. No sucedió nada. La rodeó y llegó a la pared. El ojo reaparecía por detrás, en el muro que iba de lado a lado, en una hermosa placa cincelada con esmero e incrustada en un friso en el que se veían decenas de lotos presididos por una figura humana.

—La humildad te hace inclinar la cabeza -dijo Joa reflexionando en voz alta, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos—. Sólo así ves el suelo. El ojo de Horus que está ahí, al pie de la estatua de Nefertem, se reproduce en este friso. El loto es sagrado para los dioses solares, ya que se orienta al Este y rinde homenaje al Sol que nace. El loto se cierra de noche y vuelve a abrirse de día. Evoca la muerte y la resurrección de Osiris...

Puso la mano izquierda sobre el ojo de Horus y la derecha sobre la figura humana que emergía del loto central.

Los presionó.

El ruido del muro desplazándose hacia un lado los sobrecogió un instante.

—Alucinante —exhaló David.

—Vamos.

Joa pasó al otro lado. La siguieron. David se dio cuenta de lo mucho que resistía Amina, debilitada por los días que llevaba sin ingerir alimento alguno. Lo único que llevaba encima para mantenerse en pie eran aquellos sorbos de agua. De pronto ya no sentía animadversión hacia ella.

La cogió por un brazo.

La chica no dijo nada. Sólo tembló un instante. Joa alumbró la nueva estancia, un pasadizo que moría, una vez más, en una escalinata que descendía hasta el interior de la tierra.

—¿Es que esto no se terminará nunca? —se sintió agotado David.

Caminaron hacia la escalera y, con precauciones, sin precipitarse, bajaron por sus estrechos peldaños labrados en la roca. Doce. Pasaron entre dos columnas y se encontraron en una sala cuadrada, sin ninguna salida.

—¿Pero esto qué es? —volvió a protestar David.

—Hay unas inscripciones —Joa señaló la pared frontal y el techo.

—La última pista es «La voz de los dioses debe fluir

de ti».

Joa se mordió el labio inferior. —¿Qué pasa?

—Reza Abu Nayet sólo tradujo un fragmento que encontró... Hay un enorme vacío hasta «la voz de los dioses debe fluir de ti».

—Eso significa...

David no pudo terminar la frase.

Joa acababa de pisar una enorme baldosa, no muy distinta a las que formaban el suelo de la sala, pero en este caso se hundió levemente bajo su peso. Saltó rápidamente. Demasiado tarde.

Entre las dos columnas por las que acababan de pasar se deslizó una

enorme losa de piedra, cerrándoles el paso.

Y del techo, por una docena de huecos, empezó a caer arena.

52

Era una muerte lenta, muy lenta. Lo que tardara la arena en llenar todo aquel espacio.

—¿Es que a vuestros antepasados no se les ocurrió nada mejor para fastidiarnos? —gritó David notando el amargo zumbido del pánico.

—Ellos no hicieron esto, lo hicieron los egipcios, para proteger la cruz

del Nilo —le recordó Joa.

Amina ya estaba en la pared, mirando las inscripciones. Joa llegó a su lado.

Textos diversos, jeroglíficos.

Una pared entera de ellos, de arriba abajo.

Y el tiempo apremiando.

—Aprendí algo acerca de los dioses, pero nada más —se resignó la joven.

—Yo sé algo más, y creo que puedes ayudarme —dijo Joa.

Le pasó la linterna a ella y sacó del bolso el bolígrafo y el bloc.

—¿Qué vas a hacer?

—Hemos de interpretar esto —señaló la pared. -¿Todo? -los ojos de David se dilataron-. ¡No os va a dar tiempo!

La lluvia de arena ya había formado montículos en el suelo de la sala.

Joa escribió a toda prisa las letras equivalentes a las figuras más usuales del alfabeto egipcio, a tamaño grande. Lo hizo recuperando de su prodigiosa memoria un simple cuadro visto en uno de los libros que había fotografiado mentalmente y siguiendo la estela de lo que ciento noventa años antes había hecho Jean-Françoise Champollion. Volvió a ponerse el bolso en bandolera, arrancó la hoja de papel con el resultado final y la apoyó en la pared, para que Amina pudiera verla.

—Venga, que cada una intente interpretar una parte.

Los siguientes cinco minutos transcurrieron muy aprisa.

Y otros cinco más.

La arena ya cubría casi un palmo del suelo. Era fina, muy fina. Una arena milenaria que había aguardado cientos, miles de años, el momento de atrapar a unos incautos como ellos. Si trataban de moverse por encima se hundían, así que desistieron de ello.

—No son más que rezos —lamentó Amina.

—¡Mierda! —gruñó David.

Joa no hablaba. Traducía a toda velocidad. Ya no tenía que mirar lo anotado. Amina lo hacía más despacio una vez asimiladas las equivalencias.

La pared era hermética, ningún agujero, ninguna fisura, ningún friso que activara un resorte oculto.

Cuando la arena llegó hasta la altura de las rodillas les costó más moverse.

—El techo -indicó Joa.

—¿Cómo llegamos ahí?

—Tienes que subirme.

David lo aceptó sin rechistar. Se agachó para que Joa subiera a su espalda. Sentada sobre sus hombros llegaba fácilmente hasta la losa que cubría la superficie del lugar. La linterna menguó entonces su intensidad.

—No... —gimió ella.

—¿Y ahora qué? —los ojos de David destilaron todo el miedo que sentía.

—Llevo cerillas en mi bolso.

—¿Qué más llevas en él? —se asombró.

—Soy una chica precavida.

—Súbeme a mí también -le pidió Amina-. Una en cada hombro. Iremos más rápido.

No tuvo más remedio que hacerlo. Aplastado por el peso de las dos, con la arena subiendo lentamente por sus piernas, se convirtió en una columna humana hasta que les hizo notar el peor de los detalles.

—Ya me está... llegando al pecho...

La linterna no daba más luz desde hacía algunos minutos. Amina iluminaba cada porción de techo con cerillas que se consumían vertiginosamente.

—Tiene que haber alguna frase clave. Una fisura, un resorte en alguno de los símbolos jeroglíficos.

Faltaba medio techo, y David no podía ya moverse a causa de la arena que lo inmovilizaba.

Joa cerró los ojos.

—Amina, concéntrate —le pidió.

—¿Qué...?

—No podemos buscar más. Debemos sentirlo. Juntas lo conseguiremos.

La chica la imitó. No raspó la cabeza de la siguiente cerilla.

Todo quedó a oscuras.

Un minuto, dos...

Sus manos recorrieron el techo por separado, abarcando el máximo de superficie, hasta que se encontraron en un punto, a la izquierda de ambas.

—Enciende una cerilla —ordenó Joa.

La débil llamita arrancó nuevas sombras del trabajado techo. Por abajo,

la arena superaba ya el pecho de David.

Pudo mover la cabeza lo justo para mirarla.

—Joa.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Aún no te despidas de mí, cariño. Sus manos se habían detenido en un jeroglífico muy simple, encerrado en un cartucho horizontal.

Y Joa leyó en voz alta:

—Oh... dios..., llévame... al cielo...

Joa presionó el contorno del jeroglífico. Justo al lado de la última figura, dentro del mismo cartucho, estaba localizado uno de los grifos de arena.

Dejó de manar en ese momento.

Miró el resto de fuentes que escupían arena.

—Amina... —musitó con el corazón encogido.

La chica acababa de comprenderlo. Su mano era la que estaba más cerca del primer cartucho. La desplazó hasta él e introdujo dos dedos por su interior.

—Hay algo...

Lo presionó.

Y esperaron conteniendo la respiración. Los demás agujeros dejaron de verter arena.

De golpe, tras otra breve pero enloquecedora pausa, el techo entero fue deslizándose hacia el frente, pasando por encima de la pared ilustrada.

—¿Y ahora qué?

David se esforzó en mirar hacia arriba. Amina prendió una cerilla más. El techo sólo se había movido hasta la mitad. Justo encima de sus cabezas. Joa podía aferrarse a su borde y subir hasta la parte superior. Una vez en ella, con medio cuerpo fuera, coger a Amina.

Ahora estaban a oscuras.

—Tened cuidado -suplicó David.

La chica repitió los gestos de Joa. Ya a salvo, prendió una cerilla. Por debajo de ambas David intentaba luchar contra la presión ejercida por la tierra que lo rodeaba.

Con medio cuerpo fuera, Joa y Amina alargaron los brazos con las manos extendidas hacia él, al límite.

—Intenta cogerte a nosotras y déjanos el resto.

—De acuerdo.

—¿Ya? —le susurró Amina en la oscuridad.

—Sí, rápido. Esto es demasiado inestable.

—¡Ahora!

No podían verle. Escuchar sus jadeos, sí. Verle no. Notaban la fuerza. De un momento a otro temían oír una maldición, el sordo ruido del cuerpo volviendo a la arena.

Joa sintió un roce.

Alargó más los brazos, estiró los dedos.

La mano de David chocó con la suya y se agarró

a ella.

—¡Le tengo!

—¡Yo también! -gritó Amina.

—¡Estoy colgando de vosotras! —les advirtió él.

Joa utilizó las dos manos. Sabía que Amina estaba haciendo lo mismo.

Procedente de alguna parte de aquel diabólico mecanismo escucharon un sonido grave, prolongado, como si la tierra estuviese gimiendo.

—¡La arena está descendiendo!

—¡David, cuidado!

El techo inició el camino de regreso a su posición original.

Disponían de apenas diez, quince segundos.

Joa buscó la complicidad de su compañera en la oscuridad.

—¡Amina, ahora!

La descarga energética fue mutua. Fuerza mezclada con rabia. Más que subir a David a pulso, algo difícil dada su posición, lo que hicieron fue proyectarlo hacia arriba con sus mentes.

Los tres quedaron sobre la losa, hasta que ésta se detuvo de nuevo sellando la cámara inferior.

—¡Santo cielo...! —tembló el rescatado.

En la oscuridad Joa le abrazó echándose casi encima de él y buscó sus labios, temblando.

El fulgor de una cerilla les arrebató la intimidad final.

Se encontraron con los ojos de Amina.

—Hemos de ir hacia la luz —les dijo antes de incorporarse mientras señalaba un resplandor a lo lejos.

53

Reiniciaron la marcha una vez que se hubieron quitado la arena que los impregnaba por dentro, golpeándose el cuerpo y vaciando sus zapatos. El sudor los empapaba y la tierra se les pegaba con saña.

El suelo, ligeramente ascendente, era liso pero estaba muy pegajoso, con zonas en las que sus pies se hundían dos y tres centímetros. Caminaron con cuidado, para evitar malgastar las pocas cerillas que les quedaban. Un fuerte olor se apoderó del ambiente hasta hacerlo casi irrespirable. Comprendieron su origen cuando llegaron a la zona tenuemente brillante. Se trataba de una cámara abovedada, con un agujero cenital que quizá comunicaba con el exterior, aunque éste se hallase muy por encima de sus cabezas. Miles de murciélagos colgaban de su techo.

—Tened calma -aconsejó David.

—Vamos a morir asfixiados —Joa se llevó las manos al rostro.

La blandura del suelo se debía a sus excrementos. Había formado diversas capas, endurecidas las últimas, aún blandas las superiores. Su tamaño era sin duda lo peor, porque no se trataba de una especie diminuta.

Cada una de aquellas bestias debía de medir al menos treinta o cuarenta centímetros. Apretados, colgando boca abajo, no dejaban el menor resquicio en la piedra.

Se movieron despacio. Al otro lado de la cámara nada un corredor. Era de techo bajo. Allí no había luz, pero el olor fue menguando a medida que se internaron por él.

—¿Cuántas cerillas quedan? -preguntó David.

No tuvo respuesta.

Amina se había quedado atrás y estaba arrodillada en el suelo, exhausta.

Joa retrocedió a su lado y también se arrodilló para abrazarla. La niña apoyó la cabeza en su regazo, abandonándose. Su respiración era fatigosa.

—Un... minuto -suspiró—. Sólo... un minuto.

—Tranquila -Joa le besó la frente.

—Es... por mi culpa...

—Sea lo que sea, hemos llegado hasta aquí. Y ya nadie va a detenernos. -Joa...

—¿Sí, Amina?

—¿Por qué no me lo has pedido?

Sabía a qué se referia.

—Esperaba que tú me lo dieras.

La chica se llevó la mano al pecho. Llevaba los tres cristales colgando juntos, bajo la camisa. Se quitó el cordón con el camafeo de Joa y se lo entregó con un deje de solemnidad y rendición. El cristal robado en Mali lo tenía atado con el suyo.

—Dale el de los dogones a David —le pidió Joa—. Que cada uno lleve un cristal, por si acaso.

La obedeció, sin replicar. Lo separó del suyo desatando algunos nudos y se lo tendió a su compañero, que se lo guardó en un bolsillo. Los tres cristales emitían un leve reflejo que seguía siendo blanco.

Amina acarició el que colgaba de su cuello y miró a Joa con afecto.

—¿Estaremos juntas...? -le preguntó.

—Sí -sonrió ella.

—Deberíamos continuar -dijo David.

—¿Estás bien? —preguntó Joa a Amina.

—Sí, sólo necesitaba parar un poco -la chica soltó una bocanada de aire.

Ninguno quería plantear la gran incógnita: ¿cómo regresarían?

El camino era únicamente de ida.

Sin retorno.

Amina se puso en pie. Comprobó la resistencia de sus piernas, llevó aire a sus pulmones y dio el nuevo primer paso. Joa siguió a su lado, por si acaso. Vio cómo la chica apretaba las mandíbulas en un claro gesto de determinación.

La siguiente cámara abovedada apareció llena de antorchas apiladas en el suelo. La madera de algunas estaba podrida, pero en otras se mantenía extrañamente firme, dependiendo de su naturaleza. Los trapos que las envolvían, pese a estar secos, servían para hacer fuego. A un lado vieron piedras, paja y yesca no menos podrida.

—Coged todas las antorchas que podáis cada una —sugirió David—. Dame las cerillas, Amina.

Prendió una, que sostuvo en alto, y cargaron bajo los brazos varias más.

De la bóveda partía un nuevo corredor, con objetos diversos a ambos lados. No era una tumba, pero allí había vasijas, sillas, recipientes de todas las capacidades, una barca, adornos y estatuas de tamaño medio. Una escalera de piedra, en forma de caracol, insólita, les condujo de nuevo hacia el interior de la tierra, veinte o treinta metros más. Habían dado tantas vueltas que ya no sabían la distancia recorrida desde la entrada al recinto en Al-Eriat Khunash.

Entonces Joa percibió que se agudizaba la sensación experimentada cuando había salido de su cuerpo y flotado por encima de las casas...

Toda aquella energía...

—¿La sientes? -le preguntó a Amina.

—Sí.

—Estamos cerca.

David abría la marcha, con la antorcha diseminando su brillo fantasmal a su alrededor. Se volvió para mirarlas.

—¿Qué te sucede, Joa? -se alarmó él-. ¿Qué os sucede a las dos?

—David, está aquí -sonrió con dulzura infinita.

—¿Ya...?

Fueron los últimos peldaños. Acabó la escalera y se encontraron en una nueva cámara con otra puerta al frente, en diagonal.

Bajo el crepitar de la antorcha, que se consumía muy rápido, supieron que, ciertamente, el camino llegaba a su término.

En cada una de las paredes vieron el formidable relieve de los cuatro dioses que acompañaban a la cruz del Nilo en la TT47 y en Karnak: Amón, Ra, Atón y Nut.

Y en el suelo, con su poco ortodoxa forma de segmentos largos y cortos, la propia cruz.

Joa y Amina se detuvieron.

Sin atreverse a pisarla.

Atrapadas por su mágico influjo.

David en cambio llegó hasta la siguiente puerta.

—¡Oh, Dios mío! —le oyeron gemir.

54

Se encontraron de nuevo en una especie de inmensa cueva. El resplandor del techo de piedra, como si la luz se filtrara por alguna parte y fuera rebotando por el espacio, apenas si alcanzaba el suelo, que era completamente liso y circular. No había murciélagos. Sólo un silencio que tenía visos de eternidad. Dejaron las antorchas para poder moverse libremente.

—Separémonos —aconsejó David—. Vayamos cada uno por un lado.

Joa se apartó de Amina y se dirigió al centro.

—¡Ten cuidado! -quiso detenerla él. Le bastó con ver su cara. Resplandecía.

—Estamos en ella, David -la de Amina también brillaba—. Es nuestra

puerta.

—Aquí no hay nada -David abarcó el lugar con la mirada moviendo la antorcha de lado a lado.

Joa caminó dejando un rastro de huellas a su paso. El suelo estaba cubierto por una fina capa de polvo. Sentía la dureza de la piedra bajo sus pies, pero la energía que percibía se le antojaba más y más balsámica. Era como sumergirse en una masa de algodón que se introducía por su cuerpo y le hacía cosquillas en las terminaciones nerviosas. Una fuente invisible de luz transparente que provenía del centro y era muy fuerte, extraordinariamente intensa. Esa misma energía catapultaba sus sentidos, los multiplicaba aumentando su capacidad. Tuvo deseos de gritar.

Se detuvo de pronto, cuando sus pies abandonaron el roce de la piedra y entraron en contacto con algo distinto, de otra solidez.

Se agachó, apartó el polvo y descubrió el metal.

Casi pudo sentir la vibración.

Como si aquello estuviese vivo.

—¡Aquí, venid!

Se arrodillaron, uno a cada lado, y la ayudaron a quitar el polvo con las manos.

Una superficie curva, hecha de un metal casi blanco, fue formándose allá donde retiraban el polvo.

—¿Cuánto debe de medir esto?

—Vamos a verlo.

Joa fue por la izquierda, con Amina iluminándola. David por la derecha. Primero retiraron el polvo del borde, para comprobar el diámetro de la plataforma. Cuando se reunieron de nuevo y examinaron el resultado de su trabajo, se encontraron con una circunferencia de unos diez metros de

diámetro.

—Aquí hay algo —señaló Amina.

Cerca del borde, a sus pies, vieron un hueco no muy grande.

Joa sacó su cristal y lo introdujo en él. Se adaptaba perfectamente. Entonces vibró.

—¡Sácalo, Joa! —aconsejó David-. Primero hemos de estar seguros de lo que vaya a suceder.

Le obedeció, aunque a duras penas. Ahora ya no dijeron nada. Retiraron un poco más de polvo, ampliando la zona libre en dirección al centro de la plataforma. Contaron ocho huecos más como el primero, así que en total había nueve recipientes para nueve cristales. En el centro se encontraron con la misma señal que les había llevado hasta allí, con sus lados de distinto tamaño. La cruz del Nilo.

—Nuestra puerta —se mordió el labio inferior Joa.

—¿Ahora qué hacemos?

—Ya has visto lo que ha sucedido cuando he puesto mi cristal en ese hueco.

—De acuerdo, vamos a suponer que es un comunicador, por decirlo de alguna forma. ¿Vas a sentarte ahí en cuclillas, pondrás el cristal, cerrarás los ojos y a ver qué pasa?

—Sí.

—¡No sabes qué sucederá!

—David, ¿entonces para qué hemos venido?

—¡Esto lleva aquí miles de años!

Joa miró la cueva. Quizá en otro tiempo la puerta estuviera al aire libre,

o tal vez no. La tierra que la rodeaba no era la misma.

—Voy a hacerlo yo sola —les dijo a los dos.

Antes de que David pudiera protestar lo hizo Amina.

—No. Necesitas mi energía y lo sabes.

—No, no lo sé. Sólo sé que llevo meses esperando esto, y que me corresponde a mí llevarlo a cabo.

—¡Eh, eh, eh! -David agitó la antorcha por encima de sus cabezas—. ¡Estoy aquí!, ¿vale? ¡Yo también soy del equipo! ¿Por qué no probamos los tres con cada cristal?

—Porque tú eres humano -fue directa Joa—. David, no nos peleemos en este momento, por favor.

Amina puso su cristal en el hueco que tenía delante. Luego desafió a Joa con la mirada.

Volvía a ser la chica dispuesta a la lucha que encontraron en el país Dogon.

—Voy a ir contigo, hermanita —manifestó decidida. El cristal vibraba.

Podía suceder cualquier cosa, y una pelea era absurda.

—Dame tu cristal, David. ¡Y confía en mí, por favor! -se lo suplicó.

Le dio un rápido beso en los labios y sus ojos se encontraron un segundo cargado de densidades. El cristal cambió de mano.

Ya no esperó más. Joa se colocó a la izquierda de Amina. Sacó su cristal del camafeo y lo introdujo en el siguiente hueco. El de David fue a parar al tercero. Luego se arrodilló y se quedó muy quieta.

Temblaba por dentro.

No hablaban, aunque los segundos se hicieron eternos.

Los cristales vibraron unos minutos hasta que, poco a poco, cambiaron de color. Pasaron de blanco a un suave, muy suave amarillo que acabó convertido en un azul cada vez más radiante. Al hacerlo la propia plataforma varió su aspecto. Se convirtió en un círculo blanco.

Cada vez más blanco.

Luminoso.

El día se había instalado allí dentro. La luz era cada vez más poderosa, y con ella se expandía la energía que de pronto interactuó con la suya. Ya no era únicamente la que percibían las dos mujeres, sino que existía una retroalimentación. La plataforma necesitaba de ellas.

Joa sintió un millón de soles en su interior.

Podía verlo, navegar por sí misma. Y era hermoso. Como si se desmenuzara en partículas. 0 como si su mente fuera a salir de ella.

Buscó a David para decirle que estaba bien, que sentía paz, pero no lo vio, porque el resplandor inundaba ahora su entorno. En cambio sí vio a Amina, como si flotara en medio de aquella cegadora luz. Su hermana tenía los ojos cerrados y una expresión de infinita dulzura en su rostro.

Los cristales dejaron de ser azules y volvieron a ser blancos.

Se escuchó un zumbido. Creciente.

Entonces Joa apretó los ojos con fuerza y ya no volvió a abrirlos.

Estaba entrando en la puerta y flotó hacia ella.

Era su mente la que viajaba, con ella de falso envase. Porque aquello era sencillamente imposible. Atravesó las rocas del techo de la cueva y salió al exterior. Vio la tierra seca distanciándose a una velocidad de vértigo, El Cairo a lo lejos, y luego el delta del Nilo, el mar, y más allá otras tierras, la costa palestina, la costa turca, la costa griega.

Inmediatamente, suponiendo que ahora el tiempo tuviera medida, ya divisaba todo el Mediterráneo, con España a su izquierda.

No dejó de mirar hacia abajo. Europa.

El mundo entero.

Cuando la Tierra se hizo más y más pequeña, lloró. No fueron lágrimas húmedas, sino destellos de energía que se convirtieron en pequeñas partículas luminosas que flotaron en torno a ella hasta desvanecerse. Se sintió igual que los astronautas contemplando aquella maravilla. Un astronauta que viajaba a una velocidad de vértigo, porque de pronto la Tierra, la Luna, el mismo Sistema Solar, desaparecieron envueltos por una negrura absoluta.

Joa supo que aquél era el silencio de los silencios.

Y comprendió los términos de la expresión «inmenso vacío».

El universo no estaba lleno. Había planetas, constelaciones, otros mundos, pero no eran más que minúsculas partículas inapreciables flotando en mitad de aquella enorme nada.

Miró hacia arriba.

Y sonrió.

Orion se acercaba deprisa.

O mejor dicho, ella se aproximaba a Orion.

La hermosa Betelgeuse, Rigel, la supergigante azul cuatro mil veces más luminosa que el Sol; la poderosa Alnilam, treinta mil veces más brillante que él; la inquietante Saiph, la Espada del Gigante, en cuyo sudeste se encontraba

su destino.

Ellos.

Siempre «ellos».

«Mamá, papá...», su voz resonó como un eco atrapado en sí misma.

Quería contemplarlo todo y al mismo tiempo le era imposible apreciarlo por la velocidad a la que se movía. No obstante no sentía miedo. Persistía la paz, la alegría del viaje, la proximidad del encuentro. Vio nebulosas, estrellas nacientes, supernovas colapsadas, galaxias de formas alucinantes.

Deseó que David estuviera con ella.

Concentró su atención final en la proximidad de su destino. Un destino que ni siquiera tenía un nombre.

Una marca sí: la cruz del Nilo.

Pero no un nombre.

A lo lejos vio una forma oscura, una nebulosa grisácea.

Nadie se lo había dicho jamás. Nunca lo hubiera imaginado. Pero tenía sus genes, y su instinto, así que de alguna forma lo supo, la reconoció.

Su casa.

El viaje tocaba a su fin.

No sentía su corazón, ni su pulso. Existía en la medida que su mente lo necesitaba. Aun así su cuerpo era físico. Se tocó la cara, se pasó la lengua por los labios, unió sus manos como en un rezo. Y al penetrar en la oscuridad total de la nebulosa percibió cómo la velocidad disminuía, se desaceleraba. Durante unos segundos más, siempre pensando que el tiempo existía como medida, fue igual que hallarse en el centro de una habitación cerrada, con una negrura absoluta envolviéndola.

Hasta que en un punto se abrió un hueco.

Surgió una luz.

Se dirigía hacia ella.

El punto creció, se hizo grande y acabó por rodearla igual que lo había hecho la oscuridad. La luz era tan cegadora como la de la plataforma antes de iniciar el viaje. Casi temió haber vuelto a ella.

Entonces se detuvo.

Y de la claridad surgieron miles de formas.

No las veía, pero estaban allí. No eran seres como ella, pero vivían y sentían como tales. No había ciudades o casas como las de la Tierra, pero era un mundo habitado. Tampoco había arriba o abajo, alto o largo, peso o tamaño, superficie o espacio. Era como estar dentro de una idea.

Ella lo tenía todo, no hacía falta nada más.

Se bastaba consigo misma.

Todo aquel equilibrio...

—¿Quién eres?

La voz estaba hecha de energía, así que apareció en su propia mente.

Y lo más importante: ella pudo entenderla.

—Vengo del planeta Tierra —se le ocurrió decir, casi con inocencia.

—¿Tienes un nombre?

—Mi nombre humano es Joa.

—¿Por qué has venido, humana Joa?

—Soy hija de una enviada. La depositasteis en la Tierra y regresó hace tiempo, antes que otras enviadas por las que fuisteis hace muy poco. Mi padre, Julián, se unió a vosotros en la nave que descendió sobre la Tierra hace unos meses.

Se preguntó si la entenderían.

Humanos, nave, Tierra, meses...

—¿Por qué has venido? —repitió la voz.

—Necesito a mis padres. Hablar con ellos.

No hubo respuesta, pero un cosquilleo atravesó su cerebro de lado a lado, esparciéndose por todos sus confines.

—Estás limpia —anunció la voz.

No tenía ni idea de lo que pudiera significar algo así. Tampoco lo preguntó.

De pronto la luz se amortiguó un poco.

Y todo lo que sentía empezó a desvanecerse.

—¡Por favor...! —gritó.

—Regresa —dijo la voz.

—¡No!

—¿Por qué?

—¡Los necesito!

La presencia se hizo un poco más manifiesta. Un cuerpo dentro de su propia mente. Joa se sintió desnuda, atravesada por corrientes energéticas, porque ahora todo era eso, energía.

Su presencia allí, al otro lado del universo.

—¿Cómo has llegado?

—Tengo un cristal.

—Tienes un cristal —repitió la voz.

—Ayúdame —quiso llorar de nuevo.

No hubo respuesta.

—¿Estás ahí?

Se sintió sola en aquella dimensión infinita poblada de blancura. La presencia la había abandonado. La voz dejó de fluir. Pensó que era su fracaso. Sin embargo, por alguna extraña razón, de repente notó un suelo bajo sus pies, un apoyo que le permitió caminar, dar unos pasos sin rumbo.

No muy lejos vio un punto oscuro. Venía hacia ella.

Crecía rápidamente aunque los pasos eran breves. La reconoció mucho antes de que la alcanzara y pudiera abrazarla. Su madre.

56

Le costó articular de nuevo la voz.

—Mamá...

Vestía una túnica roja, desde el cuello hasta los pies, sin mangas. Estaba tal cual la recordaba doce años y medio antes, idéntica; el mismo cabello, la misma sonrisa, la misma vida en sus ojos, los mismos rasgos bondadosos, aquella belleza tan genuina que había sido capaz de arrebatarle el corazón a su padre- La abrazó.

La sintió, físicamente, y sintió sus manos, su tacto, cada beso, cada caricia. No era una simple proyección energética. Era su madre, olía como siempre había olido y su voz era la que tantas noches había echado de menos desde su desaparición el 15 de septiembre de 1999.

—Joa, cariño, cómo has crecido...

—Mamá... —rompió a llorar.

—Sssh...

No renunció a la liberación de aquellas lágrimas. No quiso ser fuerte. No tenía ninguna necesidad de serlo. Habían pasado muchos años, y en aquellos meses finales, después de conocer la verdadera historia de su origen, el camino hasta ella había sido muy largo.

—¿Dónde estás?

No era una pregunta absurda, al contrario.

—En Egipto, cerca de El Cairo, en un lugar identificado como la cruz del Nilo.

—¿La encontraste? —hubo un suspiro—. Claro. Eres lista. Fue un punto de conexión mental hace miles de años.

—Te he estado buscando, mamá.

—Aquí me tienes.

—Tenía tantas preguntas...

—Hazlas.

—¿Volverás conmigo?

La mujer la separó para mirarla a los ojos. Le acarició la mejilla con una mano.

—No puedo, todavía.

—¿Cuándo?

—Algún día. No depende de mí.

—¡Mamá, estás igual! ¡En la Tierra el tiempo corre!, ¿sabes? ¡Te necesito allí, conmigo, ahora!

—Joa —la caricia se hizo más intensa, así como la mirada—. Nosotros no somos seres individuales, sino un colectivo. Todos formamos parte de un entramado. Todos funcionamos como una unidad global. Crecí y viví en la Tierra, ajena a esto, lo mismo que las otras hijas de las tormentas. Pero al volver nos hemos integrado de nuevo en lo que ya éramos antes de ser concebidas como parte de lo que fuimos a hacer allí.

—¿Y qué fuisteis a hacer a la Tierra que sea más importante que tú y yo ahora?

—Intentar salvaros.

—¿Salvarnos?

—Las hijas de las tormentas éramos vasijas, recipientes que debían llenarse con el tiempo, recoger información para ser estudiada aquí.

—¿Por qué las tres que tuvisteis hijas os marchasteis antes?

—Al dar a luz perdimos esencia energética. Pasó a vosotras. Además, eso nos debilitó, como seres vivos y como mensajeras libres con capacidad de absorción. En este mundo todo es distinto —abarcó con una mano cuanto las rodeaba—. Yo no quería irme, pero un día nos recogieron. Eso es todo.

—¿No lo lamentaste?

—¡Sí! —su rostro se congestionó—. ¡Claro que lo lamenté, y les pedí volver, cumplir mi ciclo como humana! Pero no me dejaron. No antes de que concluyera la misión y el Consejo decidiera.

—¡La misión concluyó cuando la nave fue a Chichón Itzá!

-La misión sigue, Joa. Y queda lo más difícil.

—¿Qué?

—No, espera -quiso insistir en el tema-. Ser madre fue lo más grandioso que he sentido jamás. Tenerte, llevarte dentro de mí, alumbrarte... Nosotros no nos reproducimos así. El dolor no existe. Ahora sé que recibí una gran bendición. Eres mi logro personal, mi herencia cósmica. Tú formas parte de mi esencia.

—Yo soy humana, mamá, porque no sé nada de este mundo. Y me pregunto si vale la pena conocerlo cuando sois una civilización capaz de separar a una hija de su madre. Dices que no sois seres individuales, sino un ente colectivo. Hablas en plural, como si fueras muchas personas. ¿Qué colectividad soporta la tristeza de uno de sus miembros? En la Tierra cada ser humano es un mundo en sí mismo. No puedes haberlo olvidado.

—No lo he olvidado, pero tu pasión carece de lógica. La vida es temporal, es un tránsito, tanto en la Tierra, como aquí.

—¡Con más razón hay que aprovechar el poco tiempo de que disponemos para ser felices!

—No te enfades...

—¡No estoy enfadada, lo que estoy es...! —no encontró la palabra exacta para definir su estado de ánimo, así que cerró los puños al límite de su furia.

—Joa, el destino no siempre lo elegimos nosotros.

—¡Sois una civilización cruel!

—¡No! ¡Hemos evolucionado hacia un estado superior!

—¿Evolucionado? -abrió sus enormes ojos-. ¿Por eso el amor os sorprende? ¿Por eso dar a luz te pareció algo tan grande? ¡Evolucionar y olvidar lo bueno es aislarse! ¡Has dicho que pediste volver!

—¡Quiero volver!

—¡Hazlo!

—Volveré, te lo prometo.

—Dime —el tropel de preguntas se agolpaba en su mente-, ¿por qué no me quisisteis a mí en la nave?

—Porque íbamos a recoger a las enviadas, sólo a ellas. Vosotras debíais quedaros.

—¿Para qué?

—Ahora sois nuestros ojos allí.

—Así que un día desapareceremos, como tú -pensó en David sin pretenderlo y agregó-: Pasando de si eso hace daño a alguien.

—No es tan sencillo.

—¡Entonces cuéntamelo!

—Es lo que intento, pero debes calmarte.

La había abrazado, besado, estrujado contra sí. Ahora en cambio quería gritar, estallar y envolverla a ella en ese paroxismo.

—¿Por qué papá sí entró en la nave?

Su madre bajó los ojos.

—Su amor fue la llave —suspiró—. Tienes razón cuando dices que se trata de un sentimiento muy poderoso, el más influyente y decisivo. Nadie pudo impedirlo. Fue como si nos desbordara y nos derrotara. Yo misma me vi

obligada a escoger. Iba en la nave, Joa.

—Lo sé.

—Tuve que dejarte en la Tierra. Pero tu padre me necesitaba.

—¿Y tú a él?

—También —admitió.

—¿Estáis juntos?

—Sí.

—¿Y qué dice la colectividad?

—Me he convertido en una especie extraña. Tu padre está aprendiendo de nosotros, aunque te echa mucho de menos —y volvió a decirlo empleando el plural—: Te echamos de menos.

Quiso preguntarle si podía quedarse.

No hizo falta.

—No puedes quedarte ahora, Joa. Lo que está aquí no es tu yo físico, sino mental. Y aunque pudieras, no sería lógico.

Tampoco lo quería. Tenía a David. «El amor es un poderoso sentimiento.»

—¿Por qué?

—Porque hay algo que depende de vosotras. Has llegado hasta aquí y debes seguir, y tus hermanas contigo.

—¿Qué es lo que depende de nosotras?

—La Tierra está en peligro, Joa.

—¿Te refieres...?

—Nada hacía pensar que todo fuese a producirse de forma tan rápida. Intuíamos el riesgo y aun así... Al regreso de las cuarenta y nueve enviadas evaluamos la información, comprendimos el peligro y consideramos salvar la Tierra. Discutimos mucho, demasiado —hizo un gesto de tristeza-. La humanidad es la herencia de lo que abandonamos allí hace tiempo. Cometimos errores, os dejamos solos. Y de pronto, estás aquí. ¡Lo has conseguido! Estás aquí cuando resulta que tú, Indira y Amina os habéis convertido en nuestros ojos y en nuestra voluntad de lucha, la última esperanza, porque tomamos la decisión demasiado tarde.

—Mamá, ¿de qué estás hablando?

—La Tierra se dirige hacia su destrucción.

57

Sostuvo la mirada de su madre hasta darse cuenta de que le hablaba en serio.

—¿Cuándo?

—Acabamos de descubrir que en unas semanas el Sol sufrirá una de las erupciones más importantes de su historia. Otras veces esa pequeña estrella ha tenido erupciones, cuyas descargas han bañado a la Tierra, y luego todo volvía a su cauce. En esta ocasión no será así. Se está almacenando una densa carga de energía, interior y exterior, que saltará al espacio y arrasará la Tierra. El cambio climático ya ha alterado el equilibrio del planeta, y es irreversible. Unido a ello, lo que hará esa erupción solar es modificar el eje de la Tierra, que se desplazará entre dos y cinco grados. Eso supone cambiar no sólo el movimiento de rotación en sí, sino también desplazar los Polos, derretirlos prácticamente en unas semanas, inundar las tierras costeras en todos los continentes y posiblemente dejar el planeta vulnerable para el paso del cometa Apophis en 2029 y, mucho más probable, en 2036.

Joa recordó al científico que había visto en la televisión, en Jordania, diciendo que el Sol podía provocar una erupción que alterase los polos de la Tierra.

—¿Me hablas... del fin del mundo?

—De una parte de la humanidad. No toda. Pero ya nada volverá a ser igual.

También había hablado del cometa Apophis con David en Yucatán. Parecía algo muy lejano. Ciencia ficción.

—Es una combinación de fuerzas dantescas, cariño —suspiró su madre.

—¿Pero en qué momento el Sol sufrirá esa explosión?

—Tenemos muy poco tiempo.

—¿Por qué has dicho que nosotras tres somos ahora vuestros ojos y... vuestra voluntad de lucha? —consiguió serenar su ánimo y ordenar los pensamientos que la atropellaban—. Mamá, ¿no me digas que tres simples chicas...?

No terminó la frase.

De pronto toda aquella blancura se le antojó una burla. Estaba en el paraíso hablando del fin del mundo. Su mundo.

—¿Qué sabes de Indira y Amina?

—Amina está conmigo. De Indira apenas sé nada.

—¿Sabes dónde está? ¿Irás a buscarla?

—Sí —cedió.

—Joa —su madre le puso las dos manos sobre los hombros—. Aquí hemos discutido mucho, desde el retorno de todas las hijas de las tormentas, sobre si debíamos interferir o no en el proceso vital de la Tierra. Somos una colectividad, cierto, pero hay debates, y se estudian todas las opciones. Para algunos, el ser humano ha fracasado, no ha aprendido, y merece la autodestrucción por la que tanto parece haber luchado sin darse cuenta. Para otros, la Tierra es un planeta primitivo y formáis una sociedad joven, que como tal comete errores.

—¡Vosotros tenéis poder, podéis salvarnos!

—No somos Dios, Joa. Lo discutimos, lo hablamos, pero ya queda muy poco para hacer algo. Todo se ha precipitado después de llevarnos a nuestras enviadas y estudiar sus mentes al tiempo que descubríamos lo que le esperaba al Sol. No podemos armar nuestra nave tan deprisa y hacer el viaje físico de regreso otra vez. Vosotras tres en cambio estáis allí y, escúchame, sí tenéis una oportunidad.

—¿Cómo? —abrió sus dos manos con impotencia.

—Se necesitan cinco cristales.

—¿Cinco? —lo pronunció con asombro.

—Cada cristal supone una identidad. Es el único equipo con el que viajamos fuera de aquí. Las hijas de las tormentas regresaron con el suyo,

excepto las tres que dimos a luz: Indira, Amina y tú heredasteis los nuestros. Nosotras no fuimos avisadas previamente. Simplemente fuimos recogidas. Por esa razón no nos los llevamos. Esos cristales tienen un enorme potencial. Se necesitan cuatro para formar un sistema. Con un quinto se crea una estrella. Ese núcleo es el que debéis insertar en el corazón de Stonehenge.

—¿En Inglaterra?

—Cuando llegamos a la Tierra por primera vez lo hicimos en ese lugar del sur de Inglaterra: Stonehenge. Allí construimos nuestra primera base científica y permanecimos estudiando el planeta hasta que nos fuimos. La ocultamos a una cierta profundidad para no dejar huellas de nuestro paso, aunque siendo un foco energético como es, no logramos borrar su rastro. Con el paso de los siglos Stonehenge se ha convertido en un monumento megalítico mágico, lleno de historias y leyendas que se pierden en la noche de los tiempos, y también un lugar turístico al que se acude en peregrinación. Pero debajo del anillo de piedras sigue nuestra base científica, protegida. Ese lugar es un punto vital sobre el que se cruzan los meridianos esenciales de la Tierra, físicos, geotérmicos y geodésicos. Stonehenge es el corazón de la Tierra, cariño. Sólo así se evitará que cambie el eje de la Tierra. La estrella os mantendrá en equilibrio otros miles de años.

—¿Y si no encuentro a Indira?

—Has de hacerlo. Unid vuestros poderes, Amina y tú, para dar con ella.

—Aun así me faltará un cristal. Tenemos el cristal del país Dogon...

—Extraordinario... El quinto cristal fue enterrado en las montañas del Tíbet.

—¿Estás diciéndome...?

El silencio se hizo evidente.

Las montañas del Tíbet.

El techo del mundo. Y en alguna parte, un cristal perdido.

—Consigue el cristal de Indira. Cuando lo tengas, únelos. Los cuatro han de guiarte hasta el quinto cristal. Es el más poderoso. Más aún que el cristal de la segunda expedición al corazón de África, el de los dogones. Fue el primer cristal en la Tierra. Con él cerrarás el núcleo y darás forma a la estrella. Llévalos a Stonehenge antes de que el Sol tenga esa erupción y después...

—¿Qué, mamá? ¿Después qué?

—Volveremos a encontrarnos.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Confía en mí.

—No me hagas esto, por favor...

—Joa -la abrazó con la intensidad del que sabe que se acerca el final.

—Aún no quiero regresar —lo captó ella.

—No puedes viajar tanto tiempo como lo estás haciendo. Necesitas la misma energía para ir y para volver. Estás consumiendo ya demasiada.

—¿Por qué no me das tú ese quinto cristal? Mejor aún, los dos que todavía no tenemos.

—Porque tú no estás aquí físicamente. No puedes llevarte nada.

—Pero yo te estoy tocando, eres real, soy real.

—Todo está aquí, mi niña —le puso un dedo en la frente-. Has de regresar o quizá te quedes a mitad de camino, perdida en el vacío.

Sintió un desgarro en el corazón.

Un órgano que tenía en la Tierra, a años luz de distancia.

Hizo la última pregunta que le quedaba.

—¿Y papá?

No le respondió ella. La voz surgió de su espalda.

—Estoy aquí, Joa.

58

Volvió la cabeza y se encontró con él. La misma sonrisa, el mismo semblante, la misma ropa que aquel día de diciembre, en Chichén Itzá.

—¡Papá!

Repitió el abrazo dado a su madre, y tuvo las mismas sensaciones. Incluso el olor, dulce, como si saliera de una ducha. Todo estaba allí, real, tangible.

Julián Mir le besó la cabeza.

—Perdóname -le susurró.

—Lo comprendí. Sabes que lo comprendí —dijo ella.

—No tenía que haberte dejado sola.

—Todo está bien ahora -suspiró Joa temblando—. Estáis juntos, sois felices, y yo tengo algo que hacer.

—¿Cómo está David? Alzó la cabeza para mirarle. Sonreía.

—Bien —se rindió a la evidencia de su propio amor.

—Celebro tanto que tengas a alguien... -la cubrió con una mirada de cariño y alivio.

—¿Y tú, cómo estás, papá? —se resistió a abandonarle.

—He llegado donde ningún ser humano ha llegado jamás. Tengo los secretos del universo a mi alcance, mundos extraordinarios, respuestas a preguntas que parecían imposibles de ser respondidas... Joa, he aprendido más que en mil vidas.

—Te darán el Nobel cuando vuelvas -quiso parecer jovial y despreocupada.

—Lo prodigioso es que tú estés aquí.

—Un amigo tuyo encontró la puerta.

—¿Quién?

—Gonzalo Nieto.

—¡Bendito sea! ¿Cómo está? Me gustaría preguntarte tantas cosas... ¡Incluso de fútbol! —se rió de su ocurrencia.

No quiso decirle que el precio de su hallazgo había sido la muerte. Ni hablarle de que ella seguía bajo tierra, con David y Amina, sin tener la menor idea de cómo saldrían de la cruz del Nilo cuando regresara.

—Papá, mamá me ha contado... ¿Crees que podré hacerlo?

—Si estás aquí, si has hecho este enorme viaje tú sola, claro que podrás encontrar esos cristales y llegar a Stonehenge antes de que sea inevitable. Eres fuerte.

—No, no lo soy.

—¡Lo eres! Fuerte y tozuda. Y tienes los genes de una civilización superior. No lo olvides.

—No quiero mis poderes, papá. Nunca los he querido.

—¿De qué tienes miedo?

—De ser un monstruo.

—Sólo se es un monstruo cuando uno olvida la razón de vivir y antepone el egoísmo a todo lo demás, cuando se aniquilan en el alma términos como la honradez, el respeto, la esperanza... Utiliza sabiamente tus poderes. No hacerlo, renunciar a lo que eres, seria una cobardía.

—¿Y si no existe un límite?

—Existe.

—¿Y si es una carga que no quiero?

—Las cargas no las escogemos nosotros. Nos vienen impuestas. La clave es convertirlas en voluntad para dominarlas y utilizarlas de la mejor forma posible.

—Hija, has de irte —los interrumpió su madre.

—Tiene razón —manifestó él.

—Un poco más...

—Ahora, hija. Ahora.

Los vio juntos. Juntos como tantas veces había soñado.

—No me dejéis toda la vida sin...

—Te lo prometemos.

Quiso abrazarlos por última vez.

Pero su imagen perdía fuerza.

Consistencia.

Joa sintió que una poderosa fuerza tiraba de ella, hacia atrás, apartándola de la luz.

Continuó mirando a sus padres, empequeñecidos en la distancia.

Hasta que desaparecieron, y la luz con ellos.

Cerró los ojos y supo que no volvería a abrirlos hasta llegar a su destino.

59

Sentía amargura. Pero también compromiso. Ahora la enviada era ella.

Las nuevas hijas de las tormentas eran Amina, Indira y ella. La Tierra dependía de la extraña fuerza derivada de la unión de cinco cristales, de los que sólo tenían tres.

Y el tiempo apremiaba. Escuchó un grito.

No le prestó atención. Su propia alma era un grito. Escuchó un estruendo.

Tampoco le prestó atención. Su propia mente era un caos.

—¡Joa!

Alguien la llamaba. Alguien con la voz de David.

—¡Joa, vuelve, por Dios!

Intentó abrir los ojos pero no pudo. Como en los malos sueños. Su cuerpo estaba en la cruz pero su espíritu todavía no.

—No os he preguntado vuestro nombre... -suspiró. Seguirían siendo «ellos».

—¡Joa, no hay tiempo!

El estruendo era mayor. Y ahora, además de los gritos y ese ruido, notó un zarandeo.

Otra vez David:

—¡Joa!

¿Y Amina? ¿Dónde estaba su hermana?

—¡No puedo moverte, es como si pesaras una tonelada!

—¿David?

Ahora sí, abrió los ojos.

Su mente fue una con su cuerpo.

—¡Joa! -exhaló él.

Le bastó un segundo para darse cuenta de la realidad, comprender el alcance del peligro. David la sujetaba por los brazos y su rostro reflejaba todo el miedo que sentía. Joa miró el techo de la cueva.

Las rocas caían a su alrededor. Enormes bloques que llovían desde las alturas, abriendo un enorme boquete sobre sus cabezas.

—¿Qué ha... pasado?

—¡La vibración! ¡La cueva no lo ha resistido! ¡Ha sido como una sacudida! ¡Hemos de salir de aquí! Salir de allí. ¿Cómo?

Se levantó. Volvía a ser ella. El círculo metálico seguía vibrando enloquecido, y todavía emitía luz, aunque se apagaba de forma muy rápida. Amina continuaba sentada, en trance.

—¡Amina!

—¡Tampoco puedo moverla a ella! -David lo intentó sin éxito—. ¡Si no nos vamos, moriremos los tres!

—¡No podemos irnos sin Amina!

—¡Joa, cuidado!

Una roca se estrelló a unos metros de ella. Todo el suelo de la cueva vibró de manera dramática, como si la piedra se hubiera hundido en su corazón.

Amina todavía no había regresado.

Joa se puso a su lado, le habló al oído.

—Amina, ahora, ahora, ¡ya! ¡No puedes quedarte flotando en la eternidad!

El desnivel del suelo empezó a cambiar, grado a grado. Quizá estuviesen encima de otra gran cueva, tal vez la plataforma metálica tuviese un sistema tecnológico que lo sustentara por debajo. Era imposible saberlo.

Y tampoco importaba ya demasiado.

David esperaba, con los ojos desorbitados.

—Amina... —le susurró Joa.

Un jadeo.

Una respiración profunda.

Una mirada.

—¿Qué...?

—Hemos de irnos ya -le besó la frente.

La plataforma se inclinó casi diez grados. Dos de los cristales resbalaron por ella tras salirse de sus huecos. Iban a perderlos.

—¡David!

Se echó encima del círculo. Con la mano izquierda atrapó el de Joa. Los dedos de la derecha rozaron el de los dogones, que se acercó peligrosamente al límite. También David resbaló hacia él, porque más allá se abría ya una sima.

Amina reaccionó entonces. Primero detuvo el cristal. Luego a David. Después hizo que el cristal llegara a la mano derecha de él.

—Vamonos -se puso en pie para coger el suyo.

Se apartaron del centro. Las rocas eran cada vez mayores y caían con mayor profusión. El resplandor del día iluminaba ahora todo aquel espacio. Por entre un griterío ensordecedor, de pronto, los murciélagos ocultos en la otra cámara empezaron a volar en todas direcciones. Se hizo una nueva

oscuridad. Joa, Amina y David buscaban el amparo de los laterales, pero era como si la cueva, toda la inmensidad de la cruz del Nilo, hubiera dejado de tener una dimensión. El terremoto envolvía el interior y el exterior.

Y ellos estaban a muchos metros bajo tierra.

Perdidos.

—¡Hacia allí! —David tiró de ellas.

Lo intentaron, pero ya no había un lugar seguro. Los miles de murciélagos tardaron mucho en desaparecer, llevándose sus chillidos y su vuelo enloquecido. A su espalda el lamento de la tierra herida se convirtió en un alarido prolongado cuando todo se hundió hacia el abismo. Vieron boquiabiertos cómo la plataforma, la puerta con la que habían llegado hasta Orion, se convertía en una masa incandescente, rojiza, que se colapso a sí misma. Antes de ser devorada por las profundidades ya no existía.

Joa sintió dolor. Porque era como si perdiera un poco más a sus padres.

—¡Oh, no! -gritó David.

Joa y Amina siguieron la dirección de su mirada. Una pared entera se les venía encima, sin posibilidad de escape.

—¡Joa, coge a David!

Amina rodeó al chico por un lado. Sin saber a ciencia cierta por qué, Joa hizo lo mismo por el otro. Quedaron los tres unidos estrechamente, como si quisieran morir así, juntos. Pero lo que brillaba en la mirada de la adolescente no era precisamente la sensación de una despedida.

La fijó en la que ahora era su hermana mayor.

—Podemos —le dijo.

Joa lo entendió.

No era un monstruo. Su padre acababa de decírselo. Tenía un don. Y un

poder.

Siguieron mirándose, una a otra, extrayendo energía de ambas, formando un bloque único, una sola fuerza, una voluntad común.

Rabia y rebeldía ante la adversidad.

La pared llegó hasta ellas.

Y se rompió igual que si sobre los tres hubiera aparecido una invisible campana protectora.

David miró hacia arriba. Después a una y otra.

Las dos sonreían.

¡Sonreían!

Se le doblaron las rodillas pero el abrazo de las dos muchachas era también muy sólido. Y de pronto ya no sintió los pies en el suelo.

Flotaban.

Flotaban en dirección a la superficie de la tierra, sorteando todas las piedras en su ascenso.

Ninguno de los tres midió el tiempo, aunque se les hizo eterno, hasta darse cuenta de que al llegar arriba el sol les bañaba de lleno con su último calor de la tarde.

Cuando alcanzaron la firmeza del suelo del desierto y deshicieron su abrazo, agotadas ellas, temblando todavía él, miraron hacia atrás al unísono.

Un enorme boquete de medio kilómetro de diámetro cubría su horizonte inmediato. Todo lo que Joa había visto en su vuelo mental antes de escapar de los Defensores de los Dioses ya no existía.

Tampoco tuvieron mucho tiempo para reponerse.

El siseo de las aspas de un helicóptero reclamó su atención por encima de sus cabezas mientras por detrás un alud de sirenas de policía se dirigía a su encuentro.

60

No le sorprendió que el primero que llegase hasta ellos fuera Kafir Sharif. Serio, una máscara, tan inalterable como lo había estado siempre.

—Señorita Georgina Mir... —movió la cabeza de lado a lado como si la regañara.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Puse sustancia detectable en té que usted tomó en comisaría.

—¿Qué?

—Comisaría vieja, yo quizá policía de ayer, pero métodos del siglo XXI. Usted bebe y horas después seguimiento vía satélite.

—Dígame una cosa —se lo preguntó sin ambages habida cuenta de que estaban rodeados de policías—. ¿Es usted uno de ellos?

—¿Ellos?

—Los Defensores de los Dioses.

Kafir Sharif esbozó una sonrisa irónica alzando la comisura izquierda de sus labios y frunció el ceño con estupor.

—No -dijo tan escueta como certeramente.

—Siempre creí que sí —confesó ella.

—¿Por esa razón no confía en mí?

—Yo no sabía nada.

—Usted sabe todo —el inspector miró el agujero en la tierra—, pero ya no dice nada, ¿verdad?

—Escuche —hizo un gesto de cansancio—, los Defensores de los Dioses se asentaban aquí, en Al-Eriat Khunash. El hombre que asesinó a Gonzalo Nieto, o al menos dio la orden de hacerlo, se llamaba Bir El Sa'íf. Era uno de los arqueólogos que trabajaban con él en la tumba TT47 del Valle de los Reyes. Vi sus tres tatuajes.

—Sospechábamos, pero no teníamos pruebas.

—Y usted necesita pruebas para todo, ¿no?

—Es ley.

—De acuerdo, ahora tiene una: me lo confesó antes de querer enterrarnos vivos, así que también cuenta su intento de matarnos a los tres.

—¿Por qué señor Bir El Sa'íf quiere matar profesor español y ahora ustedes?

—El profesor Nieto encontró algo que no gustó a su secta. Le mataron para que no me lo contara. Y como yo he dado con ellos, tampoco les ha gustado. Tiene todo el sentido del mundo.

—Volvemos a vieja pregunta. ¿Qué encontró arqueólogo español?

—Puede que este lugar que ellos han protegido durante años.

Kafir Sharif miró a David y a Amina. Luego de nuevo el boquete abierto a sus espaldas.

—¿Qué había en suelo?

—Custodiaban una cueva enorme, sagrada para ellos, con un camino lleno de trampas.

—¿Más misterios?

—No —Joa sostuvo su mirada.

—No le gustará cárcel egipcia.

—¿Qué tiene contra mí?

—Obstrucción justicia, destrucción patrimonio nacional...

—En primer lugar, nada de obstrucción a la justicia. Le he ayudado

resolviendo el caso —le cortó ella—. En segundo lugar, yo no he destruido ningún patrimonio. ¿O cree que soy responsable de esto? —señaló el agujero.

—Sí.

—Pero usted es un buen policía. Sin pruebas no va a detener a nadie -remarcó sus siguientes palabras-. Es la ley, acaba de decirlo. ¿Quién creerá que una chica ha provocado el hundimiento de una cueva?

Kafir Sharif miró el agujero de la tierra y volvió a mirar a David y a Amina.

—¿Ustedes confirman versión?

Los dos asintieron con la cabeza.

—Necesito declaración —pareció rendirse el egipcio.

—¿Otra vez a la comisaría? —suspiró Joa.

—Señorita Georgina Mir...

—Oiga, ¿ha visto una vieja película llamada Casablanca?

Kafir Sharif volvió a fruncir el ceño.

—Sí.

—¿No cree que éste es el comienzo de una gran amistad?

Logró hacerle sonreír.

—Lo será cuando acompañe a aeropuerto y usted vaya de aquí —y le mostró el camino hacia su coche, aparcado a unos cincuenta metros de donde se encontraban.

61

Llamó con los nudillos a la puerta de la habitación y no se movió hasta que, del otro lado, escuchó la voz de Amina invitándola a pasar.

—Entra.

Joa metió la cabeza por el quicio. La chica estaba tumbada en la cama, con el mando del televisor en la mano derecha apuntando a la pantalla instalada en la pared. No apartó los ojos del rectángulo luminoso.

—¡Hay cien canales! —dijo.

—Será mejor que no te aficiones demasiado a la caja tonta —se sentó a su lado.

—¿Por qué la llamas así?

—Es el artefacto más alienante de cuantos se han inventado.

—Hay muchos programas, películas, mujeres hermosas...

—¿Quieres ser una estrella de la televisión?

—¿Por qué no? —puso cara de niña mala—. Cuando hayamos salvado el mundo, nos quedaremos sin nada más que hacer.

No frivolizaba. Sólo se sentía prisionera de la dimensión de cuanto tenían por delante.

—¿No tienes miedo?

Amina se encogió de hombros. Cambió otra vez de canal.

—Yo sí -reconoció Joa.

—¿Por qué no pedimos ayuda a las autoridades?

—¿A qué autoridades? ¿De qué país? —pensó en el coronel Hank Travis y se estremeció—. Nadie nos creería.

—¿Y si no encontramos a Indira, ni los cristales?

—Me he hecho las mismas preguntas mil veces desde que regresé de allí y desde que os lo he contado todo mientras cenábamos.

Amina apagó el televisor y dejó el mando a un lado. Se enfrentó a los ojos de Joa, que la escrutaban con profundidad.

—¿Qué quieres saber?

No disimuló. Quizá ella sí leyese su mente.

—¿Qué hiciste en tu viaje? No nos lo has contado. Sólo he hablado yo de ello.

La respuesta no llegó de inmediato. Fue una considerable pausa. Amina ni parpadeaba. Tenía esa extraña facultad. Podía mirar un minuto, dos, tres, el tiempo que hiciera falta a su interlocutor sin bajar los párpados. En ese

momento volvía a ser una adolescente con rasgos de niña al borde del olvido, pero todavía fijos en su semblante.

—Si no quieres, no me lo cuentes -se resignó Joa.

—Yo también hablé con mi madre. La llamé y apareció.

—¿Qué te dijo?

—No mucho —bajó los ojos y los depositó en sus manos—. Me pidió perdón.

—¿Por dejarte sola?

—Por haberme odiado.

—No entiendo.

—Cuando aquel soldado la violó..., ella aún no sabía quién era, por qué razón apareció en mitad de una tormenta, por qué sus rasgos nunca fueron como los de las demás. Al sentirme en su vientre me odió y... sin embargo...

—Te tuvo.

—Sí.

—Quizá deseó alguna vez que no llegaras a nacer, y cuando se la llevaron...

Amina volvió a callar.

—¿La perdonaste?

La pregunta de Joa la atravesó. La hizo reflexionar.

—Es curioso -susurró—. No se lo dije.

—¿Lo has hecho?

—Ninguna de las dos tuvo culpa de lo que sucedió.

—¿La has perdonado? —insistió ella. Esta vez la espera fue más breve.

—Sí.

—Entonces vas a empezar a estar en paz contigo misma.

—Es difícil, ¿sabes? -parecía a punto de llorar.

—Todo lo es, y esto más —Joa le cogió una mano—. Hemos de aprender a estar juntas, a luchar, a vivir... Y la vida suele doler.

—A mí ya me ha dolido bastante.

—¿Te habló tu madre de lo que hemos de hacer?

—No, apenas si hubo tiempo. Yo tenía tantas preguntas... Y para mí era una completa desconocida. Sólo al final me dijo que confiara en ti, que tú me contarías algo muy importante.

—Venimos de un extraño mundo, ¿verdad?

—A mí me pareció hermoso.

—Hermoso y desconocido, lo cual sobrecoge. Saber que formamos parte de eso...

—Allí todos son iguales, viven en la luz, había tanta paz..., Joa -alzó los ojos para inundarla con una densa mirada—. ¿Crees que algún día podremos regresar?

—¿Quieres volver?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque éste no es mi mundo.

—No digas eso.

—Siempre me sentí extraña. Mi casa no está aquí. Está allí. Tú luchaste por encontrar la forma de hablar con tus padres, no te rendiste y lo conseguiste. Yo lucharé para encontrar la forma de volver, tarde lo que tarde.

—Ahora ya no estás sola. Te lo dije en Mali.

Amina guardó silencio y Joa se lo respetó. Necesitaban tiempo, adaptarse la una a la otra, y sobre todo afrontar el peligroso camino que les quedaba para intentar lo que parecía un imposible: dar con Indira primero y después localizar el quinto cristal perdido en algún lugar del Tíbet para llegar a Stonehenge antes de que esa erupción solar definitiva unida a los problemas climáticos de la Tierra cambiara su eje.

Con poderes o no, no eran más que dos jóvenes asustadas.

—Duerme un poco —la aconsejó Joa poniéndose en pie de nuevo-. Mañana veremos cómo siguen tus trámites de pasaporte y resolveremos eso de que figuremos con el mismo nombre...

—No quiero volver a Jordania.

—No volverás, te lo prometo. Aunque sea con un pasaporte falso.

—Nunca he tenido dinero. No sé lo que es conseguirlo todo.

—Todo no se consigue -fue sincera-, pero sí algunas cosas.

—Buenas noches —le deseó Amina al ver que se dirigía a la puerta que comunicaba las dos habitaciones—. Y... gracias.

—Gracias a ti —musitó Joa deteniéndose sin abrirla-por salvarnos.

—Lo hicimos juntas.

—No. Fuiste tú. Hiciste que me rebelara y reaccionara. Fue tu energía, y el uso de tus poderes arrastrando los míos, lo que impidió que muriéramos aplastados y consiguiéramos salir de ese agujero.

—Tú también me salvaste a mí cuando empezó a desmoronarse la cueva y no quisiste dejarme perdida en mi trance. Hubiera muerto, porque mis impulsos se disparan si soy consciente del peligro, no antes. Ojalá tuviera tus presentimientos. Aquella pared que se me cayó encima en la galería donde me encontrasteis me pilló desprevenida.

—Lo importante es que estamos aquí.

—Sí —concedió Amina.

Joa abrió la puerta.

—Buenas noches.

—Hasta mañana -le deseó la chica.

62

David se levantó al verla aparecer por la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

—¿Cómo está? —quiso saber.

—Mejor, más tranquila. Y alucinada.

—¿Por qué?

—¡Tiene cien canales en el televisor!

David esbozó una sonrisa. Luego la atrapó antes de que llegara al cuarto de baño y la hizo girar sobre sí misma para que quedara de cara a él.

—Hola —la envolvió en un suspiro.

—Hola —agradeció el contacto ella.

Se besaron una sola vez, de forma suave.

—Ha sido un día especialmente duro, ¿verdad?

—Sí -reconoció Joa—, aunque hayamos perdido la puerta...

—Fuera lo que fuera llevaba siglos sin funcionar. La luz, la vibración... Por lo menos conseguiste hablar con tus padres. ¿Cómo estaban?

Era una pregunta curiosa.

—Me han parecido felices. Mi padre me ha dicho que tenía las estrellas a su alcance, que disfrutaba de todos los conocimientos del universo. Un sueño.

—¿No te has sentido mal?

—Ya no. Entiendo lo que pasó, y también que él, aquella noche en Chichén Itzá, echara a correr para meterse en la nave. Además me han prometido que volverán.

—Entonces hemos de salvar el mundo para que esté bien cuando lo hagan.

—No bromees —tembló Joa.

—No bromeo. Si alguien puede hacerlo sois Amina y tú.

—Es una buena chica.

—Peligrosa -quiso dejarlo claro—. Y también imprevisible, malcriada, irascible, un poco loca... pero sí, es una buena chica. Y benditos sean sus poderes.

—Espero que siga utilizándolos bien.

—¿Por qué habría de cambiar?

Joa no respondió. No quiso hablarle de instintos ni presagios. Necesitaban unas horas de paz antes de arreglar el tema del pasaporte de Amina y salir de Egipto rumbo a la India. Y esas horas de paz empezaban por dormir toda una noche abrazados, sintiéndose el uno con el otro.

Indira, los cristales, Stonehenge... Todo eso era el futuro.

En el presente sólo estaban ellos.

—Abrázame —le pidió Joa. Y David lo hizo.